

Ragtime



E. L Doctorow

Durante los años previos a la Primera Guerra Mundial se gestaron algunos de los movimientos que marcarían los grandes cambios sociales del siglo xx: la situación de los inmigrantes, las primeras huelgas obreras, la oposición de los negros contra la discriminación racial o el papel de la mujer en la sociedad. La relación que los miembros de una misma familia de clase media mantienen con personajes históricos como la anarquista Emma Goldman, la bella Evelyn Nesbit, el financiero J. P. Morgan, Emiliano Zapata, Sigmund Freud o Henry Ford permite a Doctorow novelar la crónica de un periodo crucial de la Historia.



E. L. Doctorow

Ragtime

ePub r1.2
Titivillus 20.02.18

Título original: *Ragtime*
E. L. Doctorow, 1974
Traducción: Jorge Rizzo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Dedicada con todo respeto
A Rose Doctorow Back

No toquen esta pieza rápido.
Nunca se debe tocar rápido un *ragtime*.

Scott Joplin.

PRIMERA PARTE

En 1902 Padre construyó una casa en lo alto de la colina de Broadview Avenue, en New Rochelle, Nueva York. Era una casa marrón con buhardillas, ventanas en saliente y un porche con mosquiteras. Unos toldos a rayas cubrían las ventanas. La familia tomó posesión de aquella sólida construcción un soleado día de junio y durante años tuvieron la impresión de que en ella todos sus días serían tranquilos y felices. Los ingresos de Padre procedían sobre todo de la manufactura de banderas, banderines y otros artículos de manifestación patriótica, incluso fuegos artificiales. El patriotismo era un sentimiento muy arraigado en aquellos primeros años del siglo. Teddy Roosevelt era presidente. La población tenía la costumbre de reunirse de forma multitudinaria, ya fuera a la puerta de casa para ver los desfiles, en los conciertos públicos, para comer espetones de pescado en la playa, en meriendas al aire libre con fines políticos, excursiones de interés social o en convenciones, teatros de vodevil, óperas o bailes. Era como si no existiera ninguna actividad de ocio que no implicara una gran concentración de gente. Los trenes, los vapores y los trolebuses iban de acá para allá. Se hacía así; así es como se vivía. Las mujeres de entonces eran más fuertes. Visitaban a los marineros con sus sombrillas blancas. En verano todo el mundo iba de blanco. Las raquetas de tenis eran pesadas y tenían la cabeza elíptica. El sexo era languidez. Los negros no existían. Los inmigrantes tampoco. Aquel domingo por la tarde, después de comer, Padre y Madre subieron al primer piso y cerraron la puerta del dormitorio. Abuelo se durmió en el diván del salón. El niño vestido de marinero se sentó en el porche con mosquiteras y jugó a hacer morisquetas a las moscas. Al pie de la colina, Hermano Menor de Madre se subió al tranvía y llegó hasta el final de la línea. Era un hombre joven con un bigote rubio, solitario e introvertido, y se decía que tenía dificultades para encontrarse a sí mismo. Al final de la línea había un campo pantanoso con hierbas altas. El aire estaba cargado de sal. Hermano Menor, con su traje blanco de lino y su sombrero de paja, se arremangó los pantalones y caminó descalzo por las marismas espantando a las aves acuáticas, que salían volando. Era la época de nuestra historia en que Winslow Homer pintaba. Por la costa este aún había algo de luz. Homer pintaba la luz. Le daba al mar un tono pesado, amenazante e iluminaba con matices fríos las rocas y los bancos de arena del litoral de Nueva Inglaterra. Se producían inexplicables naufragios y valientes rescates con remolcadores. En los faros y en las chozas escondidas por la playa se registraban extraños sucesos. En todo el país, el sexo y la muerte pasaban bastante desapercibidos. Había mujeres desaparecidas que morían entre los rigores del éxtasis. Se acallaban historias y los reporteros recibían sobornos de las familias ricas. Había que leer entre las líneas de los periódicos y gacetas. En la ciudad de Nueva York los periódicos no paraban de hablar del asesinato del famoso arquitecto Stanford White a

manos de Harry K. Thaw, excéntrico vástago de una familia enriquecida con los refrescos de cola y el ferrocarril. Harry K. Thaw era el marido de Evelyn Nesbit, la famosa belleza que en su día había sido amante de Stanford White. Thaw había disparado a White en la azotea ajardinada del Madison Square Garden, un espectacular edificio alargado de ladrillo amarillo y terracota situado en la calle 26 y que el propio White había diseñado en estilo sevillano. Era la noche de estreno de una revista titulada *Mamzelle Champagne*, y mientras el coro cantaba y bailaba, el excéntrico heredero, que aquella noche de verano llevaba un sombrero de panamá y un grueso abrigo negro, sacó una pistola y disparó al famoso arquitecto tres veces en la cabeza. En la azotea. Se oyeron gritos. Evelyn se desmayó. A los quince años ya había sido una conocida modelo de artistas. Llevaba ropa interior blanca. Su marido le pegaba de forma habitual. Un día conoció por casualidad a Emma Goldman, la revolucionaria. Goldman la liberó con sus ideas. Al parecer, los negros sí existían. Los inmigrantes también. Y aunque los periódicos calificaron el asesinato de «crimen del siglo», Goldman sabía que aún estaban en 1906 y que quedaban noventa y cuatro años por delante.

Hermano Menor estaba enamorado de Evelyn Nesbit. Había seguido de cerca el escándalo en que se había visto envuelta y había empezado a creer que la muerte de su amante, Stanford White, y el encarcelamiento de su marido, Harry K. Thaw, la dejaba en la necesidad de recibir las atenciones de un gentil joven de clase media sin un céntimo. Pensaba en ella todo el día. Estaba desesperado por conseguirla. En su habitación, colgado de la pared, tenía un dibujo de Charles Dana Gibson, publicado en el periódico, que se titulaba «La eterna pregunta». Mostraba a Evelyn de perfil, con una gran melena de la que caía un mechón formando un interrogante. Tenía la mirada abatida y el ojo que se veía quedaba embellecido por un tirabuzón que le caía por encima de la ceja. La nariz era delicadamente respingona y la boca dibujaba un ligero mohín. El largo cuello trazaba una curva como si se tratara de un ave a punto de emprender el vuelo. Evelyn Nesbit había provocado la muerte de un hombre y arruinado la vida a otro, por lo que dedujo que no había nada que valiera más la pena tener o desear que el contacto de sus finos brazos alrededor de su cuerpo.

La tarde estaba envuelta en una bruma azul. El agua del mar se filtraba entre la arena barrida por las olas. Se agachó y encontró una concha perfecta, una variedad de molusco infrecuente al oeste del estrecho de Long Island. Era una caracola rosa y ámbar en forma de dedal, la recogió y, bajo aquel sol oculto por la bruma que le secaba la sal pegada a los tobillos, echó la cabeza atrás y se bebió el sorbo de agua salada que contenía la caracola. Las gaviotas revoloteaban sobre su cabeza chillando como oboes, y tras él, al final de la marisma, tras las altas hierbas, fuera del alcance de su vista, la campana del tranvía de North Avenue anunciaba en la distancia su llegada.

Al otro lado de la ciudad, el niño vestido de marinero se sintió de pronto inquieto y empezó a medir la longitud del porche. Con los dedos del pie presionó la base de la

mecedora con respaldo de mimbre. Había alcanzado aquella edad de conocimiento y sabiduría infantiles que pilla por sorpresa a los adultos, y les resultaba irreconocible. Leía el periódico cada día y estaba al tanto de la disputa entre los jugadores de béisbol profesional y los científicos, que afirmaban que la curva en los lanzamientos no era más que una ilusión óptica. Tenía la sensación de que las circunstancias de la vida de su familia iban en contra de su necesidad de ver cosas e ir a sitios. Por ejemplo, había desarrollado un enorme interés por la obra y la trayectoria de Harry Houdini, el artista del escapismo. Pero no le habían llevado a verlo. Houdini era cabeza de cartel en los principales escenarios del país. Su público se componía de pobres: carreteros, vendedores ambulantes, policías, niños. Tenía una vida absurda. Iba por todo el mundo aceptando todo tipo de mordazas y escapándose. Le ataban a una silla. Se escapaba. Le encadenaban a una escalera. Se escapaba. Le esposaban, le ponían grilletes en las piernas, le ponían una camisa de fuerza y le encerraban en una taquilla. Se escapaba. Se escapaba de cajas fuertes, de toneles claveteados, de sacas de correos cosidas; se escapó de una caja de piano Knabe forrada de zinc, de un balón de fútbol gigante, de una olla de hierro galvanizado, de un escritorio con puerta de persiana corredera, de una membrana de embutido. Sus fugas eran impresionantes porque nunca rompía ni parecía haber abierto los cierres de lo que le aprisionaba. Se levantaba el telón y ahí estaba, despeinado, pero triunfante junto al immaculado contenedor de donde se suponía que había salido. Saludaba a la multitud. Se escapó de una cuba de leche llena de agua y sellada. Se había escapado de un furgón blindado siberiano. De un crucifijo de tortura chino. De un penal de Hamburgo. De un barco-prisión británico. De una cárcel de Boston. Le encadenaban a neumáticos de automóviles, a norias, a cañones, y escapaba. Lo tiraban esposado desde un puente al Mississippi, al Sena, al Mersey, y aparecía en la superficie saludando. Le ponían una camisa de fuerza y lo colgaban boca abajo de grúas, de avionetas o de la azotea de edificios. Lo tiraron al océano con un traje de buzo cerrado con candados, emplomado y sin conductos para respirar, y se escapó. Lo enterraron vivo en una tumba y no pudo escapar, y lo tuvieron que rescatar. A toda prisa, excavaron y lo sacaron. «La tierra pesa demasiado», dijo jadeando. Tenía las uñas ensangrentadas. Los ojos llenos de tierra. Estaba pálido y no se mantenía en pie. Su ayudante empezó a vomitar. Houdini farfullaba casi sin aliento. Tosía sangre. Lo limpiaron y se lo llevaron al hotel. Hoy en día, casi quince años después de su muerte, el escapismo atrae a un público aún mayor.

El niño se quedó inmóvil al final del porche observando con atención una mosca azul que atravesaba la mosquitera de un modo que parecía que estuviera trepando por la colina desde North Avenue. La mosca salió volando. Un automóvil subía ladera arriba. Al irse acercando, vio que se trataba de un Pope-Toledo Runabout negro de 45 caballos. El niño atravesó el porche corriendo y se quedó en lo alto de los escalones. El coche pasó de largo produciendo un ruido estrepitoso, hizo un trompo y se estrelló contra el poste telefónico. El niño se metió en casa corriendo y llamó a su madre y a

su padre. Abuelo se despertó sobresaltado. El niño salió de nuevo al porche. El conductor y el pasajero estaban de pie, en la calle, mirando el coche: tenía unas enormes ruedas con radios de madera esmaltados en negro. Los faros estaban delante, frente al radiador, y eran de latón, como los pilotos laterales, situados sobre el guardabarros. Tenía la tapicería acolchada y cuatro puertas. Aparentemente no presentaba daños. El conductor llevaba librea. Cuando levantó la tapa del motor, un silbido anunció el chorro de vapor blanco que salió disparado.

Varios vecinos miraban curiosos desde sus patios. Pero Padre, colocándose bien el reloj en el chaleco, bajó a la acera para ver si podía ayudar. El propietario del coche era Harry Houdini, el famoso escapista. Había ido hasta Westchester a pasar el día porque tenía intención de comprarse una vivienda en la zona. Le invitaron a entrar en casa mientras se enfriaba el radiador. Los sorprendió con su actitud modesta, casi apática. Parecía deprimido. Su éxito había atraído a una legión de competidores, lo que le obligaba a idear fugas cada vez más peligrosas. Era un hombre recio y de poca estatura, con evidente aspecto de atleta, grandes manos y la espalda y los brazos bien definidos por los fuertes músculos que se adivinaban bajo la tela de su arrugado traje de *tweed* que, aunque de buena calidad, no había sido la mejor opción para aquel caluroso día. El termómetro marcaba más de treinta grados. Houdini tenía el cabello tieso y rebelde, peinado con la raya en medio, y unos ojos azul claro que no paraban de moverse. Mostraba un gran respeto por Madre y Padre y hablaba de su profesión con humildad. Lo que les sorprendió gratamente, pareciéndoles muy correcto. El niño no apartaba la mirada de él. Madre había encargado que hicieran limonada. La sirvieron en el salón y Houdini se la bebió con gusto. La estancia se mantenía fresca gracias a los toldos de las ventanas, que estaban cerradas para que no entrara el calor. Houdini hizo ademán de desabotonarse el cuello de la camisa. Se sentía oprimido por los sólidos muebles de diseño rectilíneo, las cortinas y las alfombras, los cojines de seda oriental, las lámparas con pantallas de cristal verde. El diván tenía una piel de cebra encima. Al ver la mirada curiosa de Houdini, Padre mencionó que había cazado aquella cebra en una expedición de caza por África. Padre era un explorador aficionado de considerable reputación. Había sido presidente del Club de Exploradores de Nueva York, al que hacía contribuciones anuales. De hecho, en unos días iba a emprender la marcha como portador del estandarte del Club en la tercera expedición Peary al Ártico.

—¿Quiere decir —replicó Houdini— que va a acompañar a Peary al Polo?

—Si Dios quiere —respondió Padre. Se recostó en su silla y encendió un cigarro.

Houdini adquirió de pronto una gran locuacidad y empezó a caminar por la estancia visiblemente agitado, hablando de sus propios viajes, de sus giras por Europa.

—¡Pero el Polo! ¡Eso sí es grande! Debe ser bastante bueno para que le hayan seleccionado —dijo. Dirigió sus ojos azules a Madre—. Y mantener el hogar en marcha tampoco es fácil —concedió.

Desde luego, no le faltaba encanto. Esbozó una sonrisa y Madre, una mujer rubia y de fuerte presencia, bajó la mirada. Durante unos minutos, Houdini deslumbró al pequeño haciendo trucos de habilidad con lo que tenía a mano. Y cuando decidió marcharse, toda la familia le acompañó hasta la puerta. Padre y Abuelo le dieron la mano. Houdini descendió por el camino que pasaba junto al gran arce y bajó los escalones que llevaban a la calle. El chófer estaba esperando; el coche estaba perfectamente aparcado. Houdini se sentó junto al conductor y saludó con la mano. La gente se quedó mirando desde los patios. El niño había seguido al mago hasta la calle y se paró frente al Pope-Toledo, observando el reflejo distorsionado de su cabeza en el brillante latón del faro. Houdini pensó que el niño era guapo, de rostro claro como su madre y rubio, pero algo lánguido. Se asomó por encima de la puerta.

—Adiós, hijo —dijo, dándole la mano.

—Advierta al duque —respondió el niño. Y salió corriendo.

Resultó que la visita inesperada de Houdini había interrumpido el coito de Madre y Padre. Madre no mostraba ningún indicio de que fueran a retornarlo. Salió al jardín. Con el transcurrir de los días, se acercaba la fecha de la partida de Padre, éste esperaba alguna señal que le permitiera hacer una visita a la cama de su esposa. Sabía que si él tornaba la iniciativa, se arriesgaba a perder la ocasión. Era un hombre robusto de fuertes apetitos, pero valoraba el hecho de que su mujer se resistiera a adoptar actitudes poco delicadas como respuesta a las necesidades de su marido. Mientras tanto, toda la casa se preparaba para su partida. Había que hacer el equipaje, arreglar las cosas para el tiempo que iba a faltar en el negocio y ocuparse de otros mil detalles. Madre se llevó el dorso de la muñeca a la frente y se apartó un mechón de cabello. Ningún miembro de la familia era ajeno a los peligros a los que se exponía Padre. Pero nadie quería asumir la responsabilidad de pedirle que se quedara. Durante las largas ausencias de Padre, el matrimonio parecía renacer. La noche antes de la partida, a la hora de la cena, Madre dio un golpe a una cuchara con la manga y se cayó al suelo, y se sonrojó. Cuando toda la casa dormía, Padre entró en su habitación a oscuras, solemne y cuidadoso como requería la ocasión. Madre cerró los ojos y le puso las manos sobre las orejas. Por la barbilla de Padre resbalaba el sudor, que caía sobre los pechos de ella. Madre se sobresaltó. Pensó: «Aún así sé que éstos son los años felices. Y en el futuro sólo nos esperan grandes desgracias».

A la mañana siguiente todo el mundo fue en coche hasta la estación de ferrocarril de New Rochelle para despedir a Padre. Había empleados de la oficina, y el primer ayudante de Padre dio un breve discurso. Hubo unos cuantos aplausos. Llegó el tren de Nueva York, cinco vagones barnizados en verde oscuro tirados por una Baldwin 440 con ruedas motrices radiadas. El niño observó mientras el mecánico, con su lata de aceite, comprobaba los pistones. Sintió una mano sobre el hombro, se volvió, y Padre le sonrió, le cogió la mano y se la estrechó. Al Abuelo le tuvieron que detener para que no cargara las bolsas. Con ayuda del porteador, Padre y Hermano Menor de Madre cargaron los baúles en el tren. Padre le dio la mano al joven. Le había ascendido a un puesto de mayor responsabilidad en la empresa.

—Vigílalo todo —dijo Padre.

El joven asintió. Madre sonrió encantada. Abrazó tiernamente a su marido, que le dio un beso en la mejilla. De pie en la plataforma trasera del tren, Padre se quitó el sombrero de paja y saludó con el brazo mientras el tren iniciaba la curva.

Al día siguiente, tras un desayuno con la prensa acompañado de champán, los hombres de la expedición polar de Peary soltaron amarras y su robusto barquito, el *Roosevelt*, zarpó de su muelle en el East River. Los barcos antiincendios bombeaban chorros de agua que reflejaban un arco iris mientras el sol de la mañana se alzaba

sobre la ciudad. Los buques de pasajeros hacían sonar sus graves sirenas. Hasta un tiempo después, cuando el *Roosevelt* llegó a mar abierto, Padre no se convenció del todo de la realidad de aquel viaje. Allí de pie, junto a la barandilla, sus huesos establecían comunicación con el impresionante e inalterable ritmo del océano. Un poco más tarde el *Roosevelt* se cruzó con un buque trasatlántico que llegaba abarrotado de inmigrantes. Padre observó la mugrienta proa de la ancha embarcación y su sonora lucha contra las olas. Las cubiertas estaban atestadas de gente. Miles de cabezas de hombres con bombines. Miles de cabezas de mujeres cubiertas con chales. Era un barco lleno de harapos con un millón de ojos oscuros que le miraban. Padre, que habitualmente era una persona animosa, de pronto zozobró por dentro. Le invadió una extraña desolación. El viento cobró fuerza, el cielo se había encapotado y el gran océano empezó a agitarse y a quebrarse sobre sí mismo como si estuviera hecho de losas de granito y bancales deslizantes de pizarra. Se quedó mirando el barco hasta que lo perdió de vista. No obstante, a bordo no había más que nuevos clientes, ya que la población inmigrante mostraba una gran devoción por la bandera de Estados Unidos.

La mayoría de los inmigrantes procedía de Italia y del este de Europa. Los llevaban en lanchas a Ellis Island. Allí, en un almacén humano de ladrillo rojo y piedra gris y curiosamente decorado, se les fichaba, se les daba una ducha y se los distribuía en bancos en un área de espera cercada. Inmediatamente percibían el enorme poder de los agentes de inmigración. Estos agentes cambiaban los nombres que no sabían pronunciar y separaban a la gente de sus familias, obligando a regresar a los ancianos, a las personas con defectos de visión, a la chusma y también a los que tenían un aspecto insolente. Su poder era sobrecogedor. Los inmigrantes pensaban en su hogar. Salían a las calles y se integraban en comunidades distribuidas en bloques de pisos. Los neoyorquinos los despreciaban. Estaban mugrientos y eran analfabetos. Apestaban a pescado y a ajo. Tenían heridas abiertas. No tenían honor y trabajaban por una miseria. Robaban. Bebían. Violaban a sus propias hijas. Se mataban entre ellos con una dura indiferencia. Entre los que más los despreciaban se encontraban los irlandeses de segunda generación, cuyos padres podrían haber cometido aquellos mismos delitos. Los niños irlandeses tiraban de la barba a los ancianos judíos y los derribaban a empujones, salían al encuentro de los vendedores ambulantes italianos y les volcaban los puestos.

En cualquier época del año, unos carros recorrían las calles y cargaban en ellos cadáveres abandonados de los marginados sociales. Entrada la noche, llegaban al depósito de cadáveres señoras ataviadas con *babushkas* anudados bajo la barbilla, buscando a sus maridos y a sus hijos. Los cuerpos yacían sobre unas mesas de hierro galvanizado. De la parte inferior de cada mesa salía un tubo de desagüe que descendía hasta el suelo. Un canal colector recorría todo el borde de la mesa. Y en el canal se recogía el agua que desde un grifo situado arriba rociaba los cuerpos. Los rostros de los muertos parecían mirar hacia los chorros de agua que les caían encima como irrefrenables lágrimas que seguían fluyendo incluso tras la muerte.

Sin embargo, de algún modo, empezó a oírse gente que daba clases de piano. La gente se aferraba a la bandera. Tallaban adoquines para las calles. Cantaban. Contaban chistes. La familia vivía en una habitación y todos trabajaban. Mameh, Tateh y la niña del pichi. Mameh y la niña cosían rodilleras en los pantalones y cobraban setenta céntimos por docena. Cosían desde que se levantaban hasta que se iban a la cama. Tateh se ganaba la vida en la calle. Con el paso del tiempo llegaron a conocer la ciudad. Un domingo decidieron derrochar doce céntimos y se pagaron tres billetes en un tranvía y se dirigieron a la parte alta de la ciudad. Pasearon por Madison Avenue y la Quinta Avenida y contemplaron las mansiones. Sus propietarios las llamaban palacios. Y eso es lo que eran, palacios. Todos habían sido diseñados por Stanford White. Tateh era socialista. Veía los palacios y le hervía la sangre. La

familia caminaba a paso rápido. Los policías, con sus cascos altos, les miraban. A la policía no le gustaba ver inmigrantes en las anchas aceras de aquella parte de la ciudad. Tateh explicó que era porque, unos años antes, un inmigrante había disparado en Pittsburg al magnate del acero Henry Frick.

La familia vivió una crisis cuando les llegó una carta que decía que la niña debía ir a la escuela. Aquello significaba que no podrían llegar a fin de mes. Impotentes, Mameh y Tateh llevaron a su hija a la escuela. La matricularon y empezó a ir cada día. Tateh recorría las calles. No sabía qué hacer. Tenía un puesto de venta ambulante. Nunca encontraba una acera que fuera rentable. Mientras él estaba fuera, Mameh se sentaba junto a la ventana con su montón de tela cortada y le daba al pedal de la máquina de coser. Era una mujer menuda, de ojos oscuros, con el pelo castaño ondulado peinado con una raya en medio y recogido en un moño en la nuca. Cuando estaba sola, como en aquella ocasión, cantaba suavemente para sí con una voz aguda y fina. Sus canciones no tenían letra. Una tarde, llevó el trabajo acabado al almacén de Stanton Street. El dueño le hizo pasar a su despacho. Miró las piezas atentamente y reconoció que había hecho un buen trabajo. Contó el dinero y añadió un dólar más de lo que le correspondía. Se debía, le explicó, a que era una mujer muy guapa. Sonrió y le tocó el pecho. Mameh salió corriendo, llevándose el dólar. La vez siguiente volvió a pasar lo mismo. Le dijo a Tateh que estaba trabajando más. Se fue acostumbrando a las manos del patrón. Un día que debían dos semanas de alquiler dejó que aquel hombre se despachara con ella sobre la mesa del taller. La besó en la cara y saboreó la sal de sus lágrimas.

En aquel tiempo, Jacob Riis, infatigable reportero y activista, escribía acerca de la necesidad de viviendas para los pobres. Vivían demasiadas personas en cada habitación. No había alcantarillado. Las calles apestaban a mierda. Los niños morían de simples catarros o ligeros sarpullidos. Morían en camas hechas con dos sillas de cocina juntas. Morían en el suelo. Muchos creían que los inmigrantes pagaban con la miseria, el hambre y la enfermedad su depravación moral. Pero Riis creía en los respiraderos. Con respiraderos, luz y aire limpio habría más salud. Se metió por oscuras escaleras, llamó a las puertas y valiéndose de un *flash* fotografió a familias que vivían en la indigencia. Sostenía el *flash* con una mano, metía la cabeza bajo una capa y, con un fogonazo, la fotografía ya estaba hecha. Cuando se iba, la familia no se atrevía a moverse y permanecía en la posición en la que se había tomado la fotografía. Esperaban que la vida cambiara. Esperaban verse transformados. Riis hizo mapas cromáticos de la población de Manhattan por etnias. El gris era para los judíos, según él era su color favorito. El rojo representaba a los italianos, de piel morena. El azul correspondía a los ahorrativos alemanes. El negro, a los africanos. El verde, a los irlandeses. Y el amarillo, a los chinos, de rostro felino, felinos también en sagacidad y furia salvaje cuando se les provocaba.

—A eso súmenle unas pinceladas de color para los finlandeses, árabes, griegos, etcétera, y el resultado es un delirante parcheado de colores —proclamaba Riis—.

¡Una delirante colcha de retazos de humanidad!

Un día Riis decidió entrevistar al eminente arquitecto Stanford White. Quería preguntarle si alguna vez diseñaría viviendas para los pobres. Quería saber sus ideas sobre la vivienda social, sobre los respiraderos, sobre la luz. Encontró a White en los muelles, supervisando la llegada de elementos arquitectónicos. Riis se maravilló ante lo que vio salir de las bodegas de los barcos: fachadas enteras de palacios florentinos y atrios atenienses, piedra por piedra, todas numeradas; pinturas, estatuas, tapices, techos tallados y pintados al fresco, patios enteros de azulejos, fuentes de mármol, escaleras y balaustradas, suelos de madera y paneles forrados en seda; cañones, penachos, armaduras, divanes, refectorios, aparadores, clavicordios; arcones con cristalerías, plata, oro y porcelana; cajas de ornamentos religiosos, cajas de libros antiguos, cajas de rapé. White, que era un hombre robusto y voluminoso, de cabello pelirrojo con algunas canas perfectamente peinadas, iba dando golpes en la espalda a los estibadores con su paraguas plegado. «¡Con cuidado, imbéciles!», gritaba. Riis quería plantearle sus preguntas. A él le interesaban las viviendas para los pobres. Pero estaba presenciando el desmantelamiento de Europa, el saqueo de antiguas tierras, el nacimiento de una nueva estética en el arte y la arquitectura europeos. Y él era danés.

Aquella noche White asistió al estreno de *Mamzelle Champagne* en la terraza ajardinada del Madison Square. Era a principios del mes de junio y, a final de mes, una ola de calor provocaría la muerte de muchos niños por todos los barrios degradados. Los bloques de pisos irradiaban calor como si fueran hornos y sus habitantes no tenían agua que beber. El depósito al pie de las escaleras estaba vacío. Los padres salían por las calles en busca de hielo. Los reformistas habían acabado con el Tammany Hall^[1], pero algunos especuladores aún acaparaban el suministro de hielo y vendían pequeños bloques a precios exorbitantes. La gente sacaba los colchones a la acera. Las familias dormían en los portales de las casas. Los caballos caían fulminados y se morían en las calles. El Ministerio de Sanidad envió carros a recoger los cuerpos de los cadáveres esparcidos por la ciudad. Pero el servicio no era eficiente. Los caballos reventaban con el calor. Sus intestinos quedaban expuestos y atraían montones de ratas. Y por los callejones de los barrios bajos, a través de las prendas grises que colgaban lánguidamente de las cuerdas tendidas en los respiraderos, llegaba a la calle el olor a pescado frito.

Aquel verano sofocante, los políticos que se presentaban a la reelección organizaban excursiones por el campo e invitaban a sus seguidores. Hacia finales de julio un candidato encabezaba un desfile por las calles del Distrito Cuatro. Llevaba una gardenia en la solapa. Una banda tocaba una marcha de Sousa. Los miembros de la asociación benéfica del candidato seguían a la banda y toda la comitiva se abría camino hacia el río, donde todos subieron a bordo del vapor *Grand Republic*, que iniciaba una travesía por el estrecho de Long Island hasta la población de Rye, pasada New Rochelle, en el mismo estado de Nueva York. El vapor, sobrecargado con el peso de unos cinco mil hombres, escoraba peligrosamente a estribor. El sol caía a plomo. Los pasajeros se apretujaban en las cubiertas y se disputaban la barandilla en busca de un soplo de aire. El agua era como de cristal. En Rye todos desembarcaron para iniciar otro desfile hasta el pabellón, donde un pequeño ejército de camareros vestidos con largos delantales blancos sirvió en mesas de *picnic* el tradicional guiso de pescado. Tras la comida, empezaron los discursos desde la glorieta. La glorieta estaba decorada con símbolos patrióticos aportados por la empresa de Padre. También había banderolas con el nombre del candidato escrito en dorado y banderitas de Estados Unidos con el asta dorada que se regalaban por las mesas. Los hombres de la asociación benéfica se pasaron la tarde bebiendo de los barriles de cerveza, jugando a béisbol y practicando el lanzamiento de herraduras. Los prados de Rye estaban salpicados de hombres que dormitaban en la hierba con el sombrero tapándoles la cara. Por la noche se sirvió la cena y una banda militar ofreció un concierto, y entonces llegó el espectáculo cumbre: una exhibición de fuegos artificiales. Hermano Menor de Madre había acudido para supervisar personalmente este aspecto del evento. Le gustaba diseñar fuegos artificiales. Era la única parte del negocio que le interesaba realmente. Los cohetes se elevaron disparados en aquella atmósfera electrizante. Los destellos se reflejaban en el agua del estrecho. Una gran rueda de fuego parecía rodar por encima del agua. Como si fuera una nueva constelación, el perfil de una mujer se estampó en el cielo nocturno. Caían chispas de luz roja, blanca y azul como si fueran estrellas, para luego explotar de nuevo, como bombas, por encima del viejo vapor que flotaba en el agua. Todo el mundo aplaudía. Cuando acabaron los fuegos, se encendieron unas antorchas para indicar el camino de vuelta al puerto. Durante el viaje de vuelta, el viejo vapor escoraba a babor. Entre los pasajeros se encontraba Hermano Menor de Madre, que había subido a bordo de un salto en el último momento. Pasó por encima de unos hombres que dormían estirados en la cubierta. Se quedó junto a la barandilla de proa y levantó la cabeza para sentir la brisa que se deslizaba sobre las oscuras aguas. Clavó sus intensos ojos en la negra noche y pensó en Evelyn.

Por aquellas fechas, Evelyn Nesbit ensayaba a diario la declaración que daría en el juicio de su marido por el asesinato de Stanford White. No sólo tenía que enfrentarse a Thaw en sus visitas casi diarias a Las Tumbas, la cárcel de la ciudad donde lo tenían preso, sino también a sus abogados, que eran varios; a su suegra, una viuda ricachona de Pittsburgh que la despreciaba; y a su propia madre, cuyos codiciosos sueños de riqueza se habían visto más que cumplidos. La prensa seguía cada paso que daba. Intentó vivir en paz en un pequeño hotel. Intentó no pensar en el aspecto que tenía Stanford White con la cara reventada por los disparos. Comía en su habitación. Ensayaba sus frases. Se retiraba temprano con la convicción de que el sueño le tonificaría el cutis. Estaba aburrida. Hacía pedidos a su modista. La defensa de Harry K. Thaw se basaba en la enajenación transitoria a causa de la historia que ella le había contado sobre su deshonor a los quince años de edad. Era modelo para artistas y aspirante a actriz. Stanford White la había invitado a su apartamento en la torre del Madison Square Garden y le había ofrecido champán. El champán llevaba una droga. Cuando se despertó, a la mañana siguiente, el rastro de la virilidad de White cubría sus muslos como el glaseado de un pastel.

Pero iba a resultar difícil convencer a un jurado de que Harry K. Thaw se enajenó con el simple relato de aquella historia. Era un hombre violento que toda su vida había provocado incidentes en restaurantes. Se subía a las aceras con el coche. Tenía comportamientos suicidas y en una ocasión se había tomado todo un frasco de láudano. Guardaba jeringas en una caja de plata. Se inyectaba sustancias. Tenía la costumbre de apretar los puños y golpearse las sienes. Era autoritario, posesivo y celoso hasta la locura. Antes de que se casaran, se le ocurrió que Evelyn debía firmar una declaración jurada acusando a Stanford White de haberla pegado. Ella se negó y se lo contó a White. El siguiente paso de Harry fue llevársela a Europa, donde la tendría para sí sin tener que preocuparse por White cuando él no estuviera presente. La madre de Evelyn se apuntó de carabina. Zarparon en el *Kronprinzessin Cecile*. En Southampton, Harry sobornó a la madre de Evelyn para deshacerse de ella y cruzó el Canal de la Mancha con Evelyn. Al final llegaron a un antiguo castillo en las montañas de Austria que Harry había alquilado, el *schloss Katzenstein*. En su primera noche en el *schloss* le arrancó el vestido, la tiró sobre la cama y le azotó el trasero y los muslos con un látigo. Sus gritos resonaban por los pasillos y por las escaleras de piedra. En sus habitaciones, los criados alemanes escuchaban, se sonrojaban, abrían botellas de *goldwasser* y copulaban. Las carnes de Evelyn estaban desfiguradas por los moratones. Lloró y gimoteó toda la noche. Por la mañana Harry volvió a su habitación, esta vez con un afilador de cuero para navajas. Evelyn quedó postrada en cama durante semanas. Durante su convalecencia él le trajo diapositivas de la Selva Negra y los Alpes austriacos. Le hacía el amor con ternura y manipulaba con cuidado las partes delicadas. Aun así, ella decidió que su relación había ido más allá de lo aceptable. Exigió que la enviara de vuelta a su casa. Volvió a Estados Unidos a bordo del *Carmania* mucho tiempo después que su madre. Cuando llegó a Nueva York, fue

inmediatamente a ver a Stanford White y le contó lo sucedido. Le enseñó las marcas de las laceraciones en el interior del muslo derecho.

—Cielo santo, cielo santo —exclamó Stanford White. Le besó las marcas.

Ella le enseñó un diminuto cardenal amarillo y morado que tenía en la nalga izquierda, donde se curvaba hacia la entrepierna.

—Qué horror —dijo Stanford White. La besó en aquella zona.

A la mañana siguiente la envió a ver a un abogado que preparó una declaración jurada que recogía lo sucedido en el *schloss* Katzenstein. Evelyn firmó la declaración.

—Ahora, querida, cuando Harry se te acerque, enseñale esto —dijo Stanny White con una amplia sonrisa.

Ella siguió sus instrucciones. Harry K. Thaw leyó la declaración jurada, se quedó pálido e inmediatamente le propuso matrimonio. Ella sólo había estado en el coro, pero lo había hecho tan bien como cualquier otra de las chicas del Floradora.

Y ahora Harry estaba en la cárcel, a la vista de todos. Su celda estaba en el corredor de los asesinos, en el piso superior de la lúgubre prisión de Las Tumbas. Cada noche los guardas le traían los periódicos para que pudiera seguir a su equipo favorito, los Pittsburgh Nationals, y a su ídolo, Honus Wagner. Hasta que no leía la sección de deportes no pasaba a lo que escribían sobre él. Examinó todos los periódicos —el *World*, el *Tribune*, el *Times*, el *Evening Post*, el *Journal*, el *Herald*—. Cuando acababa de leer un periódico lo doblaba, se ponía junto a los barrotes y lo tiraba más allá de la barandilla del corredor para que se abriera y se desmembrara a lo largo de los seis pisos al ir cayendo por el hueco central en torno al cual estaban dispuestos los corredores. Su comportamiento fascinaba a los guardias. Raramente tenían reclusos de su clase. A Thaw no le gustaba especialmente la comida de la cárcel, de modo que le traían los platos de Delmonico. Le gustaba sentirse limpio, así que su ayuda de cámara le traía ropa limpia cada mañana a la puerta de la cárcel. No le gustaban los negros, por lo que se aseguraron de que no hubiera ningún prisionero negro cerca de su celda. Thaw sabía corresponder a la amabilidad de los guardias. Les demostraba su gratitud no discretamente, sino con un estilo impecable, haciendo bolas con billetes de veinte dólares y echándoselos a los pies, para recordarles después que eran unos cerdos mientras se detenían a recogerlos. Estaban muy contentos. Los periodistas les preguntaban su opinión cuando salían de Las Tumbas al acabar su turno. Y cada tarde, cuando Evelyn aparecía con un aspecto impecable, con su camisa de cuello alto y su falda plisada de hilo, se les concedía el permiso para pasear por el puente de los Suspiros, la pasarela de hierro que comunicaba Las Tumbas con el edificio del juzgado de lo penal. Thaw caminaba dando pasitos cortos con las puntas de los pies hacia dentro, como un enfermo mental. Tenía la boca ancha y los ojos de muñeca de los marikitas victorianos. A veces le veían gesticular efusivamente mientras Evelyn agachaba la cabeza, con la cabeza oculta bajo el sombrero. A veces él pedía que le dejaran usar la sala de visitas. El guarda cuyo puesto estaba a la puerta de la sala de visitas, que tenía una mirilla, afirmaba que

Thaw a veces lloraba y que a veces le cogía la mano a Evelyn. A veces caminaba arriba y abajo y se daba puñetazos en las sienes mientras miraba a través de los barrotes de la ventana. Una vez le pidió que le demostrara su amor, que como prueba le bastaba con una felación. Al contacto con la barriga de Thaw, el sombrero de ala ancha de Evelyn, con su aplique de flores secas y tul, se separó del tocado. Después, Thaw le sacudió el serrín de la parte frontal de la falda y le dio unos billetes que sacó de un fajo.

Evelyn les contó a los periodistas que la esperaban a las puertas de Las Tumbas que su marido, Harry K. Thaw, era inocente.

—En el juicio se demostrará que mi marido, Harry K. Thaw, es inocente — declaró un día mientras se subía al coche eléctrico que su venerable suegra había puesto a su disposición. El chófer cerró la portezuela. En la intimidad del coche, lloró. Sabía mejor que nadie lo inocente que era Harry. Había aceptado testificar a su favor por doscientos mil dólares. Y el precio de su divorcio iba a ser aún mayor. Pasó los dedos por la tapicería del coche. Se le secaron las lágrimas y le invadió un curioso estado de exaltación, una fría mueca victoriosa del corazón. Había crecido jugando en las calles de una población minera de Pensilvania. Y ahora era la imagen de la estatua de Saint Gaudens que Stanny White había colocado en lo alto de la torre del Madison Square Garden, un espléndido bronce de una Diana desnuda con el arco tensado y el rostro vuelto hacia el cielo.

Aquello coincidió con la época en que el taciturno novelista Theodore Dreiser sufría terriblemente con las malas críticas y el fracaso de ventas de su primer libro, *Nuestra Carrie*. Dreiser no tenía trabajo, estaba arruinado y demasiado avergonzado para ver a alguien. Alquiló una habitación amueblada en Brooklyn y se mudó allí. Le dio por sentarse en una silla de madera en medio de la habitación. Un día decidió que la silla estaba mal orientada. Se puso en pie, la levantó con ambas manos y la giró hacia la derecha para alinearla correctamente. Por un momento pensó que la silla había quedado alineada, pero luego decidió que no. La volvió a mover hacia la derecha. Entonces se sentó en la silla, pero seguía sintiéndose raro. Volvió a girarla. Al final dio una vuelta completa y seguía sin encontrar la orientación adecuada. La luz iba disipándose al otro lado de la sucia ventana de la habitación amueblada. Durante toda la noche, Dreiser fue dando vueltas a la silla intentando descubrir la alineación correcta.

El inminente juicio de Thaw no era el único aliciente en Las Tumbas. En su tiempo libre, dos de los guardias habían ideado unos nuevos grilletes que, según afirmaban, eran mejores que los que se usaban habitualmente. Para demostrarlo, desafiaron al propio Harry Houdini a ponerlos a prueba. El mago llegó una mañana al despacho del director de Las Tumbas y le hicieron una fotografía dando la mano al director y posando entre los dos sonrientes guardias, con los brazos sobre sus hombros. Intercambió algunas frases ocurrentes con los periodistas y distribuyó muchas invitaciones. Sostenía los grilletes bajo la luz y los examinaba atentamente. Aceptó el desafío. Se liberaría de aquellos grilletes en la actuación de la noche siguiente en el hipódromo de Keith. Rodeado por un cúmulo de periodistas, Houdini hizo público su desafío personal: que allí mismo le quitaran la ropa y lo encerraran desnudo en una celda; si todo el mundo se iba, se las arreglaría para escapar de la celda y aparecer completamente vestido en la oficina del director en menos de cinco minutos. El alcaide puso reparos. Houdini se mostró asombrado. Al fin y al cabo él, Houdini, había aceptado el desafío de los guardias sin dudarlo. ¿Acaso no confiaba el alcaide en la seguridad de su propia cárcel? Los periodistas se pusieron del lado de

Houdini. Sabiendo cómo podrían presentar los periódicos su negativa a proceder con la prueba, el alcaide cedió. Estaba convencido de que sus celdas eran seguras. Las paredes de su oficina eran de un verde pálido, y tenía fotografías de su esposa y de su madre sobre la mesa. Tras su despacho había una mesa con un humidificador de puros y una botella tallada de *whisky* irlandés. Levantó el teléfono recién instalado y, con el auricular en una mano y la base en la otra, lanzó una elocuente mirada a los reporteros.

Poco después, Houdini, desnudo, subió los seis tramos de escaleras hasta el corredor de los asesinos, en el último piso de la cárcel. Este corredor tenía menos ocupantes y las celdas eran consideradas a prueba de fugas. Los guardias encerraron a Houdini en una celda vacía. Dejaron sus ropas perfectamente amontonadas en el corredor, fuera de su alcance. Entonces los guardias y los reporteros que los acompañaban se retiraron y, tal como habían acordado, regresaron a la oficina del alcaide. En varios lugares de su cuerpo, Houdini llevaba pequeños cables y alambres de acero. Esta vez se pasó la palma de la mano por la suela del pie y extrajo de una hendidura del encallecido talón del pie izquierdo una tira de metal de unos seis milímetros de ancho y cuatro centímetros de longitud. De su espesa melena extrajo un trozo de alambre rígido que ajustó alrededor de la tira de metal a modo de asa. Pasó la mano entre los barrotes, insertó la llave improvisada en la cerradura y la giró lentamente hacia la derecha. La puerta de la celda se abrió. En aquel momento Houdini se dio cuenta de que, al otro lado del haz de luz que entraba por la claraboya,

la celda que tenía justo delante estaba iluminada y ocupada. En su interior había un prisionero mirándolo. El prisionero tenía una cara plana y ancha con una nariz porcina, la boca grande y unos ojos de tal brillo y tamaño que no parecían naturales. Tenía el cabello grueso, peinado hacia atrás a los lados de una curiosa raya curva. A Houdini, hombre de teatro, le recordó la cara del muñeco de un ventrílocuo. El prisionero estaba sentado ante una mesa puesta, con mantel, platos y cubiertos. En la mesa quedaban los restos de una gran comida. Una cubitera con hielo contenía una botella vacía de champán boca abajo. El jergón de hierro estaba cubierto con una colcha y varias almohadas. Contra la pared había un armario estilo Regency. Del techo colgaba una lámpara decorada con una pantalla Tiffany. Houdini no pudo evitar quedarse mirando. La celda del prisionero brillaba como un escenario en la perpetua penumbra de la lúgubre cárcel. El prisionero se levantó y saludó con la mano solemnemente, y en su ancha boca apareció un atisbo de sonrisa. Rápidamente Houdini empezó a vestirse. Se puso los calzoncillos, los pantalones, los calcetines con sus ligas y los zapatos. Al otro lado del hueco, el prisionero empezó a desnudarse. Houdini se puso la camiseta, la camisa y el cuello. Se ató la corbata y se colocó la aguja. Se abrochó los tirantes y cogió la chaqueta. Ahora el prisionero estaba desnudo como lo había estado antes Houdini. El prisionero se situó frente a los barrotes de su celda y, levantando los brazos de un modo sorprendentemente obsceno, lanzaba la cadera hacia delante y balanceaba el pene por entre los barrotes. Houdini salió a toda prisa por el corredor, abrió a tientas la cerradura y la cerró tras él.

Houdini no iba a contarle a nadie su curioso encuentro. Durante las celebraciones de su hazaña en la prisión se mantuvo inhabitualmente callado, incluso apagado. Ni siquiera las colas en la taquilla de su espectáculo tras los titulares en los periódicos de la noche consiguieron animarle. Haber escapado de entre los barrotes en dos minutos no le producía ningún placer en absoluto. Pasaron días hasta que se dio cuenta de que el grotesco mimo del corredor de los asesinos tenía que ser el asesino Harry K. Thaw. La gente que no respondía ante su arte le molestaba profundamente. Había acabado por darse cuenta de que estas personas invariablemente pertenecían a la clase alta. Siempre rompían en pedazos la ilusión en la que se basaba su vida y le hacían parecer tonto. Houdini estaba creándose grandes ambiciones y cualquier desarrollo tecnológico le inquietaba. En los oscuros confines del escenario podía asombrar y maravillar. Mientras tanto, el hombre empezaba a hacer volar aviones en el cielo y a conducir automóviles que alcanzaban los cien kilómetros por hora. Un hombre como Roosevelt había aplastado a los españoles en la colina de San Juan y ahora enviaba una flota de barcos de guerra blancos por todo el mundo, más blancos que sus propios dientes. Los ricos sabían qué era lo que importaba. Le miraban como a un niño o a un tonto. Y, sin embargo, su meticuloso entrenamiento y su búsqueda de la perfección en lo que hacía reflejaban el ideal americano. Se mantenía tan en forma como un atleta. No bebía ni fumaba. Estaba tan fuerte como cualquier otro hombre de su peso con el que se pudiera encontrar. Podía apretar los músculos del estómago y, con una sonrisa,

invitar a cualquiera a que le diera un puñetazo con todas sus fuerzas. Tenía una musculatura y una agilidad inmensas y era un profesional valiente y, aun así, para los ricos eso no significaba nada.

La actuación de Houdini incluía ahora un nuevo número en el que conseguía salir de una caja fuerte y luego la abría para mostrar, esposado, al ayudante que un momento antes estaba en el escenario. Fue un gran éxito. Una noche, tras la actuación, el representante de Houdini le dijo que tenía una llamada de la señora de Stuyvesant Fish, de la calle Setenta y ocho, que quería contratarlo para una fiesta privada. La señora Fish formaba parte de los Cuatrocientos. Era famosa por su ingenio. Una vez había celebrado un baile en el que todo el mundo tenía que hablar como los niños. Ahora estaba organizando un baile conmemorativo en honor de su amigo, el fallecido Stanford White, que había diseñado su casa al estilo de los *dogi*. Un *doge* era un magistrado jefe en las antiguas repúblicas de Génova y Venecia.

—Yo no quiero tener nada que ver con esa gente —dijo Houdini a su representante.

Con toda diligencia, el representante comunicó a la señora Fish que Houdini no estaba disponible. Ella dobló la oferta. El baile se celebraba un lunes por la noche. Era el primer gran evento de la temporada. Hacia las nueve en punto Houdini llegó en un Pierce Arrow alquilado. Le acompañaban su representante y su ayudante. Tras el coche iba un camión con el equipo. Al llegar les indicaron la entrada de servicio.

Houdini no sabía que la señora de Stuyvesant Fish también había contratado para la noche a todos los integrantes del circo Barnum & Bailey. Le gustaba sorprender a sus anticuados amigos. Condujeron a Houdini a una especie de sala de espera en la que se encontró rodeado de una nube de tipos estafalarios. Todos ellos habían oído hablar de él y querían tocarlo. Criaturas con la piel cubierta de escamas iridiscentes y las manos pegadas a los hombros, enanos con voz de teléfono. Unas hermanas siamesas con el cuerpo en direcciones opuestas, un hombre que levantaba pesos con unos anillos de hierro fijados al pecho. Houdini se quitó la capa, el sombrero de copa y los guantes blancos y se los entregó a su ayudante. Se dejó caer en una silla. Sus asistentes esperaban instrucciones. Los tipos raros no paraban de decirle cosas.

Pero la habitación en sí era muy bonita, con techos de madera tallada y tapices flamencos con la imagen de Acteón devorado por sus perros.

En los inicios de su carrera, Houdini había trabajado en un pequeño circo al oeste de Pensilvania. En este momento pensaba en aquello para conservar la compostura. Una enana se destacó del resto e hizo que los demás echaran unos pasos atrás. Resultó ser la eminente Lavinia Warren, viuda del general Tom Thumb, el más famoso de todos los enanos. Lavinia Warren Thumb iba vestida con un magnífico vestido que le había proporcionado la señora Fish: se suponía que era una broma dirigida a la íntima amiga de la señora Fish, la señora de William Astor, que había llevado el mismo modelo exactamente la primavera anterior. Lavinia Thumb iba vestida como ella y llevaba unas brillantes joyas falsas que imitaban a las de la señora

Astor. Tenía casi setenta años y se comportaba con dignidad. El día de su boda, cincuenta años atrás, el coronel Thumb y ella habían sido recibidos en la Casa Blanca por los Lincoln. Houdini quería llorar. Lavinia ya no trabajaba en el circo, pero había acudido a Nueva York desde su casa de Bridgeport, una construcción de tablas de madera con aleros y un mirador, cuyo mantenimiento resultaba caro. Por eso había aceptado aquel trabajo. Vivía en Bridgeport para estar cerca de la tumba de su marido, que había muerto muchos años antes y al que habían dedicado una placa de piedra situada en lo alto de una columna monumental en el cementerio de Mountain Grove. Lavinia medía 65 centímetros. Le llegaba a las rodillas a Houdini. La voz se le había vuelto más profunda con la edad y ahora hablaba con el tono de una chica normal de veinte años. Tenía unos brillantes ojos azules, el pelo plateado y con canas y unas arrugas finísimas en el pálido cutis. A Houdini le recordaba a su madre.

—Venga, chico, haznos un par de números —le pidió Lavinia.

Houdini entretuvo a los muchachos del circo con juegos de manos y algunos trucos sencillos. Se metió una bola de billar en la boca, la cerró, la abrió y la bola de billar había desaparecido. Cerró la boca, la volvió a abrir y sacó la bola de billar. Se clavó una aguja de coser en la mejilla y la sacó por el interior. Abrió la mano y sacó de ella un pollito vivo. Se sacó de la oreja una tira de pañuelos de seda de colores. Su peculiar público estaba encantado. Aplaudían y se reían. Cuando le pareció que ya había cumplido, Houdini se levantó y le comunicó a su representante que no actuaría para la señora de Stuyvesant Fish. Hubo protestas. Houdini salió enfurecido. Una luz cristalina le cegó. Una orquesta de cuerda tocaba en un palco. Las grandes cortinas, de un rojo pálido, enmarcaban unas ventanas triples y cuatrocientas personas bailaban sobre el suelo de mármol. Protegiéndose de la luz, consiguió ver a la señora Fish bajo un puñado de plumas, que le adornaban el pelo recogido, y ataviada con tiras de perlas, que le colgaban del cuello, mientras sus labios iban formulando observaciones ingeniosas que borboteaban como burbujas de espuma en la boca de un epiléptico.

A pesar de experiencias como aquélla, Houdini nunca desarrolló lo que podríamos llamar conciencia política. No podía sacar conclusiones a partir de sus propios sentimientos heridos. Al final perdería casi de vista el objetivo de su carrera profesional, el gran mapa de la revolución que trazaba su vida. Era judío. Su verdadero nombre era Erich Weiss. Sentía un amor apasionado por su anciana madre, que vivía en su casa de piedra rojiza en la calle Ciento trece Oeste. De hecho, Sigmund Freud acababa de llegar a Estados Unidos para dar una serie de conferencias en la Universidad Clark de Worcester, Massachusetts, de modo que Houdini estaba destinado a ser, junto con Al Jolson, el último de los grandes devotos de sus madres que no se avergonzaban de ello, un movimiento decimonónico en el que figuraban Poe, John Brown, Lincoln y James McNeill Whistler. Por supuesto, la acogida inicial que se dispensó a Freud en Estados Unidos no fue nada favorable. Unos cuantos psiquiatras comprendieron su importancia, pero para el grueso del público no era más que una especie de sexólogo alemán, un exponente del amor libre que usaba palabras

eruditas para hablar de obscenidades. Por lo menos tendría que pasar una década antes de que Freud se pudiera resarcir y ver cómo sus ideas empezaban a revolucionar el sexo en Estados Unidos para siempre.

Freud llegó a Nueva York en el trasatlántico *George Washington*, de la naviera Lloyd. Le acompañaban sus discípulos Jung y Ferenczi, ambos unos años más jóvenes que él. Les recibieron en el muelle otros dos jóvenes freudianos, los doctores Ernest Jones y A. A. Brill. La comitiva comió en la terraza del Hammerstein's Roof Garden. Había tiestos con palmeras. Un dúo de piano y violín tocaba la *Rapsodia húngara* de Liszt. La conversación giraba en torno a Freud y todos le miraban constantemente para analizar su estado de ánimo. Comió unas natillas. Brill y Jones se encargaron de ejercer de anfitriones. Durante los días siguientes, le enseñaron a Freud el Central Park, el Museo Metropolitano y Chinatown. Los chinos de rostro felino los observaban desde el interior de las oscuras tiendas. Había vitrinas llenas de *litchis*. El grupo fue a ver una de las películas mudas que tanto éxito tenían en las salas de proyecciones de toda la ciudad. De los cañones de los rifles salía humo blanco y los actores, maquillados con pintalabios y colorete, se caían hacia atrás presionándose el pecho. «Por lo menos es muda», pensó Freud. Lo que le oprimía del Nuevo Mundo era el ruido. El terrible traqueteo de los caballos y los carros, el tañido y el chirrido de los tranvías, las bocinas de los automóviles. Al volante de un Marmon descapotable, Brill paseó a los freudianos por Manhattan. En un momento dado, en la Quinta Avenida, Freud sintió como si le observaran y, al levantar la vista, se encontró con unos niños que le miraban desde lo alto de un autobús de dos pisos.

Bill llevó al grupo hasta el Lower East Side, con sus teatros judíos, sus carretillas y sus trenes elevados. El temible ferrocarril elevado pasaba rugiendo junto a las ventanas de los bloques de pisos en los que se suponía que debía vivir gente. Las ventanas temblaban, hasta los edificios temblaban. Freud tenía que ir al baño y nadie parecía saber decirle dónde podía encontrar unos lavabos públicos. Tuvieron que entrar todos en una cafetería y pedir unas verduras con crema agria para que Freud pudiera ir al lavabo. Más tarde, de nuevo en el coche, se dirigieron a una esquina para ver cómo trabajaba un artista callejero, un viejo que con sólo unas tijeras y papel hacía siluetas en miniatura por unos centavos. Una bella mujer elegantemente vestida estaba esperando su retrato. El excitable Ferenczi no podía esconder su admiración por la belleza de la mujer y declaró a sus acompañantes lo feliz que le hacía haber descubierto que el antiguo arte de la silueta prosperaba en las calles del Nuevo Mundo. Freud, apretando el puro con los dientes, no dijo nada. El motor runruneaba. Sólo Jung vio a la niña del pichi que estaba de pie tras la joven y le cogía de la mano. La niña miró por un momento a Jung y el joven de la cabeza afeitada, que ya estaba en desacuerdo con su querido maestro, miró a través de sus gafas de gruesa montura a la preciosa niña y de pronto le pareció que la había visto antes, aunque en aquel momento no se explicaba cómo podía ser. Brill apretó el acelerador y el grupo siguió

su recorrido. Su destino final era Coney Island, muy lejos de la ciudad. Llegaron a media tarde e inmediatamente iniciaron un recorrido por los tres grandes parques de atracciones, empezando por el de Steeplechase y continuando luego por Dreamland y, por último, ya de noche, a las torres y cúpulas cubiertas de bombillas eléctricas del Luna Park. Los circunspectos visitantes se montaron en la montaña rusa y Freud y Jung compartieron asiento en el Túnel del Amor. La jornada no finalizó hasta que Freud se cansó y le dio uno de esos desvanecimientos que sufría últimamente en presencia de Jung. Unos días más tarde toda la comitiva se desplazó hasta Worcester para asistir a las conferencias de Freud. Cuando acabaron, le convencieron para que hiciera una excursión a la espectacular maravilla natural de las cataratas del Niágara. Llegaron en un día nublado. Miles de recién casados observaban el gran salto de agua en pareja e inmóviles. La bruma que salía de las cataratas parecía lluvia invertida. Había una cuerda tendida entre una orilla y la otra y un loco ataviado con zapatillas de ballet y mallas estaba caminando por la cuerda, manteniendo el equilibrio con una sombrilla. Freud sacudió la cabeza. Después el grupo se dirigió a la cueva de los Vientos. Allí, en un puente subterráneo, un guía dejó a los otros atrás y tomó a Freud por el codo.

—Permitan que pase delante el anciano —dijo el guía.

En aquel momento el eminente doctor, de cincuenta y tres años, decidió que ya tenía bastante de Estados Unidos. Emprendió el viaje de vuelta a Alemania con sus discípulos en el *Kaiser Wilhelm der Grosse*. En realidad no se había acostumbrado a la comida ni a la escasez de baños públicos. Tenía la impresión de que el viaje le había destrozado el estómago y la vejiga. La gente, en su conjunto, le había parecido engreída, descarada y descortés. La vulgar apropiación de obras de arte y arquitectura europeas al por mayor, con independencia del periodo o país de procedencia, le parecía atroz. Había visto en aquella caprichosa mezcolanza de grandes riquezas y extrema pobreza el caos de una civilización europea entrópica. Se sentó en su tranquilo y acogedor estudio vienés, contento de estar de vuelta. Y le dijo a Ernest Jones: «Estados Unidos es un error, un error gigantesco».

En aquella época, por supuesto, no poca gente de este lado del océano compartía la misma opinión. Millones de hombres estaban sin trabajo. A los afortunados que tenían empleo se les asustaba para que no formaran sindicatos. Los tribunales les aplicaban prohibiciones, los policías les aporreaban en la cabeza, sus líderes eran encarcelados y ponían a hombres nuevos en su lugar. Un sindicato era una afrenta a Dios. «El hombre trabajador estaría protegido y cuidado, no por los agitadores sindicales —decía un rico—, sino por el buen cristiano a quien Dios, en su infinita sabiduría, le había dado el control de las propiedades del país». Cuando fallaba todo lo demás, el ejército hacía su aparición. En todas las ciudades del país aparecían fábricas de armas. En las minas de carbón, un minero ganaba un dólar al día si conseguía extraer tres toneladas. Vivía en los barracones de la empresa y compraba la comida en las tiendas de la empresa. En las plantaciones de tabaco, los negros

despalillaban hojas trece horas al día y ganaban seis centavos por hora, tanto hombres como mujeres o niños. Los niños no sufrían ninguna discriminación. Se les valoraba allá donde había trabajo. No se quejaban como solían hacer los adultos. A los patrones les gustaba considerarlos alegres duendecillos. Si había algún problema en cuanto a dar empleo a los niños, tenía que ver únicamente con su resistencia. Eran más ágiles que los adultos pero tendían a perder algo de eficiencia las últimas horas de la jornada. En las fábricas de conservas y en los molinos eran las horas en que corrían un mayor riesgo de perder algún dedo o de cortarse la mano o acabar con la pierna aplastada: tenía que insistírseles en que estuvieran atentos. En las minas trabajaban separando el carbón y a veces se asfixiaban en las tolvas; se les advertía para que se mantuvieran despiertos. Cada año eran linchados cien negros. Cien mineros morían quemados vivos. Cien niños quedaban mutilados. Parecía que hubieran cuotas para todas estas cosas. Parecía que hubieran cuotas para las muertes por inanición. Había *trust* de las petroleras, de la banca, del ferrocarril, de las cárnicas y de las acereras. Se puso de moda rendir homenaje a los pobres. En los palacios de Nueva York y Chicago había gente que daba bailes en honor a los pobres. Los invitados llegaban disfrazados con harapos, comían en platos de hojalata y bebían en tazas desportilladas. La pista de baile se decoraba imitando una mina, con vigas, vagonetas de hierro y lámparas de minero. Se contrataba a empresas de atrezo para convertir los jardines en granjas de cerdos y los comedores en fábricas de tejidos de algodón. Los invitados fumaban colillas que les servían en bandejas de plata. Los cómicos actuaban con la cara embetunada. Una vez se celebró una fiesta recreando un matadero. A los invitados se les pusieron largos delantales y gorros blancos. Cenaron y bailaron mientras unos rieles móviles desplazaban a lo largo de las paredes sanguinolentas carcasas de bueyes muertos. Las vísceras se esparcían por el suelo. Los ingresos se dedicarían a la caridad.

Un día, tras su visita a Las Tumbas, Evelyn Nesbit miró por el parabrisas trasero del coche eléctrico y de pronto se dio cuenta de que, por primera vez en muchos días, no la seguía ningún periodista. Normalmente los reporteros de *Hearst* y de *Pulitzer* la acosaban sin cesar.

Impulsivamente, le ordenó al conductor que girara hacia el este. El conductor, miembro del servicio de la madre de Harry Thaw, se permitió fruncir el ceño. Evelyn no reparó en ello. El ruido del motor atravesaba la ciudad en el calor de la tarde. Era un Detroit Electric negro con neumáticos de caucho duro. Al cabo de un rato, Evelyn vio por la ventanilla los vendedores ambulantes del Lower East Side con sus carros.

Unas caras de ojos oscuros miraban con curiosidad hacia el interior del coche. Hombres con grandes bigotes le sonreían mostrando sus dientes de oro. Los peones que trabajaban en la calle se sentaban en los bordillos y se daban aire con las gorras. Unos niños con pantalones bombachos corrían junto al coche con grandes bultos a sus espaldas. Evelyn vio tiendas con rótulos en hebreo en los escaparates y las letras en hebreo le parecieron combinaciones de huesos. Vio las escaleras de incendios de hierro de los bloques que parecían galerías de celdas. Los percherones levantaban el cuello arqueado bajo el peso de los yugos para mirarla. Hombres harapientos que tiraban de sus carros de dos ruedas cargados de chatarra, mujeres que vendían pan cargado en grandes cestos que llevaban bajo el brazo; todos miraban. El conductor estaba nervioso. Llevaba una librea gris con polainas de piel negra. Condujo el brillante coche por las estrechas e inmundas callejuelas. Una niña con un pichi y unos zapatos acordonados jugaba junto a la basura que se amontonaba en el bordillo.

—Pare el coche —ordenó Evelyn.

El chófer bajó y le abrió la puerta. Evelyn salió a la calle. Se agachó. La niña tenía el cabello negro y lacio que le envolvía la cabeza como si fuera un casco. Tenía la piel de color aceituna y los ojos de un marrón tan intenso que parecía negro. Miró a Evelyn sin curiosidad. Era la niña más bonita que Evelyn había visto nunca. Tenía una cuerda de tender la ropa atada alrededor de la cintura. Evelyn se levantó y siguió la cuerda, y se encontró de pronto mirando a la cara de un viejo loco con una barba gris muy recortada. El otro extremo de la cuerda estaba atado a la mano del viejo. Llevaba un abrigo raído y con una manga rota. También llevaba una gorra y corbata. Estaba de pie, en la acera, frente a un puesto de siluetas enmarcadas prendidas con alfileres de una cortina de terciopelo negro. Era un artista de la silueta. Sólo con unas tijeritas y un poco de pegamento hacía retratos recortando un trozo de papel blanco y montándolo sobre un fondo negro.

—En total, junto con el marco, son sólo quince centavos, señora —dijo el viejo.

—¿Por qué tiene a esta niña atada con una cuerda? —preguntó Evelyn.

El viejo se quedó mirando sus elegantes ropas. Se rió, sacudió la cabeza y empezó a hablar sólo en hebreo. Le dio la espalda. Al detenerse el coche se había congregado una multitud, y un obrero alto se adelantó y se quitó la gorra en señal de respeto antes de proceder a traducirle a Evelyn lo que decía el viejo.

—Disculpe, señora —dijo—, es para que no le roben la niña.

Evelyn tenía la sensación de que el traductor era una especie de diplomático. El viejo artista se reía con sarcasmo apuntándola con la mirada; era evidente que hablaba de ella.

—Dice que puede que la señora rica no esté al corriente de que en estos barrios roban a diario niñas y que las venden como esclavas.

Evelyn estaba atónita.

—Esta niña no puede tener más de diez años —dijo.

El viejo empezó a gritar y a señalar un bloque de pisos al otro lado de la calle, luego se dio la vuelta y apuntó a una esquina y después a la otra esquina.

—Disculpe, señora —explicó el obrero alto—, mujeres casadas, niñas, cualquiera a la que le puedan poner la mano encima. Las deshonran y luego, avergonzadas, las mujeres se ven abocadas a la calle. En esta misma calle hay casas que se usan con esos fines.

—¿Dónde están los padres de la niña? —preguntó Evelyn.

El viejo se dirigía ahora a la muchedumbre, golpeándose el pecho y señalando con el dedo al aire. Una mujer cubierta con un pañuelo negro sacudía la cabeza y se lamentaba compasivamente. El viejo se quitó la gorra y se tiró del pelo. Incluso el obrero alto se olvidó de traducir de lo conmovido que estaba por el relato.

—Disculpe, señora —dijo por fin—, este hombre es el padre de la niña. —Señaló la manga desgarrada del artista—. Su propia esposa, para poder alimentarlos, se vendió y ahora él la ha echado de casa y llora su pérdida como se llora la de los muertos. El cabello se le ha vuelto blanco en el último mes. Tiene treinta y dos años.

El viejo, llorando y mordiéndose el labio, se volvió hacia Evelyn y vio que ella también estaba conmovida. Por un momento, todos los que estaban allí, en la esquina, compartieron su desdicha: Evelyn, el chófer, el obrero, la mujer del pañuelo negro y los curiosos. Entonces una persona se fue. Luego otra. La multitud se fue dispersando. Evelyn se acercó a la niña que seguía sentada en el bordillo. Se agachó con los ojos humedecidos y miró a la cara de la niña de ojos secos.

—Hola, cariño —le dijo.

Así empezó la preocupación de Evelyn Nesbit por el viejo artista de treinta y dos años y por su hija. El hombre tenía un nombre judío muy largo que ella no podía pronunciar, así que decidió llamarle Tateh, que era como le llamaba la niña. Tateh era el presidente de la Alianza de Artistas Socialistas del Lower East Side. Era un hombre orgulloso. Evelyn descubrió que no había modo de acercarse a él si no era pidiéndole que le hiciera una silueta. Durante dos semanas el viejo hizo ciento cuarenta retratos a Evelyn. Cada vez que acababa uno, ella le daba quince centavos. A

veces le pedía un retrato de la niña. Tateh hizo unos noventa, y les dedicaba más tiempo. Entonces Evelyn le pidió retratos dobles de ella y la niña. Al oír aquello, el viejo la miró fijamente y sus ojos parecieron emitir una terrible maldición hebrea. Aun así, hizo lo que le pedía. Con el tiempo, a Evelyn le pareció que, aunque la gente a veces se paraba a ver cómo trabajaba el artista, muy pocos le pedían que les hiciera una silueta. Empezó a crear siluetas cada vez más elaboradas, de cuerpo entero, con fondo, de Evelyn, de la niña, del caballo de un carretero que pasaba por allí, de cinco hombres con el cuello almidonado sentados en un coche sin capota. Con sus tijeras sugería no sólo perfiles, sino también texturas, estados de ánimo, caracteres, desesperación. La mayoría se encuentran aún hoy en colecciones privadas. Evelyn acudía casi todas las tardes y se quedaba todo lo que podía. Se vestía discretamente para pasar lo más desapercibida posible. Siguiendo el ejemplo de los Thaw, pagaba grandes sumas de dinero al chófer para taparle la boca. Los columnistas de cotilleos empezaron a deducir que las desapariciones de Evelyn se debían a imprudentes aventuras amorosas, y se asoció su nombre con el de decenas de hombres de toda la ciudad. Cuanto menos se la veía, más calumniosos eran los artículos. No le importaba. Se escapaba para dedicarse a su nueva historia de amor en el Lower East Side. Se ponía un chal sobre la cabeza y un viejo suéter negro sobre la blusa; el chófer guardaba ambas prendas bajo la manta del coche. Iba hasta la esquina de Tateh, posaba para el retrato y disfrutaba viendo a la niña al otro extremo de la cuerda. Estaba hechizada. Y en todo aquel tiempo no hubo ningún otro hombre en su vida más que su loco marido, Harry K. Thaw. A menos que contara como tal a su admirador secreto, el joven de los pómulos pronunciados y el bigote rubio que la seguía allá donde fuera. Le había visto por primera vez en la esquina de Tateh, al otro lado de la calle, desviando la mirada cuando ella se le quedaba mirando. Sabía que su suegra recurría a detectives privados, pero decidió que aquel hombre era demasiado tímido para ser detective. Había descubierto dónde vivía y cuál era su rutina diaria, pero nunca se le había acercado. Ella no se sentía intimidada por su atención, sino protegida. Intuitivamente, sentía su admiración como un interés por su propio bienestar. De noche soñaba con la niña, se despertaba, pensaba en ella. Le venían a la mente planes de futuro como destellos que desaparecían enseguida. Estaba ansiosa, tensa, excitada, inexplicablemente feliz. Iba a testificar a favor de su marido y lo iba a hacer bien. Tenía la esperanza de que le hallaran culpable y lo encerrarán de por vida.

La niña del pichi le cogía de la mano, pero no le hablaba. Incluso con Tateh hablaba poco. Tateh decía que nadie sufre el duelo como un niño, ni siquiera un amante. Evelyn se dio cuenta de que el orgullo de aquel hombre ya le habría apartado de su lado mucho tiempo atrás de no ser porque sus atenciones para con la niña le resultaban útiles. Un día Evelyn fue a hacerse su retrato y no vio ni al padre ni a la hija. Afortunadamente sabía dónde vivían, en Hester Street, sobre unos baños públicos. Fue allí, a paso ligero, sin atreverse a hacer cábalas sobre lo que podía pasar. Hester Street era un bullicioso mercado de vendedores ambulantes que vendían

fruta y verdura, pollos y panes desde sus carros aparcados junto al bordillo. Las aceras estaban abarrotadas de compradores; los cubos de basura, rebosantes, esperaban en fila junto a las escaleras de entrada a cada bloque. En las escaleras de incendios había sábanas colgadas. Evelyn subió corriendo por unas escaleras de hierro y se encontró en un oscuro rellano con un hedor increíble. Tateh y la niña vivían en el piso más alto, en dos pequeñas habitaciones traseras. Llamó a la puerta. Volvió a llamar. Un momento después la puerta se entreabrió; había una cadena de seguridad.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Evelyn—. Déjeme entrar.

Tateh estaba escandalizado por la visita. Estaba de pie y sólo llevaba puestos una camisa, unos pantalones sujetos con tirantes y unas zapatillas blancas. Insistió en que dejara la puerta abierta a pesar del fétido aire procedente de la escalera, e inmediatamente se puso la chaqueta y los zapatos. Arregló a toda prisa su cama, echando por encima una colcha de vivos colores. La niña yacía en una cama de latón, en la otra habitación. Tenía fiebre. Las dos habitaciones estaban iluminadas con velas. El dormitorio, pese a tener una ventana, estaba casi tan oscuro como la primera sala. Daba a un respiradero. Todo el apartamento no era más grande que un despacho. Aun así, cuando los ojos de Evelyn se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que el lugar estaba escrupulosamente limpio. Su llegada había provocado una terrible consternación en el viejo artista, que caminaba arriba y abajo a la luz de la vela y no sabía qué hacer con ella. Muy agitado, fumaba un cigarrillo que sostenía entre el pulgar y el índice, con la palma de la mano hacia arriba, al estilo europeo.

—Yo me puedo quedar con la niña —insistió Evelyn— mientras usted va a trabajar.

Por fin el hombre accedió, aunque sólo fuera por evitar la terrible tensión que le provocaba la presencia de aquella mujer en su casa. Cogió su caballete de exposición con las cortinas de terciopelo negro dobladas sobre el brazo y la caja de madera donde llevaba el material como si fuera un maletín y salió a toda prisa. Evelyn cerró la puerta. Miró la vitrina, las pocas tazas y los platos descantillados. Examinó la ropa de cama guardada en los cajones, la vieja mesa de roble y las sillas donde comía la familia. Había un montón de pantalones por terminar sobre una máquina de coser junto a la ventana del dormitorio. La máquina tenía un pedal de hierro con filigranas. La ventana del dormitorio reflejaba la luz de la vela. El latón de la pequeña camita brillaba. Evelyn sintió una fuerte conexión con la madre ausente. La niña le miró con la cabeza entre almohadas y no sonrió ni dijo nada. Evelyn se quitó el chal y el viejo suéter y los puso sobre una silla. En un arcón apoyado sobre un costado junto a la cama a modo de mesita de noche, había una pila de libros en hebreo. También había libros en inglés, sobre socialismo, y panfletos en los que aparecían imágenes de fuertes obreros marchando juntos cogidos por los brazos. Ninguno de ellos se parecía al frágil y canoso Tateh. No había espejos en las paredes ni fotografías de la familia, de la esposa y madre perdida. En la habitación de delante encontró un barreño de

estaño galvanizado. Encontró también un cubo. Bajó las escaleras y lo llenó con agua del depósito de la planta baja. Calentó el agua en el fogón de carbón de la habitación de delante y llevó el cubo, el barreño y una fina toalla almidonada al dormitorio. La niña se tapaba agarrando las sábanas con fuerza. Evelyn la destapó con suavidad y la sentó en el borde de la cama. Le levantó el camisón y la puso de pie. Le sacó el camisón por la cabeza, sintiendo las exhalaciones de su joven cuerpo como el calor del sol.

—Métete un momento en el barreño —le dijo, y se arrodilló frente a la niña y la lavó con el agua caliente, echándosela con la mano, acariciando a la niña con las manos mojadas y repitiendo la operación por aquellos morenos hombros, los oscuros e incipientes pezones, la cara, la sedosa espalda, los finos muslos, la suave curva del vientre, sus partes íntimas. Mientras Evelyn la lavaba con las manos, el agua recorría su joven cuerpo afiebrado y caía de nuevo en el barreño como una lluvia. Luego, con la toalla doblada en cuatro, la secó con toda suavidad y la volvió a vestir con otro camisón que había encontrado en el cajón, uno más grande de algodón fino, demasiado grande, grotesco, que hizo reír a la niña. Evelyn estiró las sábanas y sacudió las almohadas. Volvió a meter a la niña en la cama y le tocó la frente, que estaba fresca. Los oscuros ojos de la niña brillaban en la penumbra. Evelyn le peinó el cabello negro y le acarició la cara. Se agachó hacia ella, la niña pasó sus bracitos alrededor de su cuello y Evelyn la besó en los labios.

Aquél fue el día en que Evelyn Nesbit consideró la posibilidad de secuestrar a la niña y abandonar a Tateh a su suerte. El viejo artista nunca le había preguntado su nombre ni sabía nada de ella. Era factible. Pero en vez de eso se metió de lleno en la vida de la familia redoblando sus esfuerzos, trayendo comida, ropa de cama y cualquier otra cosa que pudiera superar la barrera del atormentado orgullo del viejo. Estaba loca por convertirse en una de ellos: le sacaba información a Tateh cuando hablaban y aprendió de la niña a coser pantalones. Cada tarde se pasaba horas viviendo como una mujer hebrea del barrio judío y el conductor la recogía en un lugar acordado a varias manzanas de distancia, siempre refunfuñando. Evelyn se sentía tan desesperadamente enamorada que apenas podía ver con claridad, tenía algo en los ojos y parpadeaba constantemente en un esfuerzo por aclararse la vista. Lo veía todo a través de una película de lágrimas saladas, y la voz se le volvió ronca porque la garganta se le llenaba de irreprimibles y continuos sollozos provocados por su felicidad.

Un día Tateh la invitó a una reunión patrocinada conjuntamente por la Alianza de Artistas Socialistas del Lower East Side y otras siete organizaciones. Era un acontecimiento importante. Iba a hablar nada menos que Emma Goldman. Tateh le explicó con todo detalle que, aunque él se consideraba firmemente opuesto a Goldman por ser ella anarquista y él socialista, sentía un gran respeto por su valor y su integridad; y reconocía que era conveniente establecer algún tipo de acuerdo temporal entre los socialistas y los anarquistas, aunque sólo fuera por aquella tarde, porque los fondos recaudados servirían para apoyar a los camiseros, que estaban en huelga, y a los trabajadores del acero de McKeesport, en Pensilvania, que también estaban en huelga, y al anarquista Francisco Ferrer, que iba a ser condenado y ejecutado por el Gobierno español por fomentar una huelga general en España. En cinco minutos Evelyn se vio inmersa en la tonificante lingüística del idealismo radical. No se atrevió a confesarle a Tateh que no tenía ni idea de que el socialismo y el anarquismo no fueran lo mismo, ni que la idea de ver a la célebre Emma Goldman le asustaba. Se echó el chal sobre la cabeza y, cogiendo firmemente la mano de la niña, echó a andar tras Tateh hacia el norte, al Salón Obrero de la calle Catorce Este. Eso sí, en un momento dado se dio la vuelta para ver si su extraño admirador secreto la seguía, y lo estaba haciendo, a media manzana de distancia, con el fino rostro escondido bajo la sombra de su sombrero de paja.

El tema escogido por Emma Goldman era el gran dramaturgo Ibsen, cuya obra, según decía, contenía todos los instrumentos para la disección radical de la sociedad. No era una mujer físicamente impresionante, ya que era pequeña, de cintura gruesa y tenía un rostro masculino, con una mandíbula poderosa. Llevaba gafas con montura de concha que le hacían los ojos más grandes y que sugerían la constante indignación que le provocaba lo que veía. Tenía una enorme vitalidad y una voz sonora. Evelyn, después de asimilar la sensación de alivio al ver que Goldman no era más que una mujer y bastante pequeña, por cierto, se vio arrastrada por el torrente de poderosas ideas que le abrieron la mente como un vendaval. Con el calor y la constante excitación que transmitía el público, se dejó caer el chal sobre los hombros. Quizá habría un centenar de asistentes, todos sentados en bancos o de pie junto a las paredes mientras Goldman hablaba desde detrás de la mesa al final de la sala. El Departamento de Policía había situado a unos cuantos hombres en posiciones visibles junto a las puertas y hubo un momento en que un sargento de la policía intentó interrumpir el discurso de Emma, afirmando que había anunciado que hablaría sobre teatro y no sobre Ibsen. Tuvo que salir entre carcajadas y abucheos. No obstante, Goldman no se unió a las risas, ya que sabía por experiencia lo que acababa haciendo por sistema la policía si se la ridiculizaba. Estaba hablando a toda velocidad y,

mientras hablaba, recorría al público con la vista y se detenía, una y otra vez, en el rostro de alabastro de Evelyn Nesbit, que estaba sentada entre Tateh y la niña, a la derecha de la primera fila, posición de honor concedida a Tateh como presidente de la Alianza de Artistas Socialistas.

—¡Amor en libertad! —proclamaba Goldman—. Los que, como la señora Alving, han pagado con sangre y lágrimas su despertar espiritual, repudian el matrimonio por considerarlo una imposición, un truco vacuo.

Parte del público, Tateh entre ellos, gritaba:

—¡No, no!

—Camaradas y hermanos —proseguía Goldman—, ¿podéis los socialistas pasar por alto la doble atadura de la mitad de la raza humana? ¿Creéis que la sociedad que explota vuestro trabajo no tiene interés en que viváis del modo determinado en que se os pide que viváis con las mujeres: no libremente sino a través de la servidumbre? Hoy en día todos los reformistas hablan del problema de la esclavitud blanca. Pero, si la esclavitud de los blancos es un problema, ¿por qué no lo es el matrimonio? ¿No está relacionada la institución del matrimonio y la institución del burdel?

La mención de aquella palabra provocó en la sala abucheos y gritos de «¡Vergüenza!, ¡Vergüenza!». Tateh le había tapado los oídos a su hija con las manos y le apretaba la cabeza contra su cuerpo. Un hombre se puso en pie y gritó. Goldman levantó las manos pidiendo calma.

—Camaradas, podemos no estar de acuerdo, por supuesto, pero sin perder el decoro hasta el punto de dar a la policía una excusa para que nos interrumpa.

La gente se volvió a sus asientos y vio una docena de policías que se concentraban en las puertas.

—Lo cierto es —continuó Goldman— que las mujeres no pueden votar, no pueden amar a quien quieran, no pueden desarrollar su mente ni su espíritu, no pueden dedicar su vida a la aventura espiritual de la vida. ¡Camaradas, no pueden! ¿Y por qué? ¿Acaso nuestro talento se limita a nuestros úteros? ¿Acaso no somos capaces de escribir libros y crear cultura, interpretar música y aportar modelos filosóficos para el progreso de la humanidad? ¿Tiene que ser nuestro destino siempre puramente físico? Entre nosotros tenemos hoy a una de las mujeres más brillantes de Estados Unidos, una mujer obligada por esta sociedad capitalista a buscar el éxito en el ejercicio de su atractivo sexual; y lo ha hecho, camaradas, hasta un punto que envidiarían Pierpont Morgan o John D. Rockefeller. Sin embargo, su nombre provoca el escándalo y los de ellos se pronuncian con reverencia y respeto en los empalagosos círculos de los legisladores de esta sociedad.

Evelyn se quedó helada. Quería echarse el chal sobre la cabeza pero tenía miedo de llamar la atención al hacerlo. Se quedó absolutamente inmóvil, mirándose las manos sobre el regazo. Por lo menos la mujer tuvo la decencia de no mirar en su dirección al hablar. Entre el público, los que estiraban el cuello para intentar localizar al objeto de las observaciones de Goldman se vieron interrumpidos por un grito al

fondo de la sala. Una patrulla de casacas azules entró a trompicones por las puertas. Hubo un chillido y de pronto el caos se apoderó del lugar. Era un final típico en las conferencias de Emma Goldman. La policía penetraba por el pasillo central. La anarquista permaneció tranquila tras su mesa y metió sus papeles en el maletín. Evelyn Nesbit sintió los ojos de Tateh sobre ella y se volvió para exponerse a su juicio. Él la miraba como le había visto mirar a una cucaracha antes de pisarla. Entonces aquel rostro envejecido pareció hundirse en un nuevo haz de arrugas y surcos aún más complejos. Todo su ser estaba instalado en la edad previa a la muerte y sus ojos, desde la profundidad de su viejo cráneo, le traducían los murmullos en hebreo que salían de sus labios entreabiertos:

—Toda mi vida se ha visto profanada por zorras —eso es lo que dijo. Y agarrando de la mano a la niña del pichi, desapareció entre la multitud.

Evelyn se quedó de pie, mirándolos. Le parecía que los ojos se le quedaban sin luz. Alargó la mano en busca de algo a lo que agarrarse. Una voz ya familiar le dijo al oído:

—Por aquí, ven conmigo.

La propia Goldman la agarró del brazo con mano firme. La condujo por una portezuela por detrás de la mesa de los oradores y, justo antes de que se cerrara la puerta, ahogando un profundo suspiro, Evelyn miró hacia atrás y vio a su tímida sombra rubia y joven abriéndose paso enérgicamente en su dirección.

—Tengo práctica en esto —le dijo, conduciéndola por unas escaleras oscuras—. No es más que una tarde normal. —Las escaleras daban a la calle, al otro lado de la entrada a la sala de conferencias. Una furgoneta de policía pasó por delante tocando la campana; giró la esquina—. Ven —le dijo Emma Goldman, cogiéndola del brazo, y se llevó rápidamente a Evelyn en dirección contraria.

Cuando Hermano Menor de Madre llegó a la calle, sólo pudo ver dos siluetas de mujer que pasaban bajo una farola a dos manzanas de allí. Salió corriendo tras ellas. La noche era fresca. El sudor del cuello le daba frío. Una brisa hacía golpetear sus pantalones de dril. Se situó a media manzana de las dos mujeres y las siguió durante unos minutos a esa distancia. De pronto giraron y subieron las escaleras de una casa de piedra rojiza. Él echó a correr y, cuando llegó junto a la casa, vio que era una pensión. Entró y subió las escaleras lentamente, ignorando qué habitación buscaba pero de algún modo seguro de que la encontraría. En el segundo rellano se ocultó a la sombra de una puerta. Goldman, con una jofaina en las manos, se dirigía al baño. Oyó el ruido del agua corriente y encontró la puerta de la habitación de Goldman abierta. Era un cuarto pequeño y desde la puerta vio a Evelyn Nesbit sentada en la cama, con la cara entre las manos. Los sollozos le sacudían todo el cuerpo. Las paredes estaban cubiertas de un papel estampado desvaído con un diseño de lilas. La única luz procedía de una lámpara eléctrica junto a la cama. Al oír que Goldman regresaba, Hermano Menor de Madre entró rápidamente en la habitación sin hacer ruido y se metió en el armario, dejando la puerta apenas entreabierta.

Goldman colocó la jofaina sobre la mesita de noche y sacó una fina toalla de cara almidonada.

—Pobrecilla —dijo—. Pobrecilla. ¿Por qué no me dejas que te refresque un poco? Soy enfermera, ¿sabes? Así es como me gano la vida. He seguido tu caso en los periódicos. Te he admirado desde el principio, sin saber por qué. —Le desató los zapatos de empeine alto y se los quitó—. ¿No quieres poner los pies en alto? —le sugirió—. Así es.

Evelyn estaba estirada boca arriba sobre los almohadones, frotándose los ojos con el dorso de la mano. Aceptó la toalla que le tendía Goldman.

—Odio llorar —confesó—. Cuando lloro me pongo muy fea. —Se enjugó las lágrimas con la toalla.

—Al fin y al cabo —prosiguió Goldman— no eres más que una prostituta lista. Aceptaste las condiciones en las que te encontraste y triunfaste. Pero ¿qué clase de victoria ha sido? La victoria de la prostituta. ¿Y cuáles han sido tus consuelos? Los consuelos del cinismo, del desdén, del desprecio del macho. ¿Por qué —me preguntaba— debería sentirme tan identificada con esta mujer? Al fin y al cabo yo nunca he aceptado servir a nadie. He sido libre. He luchado toda la vida por ser libre. Y nunca me he llevado un hombre a la cama si no lo amaba, sin tomarlo con amor, como un ser humano libre, igual a mí, dando y recibiendo en la misma proporción, en amor y libertad. Probablemente me haya acostado con más hombres que tú. He querido a más hombres que tú. Apuesto a que te sorprendería saber lo libre que he sido, la libertad de la que he gozado en mi vida. Porque, como todas las putas, tú valoras la propiedad. Eres una criatura del capitalismo, y la ética del capitalismo es tan corrupta e hipócrita que tu belleza no es más que la belleza del oro, que es lo mismo que decir falsa, fría e inútil.

Aquellas palabras pusieron freno al llanto de Evelyn como no lo habría conseguido ninguna otra cosa. Se apartó la toalla del rostro y se quedó mirando a la pequeña y robusta anarquista que ahora caminaba adelante y atrás frente a la cama mientras hablaba.

—¿Por qué tenía que sentir yo aquel fuerte vínculo entre nosotras? Tú simbolizas todo lo que compadezco y detesto en una mujer. Cuando te he visto en la conferencia estaba dispuesta a aceptar el papel místico de toda experiencia. Viniste porque así es como funciona el universo: tu vida estaba destinada a cruzarse con la mía. Desde las profundidades de tu existencia, el corazón te ha dirigido hacia el movimiento anarquista.

Nesbit sacudió la cabeza.

—No lo entiendes —dijo, y los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. Le habló de la niña del pichi. Le habló de Tateh y de su vida secreta en los barrios bajos—. Y ahora los he perdido —concluyó—. He perdido a mi niña.

Lloró desconsoladamente. Goldman se sentó en la mecedora junto a la cama y le puso las manos sobre las rodillas. Se inclinó hacia ella.

—Muy bien, si no te hubiera puesto en evidencia tu Tateh no se habría ido. ¿Y qué? No te preocupes. La verdad es mejor que la mentira. Cuando vuelvas a encontrarte con ellos podrás afrontarlos honestamente, como la persona que realmente eres. Y si no los ves más, quizá eso sea lo mejor. Quién sabe quiénes son los objetos y quiénes los sujetos, quién de nosotros causa y genera vida en los demás y quién está destinado a vivir gracias a eso. Eso es exactamente lo que yo creo. ¿Sabes que en una época de mi vida me eché a la calle para vender mi cuerpo? Eres la primera persona a la que se lo cuento. Afortunadamente descubrieron que era una novata y me enviaron a casa. Estaba en la calle Catorce. Intentaba parecer una buscona, pero no engañaba a nadie. No creo que te suene de nada el nombre de Alexander Berkman. —Evelyn negó con la cabeza—. Cuando Berkman y yo teníamos poco más de veinte años éramos amantes y revolucionarios. Había una huelga en Pittsburgh. En la fábrica de aceros de Homestead, del señor Carnegie. Y Carnegie decidió acabar con el sindicato. Así que se fue de vacaciones a Europa y dejó que se encargara el mayor lameculos que tenía, el infame y asqueroso Henry Clay Frick. Frick trajo un ejército de Pinkertons^[2]. Los obreros estaban en huelga para protestar por el recorte de salarios. La fábrica está junto al río Monongahela y Frick transportó a sus Pinkertons río arriba y los desembarcó en la planta. Hubo una batalla campal. Era una guerra. Cuando acabó, había más de diez muertos y decenas de heridos. Los obreros ahuyentaron a los Pinkertons, así que Frick consiguió que el Gobierno se pusiera a trabajar para él y la milicia estatal vino a rodear a los trabajadores. Llegados a aquel punto, Berkman y yo decidimos llevar a cabo nuestro atentado. Íbamos a animar a los obreros cercados en aquellos momentos difíciles. Convertiríamos su lucha en revolución. Mataríamos a Frick. Pero estábamos en Nueva York y no teníamos dinero. Necesitábamos dinero para pagar el billete de tren y para comprar una pistola. Entonces fue cuando me puse ropa interior con blondas y me eché a la calle Catorce. Un viejo me dio diez dólares y me dijo que me fuera a casa. El resto me lo prestaron. Pero lo habría hecho si hubiera sido necesario. Era para el atentado. Era por Berkman y por la revolución. Le di un abrazo en la estación. Planeaba disparar a Frick y quitarse la vida. Yo corrí tras el tren mientras partía. Sólo teníamos dinero para un billete. Dijo que para el trabajo sólo hacía falta una persona. Se metió en el despacho de Frick en Pittsburgh y le disparó al cabrón tres veces. En el cuello, en el hombro. Hubo sangre. Frick quedó tendido. Entraron varios hombres. Le quitaron la pistola, pero tenía un cuchillo. Se lo clavó a Frick en la pierna. Le quitaron el cuchillo. Se metió algo en la boca. Le abrieron las mandíbulas a la fuerza. Era una cápsula fulminante de mercurio. Lo único que tenía que hacer era morder la cápsula y el despacho habría estallado con todo el mundo dentro. Le echaron la cabeza atrás y le quitaron la cápsula. Le golpearon hasta dejarle inconsciente.

Evelyn estaba sentada sobre la cama, con las rodillas contra el pecho. Goldman tenía la mirada fija en el suelo.

—Estuvo dieciocho años en la cárcel —prosiguió—, muchos de ellos en

aislamiento, en una mazmorra. Lo visité una vez y no tuve fuerzas para volver. Y el cabrón de Frick sobrevivió y se convirtió en un héroe para la prensa; la opinión pública se volvió contra los obreros y se anuló la huelga. Se dijo que el movimiento laborista estadounidense había retrocedido cuarenta años. Hubo otro anarquista, Most, un hombre mayor al que yo veneraba. Nos denunció a Berkman y a mí en el periódico. Cuando volví a ver a Most en una conferencia estaba preparada. Me había comprado una fusta. Le azoté delante de todo el mundo. Luego rompí la fusta y se la tiré a la cara. Berkman no salió hasta el año pasado. Ha perdido el pelo. Está del color del pergamino. Mi amor de juventud camina encorvado. Tiene los ojos como pozos de carbón. Ahora, en principio, somos sólo amigos. Nuestros corazones ya no laten al unísono. Lo que tuvo que sufrir en aquella prisión sólo puedo imaginármelo. Vivir en la oscuridad, en la humedad, atado y abandonado en su propia mierda. —Evelyn ahora tenía el brazo extendido y Goldman le cogió la mano y se la apretó con fuerza—. Ambas sabemos lo que es tener un hombre en la cárcel, ¿verdad? —Las dos mujeres se miraron. Se produjo un breve silencio—. Por supuesto, tu hombre es un perverso, un parásito, una sabandija, un repugnante sibarita apestoso —precisó Goldman. Evelyn se rió—. Un cerdo descerebrado —siguió Goldman—, con una mentalidad de cerdo, retorcida y miserable. —Ahora eran las dos las que se reían.

—Sí, le odio —gritó Evelyn.

Goldman se quedó pensativa.

—Pero hay puntos en común. ¿Lo ves? Nuestras vidas se corresponden, nuestros espíritus están en contacto como notas armónicas, y el destino nos ha convertido en hermanas. ¿Lo entiendes, Evelyn Nesbit? —Se puso de pie y le tocó el rostro—. ¿Lo ves, hermosa criatura?

Mientras hablaba, los ojos de Goldman observaron que había algo en la postura de Evelyn.

—¿Llevas corsé? —preguntó. Evelyn asintió—. Debería darte vergüenza. Mírame a mí, aun con el cuerpo que tengo, no llevo ni una prenda de corsetería, lo llevo todo suelto y libre, le doy a mi cuerpo la libertad de respirar y de ser como es. Eso es lo que quiero decir: eres una obra de su creación. Tú no necesitas esas ballenas más que una ninfa del bosque. —Cogió a Nesbit de las manos y la sentó en el borde de la cama. Le palpó la cintura—. Dios mío, un corsé firme como el acero. Tienes la cintura más apretada que el cordón de un monedero. Levántate.

Evelyn obedeció y Goldman, con la habilidad de una enfermera, le desabrochó la camisa y se la quitó. Le desabrochó la falda y le hizo quitársela. Evelyn llevaba un corsé ligero alrededor de la cintura. La parte superior del corsé le levantaba los pechos. La parte inferior tenía unas tiras que le bajaban entre los muslos. El corsé estaba atado por detrás.

—Resulta irónico que en los hogares de todo el país te consideren una desvergonzada licenciosa —observó Goldman, desabrochando las cintas, aflojando el corsé y bajándolo a la altura de las piernas de Evelyn—. Quítatelo por los pies —le

dijo.

Evelyn obedeció. La camiseta le quedó pegada al cuerpo siguiendo la forma de las ballenas del corsé.

—Respira —ordenó Goldman—, levanta los brazos, estira las piernas y respira.

Evelyn le hizo caso. Goldman tiró de la camiseta y luego se la sacó por la cabeza. Entonces se arrodilló y le bajó el calzón ribeteado de raso a los pies.

—¡Sácatelos! —le ordenó.

Y Evelyn obedeció. Ahora estaba de pie, desnuda a la luz de la lámpara a excepción de las medias negras de algodón bordado sujetas con ligas elásticas alrededor de los muslos. Goldman se puso de pie y le dio la vuelta lentamente para inspeccionarla, con el ceño fruncido.

—Mira eso; es sorprendente que te circule la sangre. —Las marcas de las ballenas recorrían la cintura de Nesbit como verdugones. Se podía ver el rastro de las ligas en las marcas rojas en la parte superior de los muslos—. Las mujeres se están matando —reflexionó Goldman. Se volvió hacia la cama. Cogió de la parte alta del escritorio un maletín negro como los de los médicos—. Un cuerpo espléndido como el tuyo, y mira lo que le haces. Estírate.

Evelyn se sentó en la cama y observó lo que sacaba del maletín negro.

—Boca abajo —dijo Goldman.

Sostenía un frasco y estaba echando el contenido en la palma de su mano. Evelyn se echó boca abajo y Goldman le aplicó el líquido sobre las marcas rojas que le habían dejado las ballenas en la piel.

—¡Ay! —gritó Evelyn—. ¡Escuece!

—Es un astringente; lo primero es restablecer la circulación —explicó Goldman mientras frotaba la espalda y los muslos de Evelyn.

Ésta se retorció y las carnes se le encogían a cada aplicación. Hundió la cabeza en la almohada para ahogar sus gritos.

—Ya sé, ya sé —dijo Goldman—. Pero luego me darás las gracias.

Con las vigorosas friegas de Goldman, la carne de Evelyn parecía recuperar todo su volumen. Estaba temblando y apretaba las nalgas y las piernas mientras sentía el frescor tonificante del astringente. Entonces Goldman sacó de su maletín un frasco de aceite de masaje y empezó a frotar el cuello, los hombros y la espalda de Evelyn, sus muslos y pantorrillas y hasta la planta de los pies. Poco a poco Evelyn se relajó y los músculos le temblaron bajo la enérgica fricción de las manos de Goldman, que le dio friegas de aceite hasta que el cuerpo recuperó su tono rosa pálido natural y empezó a recuperar la sensibilidad.

—Date la vuelta —ordenó Goldman.

Evelyn tenía ya el cabello suelto por encima de la almohada y de la cara, los ojos cerrados y los labios apretados en una sonrisa involuntaria mientras Goldman le masajeaba los pechos, el estómago, las piernas.

—Sí, aquí también —dijo Emma Goldman pasándole la mano por el pubis con un

movimiento decidido—. Tienes que tener valor para vivir.

La luz de la lámpara de la mesita pareció atenuarse por un momento. Evelyn se puso las manos sobre los pechos y se pasó las palmas de las manos sobre los pezones en un movimiento rotatorio. Las manos le resbalaron por los costados del cuerpo. Se frotó las caderas. Los pies se le pusieron en punta como los de una bailarina, con los dedos apretados. La pelvis se le levantaba de la cama como si buscara algo en el aire. Goldman ahora estaba frente al escritorio, tapando el frasco de aceite y le daba la espalda a Evelyn mientras ésta empezaba a retorcerse en la cama como una ola en el mar. En aquel momento un grito ronco surgió de la pared, la puerta del armario se abrió de golpe y Hermano Menor de Madre apareció trastabillando en la habitación, con la cara retorcida en una mueca de casta mortificación. Entre las manos, como si quisiera asfixiarlo, apretaba un pene enhiesto que, desoyendo su voluntad, le hizo caer por el suelo, lanzando al tiempo que gritaba de éxtasis o desesperación unos enormes chorros de semen que surcaron el aire como balas para ir a posarse suavemente, como serpentinatas, sobre el cuerpo de Evelyn.

En New Rochelle, Madre llevaba cuatro días preguntándose por su hermano. Él había llamado por teléfono desde Nueva York una o dos veces, pero no decía por qué se había ido, dónde se alojaba ni cuándo volvería. Hablaba entre dientes. No soltaba prenda. Ella estaba furiosa, pero él no respondía al enfado. Tras las llamadas, optó por la medida extrema de entrar en su habitación y echar un vistazo. Como siempre, estaba ordenada. Allí estaba su mesa, con la máquina para encordar raquetas de tenis. Estaban sus remos para canoa colgados de unos ganchos de la pared. Él se cuidaba de su habitación y no había en ella ni una mota de polvo, ni siquiera durante su ausencia. Sus cepillos en lo alto de la cómoda. Su calzador de marfil. Una pequeña caracola con unos granos de arena pegados. Eso no lo había visto antes. Una imagen de una revista colgada de la pared, un dibujo de esa Evelyn Nesbit hecho por Charles Dana Gibson. No había hecho ningún equipaje; sus camisas y sus cuellos seguían en el cajón. Cerró la puerta sintiéndose culpable. Era un joven extraño. Nunca hacía amigos. Era solitario e imperturbable, salvo por una tendencia a la indolencia que o no sabía ocultar o no se preocupaba de hacerlo. Madre sabía que a Padre le molestaba aquella indolencia. Y aun así, le había dado un puesto de gran responsabilidad.

Madre no podía compartir su preocupación con Abuelo, que había engendrado al joven a una edad tardía y en la actualidad era ajeno a cualquier percepción realista de la vida. Abuelo tenía más de noventa años. Había sido profesor de griego y latín y había enseñado a varias generaciones de seminaristas episcopalistas en el Shady Grove College de Ohio. Era un clasicista de provincias. Había conocido a John Brown cuando era niño y vivía en el condado de Hudson, en la Reserva Occidental, y se lo podía contar veinte veces a cualquiera si le dejaban. Desde la partida de Padre, Madre pensaba cada vez más en la casa familiar de Ohio. Los veranos allí estaban cargados de promesas y los totíes de alas rojas volaban por entre los campos de heno. Los muebles de la casa eran rústicos y escasos. Sillas con respaldos de travesaños de pino. Suelos de madera pulida hechos con anchos tablones ensamblados. Aquella casa le encantaba. Ella y su hermano pequeño jugaban en el suelo a la luz de la chimenea. En sus juegos ella siempre le enseñaba a él. En invierno ataban a su yegua Bessie al trineo, le colgaban cascabeles en los arreos y se deslizaban por entre la densa nieve de Ohio. Recordaba cuando su hermano era más joven de lo que era su hijo ahora. Ella le cuidaba. Los días de lluvia jugaban a juegos secretos en la dulce calidez del pajar, oyendo por debajo bufar y relinchar a los caballos. Los domingos por la mañana, ella se ponía su vestido rosa y los leotardos de un blanco cándido y se dirigían a la iglesia con el corazón henchido de excitación. Era una niña de huesos grandes, con los pómulos altos y los ojos grises algo caídos. Había vivido en Shady Grove toda la vida a excepción de cuatro años, que pasó en un internado de

Cleveland. Siempre había supuesto que se casaría con uno de los seminaristas. Pero durante su último año de estudios conoció a Padre. Él viajaba por el Medio Oeste promocionando su negocio de banderas y escarapelas. La fue a visitar a Shady Grove durante dos viajes de negocios consecutivos. Cuando se casaron y ella se vino al este, se trajo consigo a su padre. Y como su hermano no había podido establecerse por su cuenta, también se instaló en la casa de New Rochelle. Y en este momento de la vida, sola en su moderna casa con toldos en lo alto de la colina de la elegante Broadview Avenue con su hermano menor y su anciano padre, se sentía abandonada por los hombres en general y furiosa consigo misma por la nostalgia que la dominaba sin aviso previo a cualquier hora del día o de la noche. Había llegado una carta del Comité Inaugural Republicano pidiéndole presupuesto a la empresa para la decoración y los fuegos artificiales del desfile inaugural y el baile del mes de marzo próximo, cuando se esperaba que el señor Taft sucediera al señor Roosevelt. Era una ocasión histórica para el negocio y ni Padre ni Hermano Menor de Madre estaban localizables. Madre salió al jardín buscando consuelo. Era finales de septiembre y todas las flores exhibían sus gruesas corolas de pétalos: la salvia, los crisantemos y las margaritas. Recorrió el borde del patio con las manos cruzadas. Desde una ventana del piso superior el niño la miraba. Observó que el movimiento de su cuerpo hacia delante se convertía en un movimiento lateral de sus ropas. El borde de la falda le bailaba de un lado al otro, rozando la hierba. El niño tenía en la mano una carta de su padre enviada desde Cape York, en el noroeste de Groenlandia. Había llegado a Estados Unidos en el barco de suministros Erik, que había transportado a Groenlandia treinta y cinco toneladas de carne de ballena para los perros del comandante Peary. Madre había copiado la carta y había tirado el original a la basura porque conservaba un fuerte olor a ballena muerta. El niño había rescatado la carta y, con el paso del tiempo, las manchas de grasa del sobre habían empapado cada fibra del papel con el contacto de sus pequeñas manos. La carta ya estaba translúcida.

Bajo la atenta mirada de su hijo, Madre salió de entre las sombras moteadas de los arcos y su cabello dorado, que llevaba recogido sobre la cabeza al estilo de la época, brillaba como el sol. Se quedó inmóvil un momento, como si estuviera escuchando algo. Se llevó las manos a los oídos y, lentamente, se arrodilló junto al parterre de flores. Entonces empezó a dar palmaditas sobre el suelo. El niño dejó la ventana y bajó corriendo. Atravesó la cocina y salió por la puerta trasera. Se encontró de pronto siguiendo a la sirvienta irlandesa, que atravesaba el patio a la carrera mientras se secaba las manos con el delantal.

Madre había desenterrado algo. Estaba limpiando la tierra de un fardo que sostenía sobre el regazo. La sirvienta soltó un chillido y se santiguó. El niño intentó ver qué era aquello, pero Madre y la sirvienta ya estaban en el suelo, quitándole la tierra, y por un momento no pudo franquear la barrera que formaban. Madre tenía el rostro tan pálido y con una expresión tan intensa que todos los huesos de su cara parecían de pronto más grandes, y la bella y opulenta mujer que él adoraba

presentaba un aspecto sorprendentemente demacrado, como el de una anciana. A medida que limpiaban la tierra, el muchacho pudo ver que se trataba de un bebé. Tenía tierra en los ojos, en la boca. Era un bebé negro y lo habían envuelto en una manta de algodón. Madre dejó caer los brazos. El bebé soltó un débil gemido y las dos mujeres se pusieron histéricas. La sirvienta entró corriendo en la casa. El niño siguió a su madre a la casa, corriendo a su lado mientras el bebé negro agitaba los brazos.

Las mujeres lavaron al bebé en un balde sobre la mesa de la cocina. Estaba manchado de sangre; era un recién nacido sin lavar. La sirvienta examinó el cordón umbilical y dijo que lo habían mordido. Lo envolvieron en toallas y Madre corrió al salón a llamar por teléfono al médico. El muchacho observaba al bebé de cerca para ver si respiraba. Apenas se movía. Entonces sus minúsculos dedos se agarraron a la toalla. Movié la cabeza como si a través de los ojos cerrados hubiera encontrado algo que observar.

Cuando llegó el médico en su Ford, le hicieron pasar a la cocina. Aplicó el estetoscopio sobre la pequeña caja torácica del niño. Le abrió la boca y le metió el dedo hasta la garganta.

—Esta gente —murmuró. Sacudió la cabeza. Apretaba los músculos de los pómulos y se le hundían las comisuras de los labios. Madre le describió las circunstancias del descubrimiento: que había oído un lloro a sus pies, procedente de la tierra, y que un momento después pensó que se habría equivocado.

—¿Y si hubiera seguido caminando? —se preguntó.

El médico pidió agua caliente. Sacó un instrumento de su maletín. La sirvienta agarraba con fuerza la pequeña cruz que tenía colgada al cuello con una cadena. Sonó el timbre y el niño la siguió hasta la entrada. Había llegado la policía. Madre salió y explicó de nuevo lo sucedido. El policía le preguntó si podía usar el teléfono. El teléfono estaba sobre una mesa cerca de la entrada. Se quitó el casco, cogió el teléfono, se puso el auricular junto al oído y esperó a la operadora. Le guiñó un ojo al niño.

Una hora más tarde encontraron a una mujer negra en el sótano de una casa del edificio de al lado. Era una lavandera que trabajaba en el vecindario. Estaba sentada en la ambulancia de la policía, frente a la casa, y Madre le llevó al niño. Cuando la mujer cogió al bebé en sus brazos empezó a llorar. Madre se quedó sorprendida al ver lo joven que era. Tenía la cara de una niña, un bello rostro moreno y cándido. Era del color del chocolate oscuro y tenía el pelo mal cortado y descuidado. Una enfermera la atendía. Madre dio un paso atrás y subió a la acera.

—¿Adónde se la llevan? —le preguntó al médico.

—A la casa de la caridad —respondió—. Y más adelante tendrá que responder de los cargos.

—¿Qué cargos? —preguntó Madre.

—Bueno, intento de asesinato, creo.

—¿Tiene familia? —inquirió Madre.

—No, señora —respondió el policía—. No, que nosotros sepamos.

El médico saludó tocándose el ala del sombrero, se dirigió a su coche y dejó el maletín sobre el asiento. Madre respiró hondo.

—Yo me haré cargo —anunció—. Por favor, llévenla dentro. —Y a pesar de los consejos del médico y de las protestas de la policía, no cambió de opinión.

Así que la muchacha negra y su hijo se instalaron en una habitación del piso superior. Madre hizo muchas llamadas telefónicas. Canceló su reunión de la liga de servicio social. Se puso a pasear arriba y abajo por su habitación. Estaba muy agitada. Notaba mucho la ausencia de su marido y se culpaba por apoyarle siempre tanto en sus viajes. No había modo de comunicarle ninguno de los problemas o preocupaciones que tenía. No sabría nada de él hasta el verano próximo. Se quedó mirando al techo como si viera a través. La muchacha negra y su bebé habían traído a la casa una sensación de infortunio, de caos, y ahora aquella sensación se había impregnado como una especie de agente contaminante. Estaba asustada. Se dirigió a la ventana. Aquellas lavanderas subían cada mañana la colina siguiendo la ruta del trolebús de North Avenue y se distribuían por las casas. Los jardineros italianos cuidaban de los jardines. Los heladeros caminaban junto a sus puestos mientras los caballos tiraban fatigosamente de los chirriantes carros colina arriba.

Cuando aquella tarde se puso el sol, se quedó a los pies de la colina como si hubiera caído hasta allí rodando. Era rojo como la sangre. Entrada la noche, el muchacho se despertó y encontró a su madre sentada junto a la cama mirándole, con su rubia melena recogida en una trenza y, cuando se inclinó a darle un beso, sus grandes pechos suaves se hundieron suavemente contra su brazo.

En realidad Padre escribió cada día durante los largos meses del invierno, cartas que enviaría más adelante y que se convertían en entradas en su diario. Así era como medía el paso del tiempo en aquella constante penumbra. Los miembros de la expedición vivían con una sorprendente comodidad a bordo del *Roosevelt*, que se había quedado bloqueado en el atracadero, cubierto de témpanos de hielo hasta adquirir el aspecto de una castaña glaseada. Peary era el que más cómodamente vivía de todos. Tenía una pianola en su camarote. Era un hombre grande, con un torso voluminoso y grueso cabello pelirrojo entrecano. Llevaba un largo bigote. En la expedición anterior había perdido los dedos de los pies. Caminaba de un modo curioso, como arrastrando los pies por el suelo. Le daba al pedal de la pianola con sus pies sin dedos. Recibía rollos de las mejores piezas de Victor Herbert y Rudolf Friml, así como algún popurrí de canciones del Bowdoin College y una versión del *Vals del minuto* de Chopin que había conseguido tocar en cuarenta y ocho segundos. Pero los meses de invierno no se dejaban pasar alegremente. Había que cazar bueyes almizcleros; había que construir trineos; y había que establecer el campamento base a ciento cincuenta kilómetros de distancia, en el cabo Columbia, punto desde el que se realizaría la incursión final a través del mar helado. Todo el mundo tenía que acostumbrarse a dominar las jaurías de perros y a construir iglúes. El asistente negro de Peary, Mathew Henson, supervisaba el entrenamiento. Tras repetidas expediciones, Peary había desarrollado un sistema. Cada pequeño detalle de sus vidas en el Ártico partía de un detallado análisis y formaba parte del sistema. El material y el diseño de los trineos, lo que había que comer, las latas en las que había que llevar la comida, el modo de atar las latas a los trineos, el tipo de ropa exterior e interior que debían vestir, la forma de atar a los perros, el tipo de cuchillos y pistolas que había que llevar, el tipo de cerillas y el modo de mantenerlas secas, el diseño de los protectores oculares utilizados contra la ceguera provocada por la nieve, etcétera. A Peary le encantaba hablar de su sistema. En lo básico —esto es, en el uso de perros y trineos, llevar pieles y alimentarse de la fauna local— el sistema de Peary no hacía más que imitar el modo de vida de los esquimales. Padre se dio cuenta de ello un día, de repente. Casualmente observó desde el alcázar del barco cómo Peary reprendía sonoramente a uno de los esquimales que no había realizado sus tareas debidamente. A continuación Peary se fue, pasando con gesto airado junto a Padre, y le dijo:

—Son niños y hay que tratarlos como niños.

Padre solía coincidir con sus opiniones, porque aquello sugería un consenso. Recordó una observación que había hecho en las Filipinas diez años antes, cuando combatía a las órdenes del general Leonard F. Wood contra las guerrillas de Moro.

—Tenemos que dar una lección a nuestros hermanos morenitos —dijo un oficial

mientras clavaba una banderita en un mapa.

No había duda de que los esquimales eran primitivos. Eran afectuosos, amables, emotivos, dignos de confianza y traviesos. Les encantaba reír y cantar. En lo más profundo de la eterna noche invernal, mientras las terribles tormentas arrancaban rocas de los acantilados, aullaba el viento y hacía un frío tan desolador que Padre sentía la alucinación de que le quemaba la piel, Peary y la mayoría de los hombres discutían las consideraciones teóricas de su sistema, protegiéndose así contra el miedo. Los esquimales, que no tenían un sistema sino que simplemente vivían allí, sufrían el terror de su universo. A veces, inexplicablemente, las mujeres esquimales se quitaban las ropas y salían corriendo hacia las negras tormentas aullando y rodando por el hielo. Sus maridos tenían que emplear la fuerza para evitar que se mataran. Padre mantenía el control escribiendo en su diario. Ése también era un sistema, el sistema del lenguaje y la conceptualización. Un sistema que propone que los seres humanos, a través del acto de dar un testimonio, garantizan la existencia de momentos y lugares diferentes al momento y al lugar en el que se encuentran.

Pero en aquella noche helada de invierno parecía existir una fuerza que te agarraba por el cuello y te hacía mirarla de frente. Las familias esquimales vivían por las cubiertas y las bodegas del barco, donde acampaban. No eran discretos en sus actos sexuales. Copulaban sin desnudarse siquiera, a través de ranuras entre las pieles, y lo hacían con gritos y gemidos de felicidad desatada. Un día Padre se encontró con una pareja y se asombró al ver que la esposa apretaba los labios hacia arriba al ritmo del empuje de su marido. De la garganta le salía un extraño canto animal. Era algo que no podía escribir en su diario, a menos que fuera con una especie de código. En realidad, la mujer devolvía las arremetidas. Le maravilló que pudiera reaccionar de aquel modo. Aquella mugrienta esquimal desdentada, con el rostro plano y los ojos ocultos tras los pómulos, cantando su canción y participando en el empuje. Pensó en lo escrupulosa que era Madre, en lo que se cuidaba y en su inteligencia, y se descubrió lamentando que aquella primitiva mujer pretendiera pertenecer al mismo género que ella.

Por fin llegó la primavera y fue el ayudante de Peary, Mathew Henson, quien le llamó una mañana y señaló a popa. Un fino rayo de luz atravesaba el cielo por el sur. Los días siguientes se podían distinguir diferentes grados de oscuridad, y las diferencias eran cada vez más pronunciadas. Por fin, una mañana se levantó sobre el horizonte un sol rojo sangre de perfiles indefinidos, no redondo sino elíptico, deforme, como algo que aún está tomando forma. Todo el mundo se alegró. Los picos nevados adquirieron preciosos colores: rosa, verde y amarillo, y aquel inhóspito mundo se ofrecía por completo a quien quisiera tomarlo. El cielo se fue volviendo azul gradualmente y Peary dijo que había llegado la hora de conquistar el Polo.

El día antes de la partida de la expedición, Padre fue con Mathew Henson y tres de los esquimales a los acantilados donde anidaban las aves marinas, a un día de viaje desde la costa. Treparon por los acantilados con bolsas de piel de foca colgadas a la

espalda y recogieron docenas de huevos, una delicia en el Ártico. Cuando las aves izaron el vuelo, piando y revoloteando, fue como si una parte del acantilado se hubiera separado. Padre nunca había visto tantos pájaros juntos. Eran fulmares y alcas. Los esquimales extendían sus redes entre varios y las aves se estrellaban en ellas y quedaban atrapadas. Luego llevaban las redes a un rincón, donde se convertían en sacos de plumas inmóviles que gorjeaban pidiendo clemencia. Cuando los hombres tuvieron todos los huevos que podían cargar, bajaron y mataron a los pájaros sin pensárselo. A los fulmares, del tamaño de las gaviotas, les retorcían el pescuezo. Pero lo que impresionó a Padre fue el medio usado para matar a las pequeñas e inofensivas alcas. No había más que apretar un poco el minúsculo corazoncito que había en el interior del pecho. Padre vio como lo hacían y luego lo probó él mismo. Sostuvo un alca con una mano y con el pulgar le apretó suavemente el pecho, que dejó de latir. La cabeza de pronto le quedó colgando; ya estaba muerta. A los esquimales les encantaban los polluelos y solían ponerlos a escabechar en pieles de foca.

De vuelta al campamento, Padre y Mathew Henson hablaron de lo que los hombres de Peary siempre hablan: de quién tendría el honor de ir hasta el Polo con él. Antes de embarcar en Nueva York, el comandante había dejado claro a todo el mundo que sólo él iba a descubrir el Polo: ellos tendrían la gloria de haber participado en la expedición.

—Me he pasado la vida planificando este momento —dijo Peary— y me lo reservo para mí.

A Padre le pareció un punto de vista razonable. Sentía la distancia del aficionado ante el profesional. Pero Mathew Henson consideraba que, aparte de los esquimales, alguien más tendría que llegar a lo más alto con el comandante y, en su opinión y con todos los respetos, tenía que ser él. En realidad Padre opinaba que Henson tenía motivos. Henson había acompañado a Peary en las expediciones anteriores y era un astuto y formidable explorador del Ártico por propio derecho. Sabía llevar a los perros casi tan bien como un esquimal, sabía reparar trineos, construir campamentos, tenía una gran fuerza física y muchas habilidades. Pero Padre, sin tener motivos para ello, le supo mal la presunción de Henson y le preguntó al negro cómo sabía que iba a ser el elegido. Acababan de superar una loma y estaban de pie, dejando que los perros descansaran un momento, mirando una gran planicie blanca cubierta de nieve. En aquel momento el sol apareció por entre las nubes y toda la tierra brilló como un espejo.

—Bueno, señor —aclaró Matthew Henson con una sonrisa—, simplemente lo sé.

Al día siguiente la expedición tomó rumbo al norte a través del hielo polar. Los hombres se distribuyeron en unidades compuestas por uno o dos hombres blancos, un grupo de esquimales, una jauría de perros y cuatro o cinco trineos. Cada unidad, salvo la de Peary, debía dedicarse durante una semana a abrir brecha para el resto de la expedición. Cada grupo tenía que allanar el camino y volver atrás, de modo que

Peary y sus muchachos pudieran estar relativamente frescos para cubrir los cien o doscientos kilómetros finales. Ése era el sistema. El trabajo duro consistía en allanar el camino. Era un trabajo pesado y con riesgos. Había que desgajar crestas de hielo con una piqueta, había que cargar con los pesados trineos o tirar de ellos para superar duras pendientes y luego frenarlos en los vertiginosos descensos. Cada trineo llevaba casi trescientos kilos de herramientas y provisiones. Si se rompía, había que descargarlo y repararlo atando las piezas rotas, labor que requería trabajar sin guantes. Era preciso atravesar o sortear corrientes de agua. Las masas de hielo chocaban entre sí con un ruido estrepitoso, como de cañonazos, y rugían al caer como si fuera la propia voz del océano. Unas nieblas inexplicables tapaban el sol. A veces no se podía hacer otra cosa que arrastrarse sobre finas capas de hielo tierno; nadie quería encontrarse con un iceberg a la deriva. El tiempo era un constante tormento; el viento, a cuarenta y cinco o cincuenta grados bajo cero, soplaba tan fuerte que daba también la impresión de haber cambiado de naturaleza física, convirtiéndose en unos cristales inasimilables para los pulmones humanos. Cada inspiración dejaba un residuo sólido en la barba o en los extremos helados de las capuchas de piel. Todo el mundo llevaba el obligado calzado blando de piel de foca, los pantalones de piel de oso y las chaquetas con capucha de caribú, pero incluso estos materiales indígenas se volvían fríos al congelarse. Ahora el sol se alzaba sobre el horizonte veinticuatro horas al día. Al final de una jornada de viaje, tras quizá cuarenta kilómetros de arduos esfuerzos, el grupo de pioneros acampaba, construía iglúes para los que venían detrás, daba de comer a los perros, les soltaban los arneses congelados, encendían el fogón de alcohol para hacer té y se concedían una comida a base de carne desecada congelada y galletas saladas. Según transcurría el mes de marzo, la expedición Peary poco a poco se iba abriendo camino hacia el norte. Uno por uno, los grupos iban y regresaban intentando allanar lo más posible la ruta durante el regreso para facilitar la labor de los grupos siguientes. Peary adelantaba sus posiciones cada día e inmediatamente ocupaba uno de los iglúes que le construía Henson. Mientras tanto, Henson se ocupaba de los perros de Peary, reparaba trineos rotos, hacía la cena y trataba con los esquimales, muchos de los cuales se estaban empezando a poner difíciles. Peary definía las virtudes de los esquimales como lealtad y obediencia, prácticamente las mismas que uno busca en los perros. Cuando llegó el momento de la última acometida al Polo, que estaba ya a menos de doscientos kilómetros de distancia, Peary efectivamente escogió a Henson para que le acompañara; y Henson escogió a los esquimales que a su juicio eran mejores chicos, los más leales y devotos al comandante. El resto de la expedición tuvo que dar media vuelta y volver a casa.

Padre ya había emprendido el regreso mucho antes. Había abierto camino la primera semana. Había quedado claro que no era el miembro más resistente de la expedición, lo cual no se debía a falta de coraje, tal como le recordó Peary antes de enviarlo a casa, sino a la tendencia de sus extremidades a congelarse con facilidad. El talón izquierdo de Padre, por ejemplo, se congelaba cada día, hiciera lo que hiciese

por protegerlo. Cada noche, en el campamento, lo descongelaba aguantándose el dolor y lo cuidaba lo mejor que podía, y cada mañana volvía a congelársele. Lo mismo ocurría con una de sus rodillas y una pequeña zona en el dorso de la mano. Había zonas en el cuerpo de Padre que se congelaban sin motivo aparente y Peary sentenció que era el destino de algunos exploradores del Norte y que no se podía hacer nada al respecto. Peary no era un comandante despreocupado, y sentía afecto por Padre. Durante los largos meses del invierno a bordo del *Roosevelt* habían descubierto que ambos eran miembros de la misma fraternidad universitaria nacional, y aquello estableció un vínculo nada desdeñable entre ellos. Pero tras toda una vida de esfuerzo, Peary estaba impaciente por ver alcanzada su meta. La sociedad de Padre había aportado una buena suma a la cuenta de Peary, y por ello había conseguido que su hombre llegara hasta los 72° 46', cota muy respetable. Antes de partir, Padre le entregó al comandante una bandera estadounidense que había fabricado para la ocasión. Era de pura seda y de un buen tamaño, pero doblada no ocupaba más que un pañuelo. Peary le dio las gracias, se metió la bandera bajo las ropas y, tras advertirle a Padre que tuviera cuidado con los canales de agua helada, le envió de vuelta al *Roosevelt* en compañía de tres esquimales malhumorados.

Pero ahora Peary estaba a un día de viaje del objetivo de toda su vida. Conducía a Henson y a los esquimales sin compasión, y se negó a dejarles dormir más de una hora o dos al final de cada ardua jornada. Ahora el sol brillaba con fuerza, el cielo estaba claro; había una luna llena en el cielo azul y los grandes muslos de hielo de la Tierra se agitaban, se estremecían y se alzaban hacia la luna. A media mañana del 9 de abril, Peary detuvo la marcha. Le ordenó a Henson que construyera un refugio de nieve para protegerse mientras hacía sus mediciones. Peary estaba estirado boca abajo y, con un platillo de mercurio y un sextante, un trozo de papel y un lápiz, calculaba su posición. No quedó satisfecho. Avanzó un poco por el témpano e hizo otra medición. Tampoco quedó satisfecho. Se pasó todo el día yendo adelante y atrás por el hielo, un kilómetro en una dirección, otros dos en otra, haciendo sus mediciones. Ninguna le dejó satisfecho. Caminaba unos pasos al norte y se encontraba caminando hacia el sur. En este planeta cubierto de agua el mar se negaba a quedarse en su sitio. No encontraba el punto exacto donde pudiera decir: «Este punto, aquí, es el Polo Norte». Aun así, no había duda de que allí estaban. Todas las observaciones lo indicaban.

—Tres hurras, chico —le dijo a Henson—. E icemos la bandera.

Henson y los esquimales lo celebraron con vítores, pero no se les oyó entre el aullido del viento. La bandera se agitaba y chasqueaba. Peary colocó a Henson y a los esquimales frente a la bandera y les tomó una foto. En ella aparecen cinco figuras regordetas envueltas en pieles y una bandera clavada sobre un pico helado que podría sugerir realmente el Polo físico verdadero. Debido a la luz, los rostros son imposibles de distinguir: sólo se ven unos huecos negros rodeados de piel de caribú.

Mientras tanto, en casa, Estados Unidos estaba viviendo un cambio trascendental. Había un nuevo presidente, William Howard Taft, quien asumió el cargo con ciento cincuenta kilos de peso. Por todo el país los hombres empezaron a mirarse a sí mismos. Estaban acostumbrados a beber grandes cantidades de cerveza. Solían devorar hogazas enteras de pan y comer abundantemente embutidos hechos con asaduras que exponían en los mostradores de las tabernas. El insigne Pierpont Morgan tenía por costumbre cenar hasta siete y ocho platos. Para desayunar se tomaba unos filetes y chuletas, huevos, tortitas, pescado a la parrilla, bollos con mantequilla, fruta fresca y crema de leche. El consumo de alimentos era un sacramento asociado al éxito. Se consideraba que un hombre que luciera un estómago prominente estaba en su mejor momento. Las mujeres iban al hospital y morían allí por roturas de vesícula, colapso pulmonar, sobrecarga del corazón o meningitis. Había mucha afición a ir a los balnearios y los baños de aguas sulfurosas, cuyo efecto purgante se valoraba como inductor del apetito. Estados Unidos era un gran país de flatulentos. Todo eso empezó a cambiar cuando Taft entró en la Casa Blanca. Su acceso al cargo más mítico del imaginario americano provocó un adelgazamiento generalizado. Su gran figura sugería inmediatamente la apoteosis de ese estilo de hombre, por lo que la moda siguió el camino opuesto y a partir de entonces sólo los pobres fueron voluminosos.

En este aspecto, como en muchos otros, Evelyn Nesbit era una mujer adelantada a su tiempo. Su antiguo amante, Stanford White, había sido un hombre recio, a la moda, y su marido, Harry K. Thaw, aunque no era tan voluminoso, también era grande y blando, pero su nuevo amante, Hermano Menor, era tan delgado y duro como un árbol joven. Hacían el amor lenta y sinuosamente, lanzándose sutilmente el uno al otro en tales sensaciones de orgasmo que apenas encontraban motivos para hablar el resto del tiempo que pasaban juntos. Era típico de Evelyn no poder resistirse a alguien que sintiera una atracción tan poderosa por ella. Llevó a Hermano Menor por el Lower East Side buscando en vano a Tateh y a la niña. Habían abandonado el piso de Hester Street. Evelyn se hizo cargo del pago del alquiler y del miserable mobiliario. Se pasó horas sentada junto a la ventana, en el respiradero. Tocó las cosas, una manta, un plato, como un ciego que intentara leer con los dedos. Entonces se descompuso y Hermano Menor la consoló en la estrecha cama de metal.

Cuando empezó el juicio de Harry K. Thaw, tomaron fotografías de Evelyn entrando en el juzgado. En la sala, donde no se permitía el acceso de fotógrafos, le hicieron retratos a mano para las revistas ilustradas. Oía el roce de los plumines de acero. Testificó y se describió a los quince años, balanceándose sobre un columpio de terciopelo rojo mientras un rico arquitecto perdía el aliento a la vista de sus

pantorrillas desnudas. Hablaba con decisión y con la cabeza alta. Estaba vestida con un gusto impecable. Su testimonio creó el primer icono sexual de la historia de Estados Unidos. Dos sectores de la sociedad se dieron cuenta. En primer lugar, la comunidad empresarial, en particular un grupo de contables y fabricantes de capas y trajes que también tanteaban el terreno del cinematógrafo o de las películas, como las llamaban. Algunos de estos hombres observaron que el rostro de Evelyn en la primera página de un periódico hacía que se agotara la edición. Se dieron cuenta de que había un proceso de magnificación por el cual las noticias hacían que ciertos individuos aumentaran de dimensión en la conciencia pública. Eran individuos que representaban una característica humana deseable, excluyendo las otras. Los empresarios se preguntaron si podían crear a individuos así no a partir de noticias accidentales, sino desde factorías específicas de su propiedad. Si pudieran, habría más gente dispuesta a pagar por ver películas. Así, Evelyn les sirvió de inspiración para la concepción del *star system* del cine y de modelo para todos los iconos sexuales, desde Theda Bara a Marilyn Monroe. El segundo grupo de personas que se dio cuenta de la importancia de Evelyn, se componía de diversos líderes sindicales, anarquistas y socialistas, que profetizaron con acierto que a la larga se convertiría en una amenaza para los intereses de los obreros, mayor incluso que los propios dueños de las minas o de las fábricas de acero. En Seattle, por ejemplo, Emma Goldman dio un discurso para la confederación de Trabajadores Industriales del Mundo y citó a Evelyn Nesbit como una hija de la clase obrera cuya vida era un ejemplo de la utilización de las hijas y las hermanas de los pobres para el placer de los ricos. Los hombres presentes hicieron comentarios obscenos a voz en grito y se carcajearon. Ellos también eran obreros militantes, sindicalistas con una conciencia radical de su situación. Goldman le envió una carta a Evelyn: «A menudo me preguntan: “¿Cómo permiten las masas que unos pocos los exploten?”. La respuesta es: “Dejándose inducir a identificarse con ellos. Después de ver tu fotografía en la portada de los periódicos, el obrero llega a casa, donde lo aguarda su mujer, una pobre mula agotada con las piernas llenas de varices, y entonces no sueña con la justicia, sino con hacerse rico”».

Evelyn no sabía cómo interpretar esas observaciones. Siguió testificando tal y como se había comprometido a hacer. Hizo apariciones con la familia Thaw y creó la imagen de esposa devota mediante miradas y pequeños gestos de ternura. Retrató a Harry como víctima de una irrefrenable necesidad de vengar su honor y el de su joven esposa. Hizo una actuación impecable. Oía el continuo traqueteo de los plumines de acero de los dibujantes. Los funcionarios del juzgado, con sus gafas y sus cuellos de celuloide, se frotaban los bigotes. Todos los presentes vestían de negro. Le intrigaban aquellos juristas, dispuestos a aceptar convenciones como aquélla. Jueces y abogados, alguaciles y policías, guardias y miembros del jurado: todos sabían que un día tendrían su propio juicio. Oía los plumines. En los pasillos había psiquiatras esperando para declarar que Harry estaba loco. Era una línea de defensa

que él no permitiría. No podía permitirlo. Su insigne madre quería que se acogiera a aquello. Temía que, de no hacerlo, acabara en la silla eléctrica. Evelyn lo observaba en el estrado de los acusados. Se preguntaba si habría algo en el mundo que pudiera aplacar aquel corazón rabioso. Harry se mostraba atento a cada testimonio. Cuando se hacía un comentario divertido, sonreía. Cuando era triste, bajaba la mirada. Cuando se mencionó el nombre de Stanford White frunció el ceño. Alternaba gestos de arrepentimiento con muestras de seguridad, levantando la cabeza, o incluso poses de firme rectitud. Al entrar y salir de la sala se mostraba tranquilo y respetuoso, la imagen de la racionalidad.

Un día, a Evelyn se le ocurrió que quizá Harry la amara de verdad. Se quedó aturdida. Intentó llegar al fondo de su relación. De la relación de los tres. Por primera vez sintió la punzante sensación de la pérdida de Stanford White, la pérdida de Stanny. Él le habría podido decir cuál era la verdad. Habría bromeado al respecto. Así era él. Era un viejo pervertido en la cama y le encantaba reírse a gusto. Ella sabía cómo volverle loco, igual que sabía volver loco a Harry. Pero se sentía más cómoda con Stanny White. Él solía dejarla para irse a construir cosas, mientras que Harry nunca la dejaba porque no tenía nada más que hacer. Harry era simplemente rico. Evelyn necesitaba hablar con alguien desesperadamente y la única persona con la que había podido hablar en su vida era el hombre de cuya muerte era responsable directa. En su papel vitela azul personalizado, la señora de Harry K. Thaw escribió a Emma Goldman con letra inglesa: «¿Qué he hecho?», le preguntaba en la carta. La respuesta llegó de California, donde Goldman estaba recaudando fondos en defensa de los hermanos McNamara, militantes acusados de volar el edificio del *Los Angeles Times*: «No sobreestimes tu papel en la relación que tenían esos dos hombres entre sí».

Mientras tanto, el juicio de Harry quedó listo para sentencia. El jurado no pudo alcanzar un veredicto. Se ordenó un nuevo juicio. Evelyn volvió a testificar, con las mismas palabras y los mismos gestos. Cuando todo acabó, sentenciaron a Harry K. Thaw a un periodo indefinido de reclusión en el Hospital de seguridad de Matteawan para enfermos mentales. Casi inmediatamente los abogados de Harry negociaron el divorcio. Evelyn estaba preparada. Su precio era un millón de dólares. Pero entonces aparecieron los detectives con sus informes sobre las infidelidades con Hermano Menor de Madre y otras que se inventaron, y el divorcio se liquidó con el pago a Evelyn de veinticinco mil. Evelyn se quedó sentada en la cama de la *suite* del hotel que ahora debía abandonar y miró las zapatillas que tenía en la mano. En aquella ocasión particular, las muestras de cariño de Hermano Menor la dejaron fría. Recordaba lo que le había dicho Goldman durante su última visita a Nueva York: «Por mucho dinero que le hayas sacado a Thaw, no es más que lo que él ha querido darte. Es la ley de los ricos, y consiste en que esa gente obtiene beneficios hasta del dinero que se le saca. Así es cómo funcionan las cosas. De algún modo, cada dólar que te ha pagado ha supuesto un beneficio para él. Y te quedarás con una cantidad limitada de dinero que gastarás y derrocharás hasta que vuelvas a ser tan pobre como

al principio». Sabía que era cierto. Incluso con tanto dinero como tenía, el grueso de su fortuna, le provocaba sensaciones extrañas y vagas. Llegaría algún hombre fingiendo amor, le robaría el dinero y le rompería el corazón. Aquella visión amarga de las cosas debía agradecérsela a Goldman, que le había pintado dos imágenes: una de avaricia y barbarie, privaciones, injusticia y muerte, correspondiente a la organización del capital privado vigente en el país; y la otra de utópica serenidad de una combinación laxa de iguales que comparten su trabajo y su riqueza unos con otros, con sentido común y sin gobierno. Evelyn hizo donaciones a *Mother Earth*, la revista anarquista de Goldman, para mantenerla a flote. Apoyó las llamadas radicales que le llegaban de todo el país una vez corrió el rumor de que había entrado en política. Hizo donaciones para la defensa legal de líderes sindicales encarcelados. Dio dinero a los padres de niños mutilados en las fábricas. Sin una verdadera convicción, fue repartiendo la fortuna que tanto le había costado ganar. La opinión pública nunca lo supo porque insistió en mantener el anonimato. No disfrutaba. Se miraba al espejo y veía los inconfundibles perfiles de una mujer adulta que aparecían en su cara de niña. Su largo y fino cuello le parecía una desgarrada vara que sostenía la ridícula cabeza de ojos tristes de una puta a la que se le hubiera pasado su mejor época. Lloraba por los abrazos que ya no le daría un cuerpo como el de Stanford White. Y mientras tanto, Hermano Menor de Madre esperaba su llamada con aire solemne y en silencio, como un perro. No sabía lo que significaba la comodidad. No podía hacerla reír ni susurrarle al oído. No podía explicarle cómo observar un diamante ni llevarla a un restaurante donde el maître la adulara. Lo único que podía hacer era dedicarle toda su vida y satisfacer sus mínimos deseos. Ella le quería, pero quería a alguien que la tratara mal y a quien ella pudiera tratar mal. Deseaba un desafío a su inteligencia, quería que le despertaran sus ambiciones de nuevo.

Mientras tanto, ¿qué había sido de Tateh y de su niña? Después de aquella conferencia, el viejo artista permaneció sentado un día y una noche en su piso sin comer ni decir nada, rumiando su brutal destino mientras fumaba sus cigarrillos Sobrany uno tras otro. De vez en cuando miraba a su hija y, anticipando la destrucción de su increíble belleza con su incesante victimización, la abrazaba y los ojos se le llenaban de lágrimas. La niña preparaba sencillas comidas en silencio, y ello le recordaba tanto a Tateh los movimientos de su mujer que no pudo soportar la situación por más tiempo. Metió la poca ropa que tenían en una maleta mohosa cuya correa se había podrido mucho tiempo atrás, la ató con una cuerda, cogió a la niña de la mano y dejó para siempre su piso de dos habitaciones en Hester Street. Caminaron hasta la esquina y se subieron en el tranvía n.º 12 a Union Square. En Union Square tomaron el n.º 8 y enfilaron Broadway hacia el norte. La tarde era cálida y todas las ventanas del tranvía estaban bajadas. Las calles estaban llenas de taxis y coches que tocaban la bocina. Los trolebuses avanzaban en grupos, tocando la campana y soltando chispas al chasquear los troles con los cables suspendidos por encima como reproducciones a escala reducida de una llamarada de calor que aplastaba las nubes contra la ciudad, sumiéndola en el bochorno vespertino. Tateh no tenía idea de adónde iba. La niña le cogía la mano con fuerza. Sus ojos oscuros miraban con solemnidad el desfile de personas que paseaban por Broadway, los hombres con sombreros de paja, americanas azules y pantalones blancos, las mujeres con vestidos blancos de verano. Las bombillas de cada teatro de vodevil creaban motivos diferentes. Un anillo de luz envolvía sus pupilas. Tres horas más tarde estaban en un tranvía que iba hacia el norte por Webster Avenue, en el Bronx. Había salido la luna, la temperatura había bajado y el tranvía avanzaba siguiendo las vías por la ancha avenida parando sólo de vez en cuando. Dejaron atrás solares cubiertos de hierba intercalados con bloques de casas aún en construcción. Por fin las luces desaparecieron del todo y la niña se dio cuenta de que estaban bordeando un gran cementerio que se extendía por la ladera de una colina. Las lápidas y criptas que desafiaban la fría noche le hacían pensar en la suerte que podía correr su madre. Por primera vez preguntó a Tateh adónde iban. Él cerró la ventanilla para protegerse del frío viento. El tranvía seguía chirriando y zarandeándose. Eran los únicos pasajeros.

—Shhh —le dijo—. Cierra los ojos.

Entre los bolsillos y los zapatos llevaba repartidos todos sus ahorros, poco más de treinta dólares. Había decidido dejar Nueva York, la ciudad que le había arruinado la vida. En aquellos tiempos el sistema de tranvías interurbanos estaba muy desarrollado. Se podían recorrer grandes distancias en duros asientos o bancos de madera tomando cada tranvía hasta el final de línea y enlazando allí con otro. Tateh

no sabía nada de las rutas. Sólo quería seguir adelante hasta donde le llevara cada tranvía.

A primera hora de la primera madrugada de su viaje cruzaron el límite de la ciudad y entraron en Mount Vernon, donde les dijeron que el primer servicio no saldría hasta la mañana. Encontraron un parquecito y durmieron en la glorieta. Por la mañana se lavaron y se refrescaron en un lavabo público. Una vez hubo salido el sol se subieron a un tranvía de vivos colores rojo y amarillo, y el revisor les saludó con alegría. Tateh pagó cinco centavos por su billete y dos por el de la niña. En la parte trasera del tranvía, sobre el suelo de madera, había unas cajas apiladas llenas de botellas de leche de un litro. Tateh preguntó si podía comprar una. El revisor lo miró, luego miró a la niña y le dijo que cogiera una, pero no quiso cobrársela. Tiró de una cuerda, sonó la campana y el tranvía se puso en marcha. El revisor cantaba. Era un hombre robusto con una gran panza y voz de tenor. Tenía un dispensador de monedas colgado del cinturón. Un rato después el tranvía entró en la ciudad de New Rochelle y poco a poco se abrió camino por Main Street. El tráfico era ya más denso, el sol estaba alto y la pequeña ciudad bullía de actividad. Tateh se informó de que, si quería atravesar la ciudad, tenía que cambiar de tranvía en la esquina de Post Road con North Avenue. Para ello tenía que pagar un centavo por trasbordo. Tateh y la niña bajaron en la esquina de Main Street con North Avenue y esperaron al otro tranvía. Un niño pasó por delante con su madre. La niña se quedó mirando al niño. Era rubio. Llevaba una camisa de marinero, bombachos azul marino, calcetines blancos y unos zapatos blancos relucientes. Iba cogido de la mano de su madre y, al pasar frente a la niña que esperaba junto a su padre, clavó la mirada en los ojos de ella. En aquel momento apareció el tranvía de Post Road. Tateh bajó a la calle y subió al tranvía con su hija firmemente cogida de la mano. Al arrancar el tranvía, la niña se quedó mirando al niño hasta perderlo de vista. El niño tenía los ojos azules, amarillos y verde oscuro, como un globo terráqueo. El tranvía subió por Post Road siguiendo la orilla del estrecho de Long Island Sound hasta la frontera con el estado de Connecticut. En Greenwich, pasada la frontera, trasbordaron a otro tranvía que les llevó por las poblaciones de Stamford, Norwalk y Bridgeport, donde estaba enterrado el general Tom Thumb. Para entonces ya habían aprendido a distinguir cuándo se acercaba el final de la línea. El revisor empezaba a dar la vuelta a los asientos vacíos, recorriendo el pasillo y tirando de las asas de los respaldos sin perder el paso. En Bridgeport volvieron a cambiar de tranvía. Las vías se dirigían hacia el interior. Pararon en New Haven, Connecticut, a pasar la noche. Durmieron en una pensión y desayunaron en el comedor de la casera. Tateh se cepilló los pantalones, la chaqueta y la gorra con furia antes de bajar a desayunar. Se ató la pajarita alrededor del desgastado cuello de la camisa. Se aseguró de que la niña se pusiera su pichi limpio. Era una pensión para estudiantes universitarios y algunos estaban a la mesa. Llevaban gafas doradas y jerséis de cuello alto. Después del desayuno, el viejo artista y su hija caminaron hasta la parada del tranvía y prosiguieron su viaje. Un tranvía de la

Springfield Traction Company les llevó hasta New Britain y luego hasta la ciudad de Hartford, donde empezó a atravesar estrechas callejuelas. Pasaban tan cerca de las casas de madera de la ciudad que parecía que las podían tocar. De pronto se encontraron en las afueras y de camino a Springfield, en Massachusetts. El gran tranvía de madera se balanceaba de un lado al otro. El viento les daba en la cara. Cruzaron a toda velocidad campos donde los pájaros se les quedaban mirando. La niña vio rebaños de vacas que pastaban. Vio caballos marrones trotando al sol. Una fina capa de polvo de yeso se le posó en la cara, como una máscara, dándole un aspecto pálido y destacando sus grandes ojos húmedos y el rojo de su boca, y Tateh se quedó asombrado por un momento ante la visión de la madurez de su hija. El tranvía traqueteó por los rieles que seguían el lateral de la carretera y cada vez que llegaba a un cruce sonaba un silbato. En una ocasión se detuvo y cargaron unas cajas. El pasillo se llenó de gente. La niña estaba impaciente porque el tranvía acelerara. Tateh observó que estaba contenta. Le encantaba aquel viaje. Sosteniendo la maleta sobre las rodillas con una sola mano, pasó la otra alrededor de su hija. Se dio cuenta de que él mismo estaba sonriendo. El viento le daba en la cara y le llenaba la boca. El tranvía amenazaba con descarrilar. Iba dando bandazos y todo el mundo se reía. Tateh se rio. Vio pasar el pueblo de su juventud a unos *verstas* de allí, al otro lado de los prados. De niño le encantaban los paseos en carro, le encantaba subirse en las grandes carretas en verano, a la luz de la luna, entre tantos otros cuerpos de niños tirados unos sobre otros, dando botes. Observó a los pasajeros del tranvía y por primera vez desde su llegada a Estados Unidos vio posible vivir allí. En Springfield compraron pan y queso y se subieron a un moderno tranvía verde oscuro de la Worcester Electric Street Railway. Tateh se dio cuenta de que por lo menos iba a llegar a Boston. Calculó el coste de todos los viajes. En total ascendía a dos dólares con cuarenta céntimos por él y poco más de un dólar por la niña. El tranvía zumbaba por las carreteras de tierra, con el sol tras de sí, poniéndose tras los montes Berkshire. Los altos abetos proyectaban largas sombras. Pasaron junto a un hombre que remaba en solitario por un ancho río de aguas tranquilas. Vieron una gran noria que giraba lentamente junto a un arroyo. Las sombras se fueron extendiendo. La niña se durmió. Tateh agarró bien la maleta que tenía en el regazo y fijó la vista en las vías, que brillaban frente a él bajo el solitario haz de luz del potente faro eléctrico del tranvía.

¡Vías! ¡Vías! En opinión de los visionarios que escribían en las revistas populares, el futuro se encontraba al final de un par de raíles paralelos. Había trenes de larga distancia tirados por locomotoras y trenes eléctricos interurbanos, tranvías urbanos y ferrocarriles elevados, y todos dejaban su rastro en forma de rieles de acero que se entrecruzaban como una malla, huella de una civilización inagotable. Y en Boston y Nueva York incluso había ferrocarriles bajo las calles, nuevos sistemas de transporte rápido subterráneo que transportaban a miles de personas cada día. De hecho, en Nueva York el éxito del metro de Manhattan había provocado que se pidiera una línea a Brooklyn. El resultado fue un milagro de la ingeniería que se tradujo en la construcción de un túnel por debajo del East River, de Brooklyn a Battery. Las excavadoras horadaban el cauce del río centímetro a centímetro protegidas por una pantalla hidráulica e iban uniendo secciones de tubos de hierro a medida que avanzaban. La cámara de perforación se llenaba de aire comprimido bombeado desde la superficie. Era una obra peligrosa. Los hombres que trabajaban en ella, en las excavadoras, eran considerados héroes. Al trabajar bajo el río podían sufrir destinos horribles. Un peligro habitual eran las explosiones, situación en la que el aire comprimido hallaba un punto débil en la parte alta del túnel y se escapaba por allí con una sacudida violenta. Un día se produjo una explosión tan fuerte que absorbió a cuatro hombres que estaban en el túnel y les hizo atravesar seis metros de tierra bajo el río, lanzándolos en propulsión hacia arriba hasta que salieron despedidos por la fuerza del agua. Volaron quince metros por encima del río empujados por un chorro de agua y sólo uno sobrevivió. El curioso accidente ocupó titulares en todos los periódicos, y cuando Harry Houdini leyó la noticia mientras se tomaba el café de la mañana, se vistió a toda prisa y se dirigió enseguida al hospital Bellevue, donde se decía que habían llevado al obrero superviviente.

—Soy Harry Houdini —dijo en recepción—, y tengo que ver a ese excavador.

Dos enfermeras deliberaron tras el mostrador y, mientras lo hacían, echó un vistazo al listado de admisiones y corrió escaleras arriba.

—¡No puede subir! —le gritó enérgica una enfermera mientras él atravesaba un pabellón lleno de enfermos y moribundos.

Por los sucios ventanales del pabellón entraban alegres rayos de sol. Arracimados alrededor de la cama del heroico excavador estaban sus familiares: una esposa, una madre anciana con su *babushka* y dos hijos fornidos. Un médico lo cuidaba. El enfermo estaba envuelto en vendas de la cabeza a los pies. Los brazos, en cabestrillos, colgaban de sendas poleas, al igual que una pierna que tenía enyesada. De vez en cuando, de entre los vendajes de la cabeza surgía un gruñido débil, o quizá sólo decoroso. Houdini se aclaró la voz.

—Soy Harry Houdini —dijo a la familia—. Me gano la vida escapando, es mi profesión. Soy un escapista. Pero déjenme decirles que nunca he hecho nada remotamente parecido a esto. —Señaló a la cama.

Los familiares se le quedaron mirando. Sus imperturbables rostros esclavos no reflejaban la mínima expresión. La abuela, sin apartar la vista de Houdini, dijo algo en un idioma extranjero. Sería una pregunta, porque uno de los hijos respondió con voz amable y pronunció el nombre de Houdini. Siguieron mirándolo.

—He venido a presentarle mis respetos —prosiguió Houdini.

Todos tenían el rostro plano, cejas anchas y los ojos muy separados. No le devolvieron la sonrisa.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó el médico.

—Sólo será un minuto —respondió Houdini—. Sólo quiero hacerle unas preguntas.

—Creo que debería marcharse —objetó el médico.

Houdini se dirigió a la familia.

—Quiero saber qué sintió. Quiero saber qué hizo para llegar a la superficie. Fue el único que lo consiguió. Debe de haber hecho algo. Querría saberlo; es muy importante para mí, ¿saben? —Sacó la cartera y extrajo unos billetes—. Quizá esto les pueda ayudar. Venga, cójanlo. Querría ayudarles.

La familia siguió mirándolo. La figura de la cama emitió un sonido. Uno de los hijos se agachó y acercó la oreja. Escuchó un momento y asintió. Se dirigió al otro hijo y le dijo algo. Eran dos tipos grandes, de más de metro ochenta, con el torso como un barril.

—Nada de violencia —dijo el médico.

Houdini se encontró de pronto levantado por los brazos y atravesó todo el pabellón sin tocar apenas el suelo con los pies. Decidió no resistirse. Sabía trucos de autodefensa, podía incluso zafarse de aquellos brutos; pero al fin y al cabo aquello era un hospital.

Houdini deambuló por las calles. Las orejas le ardían de humillación. Se bajó la solapa del sombrero. Llevaba una chaqueta de lino cruzada y ajustada y las manos metidas en los bolsillos. Los pantalones eran marrón oscuro y los zapatos marrones y blancos, con puntera. Era una tarde fresca de otoño y la mayoría de gente llevaba abrigo. Se movió con rapidez por entre la multitud de las calles de Nueva York. Era increíblemente ágil. Había un número que tenía por escenario el mundo real. Y no podía hacerlo. Por mucho que hubiera logrado, era un prestidigitador, un ilusionista, un simple mago. ¿Qué sentido tenía la vida si la gente salía del teatro y se olvidaba de él? En un quiosco los titulares de los periódicos decían que Peary había llegado al Polo. Las actuaciones en el mundo real eran las que llegaban a los libros de historia.

Houdini decidió concentrarse en sus logros al aire libre. Durante su gira, escapó de una caja de embalaje claveteada, atada con cuerdas y sumergida en el río Detroit. También hizo que lo sumergieran en ríos en Boston y Filadelfia. Los ríos estaban

cubiertos de hielo. Practicaba escapadas en los ríos helados sentándose en la bañera de casa con bloques de hielo que le echaba el repartidor de hielo. Pero no cambiaba nada. Decidió hacer una gira por Europa. Antes de conseguir triunfar en los circuitos del espectáculo en Estados Unidos había iniciado su carrera en Europa. De algún modo, aún sentía que los europeos le entendían mejor que sus compatriotas. Unos días antes de su partida accedió a dar una actuación benéfica a favor de los magos ancianos y la gente de teatro jubilada. Quería sorprenderles con un nuevo número. Contrató a un equipo de camilleros de Bellevue para que le vendaran de la cabeza a los pies. Una vez hecho eso, le envolvieron con varias sábanas y luego le ataron a una cama de hospital. Entonces le echaron agua encima para que las telas pesaran más. Houdini escapó. Los ancianos actores del público quedaron entusiasmados. Pero él no estaba satisfecho.

Houdini debía zarpar hacia Europa en el *Imperator*, un inmenso buque alemán con un mascarón de proa, algo raro para un moderno trasatlántico de tres chimeneas. El mascarón representaba un águila coronada con las garras clavadas en el mundo. La anciana madre de Houdini, la señora Weiss, fue hasta el muelle para despedirle. Era una mujer pequeña, muy arreglada y vestida de negro. La besó y la abrazó, le besó las manos y subió por la pasarela. Volvió a bajar corriendo y volvió a besarla, cogiéndole la cabeza entre las manos y besándole los ojos. Ella asintió y le dio unas palmaditas. Houdini volvió a subir por la pasarela corriendo y agitó el brazo. No estaba seguro de que su madre le pudiera ver.

El gran buque retrocedía por el río y él seguía moviendo el brazo. Agitó la gorra para resultar más visible. Era evidente que ella no le veía. Él gritó en un gesto ridículo, porque los motores del barco revolvían el agua del río con gran estruendo. Siguió observando aquella pequeña figura negra y corrió hasta la cubierta de babor cuando los remolcadores se colocaron frente al barco río abajo. La frágil ancianita siguió en el muelle y se quedó mirando el barco hasta que desapareció de su vista. Le gustaban los gestos de cariño de su hijo. Una vez se dirigió a ella, le dijo que extendiera el delantal y lo llenó con cincuenta brillantes dólares de oro. Era un buen chico. Ella volvió en taxi a su casa de la calle Ciento trece para esperarle allí.

Houdini inició su gira europea en el teatro Hansa de Hamburgo. El público se mostraba entusiasmado. Los periódicos le dedicaban mucho espacio. Nunca se había sentido tan insatisfecho. Se preguntaba por qué había dedicado su vida a un entretenimiento sin sentido. El público le vitoreaba. Al final de cada espectáculo siempre se congregaba una pequeña multitud frente a la entrada de artistas. Él los despachaba enseguida. Un día asistió a la exhibición de una máquina voladora de fabricación francesa, una Voisin. Era un precioso biplano con las alas en forma de caja, un timón apantallado y tres ruedas de bicicleta elegantemente arrostradas. El aviador lo hizo volar sobre una pista de atletismo y aterrizó en el campo interior, y al día siguiente su hazaña fue comentada en los periódicos. Houdini actuó con decisión. En menos de una semana ya era propietario de un biplano Voisin. Le había costado

cinco mil dólares. El precio incluía un mecánico francés que le instruyó en el arte de volar. Solicitó permiso para usar la pista Militar de una caserna a las afueras de Hamburgo. En todos los países en los que había actuado siempre se había llevado bien con los militares. Los soldados de todas partes eran admiradores suyos. Cada mañana, al amanecer, iba en coche hasta la pista militar y se sentaba a los mandos del Voisin mientras el mecánico francés le explicaba el uso y la función de cada palanca y cada pedal al alcance del piloto. El avión se pilotaba mediante un gran volante montado en posición vertical y fijado con un eje al timón frontal. El piloto se sentaba detrás del timón, en un pequeño asiento entre las dos alas. Detrás tenía el motor, y detrás del motor estaba la hélice. El Voisin estaba hecho de madera. Las alas estaban cubiertas de tela tensada y encolada con barniz. Las riostras que conectaban las alas dobles estaban revestidas con el mismo material. Parecía una cometa en tres dimensiones. Houdini hizo que pintaran su nombre en letras mayúsculas en los paneles exteriores de las alas y en los elevadores traseros. Esperaba impaciente el momento de su primer vuelo. El paciente mecánico le explicó las diversas operaciones necesarias para despegar, mantener el avión en vuelo y aterrizar. Cada noche Houdini actuaba y cada mañana al amanecer iba a tomar lecciones de vuelo. Por fin, una mañana, cuando el rojo cielo estaba despejado y el mecánico juzgó que las condiciones atmosféricas eran las correctas, sacaron el biplano de su hangar y lo orientaron en la dirección de la brisa. Houdini se subió al asiento del piloto, se giró la gorra hacia atrás y se la ajustó bien. Se agarró con fuerza al volante. Estrechó los ojos, concentrado, apretó la mandíbula y se volvió hacia el mecánico. Asintió con la cabeza y éste hizo girar la hélice de madera. El motor rugió. Era un Enfield de ochenta caballos, supuestamente mejor que el que usaban los propios hermanos Wright. Houdini, que apenas se atrevía a respirar, le dio al acelerador, lo soltó y aceleró de nuevo. Por fin levantó el pulgar. El mecánico se agachó bajo las alas y quitó los calzos de las ruedas. El avión avanzó lentamente. Houdini respiraba cada vez más rápido a medida que el Voisin adquiría velocidad. Muy pronto iba trotando por la pista y notó que las sensibles alas adquirirían inteligencia propia, como si una presencia incorpórea hubiera hecho de pronto su aparición. El avión se elevó del suelo. Houdini creyó estar soñando. Tenía que hacer un esfuerzo para reprimir sus emociones, imponerse a sí mismo mantener las alas alineadas, mantener el acelerador siempre acorde con la velocidad de vuelo. ¡Estaba volando! Tocó los pedales, asíó con fuerza el volante y suavemente el timón de profundidad se inclinó hacia abajo, haciendo que el avión se elevara. Se atrevió a mirar abajo: la tierra estaba veinte metros por debajo. Ya no oía el traqueteo del motor tras de sí. Sintió el viento en la cara y descubrió que estaba gritando. Los tensores parecían cantar, las grandes alas se balanceaban arriba y abajo a sus lados, haciendo gala de su inteligencia y jugando suavemente con el aire. Las ruedas de bicicleta giraban lentamente, dejándose llevar por la brisa. Estaba sobrevolando una arboleda. Ya más confiado, sometió al avión a una maniobra más difícil, un viraje en redondo. El Voisin describió una amplia curva

alrededor de la pista militar y pudo ver al mecánico a lo lejos, junto al hangar, saludándole con ambos brazos levantados. Con calma, Houdini alineó las alas, sintió la brisa en la cara e inició el descenso. En el momento en que las ruedas tocaron el suelo, la dureza del impacto le molestó. Y cuando la máquina por fin se detuvo decidió que lo único que quería era volver a surcar el cielo.

En vuelos posteriores Houdini permaneció en el aire hasta diez o doce minutos. Eso suponía prácticamente desafiar la capacidad del depósito del avión. A veces parecía deslizarse como si estuviera colgado de las nubes que flotaban por encima. Podía ver pueblos enteros en medio de la campiña alemana y seguir su propia sombra a lo largo de carreteras increíblemente rectas flanqueadas de setos. Una vez voló lo suficientemente alto como para ver a lo lejos el perfil medieval de Hamburgo y los reflejos del río Elba. Estaba tremendamente orgulloso de su avión. Quería hacer historia en la aviación. Los jóvenes oficiales de la caserna empezaron a presentarse en la pista militar para verle volar. A algunos empezó a conocerlos por su nombre. Y un día el comandante, cuyo permiso había necesitado para usar la plaza de armas, le pidió a Houdini si querría dar unas conferencias a aquellos jóvenes oficiales sobre el arte de volar. El mago aceptó enseguida. Se organizó el horario para poder hacerlo y empezó a dar una serie de sesiones informales. Le gustaban los jóvenes oficiales. Eran muy inteligentes y respetuosos. Le reían las bromas. Hablaba un alemán rudimentario y lo mezclaba con el hebreo, pero ellos no parecían darse cuenta.

Una mañana, después de un vuelo, Houdini llevó el avión hasta el hangar y observó que había allí un coche Mercedes del Estado Mayor con altos oficiales del Ejército Imperial Alemán. Antes de que pudiera poner el pie en tierra, su amigo el comandante, que iba en el asiento trasero, se puso en pie y le preguntó con toda formalidad si le importaría volver a despegar y hacerles un vuelo de demostración con el Voisin. Houdini se quedó mirando a los dos hombres mayores cargados de medallas que esperaban sentados en la parte trasera del coche, que asintieron. En el asiento delantero, junto al conductor, estaba sentado un soldado raso con el casco en punta y una carabina sobre las rodillas. En aquel momento apareció un Daimler Landau cubierto, de color blanco, que se fue a colocar lentamente tras el coche oficial. Los accesorios de latón estaban relucientes e incluso los radios de madera blancos de las ruedas estaban limpios. Sobre el guardabarros delantero derecho ondeaba una bandera oficial con el borde dorado. Houdini no pudo ver quién iba dentro.

—Por supuesto —dijo. Le ordenó a su mecánico que llenara el depósito y en unos minutos volvía a estar en el aire, haciendo amplios y elegantes virajes por encima del campo. Intentó imaginarse cómo se le vería desde el suelo. Sintió la emoción del espectáculo. Pasó zumbando sobre los coches a unos treinta metros de altura y dio otra pasada a quince metros, zarandeando las alas y saludando con la mano. Estaba volando para quienquiera que estuviera en aquel coche blanco.

Cuando aterrizó le escoltaron hasta el gran Daimler. El chófer abrió la puerta y se

quedó firme. En el coche estaba sentado el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro. El archiduque llevaba un uniforme de mariscal de campo del ejército austriaco. Bajo el brazo sostenía un casco emplumado. Llevaba el cabello muy corto y plano por la parte superior, como un cepillo, y un gran mostacho encerado y rizado hacia arriba. Se quedó mirando a Houdini con cara de tonto, haciendo un esfuerzo por levantar los párpados. A su lado estaba sentada su esposa, la condesa Sofía, una elegante señora que bostezaba delicadamente tapándose con la mano enfundada en un guante. El archiduque Francisco Fernando no parecía saber quién era Houdini. Le felicitó por el invento del avión.

SEGUNDA PARTE

Cuando Padre regresó a New Rochelle, subió los escalones de su casa, pasó bajo los enormes arcos noruegos y se encontró a su mujer con un bebé negro en brazos. En el piso de arriba, la muchacha de color estaba encerrada en sí misma. La melancolía se había apoderado de ella y de sus músculos. No tenía fuerza para sostener a su bebé. Se pasaba el día sentada en su buhardilla, y observaba los rombos de los ventanales que recibían la luz, la concentraban y la vertían en el interior de la casa. Padre se la quedó mirando a través de la puerta abierta, pero ella no hacía caso. Él se paseaba por la casa e iba encontrando indicios de su propia exclusión. Su hijo ya tenía un escritorio, como correspondía a los jóvenes estudiantes. Le pareció oír el viento del Ártico, pero no era más que la señora Bright, la sirvienta, pasando un aspirador por la moqueta del salón. Lo que le resultaba más extraño era el espejo del baño: le devolvía la imagen de un vagabundo demacrado y con barba, de un hombre sin hogar. El espejo con el que se afeitaba en el *Roosevelt* no le había hecho aquella revelación. Se quitó la ropa y se sorprendió al ver las líneas de su cuerpo, las costillas y clavículas, cubiertas de una piel blanca y vulnerable, la pelvis huesuda, el órgano colgando, más rojo que el resto. De noche, en la cama, Madre lo abrazaba e intentaba calentarle la espalda, envolviéndolo y pegándose a él para quitarle aquel extraño frío que llevaba dentro. Ambos se daban cuenta de que esta vez había estado fuera demasiado tiempo. En la planta baja, Brigit puso un disco en la Victrola, le dio a la manivela y se sentó en el salón, fumando un cigarrillo y escuchando a John McCormack que cantaba aquello de *I hear you calling me*. Hacía todo lo que podía para que la despidieran. Ya no era eficiente ni respetuosa. Madre observó el cambio a partir de la llegada de la chica de color. Padre lo relacionaba con los grados de giro del planeta de la moral. Era algo que veía en todas partes aquel año, y le tenía desconcertado. En la oficina le dijeron que las costureras del departamento de banderas se habían afiliado a un sindicato de Nueva York. Se vistió con prendas de su armario que le colgaban, informes, como las pieles que había llevado durante un año. Había traído regalos a casa. A su hijo le regaló un par de colmillos de morsa y un diente de ballena tallado por los esquimales. A su esposa le dio una piel de oso polar. Sacó del baúl sus tesoros del Ártico: sus diarios escritos en cuadernos con las esquinas levantadas y las páginas tiesas como papel remojado y secado; una fotografía firmada del comandante Peary; una punta de arpón de hueso, y tres o cuatro latas de té sin usar. Eran tesoros increíbles en el Norte, pero allí, en el salón, eran las posesiones de un salvaje. La familia se quedó de pie a su alrededor y le observaba allí, arrodillado. No tenía nada que contarles. En el extremo septentrional del mundo sólo había oscuridad y frío, que se habían apoderado de él y le habían curvado la espalda. Mientras esperaba que Peary regresara al Roosevelt había oído el aullido del viento de la noche y se había

aferrado con amor y gratitud al cuerpo maloliente, como el de un pez hediondo, de una mujer esquimal. Había penetrado con su cuerpo en el del pez apestoso. Apenas se atrevía a pensar en el viejo mundo anglosajón. Eso es lo que había hecho. Ahora, en New Rochelle, aún sentía el olor a aceite de hígado de pescado en su cuerpo, olor a pescado en su aliento, olor a pescado en las fosas nasales. Se frotó hasta irritarse la piel. Se miró en los ojos de Madre para buscar allí la justicia. Y en cambio se encontró con una mujer intrigada y preocupada por su nueva forma de ser. Se dio cuenta de que, cada noche desde su regreso, habían dormido en la misma cama. Ella no se mostraba tan decididamente recatada como en el pasado. Le miraba a los ojos. Se metía en la cama con el pelo suelto. Una noche le frotó el pecho con la mano y acabó posándola por debajo de su camisa de dormir. Padre pensó que Dios disponía de castigos tan retorcidos que no tenía sentido intentar adivinarlos. Emitió un suave gruñido, se volvió hacia ella y la encontró dispuesta. Ella le cogió la cara con las manos y se la acercó a la suya, pero él no notó las lágrimas.

La casa, con sus ventanas en saliente, sus esquinas biseladas y sus tres buhardillas, se erguía imponente sobre el patio como un barco. Los toldos estaban recogidos y atados a las ventanas. Una mañana de un luminoso día de noviembre Padre estaba en la acera. Las hojas caídas estaban cubiertas de escarcha y se movían como olas que fueran a romper contra la casa. Soplabla viento. Había vuelto a casa con una ligera cojera. Pensó que debía preparar su conferencia de regreso al Club de Exploradores de Nueva York. Decidió que prefería sentarse en el salón, con los pies cerca de un pequeño calefactor eléctrico. Toda la familia lo trataba como un convaleciente. Su hijo le trajo un caldo de carne. El chico había crecido. Había perdido algo de grasa. Se estaba volviendo competente y útil. Hablaba con inteligencia del cometa Halley. A su lado, Padre se sintió infantil.

En el periódico se hablaba del safari africano de Teddy Roosevelt. El gran conservacionista había abatido, entre los que se podían contar, diecisiete leones, once elefantes, veintiún rinocerontes, ocho hipopótamos, nueve jirafas, cuarenta y siete gacelas, veintinueve cebras y más kudús, ñúes, impalas, elands, antílopes acuáticos y comunes y facóqueros.

En cuanto a los negocios, durante la ausencia de Padre parecía que la cosa había ido bien. Madre ya hablaba con autoridad de conceptos como el coste unitario, los inventarios o la publicidad. Había asumido responsabilidades ejecutivas. Había hecho cambios en algunos procedimientos de facturación y había contratado a cuatro nuevos representantes en California y Oregón. Padre observó todos los cambios. Estaba impresionado. Sobre la mesita de noche de Madre había un volumen *titulado La batalla de las señoras*, de Molly Elliot Seawell. También encontró un panfleto sobre planificación familiar escrito por Emma Goldman, la revolucionaria anarquista. En la tienda, bajo una ventana traslúcida, descubrió a su cuñado encorvado sobre una mesa de dibujo. Hermano Menor estaba perdiendo su rubio cabello. Estaba pálido y delgado, y menos comunicativo que nunca. Lo más sorprendente era el tiempo que se

pasaba trabajando, de doce a quince horas al día. Se había adjudicado el departamento de pirotecnia y había diseñado decenas de cohetes y ruedas nuevos, así como un original petardo que no llevaba un envoltorio cilíndrico, sino esférico. La mecha parecía un tallo, por lo que se llamaba «cereza-bomba». Una mañana los dos hombres fueron al campo de pruebas de Hermano Menor, al final de la línea del trolebús, en las marismas. Llevaban gruesos abrigos negros y bombín. Padre se subió a una pequeña loma donde acababa la hierba. En un llano de arcilla seca, Hermano Menor se agachó y preparó la demostración. Habían dispuesto que primero explotaría un petardo común y que después lo haría la cereza-bomba. De pronto se puso en pie, levantó un brazo y se retiró unos pasos. Padre oyó la débil explosión del petardo y vio elevarse una pequeña nube de humo. Hermano Menor volvió a adelantarse, se agachó y se retiró, esta vez más deprisa. Levantó los dos brazos. Se oyó una explosión como la de una bomba. De pronto el cielo se llenó de gaviotas revoloteando y Padre sintió que la sacudida le había dejado un eco dentro de la cabeza. Estaba bastante alarmado. Cuando Hermano Menor regresó a su lado, tenía el rostro colorado y los ojos le brillaban. Padre sugirió que quizá la carga era excesiva y que podría resultar peligrosa.

—No quiero fabricar algo que pueda sacarle un ojo a un niño —dijo.

Hermano Menor no dijo nada; regresó a la zona de pruebas y encendió otra cereza-bomba, quedándose esta vez a un par de pasos del explosivo. Se puso como si estuviera en una ducha, de cara al agua y con los brazos abiertos. La bomba explotó. Se inclinó y volvió a extender los brazos. La bomba volvió a explotar. Los pájaros volaban describiendo amplios círculos sobre el estrecho, planeando y lanzándose en picado sobre los espumarajos del mar.

El joven estaba de luto. Evelyn Nesbit se mostraba cada vez más indiferente y, cuando él insistió en sus demostraciones de amor, acabó por volverse hostil. Por fin un día se marchó con un bailarín profesional de *ragtime*. Dejó una nota. Iban a montar un espectáculo. Hermano Menor se trajo a su habitación de New Rochelle una caja de madera llena de siluetas y un par de zapatitos de satén beige que Evelyn ya no quería. Recordaba que, en una ocasión, con aquellos zapatos y unas medias de encaje blancas como toda vestimenta, ella había apoyado las manos en los muslos y se le había quedado mirando por encima del hombro. Tras su regreso, Hermano Menor se pasó varios días en la cama. A veces se agarraba el sexo como si quisiera arrancárselo de raíz. Caminaba por la habitación, se tapaba las orejas con las manos y, cuando oía la voz de Evelyn, se ponía a tararear en voz alta. No podía ver las siluetas. Querría llenarse el corazón de pólvora y hacerlo volar. Una madrugada se despertó sobresaltado con el olor de ella en la nariz. De todos sus recuerdos, aquél era el más atroz.

Corrió escaleras abajo y lanzó el montón de siluetas y los zapatos de satén a la basura. Luego se afeitó y se fue a la fábrica de banderas y fuegos de artificio.

Su sobrino recuperó las siluetas recortadas.

El niño guardaba cualquier cosa que descartaran los demás. Planteaba su educación de un modo peculiar y vivía una vida intelectual completamente secreta. Tenía echado el ojo a los diarios del Ártico de Padre, pero no intentaría leerlos a menos que Padre se despreocupara completamente de ellos. En su interior, percibía el significado de algo en función de su estado de abandono. Inspeccionó las siluetas, examinándolas atentamente, y escogió una para colgarla en el interior de la puerta de su armario. Era un retrato de la modelo más frecuente del artista, una niña que llevaba el pelo como un casco y tenía la postura de alguien que pudiera salir corriendo en cualquier momento. Como los niños pobres, llevaba zapatos de cordones viejos y unos calcetines caídos. Ocultó el resto de la colección de siluetas en el desván. Estaba atento no sólo a los objetos abandonados, sino también a los sucesos inesperados y a las coincidencias. En el colegio no aprendía nada, pero le iba bien porque tampoco le exigían nada. Su maestra era una mujer con el pelo gris que enseñaba a sus alumnos a declamar y que daba palmadas mientras practicaban en sus libretas los trazos curvos que supuestamente les darían un buen control de la pluma. En casa demostraba interés por los libros de los Motor Boys y raramente se perdía un ejemplar del *Wild West Weekly*, y por algún motivo aquellos gustos, que la familia consideraba normales, les tranquilizaban. Madre sospechaba que era un niño raro, aunque no compartía aquella sensación con nadie, ni siquiera con Padre. Cualquier muestra de que su hijo era normal le animaba. Habría deseado que tuviera amigos. Padre aún no estaba recuperado del todo y Hermano Menor estaba demasiado atormentado con sus propias preocupaciones como para resultar útil, así que sólo quedaba Abuelo para cultivar en el niño lo que podría llegar a ser una rareza o quizá simplemente independencia de espíritu.

El anciano estaba muy delgado y encorvado, y emanaba olor a moho, posiblemente porque tenía poca ropa y se negaba a comprar o aceptar ropa nueva. Los ojos le lloraban constantemente. Pero se sentaba en el salón y le contaba al chico historias de Ovidio. Eran historias de personas que se convertían en animales, en árboles o en estatuas. Eran historias de transformaciones. Las mujeres se convertían en girasoles, en serpientes, en murciélagos o en aves; los hombres se convertían en serpientes, cerdos, piedras o incluso en aire. El niño no sabía que estaba oyendo a Ovidio y, de saberlo, no le habría importado. Las historias del Abuelo le proponían la idea de que las formas de vida eran volátiles y de que, en el mundo, todo podía convertirse fácilmente en algo diferente. La narración del viejo a menudo pasaba del inglés al latín sin que él se diera cuenta, como si estuviera leyendo en una de sus clases de cuarenta años atrás, de modo que parecía que no había nada que fuera inmune al principio de la volatilidad, ni siquiera el lenguaje.

El niño consideraba a su abuelo un tesoro abandonado. Aceptaba las historias como imágenes verdaderas y, por tanto, como proposiciones que se podían poner a prueba. Encontró pruebas en su propia experiencia en cuanto a la inestabilidad tanto de las cosas como de las personas. Podía quedarse mirando el cepillo, sobre la cómoda, y conseguir que se cayera al suelo. Si abría la ventana de su habitación, podía cerrarse sola en el momento en que él consideraba que empezaba a hacer frío. Le gustaba ir a las proyecciones de películas al teatro New Rochelle de Main Street. Conocía los principios de la fotografía, pero también observó que las películas dependían de la capacidad de los seres humanos, de los animales o de los objetos de perder fragmentos de sí mismos, residuos de luces y sombras que dejaban atrás. Escuchaba fascinado la Victrola y ponía el mismo disco una y otra vez, fuera lo que fuese, como para poner a prueba la resistencia de un suceso duplicado.

Entonces le dio por estudiarse ante el espejo, esperando quizá que se produjera algún cambio ante sus propios ojos. No podía constatar que hubiera crecido con respecto a unos meses antes, ni que el pelo se le estuviera oscureciendo. Madre observó la atención que se prestaba de pronto a sí mismo y lo interpretó como la típica vanidad de un chico que empieza a considerarse un hombre. Desde luego, ya le había pasado la edad de los trajes de marinerito. Siempre discreta, ella no decía nada. Pero estaba muy satisfecha. De hecho, él repetía aquella práctica no por vanidad, sino porque encontraba en el espejo un medio para duplicarse. Se quedaba mirando a su propia imagen hasta que había dos seres uno frente al otro, ninguno de los cuales podía considerarse el original. Le daba la sensación de salirse de su propio cuerpo. Dejaba de ser algo preciso como persona. Tenía la vertiginosa sensación de desvincularse de sí mismo una y otra vez. Durante el proceso se quedaba tan embelesado que se sentía incapaz de salir de él aunque tuviera la mente clara. Tenía que apoyarse en algún estímulo exterior, un ruido fuerte o un cambio de luz en el exterior de la ventana, que captara su atención y le devolviera a la realidad.

¿Y qué pensaba de su propio padre, el hombre robusto y seguro de sí mismo que se había ido y había vuelto encorvado y con barba? ¿O de su tío, que estaba perdiendo el cabello y las energías? Al fondo de Broadview Avenue, un día las autoridades municipales erigieron una estatua de bronce de un gobernador holandés, un hombre de mirada dura con sombrero alto, capa, bombachos y zapatos de hebilla. La familia sí participó en aquello. Había otras estatuas en los parques de la ciudad y el chico las conocía todas. Creía que las estatuas eran el único modo de transformar a los humanos y, en algunos casos, a los caballos. Aun así, ni siquiera las estatuas permanecían inalterables, y cambiaban de color o perdían fragmentos de sí mismas.

Le parecía evidente que el mundo se componía y se descomponía constantemente en un interminable proceso de insatisfacción.

El invierno se volvió extremadamente frío y seco y los estanques de New Rochelle se convirtieron en lugares ideales para patinar. Los sábados y domingos, Madre y Hermano Menor iban con el chico a patinar al estanque del bosque al final

de Paine Avenue, que confluía con Broadview. Hermano Menor patinaba solo, dando largas zancadas por el hielo, elegantes y solemnes, con las manos detrás de la espalda y la cabeza gacha. Madre llevaba un sombrero de piel, un largo abrigo negro y las manos metidas en un manguito, y patinaba con su hijo cogido de su brazo. Esperaba apartarle de sus solitarios pasatiempos domésticos. Era una escena alegre: había niños y adultos de todo el vecindario patinando y dando vida al blanco del hielo con sus largas bufandas de colores colgadas del cuello y sus narices y sus pómulos sonrosados. Algunos se caían, se reían y les ayudaban a levantarse. Los perros se esforzaban por mantener el equilibrio mientras seguían a los niños. Se oía el constante roce de las cuchillas sobre el hielo. Algunas familias habían adaptado patines a las sillas de mimbre para los ancianos o los menos atrevidos, y siempre había quien se ofreciera a empujarlos. Pero los ojos del niño sólo veían los surcos que dejaban los patines, huellas fugaces de momentos pasados, de viajes acabados.

Aquel mismo invierno Tateh y su hija se encontraban en el centro textil de Lawrence, en Massachusetts. Habían llegado allí el otoño anterior al oír que se ofrecía trabajo. Tateh se pasaba cincuenta y seis horas a la semana frente a un telar, por las que apenas cobraba seis dólares. La familia vivía en un bloque de madera en lo alto de una colina. No tenían calefacción. Ocupaban una habitación que daba a un callejón en el que los vecinos tenían la costumbre de echar la basura. Tateh se temía que su hija pudiera caer víctima de los peligros de la clase baja presentes en el vecindario. Se negó a apuntarla a la escuela —allí era más fácil evitar a las autoridades que en Nueva York— y la dejaba en casa cuando él no estaba y no podían salir juntos. Después del trabajo se iban a pasear una hora por las oscuras calles. La niña se volvió pensativa. Levantaba los hombros y caminaba como una mujer. Él se torturaba anticipándose a su madurez. Cuando una niña se convierte en mujer necesita una madre que la guíe. ¿Tendría que vivir aquel difícil cambio sola? Por otra parte, si él encontraba a alguien con quien casarse, ¿cómo se lo tomaría su hija? Quizá para ella fuera lo peor que pudiera pasar.

Los lúgubres edificios de madera estaban dispuestos en filas interminables. Había allí gente de toda Europa: italianos, polacos, belgas e incluso judíos rusos. La relación entre los diferentes grupos no era buena. Un día, la mayor fábrica de todas, la American Woolen Company, repartió los sobres del salario con la paga incompleta, y una convulsión se extendió por entre los obreros de la planta. Varios trabajadores italianos dejaron las máquinas. Empezaron a recorrer la fábrica llamando a la huelga. Arrancaron cables eléctricos y lanzaron trozos de carbón por las ventanas. Por toda la ciudad había trabajadores que dejaban las máquinas. Los que no se decidían se veían arrastrados por la inercia. En tres días, prácticamente todas las fábricas textiles de Lawrence habían cerrado.

Tateh estaba rebosante de alegría.

—Íbamos a morirnos de hambre o de frío —le dijo a su hija—. Ahora nos matarán a tiros.

Pero llegaron de Nueva York los *wobblies*, miembros de la confederación de Trabajadores Industriales del Mundo, que sabían cómo gestionar una huelga, y se pusieron a organizarlo todo. Se formó un comité de huelga en el que había representación de todas las razas y se lanzó un mensaje a los obreros: nada de violencia. Tateh cogió a la niña y se unió a los miles de piquetes que rodeaban la fábrica, un enorme edificio de ladrillo que ocupaba manzanas enteras. Desfilaban soportando el frío bajo aquel cielo gris. Por la calle pasaban tranvías y los conductores se quedaban mirando a los miles de manifestantes que avanzaban en silencio por entre la nieve. Por encima de ellos, los cables de teléfono y telégrafo

soportaban el peso de los carámbanos. Una milicia armada con rifles montaba guardia a las puertas de la fábrica. Los soldados estaban nerviosos, pero todos llevaban abrigo.

Hubo muchos incidentes. Una obrera recibió un balazo por la calle. Los únicos que llevaban pistola eran los policías y la milicia, pero arrestaron a los dos líderes de la huelga, Ettore y Giovanetti, por el tiroteo, acusados de complicidad. Los encerraron a la espera de juicio. Era de esperar algo así. Tateh fue hasta la estación de tren para colaborar cuando llegaron los sustitutos de Ettore y Giovanetti. Había una gran multitud. Bajó del tren Big Bill Haywood, el *wobbly* más famoso de todos. Era un tipo del oeste y llevaba un sombrero de vaquero que agitó al llegar para saludar. La gente lo vitoreó. Haywood levantó las manos pidiendo calma. Habló. Tenía una voz impresionante.

—Aquí no hay ningún extranjero más que los capitalistas —declaró.

Los asistentes enloquecieron. Después, todos desfilaron por las calles cantando la Internacional. La niña nunca había visto a Tateh tan encendido. Le gustaba la huelga porque así salía de la habitación. Le agarró de la mano.

Pero la batalla se prolongó semana tras semana. Los comités de auxilio social habían instalado cocinas en cada barrio.

—No es caridad —le explicó una mujer a Tateh cuando, después de que la niña recibiera su ración, él rechazó la suya—. Los jefes os quieren débiles, así que tenéis que estar fuertes. La gente que nos ayuda hoy puede necesitar nuestra ayuda mañana.

En los piquetes, cada día se ataban las bufandas alrededor del cuello y pateaban la fría nieve. El abrigo de la niña se deshilachaba. Tateh se ofreció voluntario para colaborar en el comité de propaganda de la huelga y, al encomendársele la misión de diseñar carteles, consiguió que salieran de la calle. Sus carteles eran muy bonitos. Pero el que dirigía aquello le dijo que no estaban bien.

—No queremos arte —le dijo—. Queremos algo que despierte la rabia. Queremos mantener el fuego encendido.

Tateh había dibujado piquetes, tristes figuras con los pies en la nieve. Había dibujado familias apiñadas en los pisos. Lo dejó y se dedicó a las composiciones con letras. Todos para uno y uno para todos. Se sintió mejor. Por la noche se llevaba a casa restos de papel, cartón, plumines y tinta china, y para distraer a la niña de los problemas, empezó a entretenerla con dibujos y siluetas. Dibujó un tranvía, con la gente que subía y bajaba. A la niña le encantó. Se apoyaba en la almohada de su cama y se lo quedaba mirando desde diferentes ángulos. Eso le dio a Tateh una idea. Hizo varias copias del tranvía y, luego, al ponerlas juntas una sobre otra y pasar las páginas daba la impresión de que el tranvía avanzara y luego se parara para que la gente subiera y bajara. Estaba tan contento como la niña. Ella se lo quedó mirando y mostró su aprobación tan convencida que a Tateh le entró la fiebre creativa. Trajo a casa más restos de papel. Se la imaginó con patines de hielo. En dos noches hizo ciento veinte dibujos en páginas más pequeñas que su propia mano. Las ató con cuerda. La niña

sostenía el librito y controlaba el paso de las páginas con el pulgar, observando su propia imagen patinando hacia delante y hacia atrás, haciendo un ocho, volviendo atrás, haciendo piruetas y una elegante reverencia al público. Tateh la abrazó y lloró al contacto con su frágil cuerpecito, sintiendo sus suaves labios sobre la cara. ¿Y si resultaba que lo único que podía hacer por ella eran dibujos? ¿Y si todo seguía igual, en una sucesión de esperanzas incumplidas? Ella crecería y maldeciría su nombre.

Mientras tanto la huelga había adquirido fama. Cada día llegaban periodistas de todo el país. Recibían el apoyo de otras ciudades. Pero en el frente de la lucha se sentía una debilidad cada vez mayor. Para un hombre con hijos era difícil mantener el coraje y la determinación. Se organizó un plan para enviar a los hijos de los huelguistas a otras ciudades, con familias de acogida que simpatizaban con la huelga. Cientos de familias de Boston, Nueva York y Filadelfia se ofrecieron a acogerlos. Otras enviaban dinero. El comité de huelga hacía un estudio detallado de cada familia. Los padres de los niños tenían que firmar un permiso. El experimento empezó. Un grupo de mujeres ricas acudieron desde Nueva York para acompañar al primer centenar en el tren. A cada niño se le hacía un examen médico y todos llevaban una muda nueva. Llegaban a la estación Grand Central de Nueva York como un ejército de salvación. Una multitud salió a recibirlos y por un momento todo el mundo se quedó con la imagen de los niños, cogidos de la mano, mirando hacia delante con decisión como si vieran el horrible destino que les deparaba la era industrial. La prensa le dio a la noticia una cobertura enorme. Los dueños de las fábricas de Lawrence se dieron cuenta de que, de todas las estratagemas ideadas por los obreros, la del éxodo infantil era la más devastadora. Si se les permitía seguir adelante, la opinión pública se pondría a favor de los obreros y los empresarios tendrían que ceder. Eso significaría un aumento de los sueldos que haría que algunos obreros llegaran a cobrar ocho dólares a la semana. Conseguirían que se les pagaran las horas extra y suplementos de producción por destajo. Se librarían de las represalias por la huelga. Era inconcebible. Los propietarios de las fábricas sabían quiénes eran los representantes de la civilización y la fuente del progreso y la prosperidad en la ciudad de Lawrence. Por el bien del país y del sistema democrático estadounidense, decidieron que no habría más éxodos infantiles.

Mientras tanto, Tateh se debatía: estaba claro que lo mejor para su hija sería alojarse durante unas semanas con una familia acomodada. Comería bien, no pasaría frío y llevaría una vida familiar normal por una vez. Pero no podía soportar separarse de ella. Tenía un mal presentimiento. Se presentó ante el comité de auxilio social, instalado en un almacén no muy lejos de la fábrica, y habló con una de las mujeres. Ella le aseguró que había más familias obreras de buena reputación dispuestas a acoger niños de las que necesitaban.

—¿Judías? —preguntó Tateh.

—Tenemos de todo —respondió la mujer. Pero él no se decidía a firmar los papeles—. Investigamos a cada familia —insistió la mujer—. No podríamos

tomarnos a la ligera una cosa así

—Yo he sido socialista toda la vida —le aseguró Tateh.

—Por supuesto —dijo la mujer—. La auscultará un médico. Sólo por eso, vale la pena. Comerá caliente y sabrá que su padre tiene amigos en el mundo. Pero no queremos presionarle. Mire, mire la cola que tiene detrás: hay muchos interesados.

Tateh pensó: «Me encuentro aquí, en medio de mis hermanos de armas, y estoy pensando como un burgués de los *shtetl*». Y firmó el permiso.

Una semana más tarde se llevó a la niña a la estación. Formaba parte de un contingente de doscientos niños que iban a Filadelfia. Llevaba un abrigo nuevo y un sombrero que le calentaba las orejas. Él no dejaba de mirarla a cada paso. Era preciosa. Tenía un porte elegante por naturaleza. Estaba contenta con su ropa nueva. Él le hablaba con naturalidad y procuraba no sufrir. Ella había aceptado la idea de separarse de él sin una palabra de protesta. Desde luego, aquello era lo mejor, dadas las circunstancias. Pero si le resultaba tan fácil, ¿qué pasaría en el futuro? Se guardaba cosas para sí que él no podía llegar a averiguar. Atraía a la gente. Muchas madres se la quedaban mirando. Tateh se sentía orgulloso, pero también tenía miedo. Entraron en la sala de espera, un caos de madres y niños. Algunos gritaron: «¡Ahí viene!», y la multitud se abalanzó a las puertas mientras el tren entraba resoplando y soltando grandes nubes de humo.

Había un vagón reservado para los niños al final del convoy. Era la línea de Boston y Maine. La locomotora era una Baldwin 460. Todo el mundo avanzó por el andén, con las enfermeras del Comité de Mujeres de Filadelfia a la cabeza.

—No descuides los modales —le recordó Tateh mientras caminaban—. Cuando la gente te haga preguntas, respóndeles. Habla alto para que te oigan.

Una vez giraron la esquina de la estación, vieron que en la calle había una formación de soldados con las gorras caladas. Llevaban los rifles pegados al pecho. Estaban de espaldas al andén. La procesión se detuvo y retrocedió. Había habido algún altercado al principio de la fila. Entonces oyeron un grito, aparecieron policías por todas partes y de pronto se formó un alboroto terrible. Los pasajeros, asombrados, miraban desde las ventanas del tren mientras la policía empezaba a separar a las madres de sus hijos. Las madres pataleaban y gritaban, arrastradas por la policía hacia los camiones al final del andén. Eran camiones militares Reo de capota alta y tracción por cadena. Los niños eran pisoteados y deambulaban en todas direcciones. Una mujer salió corriendo con la boca llena de sangre. El vapor se dispersaba como la niebla. La campana del tren sonó y frente a Tateh apareció una mujer que intentó decirle algo. Se agarraba el vientre. Cayó. Tateh cogió a su hija y la izó a la plataforma del vagón más próximo para apartarla del peligro. Entonces se fijó en la mujer caída. La cogió por debajo de los hombros y la arrastró por entre la multitud hasta un banco. Mientras la sentaba, fue descubierto por un policía. El policía le golpeó en los hombros y en la cabeza con la porra.

—¿Qué hace? —preguntó Tateh. No entendía qué quería aquel loco. Retrocedió

por entre la muchedumbre. El policía le perseguía y le seguía golpeando. Salió de entre la multitud tropezando y siguió recibiendo golpes. Por fin cayó al suelo.

La acción policial se debía a una orden emitida por el alcalde de la ciudad en la que se prohibía a los niños que abandonaran Lawrence. Era por su propio bien. Estaban de rodillas, sosteniendo los cuerpos postrados y ensangrentados de sus padres y madres. Algunos estaban histéricos. En unos minutos la policía limpió el andén, los camiones se pusieron en marcha, la milicia desapareció y sólo quedaron unos cuantos adultos maltrechos y niños llorosos. Uno de los adultos era Tateh. Se apoyó contra una columna para recobrar fuerzas. Estaba aturdido. Empezó a oír sonidos que habían sido emitidos minutos antes. Oyó la voz de la niña: «¡Tateh!, ¡Tateh!». En aquel momento se dio cuenta de que en el andén había más luz que antes. El tren se había marchado. Aquello le revolvió por dentro. Ya estaba completamente despierto. Pero seguía oyendo la voz. «¡Tateh!, ¡Tateh!». Miró al fondo del andén y vio el último vagón del tren a Filadelfia unos metros más allá del final de la estación. No se movía. Empezó a correr. «¡Tateh!, ¡Tateh!». Mientras corría el tren empezó a moverse lentamente. Corrió por las vías. Corrió, tropezando, con el brazo extendido. Consiguió agarrarse a la barandilla de la plataforma de observación. El tren estaba cogiendo velocidad. Los pies se le separaban del suelo. Por debajo empezaba a ver las traviesas borrosas. Se aferró a la baranda y por fin consiguió levantar las rodillas hasta el voladizo de la plataforma y quedarse allí colgado, con la cabeza apretada contra los barrotes como un presidiario suplicando la libertad.

Tateh fue rescatado por dos revisores que le levantaron por los brazos y la parte trasera de los pantalones y lo izaron a la plataforma. Primero tuvieron que separarle los dedos de los barrotes. En el tren encontró a su hija y, ajeno a revisores, pasajeros y todo lo que la rodeaba, la cogió en brazos y lloró. Entonces observó que el abrigo nuevo estaba manchado de sangre.

—¿Dónde te has hecho daño? —gritó—. ¿Dónde te has hecho daño?

Ella negó con la cabeza y le señaló. Entonces se dio cuenta de que las manchas eran de su propia sangre, que salía de la cabeza, tiñéndole de oscuro las canas.

Un médico que viajaba en el tren le trató las heridas y le puso una inyección. Después no recordaba muy bien qué pasó. Se durmió estirado de lado entre dos asientos, con el brazo como almohada. Se dio cuenta del movimiento del tren y de que su hija estaba sentada frente a él. La niña miraba por la ventana. Eran los únicos pasajeros del vagón especial a Filadelfia. A veces oía voces pero no alcanzaba a entender lo que decían. Al mismo tiempo veía claramente los ojos de su hija y el reflejo de unos montes nevados apareciendo lentamente, en una curva, sobre sus pupilas. Así hicieron el camino a Boston, de allí a New Haven, pasando por Rye y New Rochelle, en Westchester, hasta atravesar las cocheras de Nueva York, cruzar el río a Newark, en Nueva Jersey, y de allí a Filadelfia.

Cuando llegó el tren, los dos refugiados encontraron un banco en la estación y pasaron allí la noche. Tateh no estaba muy entero. Afortunadamente llevaba en los bolsillos la parte del salario que había apartado para el alquiler: dos dólares y cincuenta centavos. La niña se sentó a su lado en el banco y observó las siluetas de la gente que pasaba por la estación, aunque a primera hora de la mañana sólo había un mozo que empujaba una gran escoba por el suelo de mármol. Como siempre, parecía aceptar totalmente la situación en la que se encontraba. A Tateh le dolía la cabeza. Tenía las manos hinchadas y llenas de rasguños. Se sentó con las manos sobre las orejas. No sabía qué hacer. No podía pensar. El caso era que estaban en Filadelfia.

Más tarde encontró un periódico abandonado. En la primera página se relataba el horror de la intervención policial en Lawrence, Massachusetts. Encontró un paquete de cigarrillos en el bolsillo y fumó al tiempo que leía el periódico. Un editorial reclamaba que el Gobierno Federal investigara aquella atrocidad. Así que ya estaba: la huelga ganaría la partida. Pero luego, ¿qué? Recordó el repiqueteo de los telares. Un salario de seis dólares y pico. ¿Cambiaría eso sus vidas? Seguirían viviendo en aquella habitación miserable, en aquella terrible calle tan oscura. Tateh sacudió la cabeza. «Este país no me va a dejar respirar». Así tomó la decisión de no volver a Lawrence, Massachusetts. Sus pertenencias, sus harapos, se los dejaba al casero.

—¿Qué llevas encima? —le preguntó a su hija.

Ella le enseñó el contenido de su maletita, con las cosas que había cogido para su viaje: su ropa interior, su peine y su cepillo, un clip, ligas, medias y los libritos del tranvía y la patinadora que él había hecho. Quizá fue a partir de entonces cuando Tateh empezó a imaginarse una vida apartada del destino de la clase obrera.

—Odio las máquinas —le confesó a su hija. Se puso de pie. Ella también, le cogió de la mano y juntos buscaron la salida—. La confederación ha ganado —dijo—, pero ¿qué ha ganado? Unos cuantos centavos más de paga. ¿Acabará haciéndose con las fábricas? No.

Se lavaron y se refrescaron en los lavabos públicos. Fueron a la cafetería de la estación, desayunaron café con bollos y se pasaron el día caminando por las calles de Filadelfia. Hacía frío y el sol brillaba. Miraron los escaparates de las tiendas y cuando les empezaron a doler los pies por el frío entraron en unos grandes almacenes para entrar en calor. La niña observó con interés que había cestas de alambre colgadas de unos cables móviles por encima de los mostradores. Llevaban el dinero y los recibos de los mostradores a la caja y viceversa. Los vendedores tiraban de unas cuerdas con manijas de madera para bajar las cestas y tiraban de otras cuerdas para volver a subirlas. Los maniquíes, como muñecas de tamaño natural, lucían tocas de satén y sombreros de ala ancha con plumas de garza.

—Uno de esos sombreros vale más que la paga de una semana —comentó Tateh.

Más tarde, de nuevo en la calle, pasaron frente a unos edificios con la fachada de hierro donde maniobraban unos camiones para situarse junto a las plataformas de descarga. Los escaparates de las empresas de suplidos y de los mayoristas no tenían gran interés. Pero entonces la niña se fijó en un escaparate mugriento en el que se mostraban todas las baratijas de una distribuidora de artículos de broma por correo. En aquella época los empresarios estaban descubriendo los beneficios que se obtenían con los artículos de broma y los trucos de magia. Había cigarrillos explosivos, rosas de goma para la solapa que echaban agua, cajas de polvos de pica pica, catalejos que dejaban los ojos negros, mazos de naipes que explotaban, bocinas para colocar bajo los cojines de las sillas, pisapapeles de cristal con escenas invernales en las que nevaba al sacudirlos, cerillas explosivas, juegos de tómbola, réplicas de la campana y de la estatua de la Libertad, anillos mágicos, libros que explicaban el significado de los sueños, plumas y huevos explosivos.

Tateh se quedó mirando el escaparate mucho después de que la niña hubiera perdido interés. La hizo entrar en la tienda. Tateh se quitó el sombrero y habló con un hombre que llevaba una camisa a rayas con manguitos, que salió a atenderle. El hombre se mostró amable.

—Claro —dijo—. Echémosle un vistazo.

Tateh cogió la maletita de la niña, la puso sobre el mostrador y, abriéndola, sacó el librito de la patinadora. Colocándose junto al dueño del negocio, sostuvo el librito con el brazo extendido y pasó las páginas con habilidad. La niña patinaba adelante y atrás, hacía un ocho, volvía, ejecutaba una pirueta y hacía una graciosa reverencia. El

hombre levantó las cejas y extendió el labio inferior.

—Déjeme probar eso —dijo.

Una hora más tarde Tateh salía de allí con veinticinco dólares en efectivo y un acuerdo firmado en el que le encargaban cuatro libritos más a veinticinco dólares cada uno. La empresa —que se llamaba Franklin Novelty Company— publicaría los libros y los añadiría a su catálogo. A efectos del contrato, los denominaron «libros animados».

—Vamos —le dijo Tateh a su hija—. Encontraremos una casa de huéspedes en un buen barrio y luego nos tomaremos una buena comida y nos daremos un baño caliente.

Así orientó su vida el artista, adecuándola al flujo de energía americano. Los obreros podían declararse en huelga y morir, pero por las calles de las ciudades un emprendedor podía decidir asar boniatos en un cubo con brasas de carbón y venderlos por uno o dos centavos. Un organillero sonriente podía conseguir que le llenaran la taza de monedas. Haciendo caso omiso de la nieve, Phil el violinista le cortó los dedos a sus guantes y tocaba bajo las ventanas iluminadas de las mansiones. Frank, el niño de los recados, se mantenía atento a la llegada de la hija de algún empresario de Wall Street a lomos de un caballo fugitivo. Por todo el país los comerciantes apretaban las grandes teclas redondas de sus cajas registradoras. Siempre había gente atenta a la posibilidad de duplicar el valor de sus activos. En toda ciudad había alguna elegante heladería de mármol belga o dentistas que se ofrecían a arrancar muelas sin dolor. En Highland Park, en el estado de Michigan, el primer automóvil de la serie T construido en una línea de montaje salía por una rampa y se detenía sobre la hierba, bajo el cielo claro. Era negro y desgarrado, y estaba montado sobre unas grandes ruedas que lo separaban del suelo. Su inventor se lo miraba desde cierta distancia. Tenía el bombín echado hacia atrás. Mascaba una pajita y en la mano izquierda sostenía un reloj de bolsillo. Tenía una gran plantilla a su cargo, con muchos hombres de origen extranjero, y siempre había creído que, en su mayoría, los seres humanos eran demasiado tontos como para ganarse bien la vida. Había concebido la idea de disociar las labores de ensamblaje de un automóvil en sus pasos más simples de modo que cualquier tonto pudiera ejecutarlos. En vez de hacer que un hombre aprendiera los cientos de tareas necesarias para la construcción de un vehículo a motor y hacerle ir de un lado a otro para ir buscando los componentes de un almacén general, ¿por qué no dejarlo quieto en su sitio y que repitiera una tarea una y otra vez, haciendo que las piezas pasaran frente a él por unas cintas transportadoras? Así no se pondría a prueba la capacidad mental del obrero.

—El hombre que pone un tornillo no pone la tuerca —explicaba el inventor a sus socios—; el que pone la tuerca no la aprieta.

Tenía un don para la palabra. La inspiración le había llegado tras la visita a una planta de despiece de vacas, en la que los animales colgaban de unos ganchos suspendidos de unos cables instalados en lo alto. Con la lengua iba pasándose la pajita de un lado de la boca al otro. Volvió a consultar el reloj. Parte de su genio consistía en dar la impresión a sus ejecutivos y competidores de que no era tan listo como ellos. Rozó la hierba con la punta del zapato. Exactamente seis minutos después de que el primer coche hubiera salido por la rampa, otro coche idéntico apareció en lo alto de la rampa, quedó expuesto por un momento a la fría luz del sol de la mañana y luego bajó por la pendiente hasta topar con la parte trasera del

primero. Antes, Henry Ford era un fabricante de automóviles como los demás. Ahora experimentaba un éxtasis mayor y más intenso que el que pudiera haber vivido ningún americano antes que él, ni siquiera Thomas Jefferson. Había conseguido la replicación de una máquina hasta el infinito. Sus ejecutivos, directivos y asistentes le rodearon para darle la mano. Tenían los ojos llenos de lágrimas. Él se concedió sesenta segundos de su reloj de mano para las felicitaciones y acto seguido mandó a todo el mundo de nuevo al trabajo. Sabía que había que hacer ajustes y tenía razón. Controlando la velocidad de las cintas transportadoras podría controlar el ritmo de producción de los trabajadores. No quería que un obrero estuviera en tensión constante ni que tuviera que dar más de un paso desde su puesto de trabajo. El obrero tenía que disponer de cada segundo que pudiera necesitar pero los segundos no tenían que sobrarle. Partiendo de aquellos principios, Ford estableció la conclusión final de la teoría de la producción industrial: no sólo que las partes del producto final podían ser intercambiables, sino que los hombres que construían aquellos productos también eran intercambiables. Muy pronto estaba produciendo tres mil coches al mes y vendiéndoselos a la multitud. Viviría una vida larga y activa. Le encantaban los animales y contaba entre sus amigos a John Burroughs, antiguo naturalista que estudiaba a las humildes criaturas de los bosques: de la ardilla listada al mapache, y del carrizo al carbonero.

Pero el logro de Ford no le llevó a lo más alto de la pirámide de los negocios. Sólo un hombre ocupaba aquel puesto destacado.

Las oficinas de la J. P. Morgan Company se encontraban en el número 23 de Wall Street. El gran banquero llegó una mañana al trabajo vestido con un traje azul marino, un abrigo negro con el cuello de lana y sombrero de copa. Le gustaba la ropa algo pasada de moda. Cuando bajó de su limusina, la cortina de la ventanilla se le cayó a los pies. Uno de los varios ejecutivos del banco que habían salido corriendo a recibirle le desenredó la cortinilla y la colgó del riel interior. El conductor le dio las gracias repetidamente. El tubo intercomunicador también se había salido de su gancho y otro ejecutivo del banco lo colocó en su sitio. Mientras tanto, Morgan ya había entrado en el edificio con sus adjuntos, ayudantes e incluso algunos de los clientes del banco revoloteando a su alrededor como pájaros. Morgan llevaba un bastón con la empuñadura de oro. En aquella época era un hombre robusto de setenta y cinco años y más de metro ochenta, con una gran cabeza cubierta irregularmente de pelo cano, con bigote y unos ojos fieros y de mirada rígida lo suficientemente juntos como para dar idea de su carácter psicopatológico. Entre las reverencias de sus empleados entró en la oficina, una modesta sala con paredes de cristal en la planta baja desde donde todo el mundo lo veía y él veía a todo el mundo. Llevaba una camisa con cuello y corbata. Se sentó frente a su escritorio y, haciendo caso omiso a las cuentas de los depositantes, que habitualmente era lo primero que miraba, les dijo a sus asistentes:

—Quiero conocer a ese hojalatero. ¿Cómo se llama? El mecánico de coches Ford.

Había detectado en el logro de Ford una necesidad de orden tan imperiosa como la suya propia. Era la primera señal que recibía en mucho tiempo de que quizá no estuviera solo en este planeta. Pierpont Morgan era el clásico héroe americano, un hombre nacido con una enorme fortuna y que, mediante el trabajo duro y la inflexibilidad, multiplicaba el patrimonio familiar hasta llevarlo a límites incalculables. Ocupaba 741 cargos de dirección y 112 presidencias corporativas. En una ocasión había hecho un préstamo al Gobierno de Estados Unidos que lo había salvado de la bancarrota. Él solo había combatido el pánico de 1907 organizando la importación de cien millones de dólares en lingotes de oro. Cruzaba todas las fronteras en yates o trenes privados y se encontraba en casa en cualquier lugar del mundo. Era un monarca del reino invisible y transnacional del capital, cuya soberanía nadie discutía jamás. Movilizando recursos que dejaban pobres a las fortunas reales, actuaba como un revolucionario, permitiendo que los presidentes y los reyes conservaran su territorio mientras él se hacía con el control de sus líneas de ferrocarril y de navegación, de sus bancos y de sus monopolios, de la industria y de

los servicios. Durante muchos años se había rodeado de amigos y conocidos a los que analizaba en busca de indicios que pudieran indicar que en realidad le tenían en menor consideración de la que admitían. Y siempre se sentía decepcionado. Todos los hombres aceptaban su criterio como bueno y todas las mujeres se avergonzaban ante él. Conocía como nadie lo frío y desolador que podía resultar el éxito sin límites. Los últimos cincuenta años, gracias a simples operaciones de su inteligencia y su instinto había conseguido destacar en el plano económico internacional y él consideraba que aquello decía muy poco de la humanidad. Sólo había una cosa que le recordara a Pierpont Morgan su humanidad, y era una enfermedad cutánea crónica que se había apropiado de su nariz y la había convertido en una fresa gigante como las que cultivaba el mago de la horticultura californiano Luther Burbank. Aquella enfermedad le aquejaba desde su juventud. Según se iba haciendo mayor y más rico, la nariz le iba aumentando de tamaño. Aprendió a lanzar miradas disuasorias a la gente que se le quedaba mirando, pero cada día de su vida, cuando se levantaba, la examinaba al espejo y efectivamente le parecía enorme, pero exquisitamente satisfactoria. Le daba la impresión de que cada vez que hacía una compra, sacaba rendimiento a unos bonos o se hacía con el control de una industria, aquel rojo pericarpio adquiría una renovada lozanía. Su historia literaria favorita era el cuento de Nathaniel Hawthorne titulado *La marca de nacimiento* que contaba la historia de una mujer extraordinariamente encantadora, de belleza perfecta a excepción de una pequeña marca de nacimiento en la mejilla. Cuando su marido, que era científico, le hizo beber una poción ideada para eliminar aquella imperfección, la marca de nacimiento desapareció; pero en el momento en que se desvaneció el último resto de su piel y alcanzó la perfección, murió. Para Morgan, la deformidad de su monstruosa nariz era una huella dejada por Dios, la prueba de su mortalidad. Aquella era su convicción más firme.

Una vez, años atrás, había celebrado una cena en su residencia de Madison Avenue en la que sus invitados eran los doce hombres más poderosos de Estados Unidos después de él. Tenía la esperanza de que, con la energía combinada de aquellas mentes brillantes, las paredes de su casa reventarían. Rockefeller le sorprendió al comunicarle que sufría un estreñimiento crónico y que sus mejores ideas las tenía en el baño. Carnegie dio buena cuenta de su *brandy*. Harriman no dijo más que sandeces. La flor y nata de los negocios se encontraba reunida bajo el mismo techo y no se les ocurría nada que decir. ¡Cómo le consternaba aquello! ¡Cómo le temblaba el corazón! Al otro lado de su mente oía el murmullo de la carga estática de un universo vacío. Ordenó a los sirvientes que les colocaran coronas de laurel sobre las calvas. Sin excepción, los doce hombres más poderosos de Estados Unidos parecían tontos del bote. Pero la pomposidad que habían acumulado al tiempo que sus riquezas, les hizo pensar que quizá aquellas ridículas coronas tenían algún significado. A ninguna de las mujeres se le ocurrió reír. Eran unas brujas. Se sentaban sobre sus grandes culos cubiertos de ricas telas, con aquellos pechos caídos bajo el

escote. Entre todas no reunían ni un gramo de sentido común. No había ni una chispa de luz en sus ojos. Eran las fieles esposas de grandes hombres y el gran peso del éxito galopante les había absorbido la vida de sus carnes. Sin revelar en absoluto sus sensaciones, Morgan se ocultó tras su expresión severa y huraña. Se había contratado a un fotógrafo para la ocasión. Un destello de luz, y el solemne momento quedó inmortalizado.

Se fue a Europa. Embarcó en el trasatlántico *Oceanic*, de la White Star. Había fusionado la White Star Line, la Red Star Line, la American Dominion, la Atlantic Transport y la Leyland en una sola compañía que contaba con 120 trasatlánticos. Despreciaba a la competencia, tanto en el mar como en tierra. Se pasó la noche junto a la barandilla del barco, escuchando el fragor del mar, sintiendo su agitación sin verla. El mar y el cielo eran negros e impenetrables. Un ave, una especie de gaviota, apareció en la oscuridad y se posó en la barandilla a un par de metros de él. A lo mejor había acudido atraída por su nariz.

—No encuentro a nadie como yo —le dijo Morgan al ave. Parecía una verdad indiscutible. De algún modo, se había catapultado más allá del sistema de valores del mundo. Pero aquel propio hecho le hacía cargar con la enorme responsabilidad de mantener las ilusiones de otros hombres. A sus hermanos de fe les iba a construir una catedral en Nueva York, Saint John the Divine, en la calle Ciento diez Oeste. A su mujer y a sus hijos ya mayores les seguiría dando una imagen de estabilidad doméstica. Y por el bien del país seguiría viviendo tan majestuosamente como pudiera, cenando con reyes, o comprando obras de arte en Roma o París, o acudiendo acompañado de bellas damas a Aix-les-Bains.

Morgan se había mantenido fiel a su propósito. Pasaba seis meses al año en Europa, moviéndose con solemnidad de un país al otro. Las bodegas de sus barcos se llenaba de colecciones de pinturas, manuscritos raros, primeras ediciones, jades, bronce, autógrafos, tapices y cristal. Miraba a los ojos de los burgueses pintados por Rembrandt o a los prelados de El Greco como si buscara otras esferas de realidad que le obligaran a doblegarse. Examinó los textos ilustrados de las Biblias de la Edad Media como si quisiera absorber el polvo de la Ciudad de Dios. Sintió que, si había algo más de lo que él sabía, tenía que encontrarse en el pasado y no en el presente, cuya existencia —estaba seguro— se encontraba en profunda quiebra. Contrató a historiadores del arte para que le encontraran piezas únicas y a intelectuales para que le instruyeran acerca de las antiguas civilizaciones. Se familiarizó con los tapices flamencos. Tanteó la escultura romana. Paseó por la Acrópolis dando puntapiés a las piedras sueltas. Su desesperado estudio le llevó, inevitablemente, a las civilizaciones del antiguo Egipto, en las que se enseñaba que el universo es inmutable y que tras la muerte continuaba la vida. Quedó fascinado. Su vida dio un giro. Financió expediciones arqueológicas del Museo Metropolitano de Nueva York a Egipto. Siguió con atención la recuperación de entre la arena de cada nueva estela, amuleto o vaso canópico con vísceras dentro. Fue al valle del Nilo, donde el sol nunca falla a su

cita con la mañana y el río no deja de inundar las orillas. Estudió los jeroglíficos. Una noche salió de su hotel de El Cairo y recorrió once kilómetros en un tranvía especial para visitar la Gran Pirámide. Bajo la luz azul de la luna oyó de la voz de un guía nativo que el gran Osiris anunció que existe una tribu sagrada de héroes, una colonia enviada por los dioses y que aparece en todas las épocas para ayudar a la humanidad. La idea le dejó impresionado. Cuanto más pensaba en ello, más palpablemente lo sentía. A su vuelta a Estados Unidos empezó a pensar en Henry Ford. No se hacía ilusiones de que Ford fuera un caballero. Estaba convencido de que sería un provinciano, tan zafio como un trozo de madera. Pero veía en el uso que hacía Ford de los hombres una reencarnación del sistema faraónico. No sólo eso: había estudiado fotografías del fabricante de automóviles y le había encontrado un extraordinario parecido con Seti I, el padre del gran Ramsés y la momia mejor conservada que se había encontrado en la necrópolis de Tebas, en el Valle de los Reyes.

La residencia de Morgan en Nueva York estaba en el número 219 de Madison Avenue, en Murray Hill, una mansión señorial en la esquina nordeste con la calle Treinta y seis. Junto a la casa se encontraba la Biblioteca Morgan, de mármol blanco, que había construido para alojar los miles de libros y objetos de arte recogidos durante sus viajes. Había sido diseñada en estilo renacentista italiano por Charles McKim, socio de Stanford White. Los bloques de mármol estaban ensamblados sin mortero. Una nevada no más blanca que el mármol de la biblioteca cubría las calles el día que Henry Ford se presentó a comer. Todos los sonidos de la ciudad quedaban amortiguados por la nieve. Frente a la puerta de la residencia había aparcado un coche de policía. Al otro lado de la calle y en cada esquina de la calle Treinta y seis con Madison había grupos de hombres con el cuello del abrigo levantado mirando hacia la casa del gran hombre.

Morgan había encargado una comida suave. No se dijeron gran cosa mientras degustaban a solas las ostras de Chincoteague, la sopa de tortuga, un Montrachet, un costillar de cordero, un Château Latour, ensalada de tomates y endivias, tarta de ruibarbo con crema y café. El servicio era mágico: dos camareros de la casa hacían aparecer y desaparecer los platos con tal discreción que no parecía que aquello lo hiciera una mano humana. Ford comió bien, pero no tocó el vino. Acabó antes que su anfitrión. Se quedó mirando la nariz de Morgan sin reparos. Encontró una miga en el mantel y la depositó en el platillo de su taza de café, y se quedó acariciando perezosamente con los dedos el plato de oro.

Al acabar la comida, Morgan le pidió a Ford que le acompañara a la biblioteca. Salieron del comedor y atravesaron una especie de sala de espera oscura donde había tres o cuatro hombres sentados que esperaban que Pierpont Morgan les concediera unos minutos. Eran sus abogados. Estaban allí para asesorarle ante su próxima aparición ante el Consejo Interior de la Banca y las Finanzas organizado en Washington para investigar la posibilidad de que existiera un monopolio financiero en Estados Unidos. Morgan se quitó a los abogados de encima con un gesto cuando éstos se levantaron al verle. También le esperaba un marchante de arte vestido con chaqué que había viajado desde Roma expresamente para verle. El marchante se limitó a levantarse y hacerle una reverencia.

Ford no se perdió ni un detalle de aquella escena. Era un hombre de gustos sencillos pero no le desagradaba lo que reconocía como un imperio diferente al suyo sólo en estilo. Morgan le llevó a la gran Sala Oeste de la biblioteca. Allí tomaron asiento uno frente al otro, junto a una chimenea que tenía una boca tan alta como un hombre. Morgan observó que era un buen día para encender la chimenea y Ford estuvo de acuerdo. Les trajeron puros, pero Ford declinó la oferta. Observó que el

techo era dorado. Las paredes estaban recubiertas de damasco rojo. Había elegantes cuadros con gruesos marcos y protegidos por cristales, imágenes de personajes amarillentos de aspecto conmovedor con halos dorados. Supuso que en aquella época nadie se hacía un retrato a menos que fuera un santo. Había una virgen con un niño. Pasó los dedos por el brazo de su butaca de felpa roja.

Morgan le dejó tiempo para asimilarlo todo. Daba bocanadas a su puro. Por fin habló.

—Ford —le dijo bruscamente—. No tengo ningún interés en comprar su negocio ni compartir sus beneficios. Ni estoy asociado con ninguno de sus competidores.

Ford asintió en un gesto imperceptible.

—Tengo que admitir que eso es una buena noticia —dijo, con una mirada maliciosa.

—No obstante —prosiguió su anfitrión—, admiro lo que ha hecho y, aunque no puedo evitar sentir aprensión ante la idea de que cualquier mongoloide que tenga unos cientos de dólares pueda comprarse un coche, reconozco que el futuro es suyo. Usted es aún joven. ¿Unos cincuenta años?, y quizá yo no sea capaz de entender la necesidad de movilizar a las masas sin más. Yo me he pasado la vida dedicado a la coordinación de los recursos financieros y a la combinación armónica de industrias, pero nunca me he planteado la posibilidad de que el empleo de la mano de obra sea en sí mismo un proceso de unificación armónica más allá de la empresa en cuestión.

»Déjeme que le pregunte algo: ¿Se le ha ocurrido pensar que su cadena de montaje no sea simplemente una brillante iniciativa industrial sino también la proyección de una verdad orgánica? Al fin y al cabo, la intercambiabilidad de las partes es una regla de la naturaleza. Los individuos comparten la especie y el género. Todos los mamíferos se reproducen del mismo modo y comparten los mismos esquemas de alimentación, con un aparato digestivo y un sistema circulatorio evidentemente equivalentes, y perciben a través de los mismos sentidos. Eso no quiere decir, obviamente, que todos los mamíferos tengan partes intercambiables como sus automóviles. Pero el tener un diseño común es lo que permite a los taxonomistas clasificar a los mamíferos como mamíferos. Y dentro de una misma especie —del hombre, por ejemplo—, las reglas de la naturaleza operan de modo que nuestras diferencias individuales se basen en una serie de elementos comunes. Así, la identidad personal se puede comparar a una pirámide que no queda completa hasta que se coloca la última piedra.

Ford sopesó aquello.

—A excepción de los judíos —murmuró.

Morgan pensó que no lo había oído bien.

—¿Disculpe? —dijo.

—Los judíos —repitió Ford—. No son como ninguna otra persona que yo conozca. Ahí se va su teoría al traste. —Sonrió.

Morgan se quedó en silencio varios minutos. Fumaba su puro. El fuego crepitaba.

En las ventanas de la biblioteca iban chocando suavemente los copos de nieve arrastrados por el viento. Morgan retomó el discurso.

—De vez en cuando —dijo—, he contratado a estudiosos y científicos para que me ayudaran en mis investigaciones filosóficas con la esperanza de alcanzar conclusiones sobre esta vida que no están al alcance de las masas. Le propongo compartir los frutos de mi estudio. No creo que sea tan insolente como para pensar que sus logros se deban únicamente a su propio esfuerzo. Si atribuyera su éxito a eso, le advierto del terrible precio que tendría que pagar. Se encontraría varado en el límite del mundo y vería como ningún otro hombre el vacío del firmamento. ¿Cree en Dios?

—Eso es asunto mío —respondió Ford.

—Muy bien —admitió Morgan—. Yo no creo que un hombre de su inteligencia se acoja a esa convicción tan extendida. Puede que me necesite más de lo que cree. Suponga que pudiera demostrarle que hay patrones universales de orden y repetición que dan sentido a la actividad de este planeta. Suponga que pudiera demostrarle que usted mismo es un instrumento integrante de una tendencia humana que no hace más que confirmar el saber más antiguo del mundo.

De pronto Morgan se puso en pie y salió de la sala. Ford se volvió desde la butaca y le buscó con la vista. Un momento después el viejo estaba en el umbral de la puerta y le hacía gestos con vehemencia indicándole que se acercara. Ford le siguió; atravesaron la sala central de la biblioteca y llegaron a la Sala Este, cuyas altas paredes estaban cubiertas de estantes llenos de libros. Había dos altillos con pasarelas de cristal esmerilado y balaustradas de metal brillante de modo que se pudiera alcanzar cualquier libro por muy alto que estuviera. Morgan avanzó hasta la pared más alejada, apretó el lomo de un libro determinado y parte de la estantería retrocedió mostrando un pasaje por el que cabía un hombre.

—Por favor —le dijo a Ford, y entró tras él en una pequeña cámara. Luego apretó un botón que cerró la puerta tras ellos.

Aquella era una sala de dimensiones modestas, amueblada con una mesa redonda pulida, dos butacas reclinables y una vitrina de cristal donde se exponían manuscritos. Morgan se dio la vuelta hacia una lámpara de mesa con pantalla verde de metal.

—Es la primera vez que entra alguien conmigo en esta sala. Acérquese, por favor —dijo.

Ford observó a través del cristal un antiguo pergamino escrito con una caligrafía latina.

—Esto —explicó Morgan— es una hoja de uno de los primeros textos de la Orden Rosacruz, *La alianza química de los cristianos rosacruces*. ¿Sabe quiénes eran los rosacruces, señor Ford? Eran alquimistas cristianos del palatinado de Renania, súbditos del elector Federico V. Estamos hablando del siglo XVII. Estos grandes y buenos hombres defendían la idea de una magia buena y continua a la que tienen acceso algunos hombres de cada era para el beneficio colectivo de la humanidad. Eso

en latín se llama *prisca theologia*, «sabiduría secreta». Lo raro es que esta creencia en una sabiduría secreta no es prerrogativa exclusiva de los rosacruces. Sabemos de la existencia, a mediados del mismo siglo, de una sociedad llamada Colegio Invisible. Se consideraba que sus miembros eran los portadores de la magia humanitaria de la que le hablo.

»Usted, por supuesto, no conocerá la obra de Giordano Bruno, del que guardo una muestra escrita de su puño y letra. Mis estudiosos han hecho una gran labor de investigación para mí y han detectado la existencia de esta idea y de varias organizaciones misteriosas que la protegen en la mayoría de culturas renacentistas, en sociedades medievales y en la antigua Grecia. Espero que me esté siguiendo. La primera referencia escrita de la que tenemos constancia de personas especiales nacidas en cada época para aliviar el sufrimiento de la humanidad con su *prisca theologia* nos llega de los griegos, en las traducciones de los textos del sacerdote egipcio Hermes Trimegisto. De Hermes procede el nombre histórico de esta sabiduría oculta. Se le llama hermética. —Con su grueso dedo índice, Morgan dio un golpecito sobre el cristal que protegía la última pieza expuesta en la vitrina, una piedra rosada sobre la que apenas se distinguían unas incisiones geométricas—. Eso, señor mío, puede ser una muestra de la obra de Hermes en la escritura cuneiforme original. Y ahora permítame que le haga una pregunta. ¿Por qué supone que pueda desaparecer en la era moderna una idea que ha tenido vigencia en todas las épocas y civilizaciones de la humanidad? Porque sólo en la era moderna de la ciencia han ido perdiéndose de vista estos hombres y su sabiduría. Yo le diré por qué: el avance de la ciencia de la mecánica, de Newton y Descartes, fue una gran conspiración, una gran conspiración diabólica para acabar con nuestra percepción de la realidad y de aquéllos entre nosotros que tienen un don trascendental. Pero aun así están entre nosotros. Están entre nosotros en todas las épocas. ¡Vuelven! ¿Se da cuenta? ¡Vuelven!

Morgan estaba inflamado de la emoción. Dirigió la atención de Ford a la esquina más alejada de la sala. Allí, entre las sombras, había otro mueble, algo rectangular cubierto con una tela de terciopelo dorada. Morgan agarró la esquina de la tela y, mirando con aire triunfal a su invitado, tiró de ella y la dejó caer al suelo. Ford inspeccionó la pieza. Era una vitrina de cristal sellada con plomo. Dentro de la vitrina había un sarcófago. Notó los jadeos sofocados del viejo. Era el único sonido que se oía en la sala. El sarcófago era de alabastro. La tapa reproducía la efigie del individuo que estaría dentro, pintada en pan de oro, ocre rojizo y azul.

—Esto, señor mío —dijo Morgan con una voz ronca— es el ataúd de un gran faraón. El gobierno egipcio y toda la comunidad arqueológica creen que se encuentra en El Cairo. Si se supiera que obra en mi poder, se generaría una protesta internacional. Tiene un valor realmente incalculable. Mi equipo privado de egiptólogos ha tomado todas las medidas científicas posibles para protegerlo del ataque del aire. Bajo la máscara que ve se encuentra la momia del gran faraón de la XIX dinastía, Seti I, recuperada del templo de Karnak, donde yació durante más de

tres mil años. Se la enseñaré cuando llegue la ocasión. Déjeme que ahora me limite a decirle que el rostro del gran rey le resultará de considerable interés.

Morgan tuvo que recuperar la compostura. Retiró una de las butacas y se sentó a la mesa. Poco a poco volvía a respirar con normalidad. Ford estaba sentado frente a él y, al darse cuenta de las dificultades físicas del viejo, permaneció en silencio y se quedó mirando sus propios zapatos. Eran zapatos marrones de cordones; los había comprado en L. L. Bean. Eran muy cómodos.

—Señor Ford —prosiguió Pierpont Morgan—, quiero que sea mi invitado en una expedición a Egipto. Ése es precisamente el lugar. Ahí es donde empieza todo. He encargado un vapor diseñado expresamente para navegar por el Nilo. Cuando esté listo quiero que venga conmigo. ¿Lo hará? No requerirá ninguna inversión por su parte. Tenemos que ir a Luxor y Karnak. Tenemos que ir a la Gran Pirámide de Gisé. Hay muy pocos de nosotros, señor mío. Mi dinero me ha permitido llegar a la puerta de determinadas criptas, a descifrar jeroglíficos sagrados. ¿Por qué no darnos la satisfacción de la verdad sobre quiénes somos y la eterna fuerza benefactora que encarnamos?

Ford se quedó ligeramente encorvado en su butaca. Tenía las largas manos apoyadas sobre los reposabrazos, como si estuvieran rotas por las muñecas. Pensó en todo lo que había oído. Cuando consideró que lo había entendido suficientemente, asintió solemnemente con la cabeza y respondió así:

—Le entiendo perfectamente, señor Morgan; usted se está refiriendo a la reencarnación. Bueno, déjeme que le diga algo. Cuando yo era joven, me enfrenté a una terrible crisis mental, cuando me di cuenta de que no había justificación para que yo supiera lo que sabía. Tenía tesón, sí, pero no era más que un chico de campo normal y corriente que soportaba el moralismo de la enseñanza como cualquier otro. Y, sin embargo, sabía cómo funcionaba todo. Podía ver algo y deducir su funcionamiento y, probablemente, decir cómo hacer para que funcionara mejor. Pero no era ningún intelectual, y no tenía paciencia con los tecnicismos.

Morgan escuchaba. No se atrevía a moverse.

—Bueno —prosiguió Ford—. Un día me cayó en las manos un librito. Se llamaba *La sabiduría eterna de un faquir oriental*, publicado por la Franklin Novelty Company de Filadelfia. Y en aquel libro, que sólo me costó veinticinco centavos, encontré todo lo que necesitaba para apaciguar mi mente. La reencarnación es lo único en lo que creo, señor Morgan. Yo explico mi genio de este modo: algunos de nosotros simplemente hemos vivido más veces que otros. Así que ya ve: lo que usted ha descubierto gastándose el dinero en estudiosos y en viajes alrededor del mundo, yo ya lo sabía. Y le diré algo, como agradecimiento por la comida. Voy a dejarle ese libro. ¡No hace falta que monte todo ese jaleo con todas esas cosas en latín —dijo, agitando el brazo—, no hace falta que revuelva entre los cubos de basura de Europa y construya barcos para navegar por el Nilo para encontrar algo que puede comprar por correo por cuatro perras!

Los dos hombres se quedaron mirándose. Morgan se recostó en la butaca. Su rostro ya había perdido el rubor y los ojos su exaltación. Cuando abrió la boca, habló con la débil voz de un viejo.

—Señor Ford, si mis ideas pueden sobrevivir al contacto con usted, habrán superado la prueba definitiva.

En cualquier caso, se había producido el gran encuentro. Un año después de aquella extraordinaria reunión Morgan emprendió su viaje a Egipto. Aunque Ford no le acompañó, le había concedido la posibilidad de atribuirse un sorprendente linaje. Y juntos habían conseguido fundar el club más secreto y exclusivo de Estados Unidos, La Pirámide, cuyos únicos miembros eran ellos dos y que financió algunas investigaciones que perduran aún hoy en día.

No hay duda de que en aquella época de la historia las imágenes del antiguo Egipto estaban bien presentes en la mente de todo el mundo. Ello se debía a los descubrimientos realizados en el desierto por los arqueólogos británicos y estadounidenses. Tras los jugadores de fútbol, con sus pantalones de lona acolchada hasta la rodilla y sus cascos de cuero, los arqueólogos eran los personajes de moda en las universidades. La momificación se explicaba con todo detalle en los suplementos dominicales y los periodistas novatos analizaban el uso funerario de los papiros. En muchas casas se escogía el arte egipcio, su imagen, para decorar el interior. Desapareció el Luis XIV e hicieron su aparición las butacas regias con brazos en forma de serpientes talladas. En New Rochelle, Madre no era inmune a la moda: consideró que el estampado floral del comedor resultaba aburrido y opresivo y lo sustituyó por un elegante estampado de hombres y mujeres egipcios de ojos de azabache, con tocados en la cabeza y faldas cortas. Pintados de ocre rojizo, azul y pardo, desfilaban por las paredes con aquella pose frontal de los egipcios, con buitres en las palmas de las manos, gavillas de trigo, lirios y láudes. Estaban acompañados de leones, escarabajos, búhos, bueyes y pies desmembrados. Padre acusaba mucho los cambios y observó que perdía el apetito. No le parecía apropiado sepultarse en una tumba faraónica para cenar.

Al chico, en cambio, le encantaban aquellos motivos y eso le motivó para estudiar el alfabeto jeroglífico. Cambió el *Wild West Weekly* por las revistas que publicaban relatos de tumbas violadas y de las maldiciones de las momias que se cumplían. Le había despertado la curiosidad la mujer negra de la buhardilla y en sus juegos secretos ella pasó a ser una princesa nubia hecha prisionera. Ella, ajena a aquello, se quedaba sentada en su habitación, junto a la ventana, mientras él pasaba frente a su puerta con una máscara de papel maché en forma de ibis, con pico y todo, que se había hecho él mismo.

Una tarde de domingo, un nuevo Ford T subió lentamente la colina y pasó por delante de la casa. El chico, que casualmente lo vio desde el porche, bajó corriendo los escalones y se quedó mirando desde la acera. El conductor miraba a derecha e izquierda como si intentara encontrar una dirección determinada: dio la vuelta en una esquina y volvió atrás. Se paró frente al chico, puso el coche en punto muerto y le hizo una señal con la mano, enfundada en un guante. Era un negro. El coche brillaba: los cromados lanzaban destellos, tenía parabrisas de cristal y una capota Pantasote.

—Estoy buscando a una chica de color que se llama Sarah —dijo—. Me han dicho que vive en una de estas casas.

El chico se dio cuenta de que hablaba de la mujer de la buhardilla.

—Está aquí.

El hombre apagó el motor, echó el freno y bajó de un salto. Luego subió las escaleras bajo los dos arcos noruegos y rodeó la casa hasta la puerta trasera.

Cuando Madre acudió a la puerta, el hombre de color se mostró respetuoso, pero al preguntarle si podría hablar con Sarah hubo algo en aquella actitud decidida y autosuficiente que resultó inquietante. Madre no supo decir qué edad tendría. Era un hombre fornido, con brillos rosados en la piel marrón del rostro, pómulos altos y unos grandes ojos de un negro tan intenso que daba la impresión de que se fueran a fundir. Llevaba un bigote cuidado. Vestía con la falta de sencillez tan típica entre las personas de color acaudaladas. Llevaba un abrigo negro entallado, un traje de pata de gallo blanco y negro, polainas grises y zapatos negros de punta. En la mano sostenía una gorra de color gris carbón y las gafas de conducir. Madre le dijo que esperara y cerró la puerta. Subió al tercer piso. No encontró a Sarah sentada junto a la ventana como solía estar, sino de pie, rígida, con las manos cruzadas por delante del cuerpo, de cara a la puerta.

—Sarah —dijo Madre—, preguntan por ti. —La chica no dijo nada—. ¿Quieres bajar a la cocina? —Sarah negó con la cabeza—. ¿No quieres verle?

—No, señora —dijo la chica por fin, en voz baja, sin apartar la mirada del suelo—. Dígale que se vaya, por favor.

Nunca había hablado tanto en los meses que llevaba viviendo en la casa. Madre bajó y encontró al tipo, no en la puerta trasera, sino en la cocina donde, al calor de la esquina más próxima a los fogones, dormía el bebé de Sarah en su cochecito. El cochecito era de mimbre, con cuatro ruedas de finos radios de madera y tapizado de satén azul, con el cabezal acolchado. Su propio hijo había dormido allí, y antes que él su hermano. El hombre de color estaba arrodillado junto al cochecito y contemplaba al niño. Madre se ofuscó y de pronto se ofendió por el hecho de que aquel hombre se hubiera tomado la libertad de entrar.

—Sarah no puede recibirlo —anunció, y le abrió la puerta. El hombre de color miró por última vez al niño, se levantó, le dio las gracias y se fue. Ella dio un portazo más fuerte de lo necesario. El bebé se despertó y empezó a llorar. Lo cogió en brazos y lo arrulló, sorprendida consigo misma por la violencia de su reacción ante el visitante.

Así hicieron su aparición en Broadview Avenue aquel hombre de color y su coche. Se llamaba Coalhouse Walker Jr. y a partir de aquel domingo se presentó cada semana, siempre llamando a la puerta de atrás y siempre marchándose sin protestar ante la negativa de Sarah a verle. Padre consideraba que aquellas visitas eran una molestia y quería ponerles fin.

—Llamaré a la policía —decidió. Madre le puso la mano sobre el brazo. Un domingo, el hombre de color dejó un ramo de crisantemos amarillos, que en aquella época del año debieron de costarle una pequeña fortuna. Antes de subirle las flores a Sarah, Madre se quedó un rato inmóvil frente a la ventana del salón. En la calle, el hombre negro le sacó el polvo al coche, le limpió los radios de las ruedas, los faros y

el parabrisas. Echó una mirada a la ventana del tercer piso y se alejó en el coche. Eso le sirvió a Madre para recordar la expresión que se les quedaba a los seminaristas de Ohio que la cortejaban cuando tenía diecisiete años. Le dijo a Padre:

—Creo que lo que estamos presenciando es un concienzudo cortejo en toda regla.

—Sí, si puedes llamar cortejo a algo que ya ha dado un hijo —replicó Padre.

—Me parece una observación de mal gusto —objetó Madre—. Ha habido sufrimiento y ahora hay penitencia. Es algo muy grande y siento que tú no lo veas.

La chica de color no decía nada acerca de su pretendiente. No tenían ni idea de dónde lo había conocido, ni cómo. Por lo que ellos sabían, Sarah no tenía familia ni amigos en la comunidad negra del centro de la ciudad. Allí había una comunidad estable de negros, pero también, al margen, algunos individuos de paso. Aparentemente ella estaba de paso y había llegado sola a Nueva York para trabajar como sirvienta. Madre estaba excitadísima con la situación. Por primera vez desde aquel día terrible en que había hallado al bebé negro en el parterre de flores, había encontrado un motivo para tener esperanzas de futuro para la joven. Empezó a lamentar la intransigencia de Sarah. Pensaba en el viaje desde Harlem, donde vivía Coalhouse Walker Jr., y en el viaje de vuelta, y decidió que la próxima vez lo recibiría algo mejor. Serviría el té en el salón. Padre tenía sus dudas de que fuera lo más correcto.

—Es educado y se comporta como un caballero —dijo Madre—. No veo nada malo en ello. Cuando Roosevelt estaba en la Casa Blanca, invitó a cenar a Booker T. Washington. Supongo que nosotros también podemos invitar al té a Coalhouse Walker Jr.

Y así fue cómo el domingo siguiente el negro tomó el té con ellos. Padre observó que no se encontraba violento en el salón con una taza y un platillo en la mano. Al contrario, actuaba como si fuera lo más natural del mundo. El entorno no le impresionaba ni se comportaba de un modo extraño. Era educado y correcto. Les habló de él. Era pianista profesional y estaba instalado de forma más o menos definitiva en Nueva York, donde tenía un trabajo estable en la Jim Europe Clef Club Orchestra, conocida formación que actuaba regularmente en el Manhattan Casino, en la esquina de la calle Ciento cincuenta y cinco con la Octava Avenida. Para un músico, según decía, era importante encontrar un trabajo estable, que no hiciera necesario viajar.

—Ya estoy cansado de viajar —dijo—. Ya no quiero más carretera.

Hablaba con tanta convicción que Padre se dio cuenta de que el mensaje iba dirigido a la mujer del último piso. Aquello le molestó.

—¿Qué nos puede tocar? —dijo de pronto—. ¿Por qué no nos toca algo?

El negro dejó su té en la bandeja. Se levantó, se secó los labios con la servilleta, la colocó junto a su taza y se dirigió al piano. Se sentó en la banqueta y se puso a darle vueltas a la rosca hasta que quedó satisfecho con la altura. Se volvió a sentar, tocó un acorde y se volvió hacia ellos.

—Este piano necesita urgentemente que lo afinen —explicó.

Padre se ruborizó.

—Oh, sí —reconoció Madre—. Nunca pensamos en ello. El músico se puso de nuevo de cara al teclado.

—*Wall Street Rag* —anunció—. Compuesto por el gran Scott Joplin.

Empezó a tocar. Desafinado o no, el Aeolian nunca había emitido aquellos sonidos. Los acordes, cortos y claros, se quedaban suspendidos en el aire como flores. Las líneas melódicas eran como ramos. No parecía posible otra vida que no fuera la delineada por la música. Cuando terminó la pieza, Coalhouse Walker se dio la vuelta y se encontró con que su público incluía ya a toda la familia: Madre, Padre, el chico, Abuelo y Hermano Menor de Madre, que había bajado de su habitación en mangas de camisa y con los tirantes puestos para ver quién estaba tocando. De todos ellos, él era el único que conocía el *ragtime*. Lo había oído en sus tiempos de noctámbulo por Nueva York. Nunca se había imaginado que lo oiría en casa de su hermana.

Coalhouse Walker Jr. volvió a ponerse frente al piano y dijo:

—*La hoja de arce*. Compuesta por el gran Scott Joplin.

El *rag* más famoso de todos llenó la casa. El pianista permanecía erguido frente al teclado mientras sus largas manos oscuras con uñas rosadas generaban, aparentemente sin esfuerzo alguno, grupos de acordes sincopados y contundentes octavas. Era una composición muy intensa, una música vigorosa que despertaba los sentidos y que no se detenía ni un momento. El chico la percibió como una luz que tocaba diversos puntos del espacio, concentrándose en complicados efectos hasta que toda la sala acababa por iluminarse con su propio ser. La música también viajó por la escalera hasta la tercera planta, donde escuchaba la silenciosa e inmovible Sarah, sentada y con las manos cruzadas junto a la puerta abierta.

La pieza concluyó. Todo el mundo aplaudió y entonces Madre presentó al señor Walker a Abuelo y a Hermano Menor, que sacudió con energía la mano del hombre negro y le dijo:

—Estoy encantado de conocerle.

Se produjo un silencio. Padre se aclaró la garganta. No sabía mucho de música. Su cultura musical se limitaba a las canciones populares de Carrie Jacobs Bond. Asociaba la música negra con las grandes sonrisas y los bailes de esclavos.

—¿Nos puede tocar algo de música *coon*?

No quería ser maleducado; a la música negra se le llamaba *coon*. Pero el pianista respondió sacudiendo la cabeza con expresión molesta.

—Las canciones *coon* se hacen para los espectáculos de bufones; son las que cantan los blancos con la cara pintada de negro. —Se produjo un nuevo silencio. El hombre de color miró al techo—. Bueno, parece ser que la señorita Sarah no podrá recibirme. —Se volvió bruscamente y atravesó el salón hasta la cocina. La familia le siguió. Había dejado el abrigo sobre una silla. Se lo puso y, sin hacer caso a los demás, se arrodilló y miró al bebé dormido en su cochecito. Al cabo de un momento

se levantó, se despidió y salió por la puerta.

La visita les impresionó a todos menos a Sarah, que no mostraba ningún indicio de transigir en su negativa a tener cualquier contacto con aquel hombre. A la semana siguiente volvió, y también la semana después. La familia ya le recibía cada vez y siempre les contaba lo que había hecho los seis días anteriores, sin plantearse ni por un momento la posibilidad de que no estuvieran profundamente interesados en su vida. A Padre le disgustaban los aires que se daba.

—No quiere verlo —le dijo a Madre—. ¿Voy a tener que recibir a Coalhouse Walker todos los domingos durante el resto de mi vida?

Pero Madre observaba ciertos progresos. Sarah se había hecho cargo de las tareas del ama de llaves y limpiaba las habitaciones con una energía y una eficacia tales que a Madre le daba la risa: parecía como si estuviera limpiando su propia casa. También empezó a reclamar a su hijo fuera de las horas de lactancia. Empezó por bañarlo cada día y luego se lo llevaba a su habitación por las noches. Aun así, se negaba a ver a su pretendiente. Coalhouse Walker se presentó religiosamente cada semana durante todo el invierno. Más de una vez, cuando las carreteras quedaban bloqueadas por la nieve, había tomado el tren y luego el tranvía de North Avenue hasta el pie de la colina. Llevaba un sombrero de lana al estilo ruso, a juego con su abrigo negro entallado. Trajo ropita para el niño. Trajo un cepillo con el mango de plata para Sarah. Padre no pudo por menos que admirar su perseverancia. Se preguntaba hasta qué punto podía permitirse aquellos regalos con un sueldo de músico.

Un día, a Padre se le ocurrió que Coalhouse Walker Jr. quizá no supiera que era negro. Cuanto más pensaba en aquello, más cierto le parecía. Walker no actuaba ni hablaba como un hombre de color. Parecía capaz de transformar las deferencias habituales que mostraba su raza de modo que reflejaran su propia dignidad en vez de la de los receptores. Cuando llegaba a la puerta trasera llamaba con decisión, y cuando le hacían pasar saludaba a todo el mundo con solemnidad, transmitiéndoles de algún modo que eran familia de Sarah, y que sus cortesías hacia ellos debían valorarse simplemente en función del respeto que le expresaba a ella. Padre veía cierto peligro en aquel hombre.

—Quizá no debiéramos alentarle en sus pretensiones —le sugirió a Madre—. Tiene algo de insensato. Hasta Matthew Henson sabía cuál era su lugar.

Sin embargo, para entonces la evolución de los acontecimientos ya no se podía alterar. A finales de invierno Sarah anunció que vería a Coalhouse Walker en el salón. Durante días la casa se revolucionó con los preparativos. Madre le cedió uno de sus vestidos y le ayudó a adaptárselo. Bajó, preciosa y tímida. Tenía el cabello peinado y brillantado con pomada. Se sentó en el sofá con la mirada baja mientras Coalhouse Walker Jr. hablaba con formalidad y tocaba el piano para ella. Hasta que no estuvieron juntos no se hizo evidente que él era mucho mayor que ella. Madre insistió en que los miembros de la familia se retiraran para que el cortejo pudiera tener lugar en privado. Aquello no aceleró nada. Tras la visita, Sarah parecía irritada e incluso

enfadada. Le costaba mucho perdonar, y en cierto sentido su tozudez parecía la única respuesta lógica a la persistencia de él. Sarah había intentado matar al recién nacido. La vida no era algo que ninguno de ellos se tomara a la ligera. Vivían implacablemente sometidos a sus esperanzas y sentimientos. Sufrían. Hermano Menor lo entendía quizá mejor que ningún otro miembro de la familia. Sólo había hablado con Coalhouse Walker una vez, pero le admiraba inmensamente. Veía en aquel hombre negro, en el modo de luchar por sus convicciones, más hombría de la que tenía él mismo. No dejaba de darle vueltas. Hermano Menor entendía el amor de algunos corazones como un reblandecimiento real del propio órgano, como una imperfección en la fisiología del ser equivalente al raquitismo de los huesos o a la tendencia de los pulmones a congestionarse. Él sufría de aquel mal y también Sarah, por negra que fuera. La consideraba una especie de reina africana fuera de lugar; su propia torpeza de movimientos le hacía pensar que en otro país aquello sería elegancia. Y cuanto más se negaba a aceptar la proposición de matrimonio de Coalhouse Walker, más entendía Hermano Menor la gran enfermedad que aquejaba a su corazón.

Pero un domingo de marzo en que soplaba la suave brisa y los pequeños capullos marrones asomaban en los arces, llegó Coalhouse en su resplandeciente Ford y dejó el motor en marcha. Los vecinos salieron al patio a observar al extraño e intenso hombre negro, corpulento y correcto, con sus ojos de un negro profundo a punto de fundirse, junto a la bella y torpe Sarah, con su vestido camiseró rosa, su chaqueta negra y el sombrero de ala ancha que le había dejado Madre, que caminaban por entre los arces noruegos y bajaban los escalones de hormigón hasta la calle. Ella llevaba su bebé en brazos. Él la ayudó a entrar en el coche y se puso al volante. Saludaron con el brazo a la familia y desaparecieron por entre las calles de la ciudad, en dirección a los campos del norte. Aparcaron en un lado de la carretera y se quedaron mirando un cardenal que sobrevolaba la dura tierra marrón para alzarse luego hasta la rama más alta y fina de un árbol. Fue el día en que él le pidió matrimonio y ella aceptó. La aparición de aquella espléndida pareja de amantes en la vida de la familia había sido desconcertante; el conflicto entre sus respectivas voluntades había ejercido un efecto casi hipnótico sobre los demás.

Entonces Hermano Menor reemprendió sus viajes a Nueva York. Trabajaba en su mesa de dibujo hasta después de la hora de cenar y luego tomaba el tren. Se había hecho amigo de algunos oficiales de artillería del arsenal de la esquina de Lexington Avenue con la calle Treinta y cuatro. Se quejaban del rifle Springfield. Le enseñaron sus armas cortas y sus granadas. Él supo inmediatamente que podía diseñar armas mejores. Salía a beber con ellos y acabó siendo conocido en las entradas de artistas de numerosos teatros de Broadway. Esperaba en los callejones, como otros, nunca tan bien peinado como algunos de los más mayores ni con la belleza descuidada de los universitarios de Princeton o Yale. Pero su intensa mirada expectante atraía a un número considerable de mujeres. Siempre estaba tan serio y compungido que se sentían el impulso de amarle. Lo tomaban por poeta.

No obstante, su sueldo no le permitía darse aquellos gustos. Broadway estaba lleno de luces y atracciones y todos los que tenían relación con el teatro y se dejaban arrastrar por aquella emoción vivían al límite. Aprendió dónde encontrar mujeres dispuestas a acostarse con él por un precio modesto. Uno de estos lugares era la fuente Bethesda, en Central Park. Si el tiempo lo permitía, se paseaban en parejas. Los días empezaban a alargarse. Envueltas en la luz dorada de la puesta de sol, daban una vuelta por la fuente mientras las sombras cubrían los grandes peldaños, con el agua ya negra y las losas de color rosa y marrón. Se divertían con él, porque las tomaba en serio. Era amable con ellas y por eso a ellas no les importaba que fuera algo raro. A veces se llevaba a una a su habitación de hotel y luego se sentaba en una silla con un zapato en la mano y se olvidaba completamente de ella. O perdía el interés por hacerle el amor y se quedaba inspeccionándole sus partes íntimas. Bebía vino hasta quedarse insensible. Cenaba en asadores baratos con serrín en el suelo. Iba a los clubs de los sótanos de Hell's Kitchen donde los matones invitaban a copas a todo el mundo. Recorría Manhattan de noche, devorando con la mirada a los transeúntes. Se quedaba mirando a través de los ventanales de los restaurantes o sentado en el vestíbulo de los hoteles, percibiendo el movimiento y el color a través de sus ojos inquietos antes de poder definir las imágenes.

Un día, por casualidad, encontró las oficinas de la revista *Mother Earth* publicada por Emma Goldman. Estaban en la calle Trece, en una casa de piedra donde se alojaba la anarquista cuando se encontraba en Nueva York. Se quedó de pie en la calle, bajo la farola, mirando las ventanas. Lo hizo varias noches, hasta que una noche salió un hombre por la puerta, bajó los escalones, cruzó la calle y se le acercó. Era un hombre alto y escuálido, con el pelo largo y una corbata de cordón.

—De noche hace frío —comentó—. Entre, no tenemos secretos. —Y Hermano Menor le siguió hasta el otro lado de la calle y subió las escaleras.

Con tanta guardia nocturna resultó que lo habían tomado por un espía de la policía. Se dirigieron a él con elaborado sarcasmo. Le ofrecieron té. Había mucha gente por el piso, vestida con abrigo y sombrero. Entonces Goldman apareció tras una puerta y se le quedó mirando.

—Cielo santo —exclamó—. Ése no es policía. —Y se echó a reír. Se estaba poniendo un sombrero y fijándoselo con agujas—. Ven con nosotros —le dijo.

Poco después Hermano Menor se encontró en el edificio de la Cooper Union, cerca de Bowery. La sala estaba llena a rebosar y hacía mucho calor. Había muchos extranjeros y los hombres no se quitaban el bombín al entrar. Era una gran congregación en la que la gente olía y se cocía en su propio jugo. Se celebraba en apoyo a la revolución mexicana. Él no sabía que hubiera una revolución mexicana. Los hombres levantaban el puño, sentados en sus bancos. Habló un orador tras otro. Algunos de ellos hablaban en idiomas diferentes al inglés, pero no se les traducía. Hermano Menor no oía bien, pero parecía que los peones mexicanos se habían alzado de forma espontánea contra Porfirio Díaz, el presidente de México, y que llevaban así treinta y cinco años. Necesitaban armas, necesitaban munición. Estaban golpeando desde las montañas, atacando a los federales y los trenes de aprovisionamiento con garrotes de madera y mosquetones de carga frontal. Aquello le hizo pensar. Por fin Emma Goldman se dispuso a hablar. De todos los oradores, era la mejor. La sala se quedó en silencio mientras describía la complicidad de los ricos terratenientes y del despreciable dictador Díaz, la subyugación de los peones, la pobreza y el hambre y, lo peor de todo, la presencia de representantes de grandes empresas estadounidenses en los consejos nacionales del gobierno mexicano. Hablaba fuerte, y al mover la cabeza y gesticular, las gafas brillaban con el reflejo de la luz. Hermano Menor se abrió camino para colocarse más cerca de ella. Goldman describió a un tal Emiliano Zapata, sencillo granjero del estado de Morelos que se había convertido en revolucionario porque no había tenido otra opción. Llevaba el típico atuendo raído de labriego cubierto con bandoleras y una cartuchera.

—Camaradas —gritó Goldman—, eso no es un vestido típico de un país extranjero. No existen los países extranjeros. No hay un campesino mexicano, no hay un dictador Díaz. Sólo existe una lucha en todo el mundo, sólo existe la llama de la libertad que intenta iluminar la horrenda oscuridad de la vida en la Tierra.

El aplauso fue ensordecedor. Hermano Menor no llevaba dinero. Se rascó los bolsillos hasta el fondo, mortificado al ver a su alrededor a gente que apestaba a pobreza y que aun así contribuía con puñados de monedas. Se encontró de pie, bajo la tarima de los oradores. Ya habían acabado los discursos, y Goldman estaba rodeada de colegas y admiradores. Vio cómo abrazaba a un hombre de tez morena que llevaba un traje y una corbata oscuros pero también un enorme sombrero. Se volvió y su mirada fue a posarse sobre aquel joven rubio y algo calvo cuya cabeza quedaba justo por encima de la tarima, como si se la hubiera rebanado un republicano francés, con la mirada perdida hacia lo alto, como en una especie de éxtasis. Se rio.

Él pensó que podría hablar con ella al final del discurso, pero se había organizado una recepción para el mexicano en las oficinas de *Mother Earth*. Era el representante de los zapatistas. Llevaba botas por debajo de los pantalones abiertos. No sonreía, pero bebía té y se limpiaba los bigotes con el dorso de la mano. Las salas estaban llenas de periodistas, bohemios, artistas, poetas y mujeres de la alta sociedad. Hermano Menor no era consciente de que iba siguiendo a Goldman por todas partes. Estaba desesperado por llamar su atención. Pero ella estaba tremendamente ocupada con todos los demás. Debía saludar a cada persona que entraba. Tenía un montón de cosas en la cabeza. Presentaba a la gente entre sí; a cada uno le proponía cosas diferentes que debía hacer; a otros les hablaba de gente con la que tenían que hablar; de sitios dónde tenían que ir; de situaciones que debían analizar o de las que debían escribir. Él se sentía increíblemente ignorante. Ella se metió en la cocina y se puso a batir la masa para un pastel.

—Toma —le dijo a Hermano Menor—, coge estas copas y ponlas sobre la mesa, en la sala grande.

Dio gracias de sentirse integrado en el grupo de las personas útiles. Había anuncios de la revista *Mother Earth* por todas las paredes. Un hombre alto y de pelo largo estaba sirviendo el ponche. Era el que había salido a la calle y le había invitado a subir. Parecía un actor shakespeariano en horas bajas. Tenía los bordes de las uñas negros. Bebía tanto como servía y saludaba a la gente cantando un par de versos de una canción. Todos los que hablaban con él se reían. Se llamaba Ben Reitman y era el hombre que vivía con Goldman. Tenía algo raro en la coronilla, un trozo de cabeza afeitado. Al observar que Hermano Menor le miraba, le explicó que había estado en San Diego y que lo habían cubierto de alquitrán y plumas. Emma había ido a dar un discurso. A él lo secuestraron, se lo llevaron en coche, lo desnudaron y lo bañaron con alquitrán caliente. Lo torturaron quemándolo con cigarrillos y cosas peores. Mientras contaba aquellas cosas el rostro se le ensombreció y la sonrisa se desvaneció. Se había congregado un corrillo. Reitman tenía agarrado el cucharón del ponche y empezó a dar golpecitos contra el lateral de la ponchera. Era como si no pudiera parar. Se miró fijamente la mano con una curiosa sonrisa en la cara.

—No querían que mi *mami* hablara en Kansas City, ni en Los Ángeles ni en Spokane —dijo—. Pero habló. Nos conocemos todas las cárceles. Ganamos todos los casos. Mi *mami* hablará en San Diego. —Se rio como si no pudiera creerse que la mano le temblara de aquel modo. El cucharón tintineaba contra la ponchera.

En aquel momento un hombre se abrió camino hasta la mesa y le preguntó:

—¿Crees, Reitman, que al mundo le ha servido que te cubrieran de alquitrán y te llenaran de plumas? —Era un hombre bajo, completamente calvo y con gafas gruesas, una gran boca completa y complexión cetrina, con la piel como cera—. El tema ha pasado a ser el derecho de Emma a hablar en público en lugar de lo que tiene que decir. Empleamos todas nuestras energías en nuestra defensa. Ésa es su estrategia, no la nuestra. Me temo que no lo entendéis. ¿Qué tiene de maravilloso,

querido Reitman, que algún liberal con la conciencia sucia te saque bajo fianza? Así, él podrá congratularse. ¿En qué ha avanzado el mundo?

Los dos hombres se miraron fijamente, hasta que la voz de Goldman les interrumpió desde detrás:

—¡Sacha! —Se acercó a la mesa limpiándose las manos en el delantal y se colocó junto a Reitman y le cogió el cucharón con delicadeza—. Sacha, querido —le dijo al hombre cetrino—, si primero logramos enseñarles sus propios ideales, quizá después podamos enseñarles los nuestros.

La fiesta siguió hasta la madrugada. Hermano Menor estaba desesperado por llamar la atención de Goldman. Se sentó, al estilo indio, sobre un antiguo sofá con los muelles sueltos. Al cabo de un rato se dio cuenta de que la sala estaba en silencio. Levantó la mirada y se encontró a Goldman sentada en una silla de la cocina, justo frente a él. Por lo demás la sala estaba vacía; era el último invitado. Sin saber por qué, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Me has preguntado si me acordaba de ti —dijo Goldman—. Cómo me iba a olvidar. Quién podría olvidar aquella visión, pobre infeliz. —Le pasó el pulgar por la mejilla y le secó una lágrima—. Qué tragedia —suspiró—. ¿Es eso todo lo que quieres de la vida? —Sus grandes ojos magnificados se clavaron en él a través de las lentes de sus gafas. Estaba sentada con las piernas separadas y las manos sobre las rodillas—. No sé dónde está. Pero si pudiera decírtelo, ¿de qué te serviría? ¿Crees que podrías conseguir que volviera contigo? Sólo se quedaría un tiempo. Volvería a dejarte, ¿no te das cuenta? —Él asintió—. Tienes un aspecto horrible —observó Goldman—. ¿Qué has hecho con tu vida? ¿No comes? ¿No tomas aire fresco? —Él sacudió la cabeza—. Has envejecido diez años. No lo comprendo. Crees que te ha pasado algo especial, al haber perdido a tu amada. Ocurre cada día. Supón que a fin de cuentas ella consintiera en vivir contigo. Tú eres un burgués, querías casarte con ella. Os destruiríais el uno al otro en menos de un año. Verías como empieza a envejecer y a volverse aburrida ante tus propios ojos. Os sentaríais a cenar uno a cada lado de la mesa del comedor, cautivos, prisioneros de lo que un día pensasteis que era amor. Los dos. Créeme; estás mejor así.

Hermano Menor estaba llorando.

—Tienes razón —admitió—, por supuesto que tienes razón. —Le besó la mano. Goldman tenía una mano pequeña pero los dedos regordetes, la piel hinchada y los nudillos prominentes—. No tengo ningún recuerdo suyo —sollozó él—. Es algo que sueño.

Goldman estaba furiosa.

—Eso es, así puedes darte pena. ¡Qué emoción tan deliciosa! Te diré algo. En esta sala has visto a mi amante actual pero también a dos de mis anteriores amantes. Todos somos buenos amigos. La amistad es lo que dura. Los ideales compartidos, el respeto por la personalidad de un ser humano. ¿Por qué no puedes aceptar tu propia libertad? ¿Por qué tienes que aferrarte a otra persona para vivir?

Mientras ella hablaba, él la escuchaba cabizbajo. Se quedó mirando al suelo. Sintió los dedos de ella bajo la barbilla, levantándole la cabeza, y se encontró frente a los rostros de Goldman y Reitman. Reitman sonreía como ido, mostrando un diente de oro. Ambos le miraban con curiosidad e interés. Goldman dijo:

—Me recuerda a Czolgosz.

—Éste es educado, es un burgués —opinó Reitman.

—Pero en los ojos se le ve que sigue siendo un pobre chico —añadió Goldman—, el mismo pobre chico, igual de peligroso.

Hermano Menor se imaginó haciendo cola para darle la mano a William McKinley, con la mano envuelta en un pañuelo, y bajo el pañuelo una pistola. McKinley caía de espaldas. La sangre le empapaba el chaleco y se oían gritos de fondo.

Cuando se fue, Goldman le dio un abrazo junto a la puerta. Sintió la presión de sus labios, sorprendentemente suaves, contra la mejilla. Estaba abrumado. Dio un paso atrás. Los libros que llevaba bajo el brazo se le cayeron al suelo. Los dos se rieron, se agacharon y se pusieron a recoger los libros del suelo.

Pero una hora más tarde se encontraba otra vez entre los vagones del tren camino a New Rochelle. Se planteó la posibilidad de tirarse bajo las vías del tren. Escuchaba su cadencia, el traqueteo continuo, como la mano izquierda marcando un *rag*. El chirrido y el choque entre superficies metálicas cuando topaban los dos vagones eran la voz sincopada de la mano derecha. Era un *rag* suicida. Se cogió a los agarraderos que tenía a ambos lados mientras escuchaba la música. A sus pies, los vagones saltaban bajo sus pies. La luna competía en una carrera con el tren. Levantó la cara al cielo, entre los vagones, como si la luz de la luna pudiera transmitirle calor.

Un domingo por la tarde, el negro Coalhouse Walker se despidió de su prometida y volvió a Nueva York en su Ford. Eran las cinco de la tarde y las sombras de los árboles oscurecían la carretera. La ruta le llevó por Firehouse Lane, pasando por el puesto de la Emerald Isle Engine, compañía de bomberos voluntarios conocidos por la elegancia de sus uniformes y lo vistoso de sus desfiles. Las muchas veces que había recorrido aquella ruta había visto a los voluntarios de pie, charlando frente a la estación de bomberos, un edificio de madera de dos plantas, y cuando pasaba frente a ellos se callaban y se le quedaban mirando. No era consciente de que un negro vestido de aquella manera y al volante de un coche de su propiedad era una provocación para muchos blancos. Se había creado a sí mismo al margen de esos sentimientos.

En aquella época, las compañías de voluntarios se consideraban auxiliares del cuerpo de bomberos municipal. Dependían de la financiación privada y aún no estaban motorizadas. Al tiempo que el negro se acercaba, una batería de tres caballos grises salió de la estación al trote, invadiendo la calzada y arrastrando la gran bomba de vapor que había dado tanta fama a Emerald Isle. Enseguida los detuvieron, pero Coalhouse tuvo que frenar el coche de golpe.

Dos de los voluntarios salieron del edificio para subirse junto al conductor de la bomba, que estaba sentado en lo alto del carro, mirando al negro y bostezando ostentosamente. Todos llevaban camisas de trabajo azules con un pañuelo verde al cuello, pantalones azul marino y botas. Coalhouse Walker levantó el pedal del embrague y bajó del coche para darle a la manivela de arranque. Los voluntarios esperaron a que acabara y entonces le comunicaron que estaba atravesando una vía de uso restringido y que no podía pasar por allí a menos que pagara un peaje de veinticinco dólares o que presentara un pase que indicara que era residente de la ciudad.

—Ésta es una vía pública —replicó Walker—. La he recorrido decenas de veces y nadie me ha mencionado nunca nada acerca de ningún peaje. —Volvió a ponerse al volante.

—Llama al jefe —le dijo un hombre al otro.

Walker decidió poner la marcha atrás, retroceder hasta la esquina y volver por donde había venido. Se volvió para mirar atrás. En aquel momento, dos bomberos colocaron una escalera de seis metros en la calle, detrás del coche. Se presentaron otros dos con otra escalera y aparecieron más con carros de mangueras, cubos, hachas, ganchos y demás material de trabajo, que depositaron en la calzada: la compañía había escogido aquel preciso momento para hacer limpieza.

El jefe de la compañía lucía una gorra militar blanca que llevaba algo ladeada.

También era algo mayor que los demás. Se mostró educado ante Coalhouse y le explicó que, aunque nunca le habían cobrado el peaje, estaba en vigor de todos modos, y que si no pagaba, no pasaría. Se levantó la gorra de la cabeza con las dos manos y se la volvió a colocar de modo que la visera le cubriera los ojos. Eso provocaba que tuviera que levantar la barbilla para ver, lo que le daba un aire belicoso. Era un hombre fornido, de grandes brazos. Muchos de los voluntarios hacían muecas.

—Necesitamos el dinero para un camión de bomberos —explicó el jefe—, para que podamos llegar a los incendios condujo, igual que vas tú a las casas de putas.

Coalhouse se puso a valorar con calma sus opciones. Al otro lado de la calle, frente a la estación de bomberos de Emerald Isle, se abría un campo que hacía pendiente y acababa en un estanque. Podía salirse de la calzada, girar por el campo y rodear las escaleras y los carros de las mangueras. Pero estaba muy encajonado, y aunque pudiera girar el volante lo suficiente como para evitar a los caballos, aquel giro tan cerrado podía hacerle volcar por el terraplén. No le pareció conveniente embarcarse en aquella carrera.

En la orilla del estanque había un par de niños negros jugando. Tendrían diez o doce años.

—¡Eh! —les llamó Coalhouse Walker—. ¡Venid aquí!

Los niños acudieron corriendo. Se quedaron mirando a Coalhouse Walker mientras éste apagaba el motor, echaba el freno y bajaba del coche.

—Quiero que vigiléis este coche —les dijo—. Cuando yo vuelva, decidme si alguien lo ha tocado.

El músico caminó a paso ligero hasta la esquina y se dirigió hacia el distrito financiero. A los diez minutos encontró un policía que operaba un semáforo. El policía escuchó su reclamación, sacudió la cabeza y se pasó un buen rato buscando el pañuelo bajo el abrigo y sonándose la nariz.

—Esos chicos son inofensivos —dijo por fin—. Los conozco a todos. Vuelva y verá como ya se habrán cansado de la broma.

Walker debió darse cuenta de que probablemente aquello era el máximo apoyo que podía esperar de un policía. Al mismo tiempo puede que se preguntara si se había tomado demasiado en serio algo que no era más que una broma. Así que volvió a Firehouse Lane.

El carro de bomberos y los caballos ya no estaban. En la calle ya no había bomberos y su coche estaba a un lado de la calzada, en el campo. Se dirigió hacia el coche. Estaba rebozado de barro. La elegante capota Pantasote presentaba un corte de doce centímetros. Y en el asiento trasero había un montón de excrementos humanos de reciente creación.

Cruzó la calle y se dirigió a la puerta de la estación de bomberos. Allí de pie, con los brazos cruzados, estaba el jefe con su gorra militar blanca y su pañuelo verde de aire bohemio.

—La policía me ha informado de que no se cobra ningún peaje en ningún punto de esta ciudad —protestó Coalhouse Walker.

—Es cierto —respondió el jefe—. Todo el mundo es libre de pasar por esta calle cada vez que lo considere oportuno.

El sol ya se había puesto, y dentro de la estación se habían encendido las luces. Por los cristales de la puerta el negro podía ver a los tres caballos en el establo y la gran bomba de agua cromada aparcada junto a la pared trasera.

—Quiero que me limpien el coche y me paguen los daños —exigió. El jefe se echó a reír y un par de sus hombres salieron para disfrutar de la diversión.

En aquel momento llegó un coche de la policía con dos agentes. Uno de ellos era el policía de tráfico al que había acudido Coalhouse Walker. Fue al campo, vio el coche y volvió a la estación de bomberos. Willie, el policía, interrogó al jefe de bomberos:

—¿Habéis hecho algún estropicio?

—Le contaré exactamente lo que ha pasado —respondió el jefe—. Este negro aparcó el maldito coche en medio de la calle, justo enfrente de la estación. Tuvimos que apartarlo. Es muy peligroso bloquear la salida de una estación de bomberos, ¿verdad, chicos? —Por supuesto, los voluntarios asintieron.

El voluminoso policía tomó una decisión. Se apartó un poco y le dijo a Coalhouse:

—Mire, le ayudaremos a poner su Ford en la calle y podrá marcharse. No tiene daños importantes. Saque la mierda y olvídense del asunto.

—Yo iba por mi camino y ellos me hicieron parar —replicó Coalhouse—. Me han llenado el coche de porquería y me han hecho un agujero en la capota. Quiero que me limpien el coche y que paguen por los daños.

El agente iba dándose cuenta del tono de voz de Coalhouse, de su forma de vestir y ante todo de lo sorprendente que resultaba que tuviera coche. Empezó a enfadarse.

—Si no coge su automóvil y desaparece de aquí —dijo en voz alta—, voy a detenerlo por conducir fuera de la calzada, por embriaguez y por alteración del orden público.

—Yo no bebo —dijo Coalhouse—, no he sacado mi coche de la carretera ni he rajado la capota ni he defecado dentro. Quiero que me paguen los daños y quiero una disculpa.

El policía, turbado, miró al jefe, que le respondió con una mueca, dejándole el asunto a su discreción.

—Está usted arrestado —le dijo a Coalhouse—. Vendrá conmigo en el coche patrulla.

Aquella tarde el teléfono sonó en Broadview Avenue. Era Coalhouse quien llamaba, y después de explicar brevemente que estaba en la comisaría de policía y por qué, le preguntó a Padre si le haría el favor de pagar la fianza para que pudiera llegar a la ciudad y no faltar al trabajo aquella noche. A Padre hay que reconocerle el mérito

de que reaccionó enseguida, guardándose las preguntas para cuando hubiera tiempo para respuestas. Llamó a un taxi y fue hasta la comisaría, y allí extendió un cheque por la cantidad, que era de cincuenta dólares. Pero al relatarle el incidente a Madre, se mostró disgustado porque Coalhouse Walker se había mostrado parco en su agradecimiento y había salido corriendo hacia la estación de tren, asegurándole que le devolvería la cantidad.

La noche siguiente la rutina de la casa se vio alterada con la visita de Coalhouse Walker en un día laborable. Se sentó en el salón con los brazos cruzados y contó la historia con todo detalle. No se percibía la ofensa en su tono, recitaba serena y objetivamente, como si estuviera describiendo algo que le hubiera ocurrido a otra persona. Madre dijo:

—Señor Walker, me avergüenzo de pensar en la imagen que se habrá llevado de esta comunidad por culpa de ese puñado de patanes.

—Esa compañía tiene mala fama —dijo Padre—. Son una excepción, los otros puestos de voluntarios son del todo rectos y responsables.

Hermano Menor estaba sentado en el taburete del piano, con las piernas cruzadas. Se inclinó hacia delante, profundamente interesado en el tema.

—¿Dónde está ahora el coche? —preguntó—. ¿Y esos dos chicos? Son testigos a su favor.

Pero el pianista se había pasado la tarde intentando localizar a los chicos y se había encontrado con que los padres se negaban a permitir que se implicaran en el asunto.

—Soy un extraño para los negros de la zona —reconoció con tono puramente descriptivo—. Tienen que seguir viviendo aquí y no quieren problemas. En cuanto al coche, no he vuelto a verlo. Y no volveré a hacerlo hasta que me lo devuelvan tal como estaba cuando salí de esta casa ayer por la tarde.

Durante esta reunión, Sarah se encontraba en el vestíbulo, fuera de la vista de los demás. Tenía a su bebé abrazado a la altura de la cadera y escuchaba. Percibía como ningún otro miembro de la familia la enormidad de la desgracia. Oyó que Padre le decía a Coalhouse que si pretendía seguir con el caso debería contratar a un abogado. Se podía citar a declarar a los testigos.

—¿Hay algún abogado de color por aquí? —preguntó Coalhouse.

—No conozco a ninguno —respondió Padre—. Pero con un abogado que luche por la justicia debería bastar. —Hizo una pausa—. Yo sufragaré los gastos —dijo con tono áspero. Coalhouse se puso en pie.

—Se lo agradezco, pero no será necesario. —Puso un sobre encima de la mesita. Contenía cincuenta dólares en efectivo. Aquel dinero, según supo Madre más adelante, procedía del que estaba ahorrando para la boda.

Al día siguiente Hermano Menor decidió ir por su cuenta al lugar del incidente a ver el coche. Después del trabajo se subió a la bicicleta y fue hasta Firehouse Lane. El Ford T había quedado completamente destrozado, y resultaba imposible

determinar si era obra de los voluntarios o de cualquier otra persona. Tenía el morro entre las hierbas altas a la orilla del estanque. Las ruedas estaban hundidas en el fango. Los faros y el parabrisas estaban rotos. Las ruedas de atrás estaban pinchadas, habían rajado la tapicería y la capota estaba hecha jirones.

Hermano Menor se quedó de pie junto al estanque. Desde aquella noche con Emma Goldman tenía unos problemas considerables. En el trabajo todos estaban sorprendidos por su gran actividad. Fijaba la atención en cualquier cosa que pudiera interesarle. Tenía una verborrea que rozaba la histeria. Se sentaba en su mesa de dibujo y convertía diseños en interminables modificaciones para rifles y granadas. Medía cada cuadrito, hacía sus cálculos y observaba la punta de su lápiz al hundirse en el papel. Cuando no encontraba más recursos empezaba a cantar, aunque sólo fuera por oír un sonido. Así, gracias a la concentración continua y a un continuo derroche de energía, intentaba evitar hundirse en la enorme profundidad de su infelicidad. Le rodeaba por todas partes. Era una oscuridad de una cercanía tan impúdica como la de su ceño fruncido. Le ahogaba con su proximidad. Y lo más aterrador era su imprevisibilidad. Se levantaba por la mañana y veía el sol entrando por la ventana, se sentaba en la cama y de pronto le parecía que había desaparecido, para volver a encontrarlo más tarde, tras sus espaldas o dentro de su corazón.

Decidió que estaba al borde de un colapso nervioso. Se prescribió a sí mismo un régimen de baños fríos y un ejercicio físico agotador. Se compró una bicicleta Columbia e iba al trabajo en ella. De noche, antes de acostarse, hacía gimnasia hasta quedar exhausto.

En el piso inferior, Madre y Padre oían cómo se tambaleaba la casa. Se dieron cuenta de que estaba saltando. Estaban acostumbrados a sus excentricidades. Nunca les había hecho confidencias ni había compartido con ellos sus esperanzas o sentimientos, así que no observaron ningún cambio significativo en su carácter. Madre le pidió que, cuando no tuviera planes tras la cena, se reuniera con ellos en el salón para pasar la velada. Lo probó. Oía cómo le dirigían la palabra y se oía a sí mismo responder. Los veía, en aquel salón sofocante, con su sofá, sus trofeos de caza y sus lámparas de pantalla fruncida, y no podía respirar. Le parecían dignos de pena. Pensó que eran pedantes, ordinarios y desconsiderados. Una noche Padre leyó en voz alta el editorial del periódico local. A Padre le gustaba leer en voz alta cuando encontraba algo que le parecía especialmente instructivo o bien escrito. El título del editorial era *La ranita cantora*. «Así pues, este diminuto visitante de nuestros estanques y campos inicia de nuevo su canto —leyó Padre—. En realidad, no es menos fea que sus primos la rana y el sapo. Pero damos la bienvenida a este galante animalito y alabamos su belleza. Porque, ¿no es cierto que se adelanta al tordo e incluso al azafrán en su anuncio de la llegada de la primavera?». El joven salió corriendo de la sala convencido de que estaba a punto de morir asfixiado.

Por aquel entonces no había duda de que Hermano Menor sentía una lealtad justificada hacia el hombre de color. De pie, frente al estanque, oía cómo golpeaba el

agua contra el guardabarros del Ford T. Vio que la capota estaba entreabierta y, tras levantarla y volver a dejarla caer, observó que al motor le habían arrancado los cables. El sol se estaba poniendo y reflejaba el azul del cielo en las oscuras aguas del estanque. Le atravesó una sensación de rabia, aunque sabía que no sería más que una centésima parte de la que debió sentir Coalhouse Walker, y era una rabia sana.

En este punto, teniendo en cuenta el posterior curso de los acontecimientos, es importante mencionar que se sabía bien poco de Coalhouse Walker Jr. Aparentemente procedía de Saint Louis. En su juventud había sido admirador de Scott Joplin y otros músicos de Saint Louis y se había pagado los estudios de piano con el dinero que había ganado como estibador. No hay información sobre su origen familiar. Hubo una mujer de Saint Louis que afirmaba ser su ex esposa, pero nunca se pudo demostrar. Nunca se encontró su expediente académico en Saint Louis, y aún no se sabe cómo adquirió su vocabulario ni su modo de hablar. Quizá fuera por pura fuerza de voluntad.

Cuando empezó a hacerse famoso se decía que Coalhouse Walker nunca agotó los recursos pacíficos y legales antes de tomarse la justicia por su mano. Pero no es del todo cierto. Fue a ver a tres abogados diferentes que le había recomendado Padre. En todos los casos se negaron a representarle. Le aconsejaron que recuperara su automóvil antes de que quedara completamente inservible y que se olvidara del asunto. A los tres les repitió que no quería olvidarse del asunto, sino denunciar al jefe de bomberos y a los hombres de la estación de Emerald Isle.

Incluso Padre llamó personalmente a uno de aquellos abogados, un hombre que había representado a su empresa en diversos asuntos económicos.

—¿No ve aquí un caso? —le preguntó.

—Cuando vaya a la vista oral —le respondió el abogado—, puede acompañarle usted mismo. Para eso no me necesita. En esta ciudad, cuando un hombre de buena posición entra en un tribunal con un negro, una acusación como ésta suele sobreeserse.

—Pero a él no le preocupa esa acusación —dijo Padre—. Lo que quiere es denunciarles a ellos. —En aquel momento Padre se dio cuenta de que el abogado estaba hablando con otra persona del despacho.

—Me alegro de haberle sido de ayuda —dijo el abogado, y colgó.

También es sabido que Coalhouse Walker consultó a un abogado negro de Harlem. Se había enterado de que el jefe de Emerald Isle, que se llamaba Will Conklin, era hermanastro del juez del tribunal de la ciudad y sobrino de un concejal del condado de White Plains. El abogado de Harlem le dijo que había modos de desviar el caso a otras jurisdicciones, pero que era un proceso caro y largo. Y el resultado era impredecible.

—¿Tiene dinero para eso? —le preguntó el abogado.

—Me voy a casar pronto —respondió Coalhouse Walker.

—Eso sale caro —reconoció el abogado—. Sin duda el compromiso con su

prometida es más importante que la necesidad de obtener de unos blancos un resarcimiento judicial.

Se dice que entonces Walker le hizo un comentario no del todo educado al abogado negro. El letrado se puso en pie tras la mesa y le pidió que se fuera.

—Tengo casos de beneficencia de los que usted no sabe nada —le gritó—. Lucho tanto contra la injusticia hacia nuestro pueblo que la siento en mis carnes. Pero si se cree que voy a ir al condado de Westchester a defender a un hombre de color al que alguien le vació el orinal dentro del coche, está muy equivocado.

También es conocido que Coalhouse hizo un primer intento de llevar él mismo el caso. Había rellenado la denuncia, pero no sabía cómo conseguir fecha para la vista ni los pasos que había que dar para asegurarse de que la petición estaba bien redactada y que fuera tramitada. Se presentó en el ayuntamiento para entrevistarse con el procurador del condado, pero le sugirieron que volviera otro día, cuando no tuvieran casos tan urgentes en la oficina. Insistió, y le dijeron que su demanda no figuraba en el archivo y que tardarían varias semanas en encontrarla.

—Venga entonces —le dijo el empleado.

No obstante, lo que hizo fue dirigirse a la comisaría de policía donde había presentado la primera denuncia y presentó otra. Los agentes de servicio lo contemplaban asombrados. Uno de los de más edad le habló en privado y le confesó que probablemente la denuncia no serviría de nada, ya que los bomberos voluntarios no eran empleados municipales, por lo que no estaban bajo la jurisdicción de la ciudad. A Coalhouse no se le escapó el tono despectivo de aquella aclaración y al irse, mientras atravesaba la puerta, oyó las risas tras de sí.

Todo aquello ocurrió durante un periodo de dos o tres semanas. Más adelante, cuando el nombre de Coalhouse Walker pasó a asociarse con el asesinato y los ataques incendiarios, estos primeros intentos de reparación dejaron de importarle a nadie. Ni siquiera hoy en día podemos justificar la injusticia perpetrada en su caso, pero es importante conocer la verdad en la medida de lo posible. Las conversaciones de la familia durante la cena se centraban ya de modo obsesivo en este extraño hombre negro tan orgulloso y su lucha porque se le devolviera lo que era suyo. De algún modo parecía ser culpa suya, porque era negro y era el tipo de problemas que sólo afectaban a los negros. Su monumental negrura estaba siempre presente, ante sus ojos, como el centro de mesa. Mientras Sarah servía, Padre le dijo que a fin de cuentas su prometido habría hecho mejor en llevarse su coche cuando aún podía y olvidarse del asunto. Hermano Menor se puso furioso.

—Hablas como un hombre que nunca ha tenido que defender sus principios —dijo.

Padre estaba tan ofendido por aquel comentario que no encontraba palabras. Madre dijo en tono conciliador que dar rienda suelta a sentimientos exacerbados no iba a ayudar a nadie. Una peculiar brisa templada movió las cortinas del salón egipcio. Era algo raro en aquella época del año, y anunciaba la inestabilidad tan

propia de la primavera. A Sarah se le cayó de las manos una bandeja con los lenguados. Se retiró a la cocina y agarró a su bebé. Entre sollozos, le confesó a Hermano Menor, que la siguió hasta allí, que el domingo anterior Coalhouse le había dicho que no se podría casar hasta que le hubieran devuelto el Ford T exactamente en el mismo estado en que se encontraba cuando le habían cortado el paso con los carros de bomberos.

Nadie sabía el apellido de Sarah y a nadie se le ocurrió preguntárselo. ¿Dónde había nacido, dónde había vivido aquella chica negra pobre y sin educación con unas ideas tan firmemente establecidas sobre el modo en que debían llevar sus vidas los seres humanos? Durante sus pocas semanas de felicidad, desde que había aceptado la proposición de Coalhouse hasta los primeros temores de que su matrimonio nunca fuera a celebrarse, se había transformado hasta el punto de que había cambiado de cara. La rabia y el pesar se habían convertido en una especie de patología física que enmascaraba su aspecto real. Madre estaba impresionada por su belleza. Se reía y hablaba con una voz dulce. Trabajaban juntas en su vestido de bodas y tenía unos movimientos graciosos y ligeros. Tenía un tipo excelente y se miraba al espejo con orgullo. Se reía, feliz de su propia vida. Su felicidad repercutía en el flujo de leche de sus pechos y su bebé crecía muy rápido. Ya se ponía en pie y el cochecito dejó de ser seguro. Dormía en la habitación de ella, y ella lo cogía en volandas y bailaba con él. Era una muchacha de dieciocho o quizá diecinueve años, satisfecha porque las circunstancias de su vida le daban motivo para vivir. Madre se daba cuenta de que era el tipo de persona con conciencia moral que sólo comprendía la bondad. No tenía malicia y sólo sabía actuar de forma directa e invariable en respuesta a sus sentimientos. Si amaba, actuaba con amor; si la traicionaban, quedaba destrozada. Ésa era la grandeza y el riesgo en los que se asentaba la vida de aquella criatura inocente. El chico sentía una atracción cada vez mayor hacia ella y hacia su bebé. Jugaba con él con sumo cuidado y se estableció un reconocimiento mutuo entre ellos. La madre cantaba. Cosía su vestido de boda, se lo probaba y se lo quitaba. Debajo llevaba una enagua que se levantaba hasta la cadera cuando se quitaba el vestido blanco por la cabeza. Vio cómo la mirada honesta y atenta del chico se fijaba en sus muslos y sonrió. Con Hermano Menor compartía la complicidad tácita de dos miembros de la misma generación. Su marido iba a ser un hombre maduro y Hermano Menor se sentía apartado de los otros miembros de la familia por la edad. Y ése era el motivo de que la hubiera seguido a la cocina y de que ella le hubiera puesto al día sobre la decisión de Coalhouse de no casarse hasta que le devolvieran el coche.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Hermano Menor.

—No lo sé —respondió Sarah. Pero quizá ella hubiera detectado la violencia que pretendía emplear en la defensa de sus principios.

El domingo siguiente Coalhouse Walker no se presentó. Sarah volvió a su habitación. Padre veía claramente que la situación se estaba deteriorando. Dijo que era ridículo permitir que un automóvil rigiera la vida de todo el mundo como estaba haciéndolo. Decidió ir al día siguiente a hablar con los bomberos de Emerald Isle, en particular con el jefe Conklin.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Madre.

—Les haré ver que se enfrentan a un propietario de esta ciudad —dijo Padre—. Si eso no funciona, sencillamente les sobornaré para que reparen el coche y lo dejen frente a mi puerta. Les pagaré. Los compraré.

—Al señor Walker no le va a gustar eso —objetó Madre.

—Aun así, es lo que voy a hacer. Ya nos preocuparemos más tarde de las explicaciones. Son la escoria de la ciudad y harán lo que sea por dinero.

Pero antes de que el plan pudiera llevarse a efecto, Sarah decidió tomar la iniciativa por su cuenta. Resultaba que aquella primavera estaban en campaña electoral: un candidato del partido republicano, James Sherman, vicepresidente del señor Taft, iba a visitar New Rochelle aquella tarde para hablar en la cena del partido republicano que se debía celebrar en el hotel Tidewaters. Sarah recordaba haber oído a Padre exponer sus razones para no asistir al evento. Sabía poco de política y no se daba cuenta de lo poco que importaba a nivel nacional el caso de Coalhouse, así que se le ocurrió la idea de elevar una súplica al gobierno de Estados Unidos. Era el segundo de los actos de pánico y desespero provocados por su inocencia. Esperó hasta que se durmió su hijo y, tras cubrirse la cabeza con un chal, salió de la casa sin decírselo a nadie y bajó corriendo la colina hasta North Avenue. Iba descalza. Corría veloz como un niño. Estaba dispuesta a correr hasta el hotel, pero en aquel momento llegó un tranvía con las luces interiores encendidas. El conductor tocó la campana con rabia cuando ella cruzó las vías justo por delante. Pagó el billete y esperó hasta llegar al centro.

Se levantó viento y en el cielo oscuro se estaban concentrando nubes de tormenta. Sarah se detuvo frente al hotel, entre un pequeño grupo de personas que esperaban la llegada del gran hombre. Un coche tras otro llegaba al lugar y dejaba a algún dignatario. Unas gotas de lluvias empujadas por el viento mojaron la acera. Habían extendido una alfombra desde el bordillo hasta la puerta del hotel. No sólo estaba la policía, con sus guantes blancos, sino todo un batallón de soldados que mantenía despejada la entrada y echaba atrás a la multitud a la espera de la llegada del coche del vicepresidente. Los soldados vigilaban atentamente, al igual que los hombres de paisano del Servicio Secreto, al que Theodore Roosevelt había asignado la protección de los presidentes y vicepresidentes desde el asesinato del presidente McKinley. De hecho, Roosevelt había abandonado su retiro aquel año para enfrentarse a su viejo amigo Taft. Wilson era el candidato del partido demócrata y Debs, del socialista. Las cuatro campañas iban recorriendo el país de un extremo a otro, avivando las esperanzas de los ciudadanos como los vientos que peinaban las grandes llanuras. En Milwaukee, Wisconsin, sólo una semana antes, Roosevelt había ido a dar un discurso. Al salir de la estación de tren y dirigirse al coche, mientras los agentes mantenían a distancia a la multitud congregada para darle la bienvenida, un hombre se destacó y le disparó a quemarropa. Se oyeron las detonaciones. Una bala atravesó la funda de las gafas que Roosevelt llevaba en el bolsillo del pecho, perforó el pliego de cincuenta

páginas de su discurso y se quedó alojada en su costilla. Él se quedó aturdido. El asesino fue reducido e inmovilizado. Hubo gritos. Roosevelt se examinó la herida y observó, satisfecho, que no era grave. Insistió en dar su discurso antes de permitir que le atendieran los médicos. Pero el rastro acre del atentado aún flotaba en la opinión pública. Cualquiera que tuviera la misión de proteger a una personalidad no podía evitar pensar en el atentado a Teddy Roosevelt. El alcalde de Nueva York, William J. Gaynor, había sido blanco de los disparos de un asesino poco tiempo atrás. Había armas disparándose por todas partes.

Cuando el Panhard en el que viajaba el vicepresidente aparcó junto al bordillo y él mismo bajó, los vítores llenaron la calle. Sunny Jim Sherman era un político del estado de Nueva York con muchos amigos en Westchester. Era un hombre grueso con una calvicie incipiente y tan mal estado de salud que no sobreviviría a la campaña. Sarah rompió el cerco y corrió hacia él, llamándole en su confusión:

—¡Presidente!, ¡Presidente! —Tenía el brazo extendido y alargó su negra mano hacia él. Él se encogió ante el contacto. En aquella noche oscura y de fuerte viento, a los guardaespaldas de Sherman les pareció que la mano negra de Sarah era un arma. Un soldado se adelantó y, con la mortífera decisión de los hombres armados que protegen a los famosos, golpeó con la culata de su Springfield el pecho de Sarah con todas sus fuerzas. Sarah cayó al suelo. Un hombre del Servicio Secreto le saltó encima. El vicepresidente desapareció en el interior del hotel. Entre la confusión y los gritos posteriores, metieron a Sarah en un furgón policial y se la llevaron de allí.

La retuvieron en la comisaría toda la noche. Tosía sangre y de madrugada se le ocurrió al sargento de guardia que quizá debiera verla un médico. Los tenía a todos intrigados: no respondía a ninguna pregunta, los miraba a todos con ojos de miedo y dolor, y si uno de ellos no recordara haberla oído gritar «¡Presidente!, ¡Presidente!» la habrían tomado por sordomuda.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntaron—. ¿Qué crees que estabas haciendo?

Por la mañana la trasladaron al hospital. Era un día encapotado y gris, el vicepresidente se había marchado, las celebraciones habían acabado, los barrenderos pasaban la escoba por delante del hotel y los cargos contra Sarah se habían reducido de asesinato frustrado a alteración del orden. Ella estaba tendida en una cama del hospital. Tenía fracturados el esternón y varias costillas. En casa, en Broadview Avenue, Madre oyó al bebé que no paraba de llorar y por fin subió a ver qué pasaba. Pasaron varias horas hasta que la familia supo a través de un agente de policía que la chica de color estaba ingresada en el hospital. Padre salió del trabajo y Madre de la casa, y encontraron a Sarah en una cama del pabellón público. Estaba dormida, tenía la frente seca y caliente y una burbuja de sangre en la comisura de la boca que se hinchaba y se deshinchaba al respirar. Al día siguiente Sarah había desarrollado neumonía. Consiguieron recomponer los acontecimientos a partir de las pocas cosas que dijo. Ella no les prestaba mucha atención y no dejaba de preguntar por Coalhouse. Consiguieron colocarla en una habitación individual. No sabían dónde

vivía Coalhouse, de modo que pusieron una conferencia al Manhattan Casino y contactaron con el director de la Clef Club Orchestra. Así pudieron localizar a Coalhouse y unas horas más tarde estaba sentado junto a la cama de Sarah.

Madre y Padre esperaban en el pasillo. Cuando volvieron a mirar dentro, Coalhouse estaba de rodillas junto a la cama. Tenía la cabeza gacha y cogía la mano de Sarah entre sus dos manos. Se retiraron. Después oyeron los sonidos sepulcrales del dolor de un hombre adulto. Madre volvió a casa. Se pasaba el día con el bebé en brazos. La familia estaba destrozada. Aparentemente no había modo de entrar en calor. Todos llevaban jerseys. Hermano Menor encendió la chimenea. Hacia el final de la semana Sarah murió.

El funeral se celebró en Harlem. Fue espléndido. El ataúd de Sarah era de bronce. El coche fúnebre era un Pierce-Arrow Opera clásico con un compartimiento alargado para pasajeros y la cabina del conductor abierta. Por la parte superior tenía unos rieles de latón y estaba cubierto de coronas de flores. De las cuatro esquinas del techo caían cintas negras. El coche brillaba tanto que el chico pudo ver reflejada toda la calle en sus puertas traseras. Todo era negro, hasta el cielo. La calle acababa en una pendiente pronunciada. Había varios coches para llevar al cortejo fúnebre al cementerio. El cortejo se componía en su mayor parte de músicos, compañeros de Coalhouse en la Clef Club Orchestra. Eran todos negros, con el pelo muy corto, trajes oscuros abotonados, camisas con el cuello redondo y corbata negra. Las mujeres que los acompañaban llevaban vestidos que iban rozándoles la parte superior de los zapatos, sombreros de ala ancha y estolas alrededor del cuello. Cuando el cortejo se metió en los coches, se cerraron las puertas y los conductores se pusieron al volante, todo el mundo oyó una fanfarria y por la calle llegó un ómnibus abierto con un quinteto de metal con esmóquines que ocupó su lugar en la procesión. Coalhouse Walker pagó el funeral con el dinero que había ahorrado para su boda. Había conseguido una parcela en el cementerio para Sarah por ser miembro de la Asociación Benéfica de Músicos Negros. El cementerio estaba en Brooklyn. La banda tocó melodías fúnebres por las silenciosas calles de Harlem y por todo Manhattan. El cortejo avanzaba lentamente. Los niños se ponían a correr tras él y la gente se paraba a mirar en las aceras. La banda tocó hasta que los coches cruzaron lentamente el puente de Brooklyn, por encima del East River. Los pasajeros de los tranvías que pasaban por los carriles exteriores del puente se ponían de pie para ver el gran desfile. El sol brillaba y las gaviotas volaban alto. Volaron atravesando los cables de suspensión y se posaron a lo largo de todo el puente mientras pasaba hasta el último coche.

¡Primavera!, ¡primavera! Como un mago loco sacando pañuelos de seda de colores sin cesar de la chistera, la Tierra empezó a dar azafranes de primavera, luego uvas americanas, forsitias con sus tallos floridos, iris, las flores rosas, blancas y verdes de los manzanos, tupidas lilas y narcisos. Abuelo salió al patio y les brindó una ovación. Se levantó una brisa y arrancó de los arces una lluvia de tiernos capullos verdes, como una lluvia de espermatozoides, que se le quedaron prendidos en su escaso cabello gris. Sacudió la cabeza, encantado, como si le hubieran colocado una corona de laurel. Un espasmo de felicidad se apoderó de él y dio una patada al aire, como en un paso de baile; perdió el equilibrio y se resbaló hasta caer sentado. Así fue como se rompió la pelvis e inició un periodo de decadencia física del que no se recuperaría. Pero la primavera era alegre e incluso con sus dolores lucía una sonrisa. Por todas partes corría la savia y cantaban los pájaros. En el interior del estado, en Matteawan, la prisión agrícola del estado, Harry K. Thaw saltó con toda destreza una zanja que daba a la carretera y se subió al estribo del Locomobile que le esperaba. Pasó el brazo alrededor del soporte del techo, soltó un grito triunfal y el coche arrancó. Thaw huyó a Canadá, dejando una pista de camareras escandalizadas y hoteleros atónitos. Secuestró y azotó a un adolescente; empezaba a poner sus cosas en orden. Al cabo de un tiempo volvió a cruzar la frontera. Lo descubrieron en un tren cerca de Buffalo y escapó corriendo por los vagones, jadeando y riéndose mientras lo perseguían. En el vagón comedor volcó y tiró varias cafeteras de plata de las mesas de los comensales, que no daban crédito a sus ojos. Trepó por entre dos vagones y corrió por el techo con una especie de trote simiesco, para acabar saltando a la plataforma trasera y quedarse con los brazos extendidos de cara al sol, al tiempo que la policía abría la puerta y le prendía.

Thaw no divulgó el nombre de la persona que le ayudó a escapar.

—Llamadme Houdini —se limitaba a decir.

Un reportero con iniciativa decidió buscar al gran mago y pedirle su opinión. Era el tipo de periodista con experiencia en noticias tontas e insustanciales que tanto gustaba en la prensa de aquel tiempo. Encontró a Houdini en el cementerio de Queens, donde se pasaba la primavera, arrodillado junto a la tumba de su madre. Levantó la mirada con el rostro hinchado y una mueca grotesca de profundo pesar. El reportero desapareció de allí en el acto. Por todo el cementerio florecía el cornejo y los pétalos de magnolia caídos formaban círculos alrededor de los árboles.

Houdini llevaba un traje de lana negro y la manga de la chaqueta estaba rota a la altura del hombro. Su madre llevaba muerta varios meses, pero cada mañana se levantaba sintiendo la herida fresca y profunda, como si hubiera muerto la noche anterior. Había cancelado varias actuaciones. Sólo se afeitaba cuando se acordaba, lo

cual no era muy a menudo, y con los ojos enrojecidos, la barba de tres días y aquel traje que se le había quedado grande parecía cualquier cosa menos el enérgico mago de fama internacional.

Es costumbre judía dejar guijarros en las tumbas como muestra de que se han visitado. La tumba de la señora Cecelia Weiss estaba cubierta de guijarros y piedrecitas, una sobre la otra, formando una especie de pirámide. Houdini pensó en ella, que estaría descansando en el ataúd, bajo tierra, y lloró amargamente. Quería estar junto a ella. Recordó su intento por escapar de un ataúd, el terror cuando se dio cuenta de que no podía. El ataúd tenía una tapa falsa, pero no había contado con el peso de la tierra. Recordó haber clavado las uñas en ella y haber sentido su monumental peso. Había gritado en aquel silencio impenetrable. Sabía lo que era estar encerrado bajo tierra, pero en aquel momento le parecía que era el único lugar posible para él. ¿De qué le servía la vida sin su querida madrecita?

Odiaba la primavera. El aire se le metía en la nariz y en la boca, ahogándole como si fuera tierra.

En su casa de la calle Ciento trece, cerca de Riverside Drive, Houdini colocó fotografías enmarcadas de su madre para que estuviera presente. Sobre la cama de la anciana colocó un retrato en primer plano. Puso una gran foto de ella sentada en una silla y sonriendo sobre la misma silla en la que había posado. Había otra foto suya con el sombrero y el abrigo puesto y subiendo las escaleras de la calle. Ésta la colgó en la cara interior de la puerta. Una de sus posesiones más preciadas había sido una caja de música de madera de roble con la tapa de cristal, que permitía ver cómo giraba el gran disco dentado. Había varios discos entre los que escoger, pero su favorito era uno que tenía el *Gaudeamus Igitur* por un lado y *Columbia the Gem of the Ocean* por el otro. Houdini le daba cuerda a la caja de música y ponía aquellas canciones cada noche. Soñaba que eran la voz de su madre. Guardaba las cartas que ella le había escrito a lo largo de los años e hizo que se las tradujeran al inglés y se las escribieran a máquina para poder leerlas con facilidad y revivirlas sin miedo a que se desintegraran por el uso. Se quedaba de pie junto a su armario e inspiraba la fragancia de su vestuario.

La anciana había caído enferma mientras Houdini estaba en Europa. Él tenía ganas de explicarle su encuentro con el archiduque Francisco Fernando, heredero del imperio austrohúngaro, pero ella murió antes de que pudiera escribirle. Canceló sus compromisos laborales y emprendió el regreso tan rápidamente como pudo. Del viaje no recordaba nada. La pena le tenía fuera de sí. El funeral se retrasó hasta su vuelta. Supo que le había llamado momentos antes de morir. Había sufrido un derrame cerebral.

—Erich —había dicho entre gemidos—, Erich, Erich. La sensación de culpa lo atormentaba. Estaba obsesionado con la idea de que ella le había querido decir algo, que tenía algo que decirle que sólo entonces podía revelarle, en el momento de su muerte.

Siempre se había mostrado escéptico ante los ocultistas y ante los poderes espirituales de los clarividentes y los médiums. En su juventud, cuando actuaba con el circo de los hermanos Welsh, en Pensilvania, él mismo había explotado la inocencia de los ignorantes afirmando que efectuaba trucos gracias a sus poderes trascendentales. Con los ojos vendados, adivinaba los objetos del público que seleccionaba un cómplice suyo.

—¿Qué es esto, señor Houdini? —le preguntaba su cómplice.

Y él lo sabía. Todo se hacía mediante un código. A veces afirmaba que hablaba con los muertos y le daba a algún pobre desgraciado, cuyo nombre y circunstancias personales habían indagado, un mensaje de una persona amada pasada a mejor vida. Así que sabía lo que era la estafa espiritual. Sabía reconocerla. La estafa espiritual era un gran negocio en Estados Unidos desde 1848, cuando dos hermanas, Margaretta y Kate Fox, invitaron a sus vecinos a escuchar los misteriosos ruidos de su casa de Hydesville, en Nueva York. Pero fue precisamente su amplia experiencia la que le hizo considerar la posibilidad de encontrar a alguien que realmente tuviera el don. Si era posible comunicarse con los muertos, él lo descubriría. Era capaz de reconocer y desenmascarar cualquier actuación fraudulenta, así que si encontraba a un médium auténtico, lo sabría. Quería ver la figura de su madre, la pequeña Cecelia, y sentir el contacto de sus manos en su cara. Pero como aquello no podía ser, decidió investigar si era posible hablar con ella.

Y en aquel momento de la historia la comunicación con los muertos no era una idea tan descabellada como antes. El siglo xx acababa de arrancar, y Estados Unidos era una nación de excavadoras a vapor, locomotoras, aviones, motores de combustión, teléfonos y edificios de veinticinco plantas. Pero se registraba una interesante propensión hacia los planteamientos ocultistas de los más célebres pragmatistas del país. Desde luego, todo era en secreto. En determinados círculos se rumoreaba que Pierpont Morgan y Henry Ford habían formado una sociedad secreta. Y Houdini sabía que el mago de la horticultura Luther Burbank, que cruzó especies y desarrolló híbridos que aumentaban el rendimiento de las cosechas, hablaba en secreto a las plantas y creía que éstas le entendían. El propio Edison, el gran hombre que había inventado el siglo xx, había planteado la teoría de que las partículas indivisibles de materia cargadas de vida, que él llamaba «enjambres», subsistían tras la muerte y no se podían destruir. Houdini intentó contactar con Edison. Le pidió una entrevista. Pero el gran hombre estaba demasiado ocupado. Trabajaba en un invento tan secreto que a menudo la prensa especulaba con lo que pudiera ser. Salió un artículo en el que se afirmaba que el nuevo invento era algo llamado tubo de vacío, con el que Edison esperaba recibir mensajes de los muertos. Houdini le envió telegramas desesperado, rogándole que le concediera una entrevista, pero fue rechazado. Ofreció dinero para contribuir a la financiación de su trabajo. Fue rechazado. Se juró a sí mismo que inventaría él mismo aquel instrumento, del mismo modo que había aprendido a pilotar su propio avión. Todo lo que hubiera usado

Edison como punto de partida tenía que proceder de la oferta tecnológica accesible a cualquiera. Houdini compró libros y empezó a estudiar mecánica y los principios del acumulador. Juró que, por cualquier medio, fuera mecánico o humano, si había vida después de la muerte él lo descubriría.

Casi inmediatamente su dedicación llamó la atención de diversas personas que estaban al día en aquellos temas. Conoció a un hombre de Buffalo que afirmaba haber trabajado con Steinmetz, el genial enano inmigrante de la General Electric, quien le dijo que los físicos de todo el mundo estaban descubriendo las ondas. En el extranjero se planteaba una teoría de enorme importancia que señalaba que la materia y la energía no eran más que dos aspectos de la misma fuerza primaria.

—Yo también pienso así —le dijo el hombre a Houdini.

Era un físico licenciado en Transilvania. Lo único que necesitaba era crear el instrumento de medición adecuado para detectar y decodificar las ondas como nadie se imaginaba aún. Houdini firmó un acuerdo con él en virtud del cual le pagaba dos mil dólares por los derechos de su investigación en exclusiva. A otro hombre, un químico, lo había instalado en el sótano de su casa. Le llegaban cartas de personas que afirmaban tener poderes paranormales y que le pedían cualquier objeto de su madre —un broche o un mechón de su cabello— para trabajar con él. Contrató a una agencia de detectives para investigar a los que le parecían más serios. Enseñó a los agentes a reconocer el fraude espiritual. Les habló de las trompetas, de las fotografías trucadas, de los megáfonos con grabaciones ocultas y de las mesas que levitaban con poleas.

—¿Por qué iba a necesitar un médium una sala oscura? —les decía—. Si tiene que apagar las luces, es para esconder algo.

Muy pronto Houdini había generado tal actividad que todo aquello le hizo pensar otra vez en el trabajo.

—Me siento más fuerte —le explicó a su representante—. Empiezo a sentirme como el de antes.

Enseguida organizaron nuevos espectáculos. Los que vieron sus actuaciones en aquel periodo de su carrera afirmaban que superaban todo lo que había hecho nunca. Trajo a albañiles al escenario para construir un muro de ladrillo de tres metros de alto que luego él atravesaba. Hizo desaparecer un elefante adulto dando una palmada con las manos. Se sacó monedas de entre los dedos y palomas de las orejas. Se metió en un cajón de embalaje previamente examinado por el público. Lo clavetearon y lo ataron con una soga. No pusieron ninguna cortina por delante del cajón. Luego lo abrieron con una palanca. Estaba vacío. La audiencia soltó un suspiro de asombro cuando todos vieron a Houdini entrando al teatro desde el vestíbulo. Saltó al escenario. Los ojos le brillaban como diamantes azules. Lentamente levantó los brazos. Los pies se le separaron del suelo. Se elevó un palmo del suelo. Las mujeres se quedaban sin respiración. De pronto cayó con un salto. Se oyeron exclamaciones de escepticismo, seguidas por un prolongado aplauso. Sus ayudantes le acercaron una

silla. Houdini se sentó y pidió una copa de vino para recuperar las fuerzas. Sostuvo la copa a la luz del foco. Se volvió incoloro. Se lo bebió y la copa desapareció de su mano.

De hecho sus actuaciones en aquella época tenían tal intensidad y creaban un efecto tan extraño e inquietante sobre su público que en algunos casos tenían que sacar a los niños del teatro antes de que acabara el espectáculo. Houdini nunca se daba cuenta. Iba más allá de su propia capacidad física y podía hacer hasta ocho o doce trucos en un espectáculo que debía tener tres. Sus trucos siempre se anunciaban como desafíos a la muerte, y ahora los periodistas de los diarios neoyorquinos, que esperaban que se superara en cada ocasión, le seguían en sus actuaciones de un solo día por el Brooklyn Pantages, el Union City de Fox o el teatro Main Street de New Rochelle. Hizo su famoso escape de la cuba de leche, en el que se le ponía una camisa de fuerza y se le metía en una cuba de cuarenta litros de las usadas para repartir la leche a los colmados. Llenaron la cuba de agua. Tenía que escapar o moriría. También lo metieron en un tanque de cristal hermético en forma de ataúd, y en el que no había aire ni para mantener la llama de una vela. En ocasiones pasó dentro hasta seis minutos después de que se apagara la vela. Entre el público había gente que gritaba. Las mujeres cerraban los ojos y se tapaban los oídos con las manos. Les rogaban a sus ayudantes que lo detuvieran. Cuando por fin se hacía caso a sus súplicas, se retiraba la tapa del ataúd de cristal, que hacía un pop al abrirse. Le ayudaban a salir, temblando y cubierto de sudor. Cada hazaña suponía una representación de la devoción de Houdini por su madre muerta. Le enterraban y renacía; le volvían a enterrar y volvía a renacer. Una noche, en una actuación de un día en New Rochelle, su deseo por encontrar la muerte fue tan evidente que la gente empezó a chillar y un clérigo de la ciudad se puso en pie y le gritó:

—¡Houdini, está jugando con la condenación!

Quizá fuera cierto que ya no distinguía la vida de sus trucos. Se quedó sentado, vestido con su túnica anudada a la cintura, con la piel sudorosa y el pelo húmedo y rizado; parecía una criatura de otro mundo.

—Señoras y caballeros —dijo con voz fatigada—, les ruego que me perdonen.

Quería explicar que dominaba una antigua técnica de respiración oriental que le permitía suspender su actividad vital. Quería explicar que sus hazañas parecían mucho más peligrosas de lo que eran en realidad. Levantó las manos para pedir la palabra. Pero en aquel momento se produjo una explosión de tal envergadura que el teatro se sacudió hasta los cimientos y cayeron trozos de revoco del arco del proscenio; y el público, concentrado en el espectáculo y con los nervios en punta, creyó que era otro de sus trucos satánicos y retrocedió por los pasillos, aterrorizado, para alejarse de él.

En realidad la explosión se había producido a tres kilómetros de distancia, a las afueras de la ciudad, hacia el oeste. La estación de bomberos de Emerald Isle había volado por los aires, llenando el campo del otro lado de la calle con fragmentos de madera en llamas e iluminando el cielo de Westchester. Llegaron bomberos de todos los distritos de la ciudad y de las comunidades vecinas de Pelham y Mount Vernon. Poco se podía hacer. Afortunadamente la estructura de madera de Firehouse Lane estaba a casi medio kilómetro de la vivienda más cercana. Pero dos de los voluntarios estaban en el hospital, uno de ellos con quemaduras tan graves que no esperaban que llegara al día siguiente. Y se sabía que por lo menos había cinco hombres de guardia en el momento del siniestro. Era la noche del jueves, cuando la compañía se reunía para su partida semanal de póquer.

Hacia la madrugada del día siguiente el campo había quedado abrasado y el edificio era un montón de escombros calcinados. Toda la zona estaba acordonada y los investigadores de la policía empezaban a analizar los restos, recuperando los cuerpos y tratando de descubrir, a partir de las pruebas, qué era lo que pudo haber causado la tragedia. Enseguida se hizo evidente que se trataba de un homicidio. En dos de los cuatro cuerpos recuperados se demostró que la causa de la muerte no era el incendio ni la explosión, sino un disparo con perdigones. Los caballos tenían los arreos puestos, estaban enganchados a la bomba y yacían en el mismo sitio donde habían caído, en medio de la calle. La máquina de recepción de alarmas se recuperó de entre las ruinas y demostró que se había dado una alarma desde una terminal en el extremo norte de la ciudad y, sin embargo, no se había registrado ningún otro incendio en la ciudad aquella noche. A partir de aquella y otras pruebas, algunas de ellas obtenidas con la ayuda de un médico forense del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, se hizo la siguiente reconstrucción de los hechos: hacia las diez y media de la noche, seis miembros de la dotación de bomberos estaban reunidos en la estación jugando a las cartas, cuando sonó la alarma. Los jugadores se pusieron las botas y los cascos. Sacaron a los caballos del establo y los engancharon a la bomba de vapor. El arnés tenía un enganche especial creado para los caballos de bomberos por la P. A. Setzer Company de Hickory, en Carolina del Norte. Al igual que todos los bomberos, los de Emerald Isle se enorgullecían de la velocidad con la que respondían a las alarmas. Bajo la caldera de vapor se mantenía siempre encendido un pequeño fuego para que el vapor pudiera alcanzar la máxima presión al llegar al lugar del incendio. Si aquella noche la compañía había efectuado sus preparativos con la eficiencia habitual, no habría pasado ni un minuto hasta el momento en que se habían abierto las puertas y el conductor, azuzando a los caballos, habría salido a toda marcha a la calle. Alguien estaba allí, justo en la trayectoria de la

bomba. Un hombre o varios, armados con escopetas, dispararon directamente a los caballos según venían. Dos de los caballos cayeron abatidos de inmediato; el tercero retrocedió, herido en el cuello, mojando la calle con su sangre como una fina lluvia. El conductor del carro quedó mortalmente herido y cayó al suelo. De los tres bomberos que iban detrás, dos sufrieron heridas mortales y un tercero quedó aplastado y murió bajo el peso de la bomba, que volcó al asustarse y encabritarse los caballos. Cuando se cayó la bomba de vapor, dio un golpe terrible que pudieron oír los vecinos de la zona, ya alertados por los disparos anteriores. La caldera cayó, esparciendo por el suelo el carbón encendido, que hizo arder la madera del edificio. Las llamas enseguida crecieron y el calor del incendio hizo explotar la bomba, con lo que salieron volando pedazos de madera hasta el campo, al otro lado de la carretera. Aquél fue el momento en el que Houdini perdió el cariño de su público.

Aquella noche resultó que la familia se había retirado temprano. Últimamente dormían mal. El bebé moreno lloraba buscando a su madre y no aceptaba la leche de un ama de cría. Padre oyó la explosión a lo lejos y, desde la ventana de su dormitorio, vio el cielo en llamas. Lo primero que pensó fue que la fábrica y el almacén de pirotecnia se habían incendiado. Pero el incendio era en otra dirección. Hasta la mañana siguiente no supo qué era lo que había ardido. Aquel incendio parecía ser el único tema de conversación en toda la ciudad. A la hora de comer Padre fue al lugar del siniestro. Había una multitud concentrada tras la barrera policial. Rodeó el cordón y llegó hasta el estanque, donde la carcasa semihundida del Ford T iba hundiéndose y emergiendo, tambaleante, según subía o bajaba el agua, empujada por la brisa. Padre se tomó la tarde libre, aunque en la fábrica apenas acababa de sonar el silbato de las doce. Madre no podía mirarle. Estaba sentada, con el bebé en el regazo, y tenía la cabeza gacha, en una actitud meditativa que sin quererlo recordaba a la fallecida Sarah. En aquel momento Padre se preguntó si sus vidas habían dejado de estar bajo su control.

A las cuatro de la tarde el repartidor lanzó el periódico de la tarde al porche. Se creía que el asesino incendiario era un varón negro aún sin identificar. Desde la cama del hospital, el único superviviente al ataque había podido describírselo a la policía. Aparentemente el negro había apagado el fuego que había prendido en la ropa del hombre herido. Y luego, por si aquello se pudiera interpretar como un acto piadoso, le había levantado la cabeza y le había preguntado dónde se escondía el jefe de bomberos. Pero el jefe Conklin había tenido la buena suerte de no encontrarse en la estación aquella noche. Aún no se sabía cómo conocía el negro a Conklin, ni qué era lo que tenía en su contra.

Los profesionales coincidían en que debía tener cómplices, teniendo en cuenta la falsa alarma que se había dado para que los voluntarios salieran de la estación. No obstante, un editorial describió el desastre como la obra de un enloquecido asesino solitario. Se recomendó a los ciudadanos que cerraran bien las puertas y se mantuvieran atentos, pero que estuvieran tranquilos.

La familia se sentó a la mesa. Madre sostenía al bebé en brazos. Sin darse cuenta había acabado por no dejar nunca al niño en el suelo. Sentía el contacto de sus minúsculos deditos sobre su mejilla. En el piso de arriba Abuelo gemía de dolor. Aquella noche no había cena; nadie quería comer. Frente a Padre dejaron una botella de cristal tallado llena de *brandy*. Iba por la tercera copa. Tenía la sensación de tener algo en la garganta, algún huesecillo o una mota de polvo, y sólo se le ocurrió pensar en el *brandy* para solucionarlo. Había sacado del cajón de su escritorio su vieja pistola reglamentaria de la campaña de Filipinas. Estaba sobre la mesa.

—Estamos sufriendo una tragedia que no nos corresponde —le dijo a su esposa—. Por Dios santo, ¿en qué estarías pensando aquel día? El condado tiene servicios de acogida para indigentes. Te la quedaste en casa sin pensarlo lo suficiente. Nos has hecho pagar a todos tu insensata sensibilidad femenina.

Madre se lo quedó mirando. No recordaba ningún momento de su larga relación en el que él le hubiera hecho algún reproche. Sabía que luego se disculparía, pero aun así los ojos se le llenaron de lágrimas que acabaron cayéndole por el rostro. Tenía mechones de cabello sueltos sobre el cuello y las orejas. Padre la miró y vio en ella la belleza de su juventud. No reparó en el placer que sentía al haberla hecho llorar. Hermano Menor estaba sentado con el codo sobre el brazo de su butaca y la cabeza apoyada en la mano. Tenía el dedo índice extendido, con la punta en la sien. Observó a su cuñado.

—¿Vas a buscarlo y dispararle? —le preguntó.

—Voy a proteger mi hogar —respondió Padre—. Este niño es suyo. Si comete el error de llamar a mi puerta, me ocuparé de él.

—¿Y por qué iba a venir? —replicó bruscamente—. Nosotros no le destrozamos el coche.

Padre miró a Madre.

—Por la mañana iré a la policía y tendré que contarles que ese loco asesino ha visitado mi casa. Tendré que decirles que tenemos aquí a su hijo bastardo.

Hermano Menor añadió:

—Yo creo que Coalhouse Walker Jr. querría que le contaras a la policía todo lo que sabes. Les puedes decir que es el mismo maníaco negro cuyo coche está hundido en el fondo del estanque de Firehouse Lane. Les puedes decir que es el tipo que se presentó en su comisaría para presentar una queja contra Will Conklin y sus patanes. Les puedes decir que es el mismo asesino loco que se sentó junto al lecho de una persona que murió en el hospital a causa de sus lesiones.

—Espero no haberte entendido bien —respondió Padre—. ¿Tú defenderías a ese salvaje? ¿No es él el único culpable de la muerte de Sarah? ¿Él y su maldito orgullo de negro? No hay justificación posible para el asesinato y una destrucción de la propiedad de esta envergadura.

Hermano Menor se puso en pie con tal violencia que la butaca cayó hacia atrás. El bebé se asustó y empezó a llorar. Hermano Menor estaba pálido y tembloroso.

—No oí tal elogio en el funeral de Sarah —dijo—. No te oí decir que la muerte y la destrucción de la propiedad fueran algo injustificable.

Pero el hecho era que Coalhouse Walker ya había tomado medidas para reivindicar el crimen. Resultó que, una hora después de la explosión, él u otro hombre negro dejó sendas cartas idénticas en la redacción de dos periódicos locales. Los directores, tras consultar a la policía, decidieron no publicarlas. Las cartas estaban escritas con letra clara y pulso firme y relataban los sucesos que habían llevado hasta el ataque de la estación de bomberos. «Quiero que se me entregue al infame jefe de bomberos voluntarios para hacer justicia con él —decía la carta—. Quiero que me devuelvan mi automóvil en su estado original. Si no se cumplen estas condiciones, seguiré matando bomberos y quemando estaciones hasta que se cumplan. Destruiré toda la ciudad si es necesario». Los directores de los periódicos y los comisarios creyeron mejor para el bien de la comunidad no publicar la carta. Un asesino loco aislado era un problema. Una insurrección era otro muy diferente. Unas patrullas de policía se adentraron sigilosamente en los barrios negros e indagaron acerca de Coalhouse Walker Jr. Al mismo tiempo, la policía de las poblaciones vecinas con población negra hizo lo propio. En ambos casos el mensaje que llegó a la comisaría central fue el mismo: «No es uno de nuestros negros. No es de aquí». Por la mañana, Padre tomó el tranvía de North Avenue hacia el centro. Entró en el ayuntamiento. Era un hombre de negocios muy respetado en la comunidad. Sus aventuras como explorador habían recibido una amplia cobertura en los periódicos. La bandera que ondeaba sobre la cúpula del edificio era una donación suya a la ciudad.

TERCERA PARTE

Padre había nacido y crecido en White Plains, en el estado de Nueva York. Era hijo único. Recordaba momentos de luz y calor en Saratoga Springs. Había jardines con caminos de grava. Solía pasear con su madre, recorriendo los grandes porches de colores de los hoteles de lujo. El mismo día de cada año regresaban a casa. Su madre era una mujer frágil y murió cuando él tenía catorce años. Padre estudió en Groton y luego en Harvard. Se matriculó en filosofía germánica. El invierno de su segundo año en la universidad dejó los estudios. Su padre había hecho fortuna durante la guerra civil y desde entonces se había pasado el tiempo perdiendo dinero en inversiones poco sensatas. Lo había perdido todo. El viejo era de los que se crecían ante la adversidad. Con cada pérdida ganaba confianza. En plena bancarrota, se mostraba radiante y triunfante. Su extravagancia había generado en su solitario hijo un carácter cauto, sobrio, trabajador y de infelicidad crónica. Cuando alcanzó la mayoría de edad, ya huérfano, Padre tomó los pocos dólares que le habían dejado y los invirtió en un negocio de pirotecnia propiedad de un italiano. Con el tiempo acabó haciéndose cargo de él, aumentó las ventas, compró una empresa de manufactura de banderas y adquirió una posición acomodada. También encontró tiempo para participar como oficial del ejército en las campañas de Filipinas. Estaba orgulloso de su vida pero nunca olvidó que antes de dedicarse a los negocios había ido a Harvard. Había asistido a la conferencia de William James sobre los principios de la psicología moderna. La exploración se convirtió en su pasión: quería evitar lo que el gran doctor James llamaba el hábito de inferioridad ante la posibilidad de la realización plena.

Ahora, cada mañana Padre se levantaba y saboreaba su sensación de mortalidad. Se preguntaba si su aversión hacia Coalhouse Walker, que había sido inmediata, se basaba en el color de aquel hombre o en su dedicación al acto del cortejo, empresa de fin incierto que sugería que lo mejor de la vida aún estaba por llegar. Padre se observó las manchas de la piel en el dorso de la mano. En ocasiones se sorprendía al ver que tenía que pedir a la gente que le repitiera lo que le acababan de decir. Aparentemente tenía una necesidad constante de vaciar la vejiga. El cuerpo de Madre ya no le provocaba una excitación desmedida, sino un sereno disfrute. Admiraba sus formas y su suavidad, pero ya no se sentía preso del deseo. Observó que tenía los brazos más gruesos. Una vez acostumbrados a la vida juntos tras su regreso del Ártico, habían emprendido una relación de compañerismo sin exigencias en la que él se sentía desplazado por la vida en general, como un espectador ante un acontecimiento. Le pareció de mal gusto que ella apoyara la boda de la chica de color. Y ahora que Sarah estaba muerta, se sentía completamente invisible. La pena que sentía Madre hacía que se volcara exclusivamente en el hijo de Sarah.

Reconocía que sentía satisfacción al ir a la policía. No le parecía que fuera algo

del todo correcto. Quizá para compensarlo describió a Coalhouse como un hombre pacífico enloquecido por unas circunstancias ajenas a él. Ése era exactamente el argumento que Hermano Menor esgrimía en casa. Padre confirmó el relato de los acontecimientos expuestos en la carta de Coalhouse.

—Era pianista —explicó Padre, usando el pasado—. Siempre se mostraba cortés y correcto en el trato.

La policía asentía con gravedad. Querían saber si era posible que el negro atacara de nuevo. Eso fue lo que dijo el jefe de policía: atacar de nuevo. Padre dijo que una vez se fijaba un objetivo, Coalhouse era de lo más perseverante. Se organizó una defensa, en gran parte motivada por los consejos de Padre. Se puso vigilancia policial en todas las estaciones de bomberos de la ciudad. Se controlaron las principales carreteras. En la comisaría central se instaló un mapa que indicaba el despliegue de fuerzas. Teniendo en cuenta la información aportada por Padre, el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York también destinó agentes a la búsqueda de Coalhouse en Harlem.

Padre se esperaba una reacción crítica por parte de la policía. Pero no fue así. Le consideraban un experto sobre la personalidad del criminal. Le animaban a que pasara el máximo tiempo posible en la comisaría. Querían tenerlo a mano durante sus deliberaciones. Las paredes de las salas estaban pintadas de verde claro hasta una línea al nivel de la cintura, y de verde oscuro por debajo. Había escupideras en cada esquina. Padre accedió a estar todo lo disponible que pudiera. Era la época del año en que tenía más trabajo. Todos los pedidos de cohetes, bengalas, candelas romanas, petardos y bombas tenían que expedirse con antelación para las celebraciones del Día de la Independencia. Iba y venía de la oficina a la comisaría y viceversa. Para su indignación, se encontró en la comisaría con el jefe de Emerald Isle, Will Conklin. Conklin olía a *whisky* y la experiencia de ser acechado por un hombre le había dejado pálidas las rosadas mejillas. Se mostraba alternativamente soberbio y acobardado. Les asesoró con unas ideas al mismo nivel de sensatez que las que habían desencadenado la crisis en un primer momento. Pretendía ir al barrio negro y acabar con todos los negros de una vez por todas. Los agentes le escucharon sin interés. Bromeaban con respecto a lo que le esperaba.

—Puede que tengamos que entregarte al coco, Willie —le decían—, aunque sólo sea para que las cosas se tranquilicen por aquí.

A Conklin no le hacía ninguna gracia.

—¿Es que no estamos juntos en esto? —protestaba.

—Por el amor de Dios, Willie, ya erais crueles en Saint Catherine y seguís siéndolo ahora —dijo el jefe de policía—. ¿Hemos tenido que oír de boca del propio negro que esto empezó con una de tus malditas bromas, estúpido irlandés, y ahora nos dices que estamos juntos en esto?

Pero el carácter y la mentalidad del jefe de bomberos parecían encajar bien en el entorno. Por las puertas de cristal se sucedía un tráfico constante de delincuentes,

avaladores, policías e infortunados familiares. A los borrachos los traían cogidos del cuello y a los ladrones esposados. El volumen empleado era alto y el lenguaje desagradable. Conklin tenía un negocio de carbón y hielo, y vivía con su esposa y varios hijos en un apartamento situado sobre su almacén. Padre cayó en la cuenta de que pasaba tanto tiempo en la comisaría porque se sentía más seguro. Desde luego no lo admitiría. Se jactaba de las precauciones que había tomado en su almacén. No confiaba en los dos policías de guardia, así que había contratado a los supervivientes de Emerald Isle y los había alojado en el almacén. Estaban armados.

—Ese negro haría mejor en atacar West Point —presumía.

Padre se sentía rebajado junto a aquel hombre. Conklin le hablaba de modo diferente al que empleaba con los policías. Pronunciaba mejor. Su presunción de pertenecer a una misma clase resultaba mortificante.

—Es algo trágico, capitán —decía—. Algo verdaderamente trágico.

En una ocasión llegó a ponerle la mano en el hombro, gesto de una proximidad tan alarmante que a Padre le sentó como una descarga eléctrica.

Sin embargo, Padre pasaba allí cada vez más tiempo. Le resultaba difícil irse a casa. El día del funeral colectivo por las víctimas del incendio de Emerald Isle fue a oír los panegíricos. Se presentó la mitad de la ciudad. Una gran cruz de metal se levantaba sobre las cabezas de los presentes. Will Conklin no salió de la comisaría. «Si salgo, seré un blanco perfecto para cualquier tirador», se decía. Por toda la ciudad empezaron a correr rumores sobre el comportamiento del jefe de bomberos. Entonces en Nueva York, donde a los periodistas no les importaban los intereses de la cámara de comercio, se publicó la noticia de que los asesinatos de la Noche de Emerald Isle se debían a una ofensa personal. El *World* y el *Sun* imprimieron el texto de la carta de Coalhouse. Will Conklin se convirtió en una persona despreciada en todas partes. Lo odiaban por ser el idiota responsable de desencadenar los acontecimientos que habían llevado a la muerte de los hombres que además estaban a su mando. Por otra parte, en determinados entornos era objeto de burla y se le tenía por alguien capaz de hacerle una jugada a un negro pero no de meterle el miedo dentro.

Desde entonces, en Broadview Avenue, cerca de la casa, había siempre un hombre con bombín sentado en un coche. A Padre no se lo habían confirmado oficialmente, pero ya le había comunicado a Madre que había pedido vigilancia policial. Consideraba que, por muy agradecidos que le estuvieran en la comisaría por su colaboración, eran muy capaces de tenerle vigilado. Se preguntaba qué podían sospechar.

Justo una semana después del ataque de Coalhouse a Emerald Isle, a las seis de la mañana, un coche White recorrió lentamente Railroad Place, un estrecho callejón adoquinado al oeste de la ciudad. En medio de la manzana estaba la Estación Municipal de Bomberos n.º 2. Cuando el coche llegó frente al edificio se detuvo y los dos policías que estaban de guardia, dormitando frente a las puertas, se quedaron de piedra al ver bajar a varios hombres negros con escopetas y rifles en las manos. Uno

de los policías tuvo la lucidez de tirarse al suelo. El otro se quedó inmóvil, con la boca abierta, mientras los asaltantes formaron una línea, como un pelotón de fusilamiento y, al oír la señal, abrieron fuego al unísono. La ráfaga mató al policía que estaba de pie y destrozó las vidrieras y las puertas de la estación de bomberos. Entonces uno de los negros se acercó y tiró varios paquetes pequeños a través de las ventanas rotas.

El hombre que había dado la orden de disparar se acercó al aterrorizado superviviente tendido en la acera. Le colocó una carta en la mano y le dijo con voz serena: «Esto debe salir publicado en el periódico». Luego se unió al resto del grupo, que ya había vuelto al coche. Mientras se marchaban, dos o tres explosiones, una detrás de la otra, reventaron las puertas de la estación, convirtiéndola al instante en un infierno. Las llamas engulleron rápidamente una taberna contigua y el almacén de un distribuidor de café que también tostaba el grano para la venta directa. Los sacos de café produjeron una cortina de humo amarillo y dejaron por todo el vecindario un olor a café tostado que duró varias semanas. Tras el incendio se encontraron cuatro cadáveres, todos de bomberos municipales. Una mujer mayor apareció muerta en su piso, al otro lado de la calle, supuestamente de la impresión. Un camión de bomberos Reo y una ambulancia quedaron destruidos.

La ciudad se encontraba en estado de pánico. Los niños no iban a la escuela. Los gritos de indignación se dirigían contra la administración municipal y contra Willie Conklin. Una delegación de bomberos se manifestó frente al ayuntamiento para exigir que les integraran en el cuerpo de policía y les dieran armas para defenderse. El atribulado alcalde envió un telegrama al gobernador del estado solicitando ayuda. La noticia del segundo ataque de Coalhouse apareció en la portada de todos los periódicos del país. Llegaban montones de periodistas de Nueva York. El jefe de policía fue cesado por haber permitido un nuevo y mortífero ataque del asesino negro. El jefe hizo una declaración ante los periodistas congregados en su oficina.

—Ese hombre usa automóviles para moverse —dijo—. Ataca y desaparece, Dios sabe dónde. La Asociación de Jefes de Policía lleva varios años solicitando una ley que exija el registro de automóviles y conductores. Si estuviera en vigor, podríamos seguirle la pista a esa bestia. —Mientras hablaba, el jefe iba vaciando los cajones de su despacho y dando caladas a su puro. Salió con los periodistas. Al día siguiente se aprobó una ley estatal para el registro de automóviles.

Padre tenía dos empleados negros en su fábrica, un portero y un ensamblador de tubos para cohetes. Ninguno de ellos acudió al trabajo el día del segundo ataque. De hecho, no se veía ningún negro por toda la ciudad. Se quedaban en casa, encerrados. Aquella noche la policía arrestó por la calle a numerosos ciudadanos que portaban pistolas y rifles. El gobernador respondió a la petición del alcalde enviando dos compañías de soldados desde Nueva York. Llegaron a la mañana siguiente e inmediatamente plantaron sus tiendas en el campo de béisbol, detrás del instituto. Los niños acudían a mirar. Los periódicos locales imprimieron ediciones especiales y

todos ellos publicaban la segunda carta de Coalhouse. Esto era lo que decía: «Uno, que esa inmundicia blanca conocida como Willie Conklin me sea entregada para someterla a la justicia. Dos, que se me devuelva el Ford T con su capota Pantasote de fabricación especial en su estado original. Hasta que estas demandas sean satisfechas, prevalecerán las reglas de la guerra. Coalhouse Walker Jr., Presidente del Gobierno Provisional de Estados Unidos».

En aquel punto, la necesidad más urgente que tenía todo el mundo era saber el aspecto que tenía Coalhouse Walker. Los periódicos libraban una dura batalla. Los reporteros acudían en masa a las oficinas de la Clef Club Orchestra de Harlem. No disponían de fotografías con el rostro del infame pianista. El American de Hearst salió a la venta con un retrato del compositor Scott Joplin. Los amigos de Joplin amenazaron con poner una demanda, ya que el compositor estaba en una fase terminal de su enfermedad y no se encontraba en condiciones de defenderse. Se presentaron disculpas. Por fin un periódico de Saint Louis sacó una fotografía que se reprodujo en muchos otros medios. Padre reconoció que se ajustaba a la realidad. Mostraba a un Coalhouse algo más joven sentado ante un piano vertical, con frac y corbata blanca. Tenía las manos sobre el teclado y sonreía a la cámara. Alrededor del piano había un grupo de músicos con un banjo, una corneta, un trombón, un violín y un tambor. Todos lucían corbatas blancas. Posaban como si estuvieran tocando, pero era evidente que no. La cabeza de Coalhouse estaba rodeada con un círculo. Aquella se convirtió en la fotografía de referencia. La irónica imagen de un hombre negro sonriente, con un bigote bien cuidado y un aspecto general de hombre honesto resultaba demasiado tentadora para los redactores de pies de foto. «La sonrisa de un asesino», decían. O bien: «El Presidente del Gobierno Provisional de Estados Unidos en fechas más felices».

Con la intensa y amplia investigación llevada a cabo por la prensa, resultaba imposible ocultar el papel de la familia en todo el asunto. Los reporteros, primero de uno en uno o de dos en dos y luego en grupos más numerosos, empezaron a llamar a la puerta y luego, al negárseles la entrada, a acampar fuera, bajo los arces noruegos. Querían ver al niño de color, querían declaraciones de cualquier tipo sobre Coalhouse y sus visitas a Sarah. Curioseaban a través de las ventanas del salón y rodeaban la casa para probar si estaba abierta la puerta de la cocina. Llevaban sombreros de paja y cuadernos en los bolsillos. Mascaban tabaco y lo escupían en el suelo, o aplastaban las colillas de los cigarrillos con los zapatos sobre la hierba. En los periódicos de Nueva York aparecieron fotografías de la casa. Había relatos inexactos sobre las expediciones de Padre. Las persianas de la casa estaban siempre bajadas y al chico no le dejaban salir. La casa resultaba sofocante y por las noches Abuelo gemía en sueños.

Madre podría haberse hecho cargo de todo aquello si no hubiera surgido un debate sobre la acogida del hijo de Coalhouse Walker por parte de la familia. Un desfile continuo de coches subía por la colina cada tarde y los curiosos estiraban el

cuello con la esperanza de ver algún rostro en las ventanas. Un agente de la Comisión de Protección de Menores de Nueva York señaló que el niño ilegítimo, aún por bautizar, debería entregarse a uno de los excelentes centros de acogida para niños huérfanos, abandonados o nacidos fuera del matrimonio. Madre tenía al niño en su habitación. No tenía ni tiempo de recogerse el pelo y dejaba que le cayera sobre los hombros todo el día. Trataba a Padre con una acritud inhabitual en ella.

—¿Por qué no abres el cerrojo de tu arcón del tesoro —le recriminaba— y me ayudas un poco?

Aquello hacía referencia al conservadurismo económico de Padre, que ella nunca había cuestionado. Siempre habían vivido peor de lo que podían permitirse. Padre se sintió herido por la observación, pero reaccionó buscando una mujer para que cocinara y otra para que hiciera la colada y limpiara la casa, ambas internas. Contrató al hombre que había trabajado para ellos como jardinero a tiempo parcial y lo alojó en las habitaciones que había sobre el establo. Abuelo ya tenía una enfermera que se ocupaba de él durante el día. Al chico siempre le decían que saliera de en medio. Observaba a su madre yendo de un lado al otro de su habitación, con las manos cruzadas y el pelo suelto colgándole a los lados del rostro. Estaba demacrada y la barbilla, que siempre había sido más bien redondeada, se le veía huesuda, incluso puntiaguda.

Estaba claro que la crisis les estaba dejando sin ánimo. Padre siempre había opinado en secreto que, como familia, estaban tocados por una gracia especial. Ahora sentía que estaba desapareciendo. Se sentía tonto y abotargado, dispuesto a aceptar sin más lo que le trajera el destino. Coalhouse estaba al mando. Sin embargo, él había estado en el Ártico, en África, en las Filipinas. Había viajado por el Oeste. ¿Significaba aquello nada más que cada vez era menos la gente que se rendía ante su inteligencia? Se sentó en su estudio. Veía a todo el mundo, incluso a Abuelo, como el resultado de su propio fracaso familiar. Había tratado a Abuelo con la cortesía arrogante que uno concede a los ancianos antes incluso de que la senilidad se haya apoderado de ellos. A Hermano Menor lo sentía absolutamente distante. Notaba que la estima que le tenía su esposa había disminuido de manera alarmante, que sólo era un aventurero por fuera, puesto que su espíritu estaba preso de los prejuicios de su padre. Estaba incluso empezando a parecerse a él físicamente, cada vez más adusto y seco en todo, con un brillo de locura en la comisura de los ojos. ¿Por qué tenía que ser así?

Se acusaba sobre todo por haber descuidado a su hijo. Nunca hablaba con el chico ni le ofrecía su compañía. Siempre había confiado en que su presencia supondría un modelo que el chico querría emular. ¡Qué petulante! ¡Qué táctica más estúpida para un hombre que se había pasado la vida queriendo distinguirse de su propio padre! Buscó al chico y lo encontró en el suelo de su habitación, leyendo en el periódico vespertino una crónica sobre el buen juego del equipo de béisbol de Nueva York bajo la experta dirección de John J. McGraw.

—¿Te gustaría ir a verlos? —le preguntó.

El chico levantó la mirada, sorprendido.

—Era justo lo que estaba pensando —le respondió. Padre fue a la habitación de Madre.

—Mañana voy a llevarme al chico a ver un partido de béisbol —le anunció.

Lo dijo con tanta convicción que ella contuvo su respuesta, que fue la de pensar que era tonto, y cuando él hubo salido de la habitación ella se quedó preguntándose cómo había podido ser que hubiera tenido aquella reacción, tan alejada de cualquier sentimiento amoroso.

Al día siguiente por la tarde, cuando padre e hijo salieron de casa, dos reporteros les siguieron parte del camino mientras caminaban a paso ligero hacia la estación de ferrocarril de Quaker Ridge Road.

—Vamos a ver el partido de béisbol de los Giants —les anunció Padre—. Eso es todo lo que voy a decir.

—¿Quién lanza? —preguntó uno de los periodistas.

—Rube Marquard —respondió el chico—. Ha ganado en los tres últimos partidos.

En cuanto llegaron a Quaker Ridge entró un tren en la estación. Era la línea de Nueva York-Westchester-Boston. No llegaba a Boston ni hasta el centro de Nueva York, pero era un modo rápido de llegar al Bronx, y allí conectaba con un tranvía, el transversal de la calle Ciento cincuenta y cinco, que cruzaba el Harlem River y llegaba a los campos de polo de Coogan's Bluff.

La tarde estaba despejada. Unas grandes nubes blancas se deslizaban ligeras bajo el cielo claro. Al cruzar el puente, desde el tranvía ya se veían los riscos que se levantaban tras las gradas de madera, y allí, en unos cuantos árboles grandes sin hojas debido a la estación, las siluetas de unos hombres con bombín que habían preferido no pagar la entrada al parque y ver el partido encaramados a las ramas como flores negras balanceándose al viento. Padre se contagió un poco de la emoción del chico. Estaba inmensamente contento de haber salido de New Rochelle. Cuando llegaron al parque, una riada de gente bajaba las escaleras desde el ferrocarril elevado, los taxis iban dejando a sus pasajeros, los vendedores de periódicos voceaban ofreciendo programas del partido y el bullicio llenaba todos los rincones de la calle. Se oían bocinas. Las vías del ferrocarril elevado parecían jaspeadas por efecto del sol. Padre pagó los cincuenta centavos de la entrada y un suplemento por un palco, y entraron en el parque y se sentaron tras la primera base, en la más baja de dos tribunas donde durante un par de entradas les daría el sol y tendrían que cubrirse los ojos.

Los Giants llevaban sus anchos uniformes blancos con finas rayas negras. El entrenador, McGraw, cubría sus generosas formas con una chaqueta negra gruesa con las iniciales NY en la manga izquierda. Era bajo y agresivo. Como todo su equipo, llevaba calcetines con gruesas franjas horizontales y la pequeña gorra con visera y un botón en la parte superior. El rival de aquella tarde eran los Boston Braves, que llevaban un uniforme de franela de color azul oscuro abotonado hasta arriba y con el cuello levantado. Una brisa fresca levantaba la tierra del campo. Empezó el partido y casi inmediatamente Padre lamentó haber escogido aquellos asientos. Su hijo oía cada insulto o impropio que lanzaban los jugadores. El equipo que bateaba gritaba insinuaciones obscenas al lanzador contrario. El propio McGraw, figura paterna y

autoritaria de su equipo, estaba de pie frente a la tercera base, soltando la retahíla de epítetos ofensivos más fluida y creativa de todas. Sus estridentes graznidos se oían desde todo el parque. Y la multitud parecía compartir su pasión. El juego iba muy igualado y ambos equipos se iban arrebatando la posición de ventaja sucesivamente. Un corredor que se lanzó a la segunda base tiró al suelo al receptor de los Giants, que se levantó aullando, renqueando y sangrando profusamente a través del calcetín. Ambos equipos acudieron a la carrera desde los banquillos y el partido tuvo que detenerse unos minutos mientras ellos iban pegándose y tirándose por el suelo jaleados por el público. Un par de entradas tras la pelea, Marquard, lanzador de los Giants, aparentemente perdió el control y lanzó una bola que impactó en el bateador de Boston. El tipo se levantó del suelo y corrió hacia Marquard agitando el bate. Una vez más se vaciaron los banquillos y los jugadores se dieron de puñetazos, levantando nubes de polvo. Esta vez el público participó lanzando botellas de refrescos al campo. Padre consultó su programa. En el equipo de los Giants estaban Merkle, Doyle, Meyers, Snodgrass y Herzog, entre otros. El equipo de Boston contaba con un jugador llamado Rabbit Maranville, receptor torpedero que, tal como pudo observar, se movía por su posición con el cuerpo inclinado y rozando la hierba con las manos en una postura que más bien parecía la de un simio. Había un primer base que se llamaba Butch Schmidt, y otros con nombres como Cocrehan, Moran, Hess o Rudolph, lo que le llevó inevitablemente a la conclusión de que el béisbol profesional era un juego de inmigrantes. Cuando se reanudó el partido, estudió a los hombres de cada base: efectivamente, parecía claro que procedían de molinos y granjas. Eran hombres de aspecto rudo, con las orejas prominentes, la piel tostada y las manos grandes; tenían los carrillos hinchados de mascar tabaco y el esfuerzo empleado en el juego les absorbía completamente la inteligencia. Los jugadores de campo llevaban unos guantes de cuero desproporcionados que les hacían parecer payasos a medio vestir. El polvo seco del campo estaba salpicado de esputos. Buen ejemplo, el de aquellos hombres, para la campaña gubernamental contra los escupitajos. En el equipo de Boston, el chico que recogía los bates y los guardaba en el banquillo era en realidad un enano, vestido con el mismo uniforme del equipo pero de una talla minúscula. Emitía sus gritos y burlas con el tono de voz de una soprano. La mayoría de los jugadores que salían a batear le tocaban primero la cabeza, gesto que él parecía propiciar, de modo que Padre se dio cuenta de que sería una especie de ritual para tener buena suerte. En el bando de los Giants no tenían a ningún enano, pero sí a un hombre flacucho y raro al que el uniforme le caía mal, con los ojos extraviados y que parecía representar el partido en una letárgica pantomima de su propia soledad, bateando bolas imaginarias más o menos al tiempo de los lanzamientos reales. Parecía un muerto de hambre. Agitaba el brazo en círculos, como si fuera un molino. Padre empezó a ver cada vez menos del partido y más a aquella infortunada criatura, que evidentemente era la mascota del equipo, como el enano del Boston. En los momentos flojos del partido el público le gritaba y aplaudía sus gracias.

Efectivamente, en el programa figuraba como mascota. Se llamaba Charles Victor Faust. Sin duda era un bobo que se imaginaba que era uno de los jugadores y lo tenían en el equipo para divertirse con él.

Padre recordó los partidos de béisbol en Harvard veinte años atrás, cuando los jugadores se hablaban de usted entre sí y jugaban enérgicamente, pero con deportividad, con uniformes decentes y ante un público de universitarios que raramente pasaba de la centena. Aquellos recuerdos le inquietaron. Siempre se había considerado progresista. Creía en la perfección de la república. Pensaba, por ejemplo, que no había impedimento para que un negro, con la educación adecuada, desempeñara cualquier trabajo destacado. No creía en la aristocracia, salvo en la resultante del esfuerzo y la visión individuales. Opinaba que el hecho de que su padre hubiera perdido su fortuna tenía la ventaja de haberle impedido adoptar los prejuicios de su clase. Pero el aire de aquel campo de juego abierto olía como la trastienda de una taberna. El humo del tabaco llenaba el estadio y, a la luz del sol de la tarde, se veía como una gran masa que le presionaba como el aire de un universo infecto, con el rumor de fondo de un coro de diez mil gargantas que le gritaban al oído sus elogios y descalificaciones.

En el campo, tras las gradas y las tribunas descubiertas, un gran panel indicaba el número de entradas y hombres fuera, los tantos y las carreras conseguidas. Un hombre se subía en un andamio y colgaba las tabillas correspondientes al estado del partido. Padre se hundió en su asiento. Con el paso de la tarde, se fue haciendo a la idea de que lo que veía no era béisbol, sino una elaborada representación de sus propios problemas codificada para que sólo él la entendiera, con la claridad que aportaban los números visibles desde la distancia.

Se volvió hacia su hijo.

—¿Qué es lo que te gusta de este juego? —le preguntó.

El chico no apartaba la mirada del campo.

—Es lo mismo una y otra vez. El lanzador tira la bola de modo que el bateador se crea que la puede golpear. Pero en ocasiones sí consigue golpearla —resumió Padre.

—En ese caso el engañado es el lanzador —concluyó el hijo.

En aquel momento Hub Perdue, del Boston, hizo un lanzamiento que el bateador de Nueva York, Red Jack Murray, consiguió conectar. La bola salió despedida por el aire trazando un arco alto y estrecho y dio la impresión de detenerse en su trayectoria. Sobresaltado, Padre observó que venía directamente hacia ellos. El chico saltó y estiró las manos, y se oyó un aplauso a su alrededor mientras él permanecía de pie, con la esfera forrada de cuero en la palma de la mano. Por un instante todos los presentes miraron hacia allí. Entonces el tonto de la mirada extraviada que se imaginaba que era un jugador del equipo se acercó a la valla que tenían delante y se quedó mirando al chico, agitando los brazos y las manos dentro de aquella camisa de franela tan holgada. La gorra que llevaba era ridículamente pequeña para aquella cabeza anormalmente grande. El chico le alargó la bola y, con una sonrisa amable y

casi cuerda, él la cogió.

Resulta interesante apuntar que aquel pobre hombre, Charles Victor Faust, tuvo por fin la oportunidad de lanzar en una entrada en un partido hacia el final de la temporada, cuando los Giants ya habían ganado el campeonato y no tenían ninguna presión. Por un momento, su ilusión de ser uno de los campeones de la liga se confundió con la realidad. Poco después los jugadores se aburrieron de él y el entrenador McGraw dejó de considerarlo un amuleto de la suerte. Le confiscaron el uniforme y lo echaron sin contemplaciones. Lo enviaron a un manicomio, donde murió unos meses más tarde.

Al final del partido una gran ansiedad se apoderó de Padre. Se sintió mal por haber dejado sola a su esposa. Pero cuando salían del parque rodeados por la multitud se dio cuenta de que su hijo le había cogido de la mano. Sintió que se le levantaba el ánimo. En el tranvía descubierto le pasó el brazo a su hijo alrededor de los hombros. Al llegar a New Rochelle caminaron a buen paso desde la estación de tren a casa y cuando entraron saludaron con un sonoro «¡Hola!» y por primera vez en muchos días Padre se sintió bien. Madre salió de la parte de atrás. Tenía el cabello recogido, estaba peinada, sonriendo y tenía buena cara. Le abrazó y le dijo:

—Ven, tengo algo que enseñarte. —Estaba radiante. Se apartó y, al fondo del salón, cogido de la mano de la sirvienta, estaba el bebé de Sarah vestido con su camisola de dormir. Caminaba tambaleándose y se balanceaba hacia la falda de la criada. Se puso erguido y miró triunfante a Padre. Todos se rieron—. No se puede estar quieto —dijo Madre—. Quiere ir a todas partes.

El muchacho se arrodilló y le extendió los brazos; el niño se soltó de la mano de la criada y avanzó hacia él, cogiendo velocidad y tambaleándose, hasta caer felizmente contra el pecho del chico.

Una especie de firme serenidad les acompañó toda la noche. En el silencio de la habitación de Madre, hacia la medianoche, los dos esposos hablaron de todo lo que tenían en mente. De las probabilidades de que Coalhouse siguiera eludiendo a sus captores durante un tiempo. En ese caso la perspectiva era una comunidad de la que se sentirían cada vez más apartados. Algunas de las conocidas de Madre, con las que compartía servicios sociales, habían reaccionado ya ante la publicidad obtenida por la familia. Ella temía las muestras de rencor y resentimiento, que podían provocar que pusieran al hijo de Sarah bajo la custodia de una autoridad vengativa. Padre no podía negar que aquello era posible. Pero en aquel momento estaban en una posición de serenidad e independencia tal que no había ninguna necesidad de crearse falsas convicciones ni de perder un optimismo que no sentían tan profundo. Padre dijo que no dejaría que las autoridades utilizaran de ningún modo al niño para obligar a Coalhouse a rendirse.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Padre— es irnos de aquí.

—Pero ¿cómo podríamos hacerlo? —se lamentó Madre—. Mi padre está inválido, el colegio aún no se ha terminado y acabamos de contratar al servicio. — Todos esos problemas los enumeraba sacándose dedos de la mano izquierda con el índice de la derecha.

Así que había estado pensando en lo mismo, y Padre percibió que ella tenía sus esperanzas puestas en que él hallara la solución. El que él se hiciera cargo de las responsabilidades generaba en ella una cálida reacción de gratitud. Su conversación

les recordó que sobre todo eran viejos amigos. Luego se fueron a la cama y pasaron la noche juntos. Ella le dejó hacerle el amor, respondiendo con abrazos cómplices y movimientos de pelvis, y con tantas caricias que le animaban a buscar el premio a todos sus esfuerzos que por primera vez en muchos meses él sintió que ella reconocía que tenía un buen hombre entre los brazos.

Les pareció que la respuesta a todo era Atlantic City. Padre localizó un buen hotel, el Breakers, que disponía de *suites* con varias habitaciones de cara al mar por un precio algo menor al que se esperaba, ya que la temporada apenas había empezado. La costa sur de Nueva Jersey estaba bien comunicada, a unas horas en tren. No era demasiado cerca, pero tampoco tan lejos como para que Padre no pudiera volver cada domingo por la noche si los negocios lo requerían. El cambio de aires les iría bien a todos. El médico de Abuelo, que le había prescrito el último tratamiento ortopédico para roturas de cadera, un clavo de metal implantado a modo de sujeción interna, le recomendó que usara las muletas o la silla todo lo que pudiera, ya que quedarse en la cama era lo más peligroso para alguien de su edad. El chico tendría que dejar el colegio unas semanas antes de lo normal, pero llevaba tan bien los estudios que aquello no les pareció un problema grave. La casa no quedaría cerrada, no se cubrirían los muebles ni se cerrarían habitaciones, sino que el servicio la mantendría a punto para las temporadas en las que Padre tuviera que estar en New Rochelle. La criada se quedaría con Madre en la costa. Era una negra trabajadora e imperturbable que, por otra parte, les aportaría una justificación tan evidente como errónea para la presencia de un niño de color en la familia.

Así, provistos de un programa de actuación, la familia se preparó para la partida. Estaban de un buen humor que casi se convirtió en histeria cuando la situación se volvió desagradable. El nuevo jefe de policía, un inspector retirado del Departamento de Homicidios de la ciudad de Nueva York, propuso líneas de investigación que no auguraban nada bueno. En su primer día de trabajo les dijo a los investigadores que el explosivo usado en la Estación Municipal de Bomberos n.º 2 era muy elaborado, una combinación de algodón-pólvora y fulminato de mercurio que sólo podía haber elaborado alguien que supiera del asunto, algo imposible en Coalhouse Walker, pianista de profesión. Preguntó dónde había conseguido el negro el dinero para el coche que utilizaba o para pagar la colaboración de una banda de hombres de color, todos armados y presumiblemente motivados por una cantidad en efectivo.

—Tiene que pagar a sus esbirros. Tiene gastos. ¿De dónde saca el dinero? ¿Dónde se oculta cuando no está atacando a esta noble ciudad? Se me ocurre media docena de revolucionarios que me encantaría tener detenidos. Apuesto a que les sacaría parte de las respuestas a mis preguntas.

Aquellas observaciones, que tuvieron una gran difusión, sugerían una conspiración de radicales y el efecto fue el peor posible en una población ya agitada de por sí. La milicia patrullaba las calles. Se dieron varios casos de ataques a negros fuera de sus barrios. Hubo una sucesión de falsas alarmas en estaciones de bomberos

de toda la ciudad, y en cada ocasión salían los coches de bomberos rodeados de policía y de una caravana de coches con reporteros. Había periodistas por todas partes, y junto a los soldados y los furgones de policía, le daban a la comunidad una percepción sobredimensionada de sí misma. Las iglesias nunca se habían llenado tanto los domingos por la mañana. El departamento de urgencias del hospital registró una cantidad de víctimas de accidentes caseros superior al habitual. La gente se quemaba, se cortaba, tropezaba con las alfombras y se caía por las escaleras. Ingresaron a muchos hombres con heridas por disparos accidentales al limpiar o manipular armas viejas.

Mientras tanto, la prensa parecía ir por delante de las autoridades en su análisis de los detalles de las cartas de Coalhouse. Probablemente por el valor de las fotografías como documento gráfico, reclamaron en varias ediciones que se remolcara el Ford T del estanque de Firehouse Lane. Por fin lo consiguieron. Trasladaron una grúa al lugar y el coche fue izado, como un monstruoso artefacto. De las ruedas chorreaba barro y del capó y del maletero rezumaba agua y limo. Lo trasladaron hasta la orilla y lo depositaron en el suelo, a la vista de todo el mundo.

Pero las autoridades estaban incómodas. El Ford estaba allí, como prueba tangible de la ofensa contra el hombre negro. Empapado y roto. Ofendía la sensibilidad de cualquiera que sintiera respeto por las máquinas y valorara su trabajo. Tras la publicación de la fotografía, empezó a acercarse tanta gente a verlo que la policía tuvo que acordonar la zona. El alcalde y los concejales, viéndose comprometidos, lanzaron una nueva serie de acusaciones contra el loco de color y aseguraron que cualquier negociación, cualquier otra cosa que no fuera exigirle que se rindiera, sería una invitación a cualquier renegado, radical o negro, del país a saltarse la ley y escupir sobre la bandera americana.

Aunque por aquel entonces hubiera habido quien pidiera una estrategia de negociación —que no lo había; ni siquiera la prensa lo sugería—, nadie tenía la más mínima idea de cómo se podía establecer contacto con el asesino. Coalhouse no había anunciado de cuánto tiempo disponían hasta el siguiente atentado. De hecho, un psiquiatra consultado por el *World* de Nueva York opinaba que la segunda de las cartas, que llevaba la firma «Coalhouse Walker Jr., Presidente del Gobierno Provisional de los Estados Unidos», mostraba signos de deterioro mental mucho más avanzado que la primera, y que tratar con alguien que atravesaba un proceso de locura ilusoria progresiva como él e intentar que razonara supondría un trágico error.

No obstante, fue la ciudadanía de New Rochelle la que lanzó la idea más práctica para enfrentarse al problema. De cada vecindario y desde todos los estratos se exigió que Willie Conklin abandonara la ciudad. Algunos vecinos airados incluso se llegaron a comunicar con el propio Conklin. Éste llevó a la comisaría varias cartas anónimas que había encontrado en el buzón y en las que se le comunicaba que si no hacía las maletas y abandonaba New Rochelle serían ellos, los autores de las cartas, los que le harían el trabajo a Coalhouse Walker. Como todas las acciones que

emprendía Conklin, compartir la correspondencia con las autoridades fue un error. No le brindó su simpatía, como había esperado, sino que hizo que se les pasara por la cabeza fomentar aquella idea. Desde el principio Conklin no podía entender que cualquiera que fuera blanco no sintiera por él sino la más profunda admiración. Cuanto más impopular era, más lastimoso era su desconcierto. El pobre diablo no entendía nada y no veía en aquel clamor popular a favor de su marcha una solución en el sentido más amplio, con el relajamiento de la situación, ni tampoco en el plano más concreto, como medio quizá de salvarle la vida. Se sentía martirizado por los que él denominaba «amantes de los negros», aunque aquel término parecía englobar ya prácticamente a toda la población de la ciudad. Solía emborracharse hasta alcanzar el estado de sopor y se dejó llevar mientras su mujer y sus colegas hacían los preparativos para su partida.

Así, con la situación fuera de control y en un estado de nerviosismo e inseguridad patente en las autoridades municipales, policía, milicia del estado y ciudadanía, ante el peligro que suponía la guerrilla negra, sucedieron dos cosas fruto en mayor o menor medida de la demanda popular y que podrían considerarse como una cierta aceptación de las exigencias de los terroristas: el Ford T había sido remolcado, lo que quizá pronosticaba algún tipo de negociación y, si tenía a su alcance los periódicos de New Rochelle —que abrían con los mayores titulares de su historia—, Coalhouse podría leer que la familia Conklin se había mudado a Nueva York. No se había hecho ninguna concesión y las calles estaban tomadas por fuerzas militares y paramilitares. Pero la situación había cambiado.

—A ver si ahora pega fuego a toda la metrópolis de Nueva York —decía un editorial— o acepta el principio de que quien se toma la ley por su mano se pone en contra a un pueblo civilizado y firme, y difama la justicia que dice buscar.

Por su parte, la marcha de la familia fue mucho más discreta y pasó desapercibida. Padre contrató el transporte del equipaje por ferrocarril —un par de baúles de mimbre a juego que había comprado para la ocasión, cada uno con varios cajones y compartimentos, un amplio armario de viaje para los vestidos, un zapatero forrado de latón y varias maletas y sombrereras— y partieron de New Rochelle al amanecer. Entrada la mañana, en Nueva York, cambiaron al tren de Atlantic City en Pensilvania Station, la estación creada por la empresa de Stanford White y Charles McKim. Sus fachadas con columnas de piedra, diseñadas a imagen de las termas romanas de Caracalla, cubrían de la calle Treinta y uno a la Treinta y tres y de la Séptima a la Octava Avenida. Los porteadores les ayudaron con la silla de ruedas de Abuelo. Madre llevaba un conjunto blanco. La criada tenía al hijo de Sarah en brazos. La estación era tan grande por dentro que, aunque estaba llena de gente, sus voces no eran más que un murmullo. El chico miró al techo, que era una exposición de arcos y bóvedas de cristal verde ondulado apoyadas en unas costillas de acero y unas columnas de metal finas como agujas. La luz atravesaba el techo como una especie de fino polvo de cristal. Al bajar hacia los andenes miró a derecha e izquierda y vio en

ambas direcciones, hasta donde le alcanzaba la vista, locomotoras enganchadas a los vagones, esperando impacientes entre nubes de vapor, voces y campanas la hora de emprender la marcha.

¿Y qué había sido de Hermano Menor? Su ausencia de casa desde su apasionada defensa de Coalhouse había provocado una comprensible preocupación. Estaban acostumbrados a su temperamento huraño. Aparecía intermitentemente en la fábrica de banderas y fuegos de artificio. Retiraba su salario. Cuando la familia se fue no lo encontraron, de modo que Madre le dejó un sobre cerrado con una nota en la mesa del recibidor. Aquel sobre nunca se llegó a abrir.

Unos días después del atentado contra la estación de bomberos, Hermano Menor había vuelto a la funeraria de Harlem de donde había salido el cortejo de Sarah. En la puerta se encontró con el dueño.

—Me gustaría mucho hablar con el señor Coalhouse Walker —dijo Hermano Menor—. Esperaré cada noche bajo los pórticos del Manhattan Casino hasta que él considere que las circunstancias son las adecuadas para recibirme.

El dueño de la funeraria le escuchó impasible y no hizo ningún ademán de saber de lo que le estaba hablando Hermano Menor. No obstante, a partir de aquel día el joven montó guardia a la puerta del Casino, soportando las miradas de los clientes negros y calculando la frecuencia de paso del ferrocarril elevado de la Octava Avenida, que pasaba periódicamente con un gran estruendo junto al edificio. Hacía calor y a través de las elaboradas puertas de cristal del teatro, que se abrían una vez el espectáculo ya estaba avanzado, podía oír fragmentos de la música sincopada de Jim Europe y el aplauso del público. Por supuesto, Coalhouse había dejado su trabajo en la orquesta y retirado sus cosas del camerino antes del atentado a la estación de bomberos. Para los policías que le intentaban seguir el rastro era como si nunca hubiera existido.

La cuarta noche de vigilia de Hermano Menor se le acercó un hombre de color bien vestido y le pidió diez centavos. Ocultando su sorpresa por el hecho de que alguien tan bien vestido le pidiera una moneda, se hurgó en los bolsillos y la sacó. El tipo sonrió y dijo que tenía aspecto de llevar más cambio. Quizá le pudiera dar otro cuarto de dólar. Hermano Menor le miró a los ojos y vio en ellos la inteligente mirada de alguien autorizado a tomar decisiones.

La noche siguiente buscó al tipo de color pero no lo vio. En cambio percibió la presencia de otro hombre que se quedó de pie entre los arcos después de que el público hubiera entrado. También se trataba de un hombre joven con traje y bombín. De pronto se puso a caminar y Hermano Menor le siguió sin pensárselo. Le siguió por calles de ruinosas casas adosadas, por cruces de calles pavimentadas con ladrillos, por callejones y esquinas. Se dio cuenta de que habían pasado por algunos sitios más de una vez. Por fin, en una callejuela solitaria, bajó unos escalones que llevaban al sótano de una casa de piedra. La puerta estaba abierta. Entró detrás de él y

atravesó un corto vestíbulo hasta encontrar otra puerta y, tras ella, al propio Coalhouse, que estaba sentado frente a una mesa con los brazos cruzados. Aparte de la mesa no había ningún otro mueble. De pie, junto a Coalhouse, como un cuerpo de guardia, había varios jóvenes negros, todos perfectamente vestidos y peinados, como él, con trajes bien planchados, los cuellos de las camisas limpios y corbatas prendidas con alfileres. Hermano Menor reconoció al que había seguido y al que le había pedido diez centavos la noche anterior. La puerta se cerró tras él.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Coalhouse.

Hermano Menor esperaba aquella pregunta. Se había preparado una declaración sobre justicia, civilización y el derecho de todo ser humano a llevar una vida digna. No se acordaba de nada.

—Sé fabricar bombas —declaró—. Sé hacer volar cosas por los aires.

Así inició Hermano Menor su carrera como delincuente y revolucionario. Durante un tiempo la familia se libró de tener conocimiento del caso. Sólo había una cosa que lo relacionaba circunstancialmente con el hombre negro, y era la desaparición del almacén de Padre de varios barriles de pólvora y de paquetes de sustancias químicas de diversa índole. El hurto fue declarado puntualmente a la policía, como correspondía, y ésta se olvidó pronto, como no podía ser de otro modo. Estaban muy ocupados con el caso de Coalhouse. A lo largo de varios días, Hermano Menor transportó los materiales al sótano de Harlem. Entonces se puso manos a la obra y preparó tres potentes paquetes-bomba. Se afeitó el rubio bigote; se afeitó la cabeza. Se pintó la cara y las manos de negro con corcho quemado, se dibujó unos labios exagerados, se puso un bombín y aprendió a abrir bien los ojos. Tras demostrarles su buena fe a los jóvenes seguidores de Coalhouse apelando a su sentido de la ironía, salió con ellos y lanzó las bombas contra la Estación Municipal de Bomberos n.º 2, demostrando así su valor, no sólo a los demás, sino también a sí mismo.

El conocimiento de esta historia clandestina nos llega de la propia mano de Hermano Menor. Guardaba un diario desde el día de su llegada a Harlem hasta el día de su muerte en México, poco más de un año después. Coalhouse Walker había militarizado el duelo. Su dolor por la pérdida de Sarah y de la vida que podrían haber llevado desembocó en un proceso de venganza al estilo de los antiguos guerreros. Hermano Menor tenía la impresión de que los ojos de Coalhouse, con aquella peculiar mirada que reflejaba su férrea decisión, iban más allá de lo que veían y miraban de frente a la muerte. Su autoridad sobre aquellos jóvenes leales era absoluta, probablemente porque no la había solicitado. Ninguno de ellos era un mercenario. Eran cinco además de Hermano Menor; el mayor no llegaba a los treinta años y el más joven aún no había cumplido los dieciocho. El respeto que sentían hacia Coalhouse rozaba la adoración. Vivían juntos en aquel sótano, compartiendo sus sueldos como mozos de almacén o repartidores. Hermano Menor aportó varios sobres con su salario de la fábrica de banderas y fuegos de artificio, comparativamente espléndidos, hasta que dejó New Rochelle del todo. El control de

las arcas comunitarias se controlaba escrupulosamente. Contabilizaban hasta el último centavo. Imitaban la manera de vestir de Coalhouse, de modo que el traje y el bombín cuidadosamente cepillado se convirtieron en una especie de uniforme. Iban y venían de sus habitaciones como soldados de guardia.

De noche se sentaban durante horas a analizar su situación y el posible desenlace. Estudiaban las reacciones de la prensa ante lo que habían hecho.

Coalhouse Walker nunca se mostró severo ni despótico. Trataba a sus seguidores con cortesía y les preguntaba si creían que había algo que debieran hacer. Su manera de tratarlos era consecuencia directa de su constante pesar. Su ira controlada les afectaba como la fuerza de un imán. No quería música en el sótano. Ningún instrumento de ningún tipo. Ellos acataban todas las normas. Se habían traído unos catres y montaron un cuartel. Compartían las tareas de la cocina y la limpieza. Creían que iban a tener una muerte heroica y aquella convicción los tenía en un estado de conciencia dramática y exaltada. Hermano Menor estaba perfectamente integrado en la comunidad. Era uno de ellos. Se despertaba cada día en un estado de solemne felicidad.

En ambos ataques Coalhouse había usado automóviles que los jóvenes robaban en Manhattan. Luego devolvían los coches sin daños a sus mismos aparcamientos y si el robo o la devolución llegaban a conocimiento de la policía de Nueva York, nunca se relacionaban con los sucesos de Westchester. Tras el ataque a la Estación Municipal de Bomberos, cuando se publicó la fotografía de Coalhouse en todas las primeras páginas del país, se sentó, se puso una sábana sobre los hombros y le pidió a uno de los jóvenes que le afeitara la cabeza y el cuidado bigote. El cambio que registró fue impresionante. Su cabeza afeitada parecía enorme. Hermano Menor comprendió que, cualquiera que fuera la justificación práctica, aquello no era más que un acicalamiento ritual para la batalla final. Un día o dos más tarde la banda trajo los periódicos del día con las fotografías del Ford T sacado del estanque. Aquella prueba tangible de la fuerza de voluntad de Coalhouse les llenó a todos de euforia. Cuando les llegó la noticia de la huida de Willie Conklin se sentaron a debatir cuál debía ser su respuesta y para entonces ya estaban tan transformados que hablaban de sí mismos colectivamente como si todos fueran Coalhouse.

—Si Coalhouse hubiera ido a aquel almacén de carbón y hielo —decía uno—, Willie sería ahora hombre muerto. Hemos perdido la oportunidad.

—No, hermano —decía otro—. Nos va mejor que esté vivo. Hace que la gente se acuerde de Coalhouse. De que es una amenaza. Ahora tenemos que hacer algo tan terrible en esa ciudad que a todo el mundo se le quiten las ganas de meterse con un negro por miedo a que pertenezca a Coalhouse.

¡Ah, qué verano aquel! Cada mañana Madre abría las puertas de cristal con cortinas blancas de su habitación y se quedaba mirando cómo se levantaba el sol por encima del mar. Las gaviotas se sumergían por entre las olas y se levantaban sobre las aguas. El sol de la mañana borraba las sombras de la arena como si la propia tierra se fuera alisando sola, y cuando oía que Padre se ponía en pie en la habitación contigua el cielo ya estaba teñido de un reconfortante color azul y la playa de blanco, y los primeros bañistas ya habían bajado al mar para probar el agua con los dedos de los pies.

Desayunaron en el hotel, en mesas cubiertas con manteles blancos almidonados. La cubertería del hotel era de plata maciza. Les sirvieron pomelos abiertos por la mitad, huevos revueltos, pan caliente, pescado a la parrilla, lonchas de jamón, salchichas, una variedad de frutas en conserva de las que uno mismo se podía servir con unas minúsculas cucharitas, café y té. Y mientras, la brisa del océano levantaba las cortinas de las ventanas y recorría con su aliento salado el alto techo acanalado. El chico siempre estaba a punto para salir corriendo. Pasados los primeros días, le permitían salir y desde la mesa observaban cómo al cabo de un momento bajaba corriendo con los zapatos en la mano por los amplios escalones del porche. Conocían de vista a varios de los invitados, lo cual daba pie a algún comentario ocasional con el que se podía satisfacer la leve curiosidad que pudiera causar el aspecto o el atuendo de uno u otro. No tenían ninguna prisa. Se veían a sí mismos como un ejemplo de grandeza y prosperidad. Madre compró bonitos conjuntos de playa en las tiendas del paseo marítimo. Vestía de blanco y amarillo y por la tarde se dejaba llevar por la informalidad y salía sin sombrero, cubierta únicamente por un parasol. Una suave luz dorada le iluminaba la cara.

A media tarde nadaban, cuando el aire permanecía inmóvil y el calor era sofocante. El traje de baño de Madre era sencillo, pero le llevó varios días sentirse cómoda con él. Era negro, por supuesto, con una falda y unas perneras que le llegaban por debajo de las rodillas y zapatillas de baño bajas. Pero las pantorrillas le quedaban a la vista y también el cuello, casi hasta el corpiño. Insistía en que se separaran unos cientos de metros de los bañistas más próximos. Se colocaban bajo una sombrilla del hotel que llevaba el nombre impreso en naranja sobre los flecos del borde ondulado. La sirvienta negra se sentaba en una silla de paja a unos metros de distancia. El chico y el niño de color estudiaban los cangrejos que se enterraban dejando un rastro de burbujas en la arena húmeda. Padre llevaba un bañador de una pieza, sin mangas, de color blanco y azul, que hacía que sus muslos parecieran cilindros. A Madre le parecía de mal gusto que se le vieran los atributos de su masculinidad marcados en el bañador cuando salía del agua. A Padre le gustaba salir

a nadar. Se echaba boca arriba donde ya no rompían las olas y escupía agua como una ballena. Llegaba luego batallando contra las olas, riéndose, con el pelo aplastado sobre la cabeza, la barba goteándole y su traje indecentemente pegado al cuerpo; y a Madre se le escapaban mohines de desagrado tan fugaces que ella ni siquiera se daba cuenta. Después de bañarse en el mar todo el mundo se retiraba a descansar. Ella se quitaba el bañador aliviada, aunque sólo lo había mojado unos momentos entre la espuma de las olas, y se lavaba con una esponja para quitarse la sal de la piel. Era tan blanca que el agua del mar le hacía daño. No obstante, cuando estaba recién lavada y fresca, empolvada y tapada con el albornoz, sentía la energía del sol acumulada en su cuerpo, absorbida por la sangre, que la iluminaba como el sol iluminaba el mar, con millones de brillos diamantinos de luz. Enseguida Padre adoptó la hora posterior al baño como momento para el amor. Si ella se lo hubiera permitido, habría saciado su apetito sexual cada día. Ella callaba, pero se sentía molesta. No como tiempo atrás, sino porque tomaba conciencia de sí misma, de ciertas expectativas sensoriales de una piel que se sentía manoseada. Pensaba mucho en Padre. Los acontecimientos desde su regreso del Ártico y su reacción ante ellos le habían hecho perder la fe en él. Aún tenía en la cabeza la discusión que había tenido con su hermano. No obstante, en determinados momentos, a veces durante días enteros, sentía que lo amaba como antes; con la sensación de que su matrimonio era lo correcto, algo de carácter estable e inalterable, obra de un designio divino. Siempre había intuido que les esperaba un futuro diferente, como si la vida que llevaban fuera una especie de preparación, que el fabricante de banderas y fuegos de artificio y su esposa dejarían atrás su respetable existencia y descubrirían una vida genial. Ella no sabía en qué consistiría; nunca lo había sabido. Pero ya no albergaba esa esperanza. Durante su ausencia, cuando ella había tomado algunas decisiones referentes a la empresa, la misteriosa fuerza que envolvía el negocio se disipó y ella vio por fin la cruda realidad. Tampoco esperaba ya mantener la belleza y la elegancia hasta el final de sus días; se estaba dando cuenta de que, mientras que en otro tiempo, durante su noviazgo, Padre podía encarnar las infinitas posibilidades del amor, él también había ido envejeciendo y volviéndose más gris y más bobo, quizá por culpa de sus viajes y su trabajo, de modo que cada vez demostraba más claramente haber alcanzado sus límites, y que nunca los superaría.

Aun así, estaba contenta de estar en Atlantic City. Allí el niño de Sarah estaba protegido. Por primera vez desde la muerte de Sarah conseguía pensar en ella sin llorar. Disfrutaba dejándose ver en público, como en el comedor del hotel o en la terraza por la noche, o paseando por el paseo entarimado hasta los pabellones, los muelles y las tiendas. En ocasiones alquilaban unas sillas con ruedas en las que se sentaba junto a Padre y un mozo los empujaba y les paseaba. Cuando se cruzaban con otras sillas, examinaban discretamente a sus ocupantes. Padre saludaba tocándose el sombrero. Las sillas eran de mimbre, con capotas de lona a rayas que a Madre le recordaban las calesas de su infancia. Las dos ruedas laterales eran grandes, como las de una bicicleta; la rueda pequeña de delante se agitaba y en ocasiones chirriaba. A su

hijo le encantaban aquellas sillas. También se podían alquilar sin mozo, y eso es lo que le gustaba más al chico, porque entonces él empujaba la silla con sus padres sentados en ella y la podía llevar como quisiera, a cualquier velocidad, sin que ellos sintieran la necesidad de darle indicaciones. Los grandes hoteles se encontraban detrás del paseo entarimado, uno junto al otro, con sus toldos agitándose al viento, sus porches perfectamente pintados, con sus mecedoras y sus sofás de mimbre blanco. En lo alto de las cúpulas ondeaban banderas náuticas y de noche se iluminaban con hileras de bombillas incandescentes colgadas de los tejados.

Una noche, la familia se detuvo en un pabellón donde había una banda de negros tocando un *rag* muy animado. Ella no sabía cuál era, pero recordaba haberlo oído sonar en su piano bajo las expertas manos del señor Coalhouse Walker. Aunque no hubiera olvidado la tragedia hacía días que vivía aliviada, como si en aquella población costera la brisa del mar se llevara los pensamientos dolorosos en cuanto aparecían. Se sintió transportada casi por completo por la música, que también asociaba mentalmente con Hermano Menor. E, inmediatamente, su amor por su hermano, como una ráfaga de admiración apasionada, le dominó. Sentía que lo había descuidado. La imagen de él, enjuto, malhumorado e impetuoso, le volvía a la mente, con gesto de reproche, de una cierta indignación. Así fue como la había mirado aquella vez, sentados a la mesa en casa, mientras Padre limpiaba su pistola. Ella sintió un leve vértigo y, mirando hacia las luces del pabellón donde aquellos músicos vestidos con uniforme rojo y azul tocaban frenéticamente sus trompetas y cornetas, tubas y saxofones, le pareció ver bajo cada gorra militar con visera el severo semblante de Coalhouse.

Tras aquella noche, Madre mostró una alegría más sosegada. Tenía que concentrarse en cada día tal como venía. Tomó la determinación de tomárselo con calma. Se mostraba cariñosa con su hijo, su marido, su padre inválido; se mostraba cariñosa con su sirvienta negra y sobre todo con el precioso hijo de Sarah aún por bautizar, que disfrutaba en aquel lugar y crecía ostensiblemente. Empezó a darse cuenta de las atenciones que le dispensaban varios de los clientes del hotel. Flotaban en los límites de su conciencia, esperando a que ella mostrara algún signo de reconocimiento. Estaba dispuesta a considerar aquello aunque sólo fuera por tener una ocupación. En el hotel había varios europeos que llamaban la atención. Uno era un agregado militar de la embajada alemana que llevaba monóculo y siempre la saludaba con una discreta galantería. Era alto y llevaba aquel pelo muy corto tan típico. Se presentaba a la cena vestido con su uniforme blanco y una pajarita negra. Hacía un gran espectáculo eligiendo el vino y luego rechazándolo. En su grupo no había mujeres, sino tres o cuatro hombres, de aspecto más rudo y rango evidentemente inferior al suyo. Padre dijo que era el capitán Von Papen y que era ingeniero. Lo veían cada día yendo a la playa y charlando con sus ayudantes. Habitualmente veían una pequeña embarcación cruzando lentamente el horizonte.

—Es algún tipo de prospección de ingeniería —explicó Padre sin levantarse de la

arena, tumbado de cara al sol—. No entiendo qué interés pueda tener la costa de Nueva Jersey para los alemanes.

Padre era ajeno al interés que su esposa provocaba en el alemán. A Madre aquello le divertía. Desde la primera mirada que había cruzado con el oficial sabía que tras la mirada filtrada por aquel monóculo no había más que un imperioso deseo lascivo. Decidió no hacerle caso.

También había una pareja francesa de cierta edad con la que aprendió a intercambiar frases corteses: se reía al recordar el francés que había aprendido en el colegio y ellos le felicitaban muy generosamente por su acento. Nunca se ponían al sol si no era envueltos en innumerables capas de ropa, velos y amplios sombreros de paja. Para mayor seguridad llevaban también sombrillas. El hombre, que era más bajo que su esposa y bastante grueso, tenía manchas de vejez en la cara. Llevaba gafas gruesas y de las orejas le colgaban unos enormes lóbulos. Solía llevar una red cazamariposas y un frasco con un tapón de corcho, y ella una cesta de *picnic* tan pesada que apenas podía caminar erguida. Cada mañana le seguía con esfuerzo por entre las dunas y desaparecían a lo lejos entre la bruma, donde no había hoteles, ni paseo entarimado; sólo las gaviotas y los andarríos y las hierbas de la arena, donde encontraban los temblorosos insectos alados que tanto le interesaban al anciano. Era un profesor de historia jubilado de Lyon.

Madre intentó que Abuelo congeniara con la pareja francesa aprovechando su experiencia académica. El viejo no quería oír ni hablar del tema. Estaba totalmente absorto en su dolencia y demasiado irritable para entablar una conversación civilizada. Rechazaba todos los entretenimientos que ella le preparaba; salvo uno, el paseo diario en una silla con ruedas por el paseo entarimado, en la que se podía sentar y dejarse llevar sin sentirse inválido. Pero llevaba un bastón sobre las rodillas y cada vez que los peatones que tenía por delante no avanzaban a velocidad suficiente, levantaba el bastón y empujaba tanto a hombres como mujeres. Éstos se volvían, ofendidos, y él pasaba por en medio.

Había otros clientes, por supuesto, que no eran europeos: un voluminoso agente de bolsa de Nueva York con una mujer enorme y tres niños inmensos, que no hablaban ni una palabra mientras cenaban; y varias familias de Filadelfia, que se distinguían enseguida por su acento nasal al hablar. Pero Madre descubrió que, invariablemente, las personas que más le interesaban eran siempre extranjeras. No eran una gran cantidad, pero parecían transmitir más vida que sus compatriotas. El más fascinante de todos era un hombre pequeño y ágil que llevaba pantalones bombachos, una camisa de seda blanca abierta por el cuello y una gorra plana de tela blanca con un botón. Era una persona extravagante y muy activa que miraba a todas partes, como un niño, como si temiera perderse algo. Llevaba una cadena al cuello de la que colgaba un cristal rectangular con un marco de metal que a menudo levantaba y se ponía frente a los ojos, como si quisiera componer una fotografía mental con lo que en aquel momento le hubiera despertado interés. Una mañana de nubes, en el

porche, fue Madre la que le llamó la atención. Cuando ella se percató, se le acercó y se disculpó repetidamente con un fuerte acento extranjero. Era, dijo, el barón Ashkenazy. Trabajaba en el negocio de las películas, y el rectángulo de cristal era una herramienta de trabajo que no podía evitar usar aunque estuviera de vacaciones. Tenía una risita tímida que sedujo a Madre. Su pelo era negro y brillante y las manos pequeñas y delicadas. Después lo vio en la playa, dando saltos a cierta distancia, jugando con una niña junto al mar, recogiendo cosas, corriendo de un lado a otro y levantando su peculiar rectángulo de cristal. Tenía el sol detrás y no era más que una silueta. Pero a pesar de la distancia ella reconoció inmediatamente su vigorosa figura y sonrió.

El barón Ashkenazy fue el primer cliente del hotel con el que Madre y Padre compartieron mesa. Llegó con una preciosa niña que presentó como su hija. Era de una belleza sorprendente, de edad similar al chico. Desde el primer momento Madre albergó la esperanza de que se hicieran amigos. Por supuesto se quedaron allí sentados, sin decir nada, y no se miraron el uno al otro. Pero ella era una criatura notable, con unos ojos muy oscuros y un cabello grueso y negro como el de su padre, de complexión mediterránea. Llevaba un fino vestido de raso con un corpiño de satén que sugería un busto incipiente. Padre no podía apartar los ojos de la niña, que no dijo nada en toda la cena; ni sonrió siquiera. Pero la explicación llegaría pronto, de hecho tras el aperitivo, cuando el barón bajó la voz y, cogiéndole la mano a su hija, explicó que su madre había muerto unos años antes, aunque no dijo de qué. Él no se había vuelto a casar. Un momento más tarde ya volvía a ser el mismo torbellino de actividad. Hablaba sin parar con aquel acento europeo, cometiendo errores de vocabulario que él mismo reconocía y de los que se reía. Se regodeaba en sus propias sensaciones y le gustaba hablar de ellas: el sabor del vino o el reflejo de la llama de las velas, multiplicado por las lámparas de araña. Su manera de disfrutar cada cosa en su simplicidad era contagiosa y Madre y Padre acabaron por sonreír constantemente. Se habían olvidado de sí mismos. Daba gusto ver el mundo como lo hacía el barón, receptivo en todo momento. Levantaba su rectángulo de cristal, enmarcaba a Padre y a Madre, a los dos niños, al camarero que se acercaba a la mesa y, en el otro extremo del comedor, a un pianista y un violinista que tocaban para los comensales sobre una pequeña tarima decorada con palmeras plantadas en tiestos.

—En las películas —decía— sólo miramos lo que ya existe previamente. En la pantalla, la vida brilla, como si la sacáramos de la oscuridad de la mente. Es un gran negocio. La gente quiere saber qué es lo que les pasa. Por unos centavos se pueden sentar y verse a sí mismos en movimiento, corriendo, haciendo carreras de automóviles, luchando y, perdónenme, abrazándose unos a otros. Eso es de la máxima importancia hoy en día, en este país en el que todo el mundo es tan nuevo. Hay una gran necesidad de comprender. —El barón levantó la copa de vino. Miró el vino y lo paladeó—. Por supuesto habrán visto *Su primer error*, ¿no? O *La inocencia de una hija*, ¿no? —Se rio—. ¡No se avergüencen! Son mis dos primeras películas.

Cortometrajes, de un solo rollo. Costaron menos de quinientos dólares y cada una ha recaudado diez mil dólares. ¡Sí! —dijo riéndose—. ¡Es cierto!

Padre tosió y se ruborizó ante la mención de sumas concretas de dinero. El barón no lo entendió e insistió en explicarle que era un buen rendimiento, pero no extraordinario. La industria del cine estaba en plena expansión y cualquiera podía hacer dinero.

—¡Ahora —dijo el barón— me he asociado con los hermanos Pathé y vamos a hacer una película de quince rollos! Durante quince semanas se proyectarán sucesivamente los rollos, uno por semana, y así el cliente volverá cada semana para ver cómo sigue la historia.

Con expresión traviesa se sacó una brillante moneda del bolsillo y la lanzó al aire. Llegó casi hasta el techo. Todo el mundo se quedó mirando. El barón cogió la moneda y la puso sobre la mesa con un golpe sordo de la mano. Los cubiertos de plata saltaron. El agua de los vasos se agitó. Levantó la mano, dejando al descubierto una de las nuevas monedas de cinco céntimos de la época, un *buffalo nickel*. Padre no entendía por qué hacía todo aquello.

—Así es como se llama mi empresa —dijo el barón con expresión de felicidad—: ¡La Buffalo Nickel Photoplay Incorporated!

Mientras el barón seguía charlando, Madre miró al otro lado de la mesa, donde estaban los niños, uno junto al otro. La idea de mirar a través de un rectángulo lo que se veía habitualmente la intrigaba. Se concentró en crearse una composición mental con los chicos como si estuviera mirándolos a través de aquel ridículo cristal. Su hijo llevaba el pelo peinado hacia atrás y una camisa con amplio cuello blanco, un trajecito a medida y corbata de lazo. Sus ojos azules, moteados de verde y amarillo, le miraban. Lo único que le faltaba a la preciosa niña que tenía al lado, vestida de raso blanco y satén, era un velo. Levantó los ojos, que también se fijaron en Madre, con una mirada tan directa que casi resultaba desafiante. Madre los vio como la pareja de novios de una representación escolar típica de la época, la boda de Pulgarcito.

Así fue como se conocieron las dos familias. Cada día el sol inundaba el mar de luz y los niños se buscaban por los anchos pasillos del hotel. Cuando salían corriendo del agua el aire les llenaba los pulmones y sentían en los pies el frío de la arena de la playa. Los toldos y los banderines ondeaban al viento.

Cada mañana Tateh trabajaba en los exteriores de su película de quince capítulos, dictándole sus ideas al taquígrafo del hotel y leyendo las páginas mecanografiadas del día anterior. Cuando estaba solo reflexionaba sobre su audacia. En ocasiones sufría episodios de temblores y tenía que sentarse en su habitación a solas, fumando sus cigarrillos sin boquilla, deprimido y abatido como el viejo Tateh. Pero su nueva vida le apasionaba. Toda su personalidad había salido al exterior y se había convertido en un hombre voluble y enérgico con grandes planes para el futuro. Sentía que se merecía aquella felicidad. Se la había ganado sin ayuda. Había hecho decenas de libros animados para la Franklin Novelty Company. Luego había diseñado una linterna mágica en la que se ponían tiras de papel impreso con siluetas en una rueda giratoria. Un obturador de madera pasaba adelante y atrás, como la lanzadera de un telar, frente a una bombilla incandescente. El aparato se lo compró la Sears Roebuck and Company para la venta por catálogo, y los dueños de la Franklin Novelty le ofrecieron asociarse con ellos. Mientras tanto, Tateh descubrió que otros hacían dibujos animados como los suyos, pero para imprimirlos en película de celuloide y proyectarlos. Aquello despertó su interés por las películas. No hacía falta dibujar las imágenes. Vendió su participación en el negocio y se metió en el negocio del cine. Cualquiera que se mostrara lo suficiente seguro de sí mismo conseguía apoyos. Las productoras de Nueva York buscaban desesperadamente secuencias filmadas. Las empresas cinematográficas aparecían constantemente, se reestructuraban, se fusionaban, pleiteaban, intentaban hacerse con el monopolio de la distribución, registraban patentes sobre procesos técnicos, ilustrando a la perfección las pasiones y trifulcas que despertaba la nueva industria.

En aquella época había en Estados Unidos bastantes inmigrantes europeos con títulos nobiliarios, la mayoría venidos a menos, que habían llegado años atrás con la esperanza de combinar sus títulos con el dinero de las hijas de los nuevos ricos. Así que Tateh se inventó su propia baronía. En aquel entorno cristiano, aquello le abrió las puertas. En vez de tener que borrar su fuerte acento judío, sólo hizo falta que lo adornara con florituras. Se tiñó el pelo y la barba para que recuperaran su color negro original. Era un hombre nuevo. Se puso tras la cámara. Vistió a su hija como una princesa. Quería borrar de su memoria el hedor de las escaleras en las que habían vivido y las miserables calles de los barrios de inmigrantes. Decidió que le compraría la luz y el sol y la limpia brisa del océano durante el resto de su vida. Ella jugaba en

la playa con un chico guapo y de buena familia. Dormía entre suaves sábanas blancas en una habitación con vistas a un mar infinito.

Los dos amigos se encontraban cada mañana y se dirigían a la playa desierta. Las dunas y las hierbas les ocultaban del hotel. Cavaban túneles y canales para el agua del mar, muros y bastiones y casas en los terraplenes. Construían ciudades, ríos y acequias. El sol se levantaba sobre sus espaldas curvadas mientras cavaban la arena húmeda. A mediodía se refrescaban entre las olas y volvían corriendo al hotel. Por la tarde jugaban junto a las sombrillas de la playa, recogiendo palitos y conchas, caminando despacio con el niño de color que les salpicaba al andar por la marea baja. Poco a poco, cuando las primeras sombras azuladas reaparecían en la arena, seguían la línea de la marea más allá de las dunas y se echaban al suelo para disfrutar con su juego preferido, el de enterrarse. Primero, con el brazo él hacía un hueco en la arena húmeda para que ella pudiera meter el cuerpo. Ella se estiraba boca arriba. Él se colocaba a la altura de los pies de ella y le iba cubriendo lentamente con arena: los pies, las piernas, la barriga y los pequeños pechos, los hombros y los brazos. Usaba arena húmeda y la moldeaba en exageradas proyecciones de las formas de la niña. Le hacía unos pies gigantescos. Las rodillas se redondeaban, los muslos eran dunas y sobre el pecho construía unos grandes senos coronados por sendos pezones. Mientras moldeaba, ella no apartaba la mirada de su cara. Él le levantaba la cabeza con suavidad y le colocaba una almohada de arena debajo. Luego le bajaba la cabeza de nuevo. A la altura de la frente le hacía unas ínfulas de arena que le caían por encima de los hombros.

En cuanto estaba acabada la elaborada escultura, ella empezaba a destruirla, moviendo primero los dedos de las manos y encogiéndolos de los pies. La costra iba desmoronándose poco a poco. Ella levantaba una rodilla y luego la otra, luego se levantaba de golpe y corría hasta el agua para lavarse la capa de arena pegada a la espalda y a la parte trasera de los muslos. Él la seguía. Se bañaban en el mar, se cogían de las manos, se agachaban y dejaban que las olas les rompieran encima. Volvían a la playa y entonces le tocaba a él ser enterrado. Ella le hacía una cobertura igualmente elaborada. Le exageraba los pies, las piernas. La pequeña prominencia de su bañador la aumentaba con puñados de arena. Le daba volumen a su estrecho pecho y le ampliaba los hombros y, para acabar, le hacía el mismo tocado con ínfulas que él le había diseñado a ella. Cuando la obra estaba completa, él la rompía lentamente, abriéndola con cuidado, como una concha, y saliendo después de dentro para iniciar la carrera hasta el agua.

A veces, por las noches, sus padres los llevaban a las atracciones del paseo. Oían tocar a la banda o veían el espectáculo callejero. Veían *La vuelta al mundo en 80 días*. Por el aire de la sala flotaban nubes de humo. Veían *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hide*. Pero lo que más les gustaba eran las atracciones a las que los adultos no soñarían siquiera acercarse: la feria de los monstruos, los espectáculos de un centavo, los cuadros vivos. Eran demasiado listos como para expresar sus deseos.

Pero tras unas cuantas visitas al paseo, cuando la excursión ya no imponía tanto respeto, convencieron a los adultos de que podían arreglárselas solos. Y provistos de cincuenta céntimos, corrieron por el paseo al atardecer. Se quedaban mirando las luces de la cabina de cristal del adivino mecánico. Metieron un centavo. La figura con turbante abrió la boca de metal con sus dientes brillantes, giró la cabeza a derecha e izquierda y levantó una mano con un gesto extraño; sacó un billete, esbozó una sonrisa y el aparato se detuvo completamente. «Soy el gran Él-Ella», decía el billete. Echaron dinero en la máquina de la grúa, que dirigían con unas ruedas, dejando caer la pinza sobre el tesoro que querían recoger y llevar hasta el orificio de salida. Así consiguieron sacar un collar de conchas, un pequeño espejo de metal brillante y un gatito de cristal. Visitaron la galería de los monstruos. Pasaron en silencio por delante de los puestos de la mujer barbuda, las gemelas siamesas, el hombre salvaje de Borneo, el gigante de Cardiff, el hombre lagarto y la mujer de 270 kilos. Aquella mole se revolvió en su taburete cuando se acercaron y se le agitaron las carnes. Estaba dominada por una emoción irrefrenable y se levantó sobre unos pies diminutos y se les acercó al mismo tiempo. Sus enormes masas de carne se cerraban y se abrían, hacia dentro y hacia fuera, dentro y fuera, mientras extendía los brazos en un gesto de emotividad vacilante. Ellos no se detuvieron. Detrás de cada valla, aquellas extrañas criaturas observaban su odisea con unos ojos normales. Al gigante le compraron un anillo que llevaba en el dedo y en el que a ellos les cabía la muñeca; a las gemelas siamesas les compraron una foto firmada. Luego salieron corriendo.

Su deseo por estar juntos era inagotable. Aquello divertía a los adultos. Eran inseparables hasta la hora de ir a dormir, pero no se quejaban cuando llegaba el momento. Se iban corriendo a sus respectivas habitaciones sin mirar atrás ni una vez. Dormían plácidamente. Por la mañana se buscaban mutuamente. Él no la consideraba guapa. A ella no le parecía especialmente atractivo. Eran extremadamente sensibles el uno al otro y estaban envueltos en una excitación difusa, como una carga estática o un halo de luz, pero cuando se tocaban era de forma casual. Lo que les unía era el reconocimiento mutuo en el que vivían y del que partían sus pensamientos, de modo que la percepción que tenía el uno del otro no podía ser tan independiente como para que cupiera en ella la admiración de la belleza del otro. No obstante eran guapos. Él, rubio, apuesto e introvertido; ella, más pequeña, morena y ligera, con un brillo en los ojos negros y un porte casi militar. El cabello les cubría la cabeza desde la frente y al correr se les iba todo hacia atrás. Los pies de él eran pequeños; las manos morenas de ella también. Ella dejaba en la arena las huellas de alguien que había corrido por las calles, que había subido por escaleras oscuras; su carrera era una huida de los horrores de los callejones y del terrible ruido metálico de los cubos de basura. Había tenido que hacer sus necesidades en letrinas de madera en los patios traseros de los edificios. Había sentido el roce de la cola de los roedores por entre los tobillos. Sabía coser a máquina y había visto copular a los perros, a las putas metiendo a los clientes en soportales y a los borrachos meando en las ruedas de los carros. Él nunca se había

saltado una comida. Nunca había pasado frío por las noches. Él corría con la mente. Corría hacia algo. No arrastraba el lastre del miedo y no sabía que hubiera seres en el mundo menos curiosos que él. Veía a través de las cosas y observaba los colores que producía la gente, y nunca le sorprendía una coincidencia. Todo un planeta azul y verde giraba ante sus ojos.

Un día, mientras jugaban, el sol se tapó y empezó a soplar viento desde el mar. Sintieron frío en la espalda. Se pusieron en pie y vieron unos nubarrones negros que se acercaban desde el océano. Emprendieron la vuelta al hotel. Empezó a llover. Las gotas hacían cráteres en la arena. La lluvia les dejó regueros en la espalda cubierta de sal y les empapó el cabello. Se refugiaron bajo el paseo entarimado, a casi un kilómetro del hotel. Se agazaparon en la fría arena, escucharon el repiqueteo de la lluvia sobre las tablas y observaron cómo se condensaba en gotas que caían por entre los tablones. Bajo la tarima había basuras, cristales rotos y cabezas de pescado que empezaban a pudrirse, trozos de cangrejos, clavos oxidados, tablas rotas, restos de madera, estrellas de mar duras como la piedra, manchas de aceite en la arena y trapos manchados de sangre seca. Se quedaron mirando el mar desde su madriguera. Se había levantado tormenta y el cielo brillaba con una luz verde. Un relámpago atravesó el firmamento como si fuera una bomba. La tormenta castigó el océano, lo apaciguó, lo intimidó. No había olas, sino unos tímidos resaltes que no llegaban a romper ni a extenderse por encima de la arena. La extraña luz aumentó de intensidad; el cielo se puso amarillo. El trueno estalló como si las olas estuvieran en el cielo y el viento empezó a arrastrar la lluvia hacia la playa, la hizo caer con fuerza sobre la arena y la empujó hasta debajo del entarimado. Luchando contra el viento y el agua, bajo la luz dorada, aparecieron dos siluetas que avanzaban con la cabeza gacha y protegiéndose los ojos con los brazos. Iban girándose y buscando por la playa, colocándose las manos como pantalla frente a la boca, pero no se les oía. Los niños los observaban sin moverse. Eran Madre y Tateh. Iban hacia ellos, trastabillando por la arena húmeda. Se giraban y el viento les aplastaba las ropas contra la espalda. Volvían a girarse y esta vez las ropas se les pegaban al pecho y a las piernas. Se separaron de la orilla y se acercaron al paseo. El cabello negro de Tateh, aplastado contra la frente y mojado, brillaba. La melena de Madre se había soltado y los mechones le cubrían la cara y los hombros. Llamaban. Llamaban. Corrían, andaban y buscaban a los niños. Estaban consternados. Los niños salieron corriendo bajo la lluvia. Cuando Madre los vio cayó de rodillas. Un momento después los cuatro estaban juntos, entre abrazos, reproches y risas; Madre reía y lloraba a la vez, con el agua de la lluvia cayéndole por la cara.

—¿Dónde estabais? —sollozaba—. ¿Dónde estabais? ¿No nos oíais llamaros?

Tateh tenía a su hija cogida en brazos.

—*Gottzudanken* —decía el barón—. *Gottzudanken*.

Volvieron caminando por la playa bajo la lluvia y el cielo iluminado, felices, todos en corrillo, empapados. Tateh no pudo evitar observar el vestido y la ropa

interior de Madre pegada a su cuerpo, que se transparentaba en algunas zonas. Con el cabello alborotado y suelto sobre los hombros parecía muy joven. La falda se le pegaba a las piernas y de vez en cuando ella se la separaba del cuerpo, pero el viento volvía a aplastarla. Al darse cuenta de que los niños no estaban, habían salido corriendo a la playa y ella se había quitado los zapatos a los pies de las escaleras de madera apoyándose en él para mantener el equilibrio. Ahora caminaba rodeando a los niños con los brazos. Él reconoció en su silueta húmeda la mujer de formas generosas del cuadro de Winslow Homer que es rescatada del mar con una cuerda. ¿Quién no arriesgaría la vida por una mujer así? Pero ella señalaba hacia el horizonte: sobre el océano se había abierto una brecha de cielo azul. De pronto Tateh corrió por delante de ellos y dio un salto mortal. Hizo la rueda y luego la vertical sobre la arena y empezó a caminar cabeza abajo. Los niños se rieron.

Cuando ocurrió todo aquello Padre estaba durmiendo. Últimamente no podía dormir por las noches y había empezado a echarse siestas por la tarde. Estaba inquieto. Había leído en el periódico que en el Congreso se especulaba cada vez más con la aplicación de un impuesto nacional sobre la renta. Fue el primer presentimiento de que se acababa el verano. Empezó a llamar periódicamente al gerente de la planta de New Rochelle. En casa las cosas estaban muy tranquilas. No se sabía nada más del asesino negro. El negocio se mantenía bien, tal como podía observar por las copias de pedidos que se le enviaban cada día. Pero todo aquello no le tranquilizó. La playa empezaba a aburrirle y ya no le apetecía bañarse en el mar. Por la noche, antes de acostarse, se iba a la sala de juegos y practicaba al billar. ¿Cómo iban a reemprender su vida si se quedaban en Atlantic City? Algunas mañanas se despertaba y sentía que el tiempo y los acontecimientos habían seguido su curso dejándole en una posición de mayor vulnerabilidad que nunca. Su nuevo amigo, el barón, le parecía una distracción pasajera. Madre pensaba que era entrañable, pero él no sentía una especial simpatía por aquel hombre, ni él por Padre. Quería hacer las maletas y marcharse, pero le retenía la sensación de seguridad que tenía Madre en aquel lugar. Ella consideraba que allí podían esperar a que la tragedia de Coalhouse acabara por sí sola; deseaba poder superarla. Él sabía que aquello no era más que una ilusión. Para consternación del director del hotel, Madre había adoptado la costumbre de llevar al niño de color a comer con ellos al comedor. Padre miraba al niño manteniendo las formas pese a todo. La mañana después de la tormenta, a la hora del desayuno, abrió el periódico y encontró en la primera página una fotografía del padre del niño. La banda de Coalhouse se había introducido en una de las galerías de arte más célebres de la ciudad, la biblioteca de Pierpont Morgan, en la calle Treinta y seis. Se habían hecho fuertes en su interior y exigían a las autoridades negociar con ellos, bajo amenaza de destruir los tesoros de Morgan. Habían lanzado una granada a la calle para demostrar su capacidad de ataque. Padre aplastó el periódico entre las manos. Una hora más tarde le anunciaron que tenía una llamada de la oficina del fiscal del distrito de Manhattan. Aquella tarde, tras

despedirse de Madre y recibir sus buenos deseos, se subió a un tren con destino a Nueva York.

Incluso a los ojos de quien hubiera seguido el caso desde sus inicios, la estrategia de venganza de Coalhouse parecería la prueba definitiva de su locura. ¿De qué otro modo se explicaría que Willie Conklin, aquel miserable racista cobarde tan ordinario como cualquiera, se hubiera convertido en Pierpont Morgan, el individuo más importante de su tiempo? Con ocho hombres muertos en su haber, caballos sacrificados y edificios destruidos, con una pequeña ciudad suburbana aún dominada por el terror, su arrogancia no conocía límites. ¿O tiene la injusticia, una vez se ha sufrido, una lógica y unos principios opuestos a los de la civilización?

Sabemos por el diario de Hermano Menor que el plan original era tomar a Morgan como rehén en su propio domicilio. La banda pensaba que si Conklin se escondía en el barrio irlandés sería tan imposible de detectar como Coalhouse en Harlem, y que en consecuencia había que obligarle a salir de allí por la fuerza. Lo que necesitaban era un rehén. Tras dos noches de debate se había aprobado que el candidato elegido fuera Pierpont Morgan. Para Coalhouse, representaba mejor que ningún alcalde o gobernador el poder del mundo de los blancos. Durante años había aparecido representado en tiras cómicas y caricaturas, con su puro y su sombrero de copa, como la encarnación del poder. Nueva York, su gran feudo, estaría dispuesta a pagar con todo un ejército de jefes de bomberos y una flota de Ford T el rescate de su querido Morgan.

Pero Coalhouse había confiado el reconocimiento de la zona donde vivía Morgan a dos de sus muchachos que poco sabían de la ciudad por debajo de la calle Cien, y menos aún sobre la vida de los ricos. Cuando vieron los dos edificios de Morgan, una casa de piedra y un palacio de mármol blanco, pensaron que la residencia sería el palacio de mármol. Hermano Menor se habría percatado del error. Pero él era el artillero; estaba en la parte trasera de una furgoneta cargada de explosivos y provisiones. Oyó el enfrentamiento. Colocaron la furgoneta contra la verja de la biblioteca y le dieron la señal para que bajara. Cuando levantó las cortinas de lona y miró afuera, les gritó que se habían equivocado de edificio. Pero llegados a aquel punto no había vuelta atrás. Un vigilante yacía muerto, se oían silbatos de policía. El ruido de los disparos había alertado a todo el vecindario. Los conspiradores descargaron la furgoneta, abrieron las grandes puertas de metal y tomaron las posiciones asignadas. Entonces Coalhouse hizo una rápida inspección del lugar.

—No hemos perdido nada —les tranquilizó—. Queríamos al hombre y lo tenemos, puesto que tenemos sus propiedades.

Resultó que Pierpont Morgan no estaba siquiera en Nueva York. Llevaba dos días a bordo del *S.S. Carmania* con destino a Roma. Estaba haciendo un lento peregrinaje a Egipto. Coalhouse tampoco sabía aquello. Así que, aunque la elección del objetivo

fuera errónea y el momento de ejecución no fuera el mejor, la acción parecía gozar de una gracia especial.

Casi inmediatamente se informó de la situación a los altos cargos de la J. P. Morgan Company. Enviaron un cable al *Carmania* para pedir instrucciones al viejo. Por algún motivo, quizá una avería del equipo de telégrafo del barco, no pudieron saber si su mensaje había llegado a recibirse. Como Morgan no estaba disponible para decirles lo que tenían que hacer, la policía no hizo otra cosa que acordonar la manzana, de la calle Treinta y seis a la Treinta y siete y de Madison Avenue a Park Avenue. Se desvió el tráfico y la policía montada galopaba adelante y atrás para mantener a la multitud detrás del cordón. Los sonidos de la ciudad, su tráfico, sus bocinas, su vida, parecían quedar separados de la escena por un muro del silencio. Los miles de personas que se acercaron estaban tan callados como un público absolutamente absorto por la acción. Cuando llegó la noche, se conectaron focos alimentados por generadores portátiles. Los curiosos podían sentir la vibración de los generadores bajo los pies, como un terremoto en gestación. Había policías por todas partes, en furgonetas, a pie, a caballo, pero tenían el mismo aspecto de espectadores que la multitud a la que contenían.

La granada que se lanzó tras el grito de aviso de Hermano Menor había horadado la acera dejando un enorme cráter en la calle, frente a las puertas de la biblioteca. En el fondo del cráter, una tubería de agua rota borboteaba como una fuente termal. Había ventanas rotas en todo el edificio. Al otro lado de la calle había una casa de piedra, una residencia privada, especialmente afectada por la explosión. Sus propietarios habían salido corriendo y habían dado permiso al Departamento de Policía para que establecieran su cuartel general en la planta baja. Los policías descubrieron que podían subir y bajar por las escaleras de la casa impunemente y moverse por la calle Treinta y seis si no intentaban subirse a la acera. La casa se llenó de oficiales del Departamento de Policía y otras autoridades municipales y gradualmente, cuando la naturaleza de la confrontación fue quedando clara, una autoridad tras otra cedió su responsabilidad a otra de mayor rango. Hasta que al final, con los tenientes, capitanes e inspectores presentes, al igual que el inspector jefe de la policía, Rhinelandor Waldo, el control de la operación recayó en el fiscal del distrito de Nueva York, Charles S. Whitman. Whitman había adquirido un prestigio considerable al dar caza a un teniente de policía corrupto llamado Becker y hacer que lo condenaran a muerte por haber ordenado a cuatro esbirros —Gyp the Blood, Dago Frank, Whitey Lewis y Lefty Louie— el asesinato de un conocido jugador profesional llamado Herman Rosenthal. Aquel caso de enorme repercusión había convertido a Whitman en un candidato indiscutible a gobernador de Nueva York. Se hablaba incluso de una posible candidatura a la presidencia del país. Estaba a punto de salir de Nueva York con su esposa para pasar unos días en Newport, en la casa de verano de cuarenta habitaciones de la señora de Stuyvesant Fish. Recientemente había sido presentado en sociedad por la señora de O. H. P. Belmont. Él valoraba

aquellos contactos, pero no pudo resistir la tentación de dejarse caer por la calle Treinta y seis cuando le llegó la noticia. Pensó que era su deber como futuro presidente. Le gustaba aparecer fotografiado en la escena del crimen. A su llegada todo el mundo se sometió inmediatamente a su criterio, entre ellos un enemigo suyo, el colérico alcalde William J. Gaynor. Él lo interpretó como un reconocimiento significativo de la realidad política. Consultó el reloj y decidió que disponía de unos minutos para ocuparse del caso de aquel negro loco.

Whitman pidió los planos de la biblioteca al estudio de arquitectura de Charles McKim y Stanford White. Tras estudiarlos, autorizó que un único hombre de tipo atlético realizara un reconocimiento accediendo al tejado de la biblioteca y observando a través de la claraboya de cristal del salón principal y de la Sala Este para determinar cuántos negros había. Encontraron al agente y le enviaron por el jardín que separaba la biblioteca de la residencia de Morgan. Whitman y el resto de agentes esperaban en el cuartel improvisado. En cuanto el agente entró en el jardín el cielo se iluminó y se oyó una fuerte detonación seguida de un grito agonizante. Whitman se quedó lívido.

—Tienen el maldito lugar sembrado de minas —dijo.

Entró un agente. Por lo que parecía, el agente del jardín estaba muerto, algo que para él era un mínimo golpe de suerte, ya que nadie se habría atrevido a entrar allí para sacarlo. Los oficiales de policía estaban abatidos. Miraron a Whitman. Ahora ya sabía que el número de efectivos de la banda de Coalhouse no era un dato de importancia vital. Pero convocó a la prensa y anunció que eran más de una docena; quizá veinte hombres.

Durante las horas siguientes, el fiscal del distrito Whitman consultó a varios asesores. El coronel al mando de la milicia de Nueva York en Manhattan propuso una acción militar a gran escala. Aquello alarmó tanto a uno de los conservadores de la colección de Morgan, un hombre alto y nervioso con unos quevedos, que cruzaba las manos sobre el pecho como si fuera una diva en la Metropolitan Opera House, que empezó a temblar.

—¿Saben ustedes el valor de las piezas del señor Morgan? ¡Tenemos cuatro manuscritos de Shakespeare! ¡Una Biblia de Gutenberg en papel de vitela! ¡Hay setecientos incunables y una carta de cinco páginas de George Washington!

El coronel agitó el dedo en el aire.

—Si no nos ocupamos de ese hijo de perra, si no entramos ahí y le cortamos las pelotas, se les subirán los humos a todos los negros del país. ¿De qué le servirán entonces sus Biblias?

Whitman caminaba arriba y abajo. Un ingeniero urbanista le dijo que si pudieran reparar el escape de agua también podrían hacer un túnel a través de los cimientos de la biblioteca.

—¿Cuánto se tardaría? —preguntó Whitman.

—Dos días —respondió el ingeniero.

A otro se le ocurrió usar gas tóxico.

—Eso podría acabar con él —concedió Whitman—. Claro que todos los demás vecinos del East Side también morirían.

Empezaba a mostrarse inquieto. La biblioteca estaba hecha de bloques de mármol encajados. Por entre los bloques no cabía ni la hoja de un cuchillo. El lugar estaba sembrado de bombas y un par de ojos negros les observaban desde cada ventana.

Whitman tuvo el sentido común de pedir ideas a los oficiales de policía de la sala. Un viejo sargento con muchos años de calle, veterano de Hell's Kitchen y de Tenderloin, dijo:

—Lo principal, señor, es conseguir entablar conversación con ese Coalhouse Walker, con ese maníaco armado, intentar calmar los ánimos. Si consigue que hable, y que no deje de hablar, tendrá un modo de meterse en situación.

Whitman, al que no le faltaba el valor, cogió un megáfono, salió a la calle y le anunció a Coalhouse que quería hablar con él. Agitó su sombrero de paja.

—Si hay algún problema —gritó—, podemos resolverlo juntos.

Repitió aquella consigna varios minutos. Luego, por un momento, se abrió la ventanilla contigua a la entrada principal. Un objeto cilíndrico salió volando a la calle. Whitman se estremeció y los hombres que estaban en la casa, tras él, se tiraron al suelo. Para sorpresa de todos, no hubo explosión ninguna. Whitman se retiró a la

casa y pasaron unos minutos hasta que un hombre provisto de binoculares pudo distinguir que el objeto era una jarra de cerveza con tapa. Un agente corrió a la calle, recogió la jarra y volvió a subir corriendo las escaleras de la casa. El objeto, que había quedado mellado, era una jarra de cerveza medieval de plata con una escena en relieve. El conservador pidió que se la enseñaran y les comunicó que era del siglo XVII y que había pertenecido a Federico, elector de Sajonia.

—Me alegra mucho oír eso —reconoció Whitman.

Entonces el conservador levantó la tapa y encontró en el interior un trozo de papel con un número de teléfono que identificó como el suyo propio.

El propio fiscal del distrito tomó el teléfono. Se sentó a un extremo de la mesa y cogió el auricular con la mano izquierda y el receptor, unido al cable, con la derecha.

—Hola, señor Walker —dijo con decisión—. Soy Whitman, el fiscal del distrito.

Le impresionó el sereno tono de negociación del hombre de color:

—Mis exigencias son las mismas —dijo la voz al teléfono—. Quiero que me devuelvan el coche en el mismo estado en el que estaba cuando me cortaron el paso. No me pueden devolver a mi Sarah, pero a cambio de su vida quiero la vida del jefe de bomberos Conklin.

—Coalhouse —dijo Whitman—, usted sabe que, como funcionario de justicia nunca podría entregarle a alguien para que lo ejecutara fuera de la ley sin haberlo sometido antes al proceso judicial correspondiente. Eso me pone en una situación insostenible. Lo que le puedo prometer es investigar el caso y ver qué medidas se pueden tomar. Pero no puedo hacer nada por usted hasta que salga de ahí.

Coalhouse Walker parecía no haber oído aquello.

—Le doy veinticuatro horas —anunció—. Luego volaré este lugar con todo lo que contiene. —Y colgó.

—¿Oiga? —dijo Whitman—. ¿Oiga?

Ordenó a la operadora que volviera a marcar el número. No hubo respuesta.

A continuación Whitman envió un telegrama a Newport, a la señora de Stuyvesant Fish. Esperaba que hubiera leído los periódicos. Los ojos solían hinchársele cuando estaba cansado, y éste era uno de aquellos momentos. Estaba colorado. Se quitó la chaqueta y se desabrochó el chaleco. Pidió a uno de los agentes que le trajera un poco de *whisky*. Sabía que Emma Goldman, la roja, la anarquista, estaba en Nueva York. Ordenó que la arrestaran. Echó un vistazo por la ventana de la casa. El día estaba tapado y más oscuro que de costumbre. El aire estaba cargado y una fina lluvia había dejado las calles brillantes. Las luces de la ciudad estaban encendidas. El compacto palacio griego de mármol blanco resplandecía bajo la lluvia. Parecía muy tranquilo. En aquel momento Whitman cayó en la cuenta de que la deferencia que habían tenido con él el inspector jefe Rhinelander Waldo y los demás miembros del Departamento de Policía había hecho que se dejara llevar y se involucrara en una situación políticamente arriesgada. Por una parte tenía que proteger los intereses de Morgan, cuyos diversos comités de reforma compuestos por

protestantes republicanos puristas habían financiado su investigación en los casos de corrupción de la Asociación Demócrata Católica del Departamento de Policía. Por otra parte tenía que proteger su reputación como inflexible fiscal del distrito, que trataba con mano dura a los criminales. Por todo aquello, no cabía otra solución que no fuera acabar a toda velocidad con aquel hombre de color. Le trajeron un vaso de *whisky*. «Sólo uno, para calmarme los nervios», se dijo.

Mientras tanto la policía llamaba a la puerta de Emma Goldman en la calle Trece Oeste. Goldman no se mostró sorprendida. Siempre tenía una pequeña bolsa preparada con una muda y un libro para leer. Desde el asesinato del presidente McKinley se le había acusado repetidamente de fomentar con sus actos o sus palabras acciones violentas, huelgas o disturbios callejeros en diferentes puntos de los Estados Unidos. Los agentes de la ley de todo el país tenían la obsesión de relacionarla con cualquier caso por principio, tanto si la creían culpable como si no. Ella se puso el sombrero, cogió su bolsa y salió por la puerta. Se subió en la furgoneta de la policía con un agente joven.

—No te lo creerás —le confesó—, pero estoy deseando pasar una temporada en la cárcel. Es el único lugar donde consigo descansar un poco.

Por supuesto, Goldman no sabía que uno de los miembros de la banda de Coalhouse era el joven del que se había compadecido, el amante burgués de una prostituta infame. Frente a la mesa del sargento, en la comisaría de Centre Street, hizo una declaración ante la prensa mientras la arrestaban por conspiración.

—Lo siento por los bomberos de Westchester. Ojalá no los hubieran matado. Pero el negro se vio forzado a tomar la vía de la acción, o así lo entiendo, tras el cruel asesinato de su prometida, una joven inocente. Como anarquista, aplaudo su apropiación de la propiedad de Morgan. El señor Morgan también se ha apropiado de cosas por su cuenta.

Al oír aquello los periodistas lanzaron sus preguntas.

—¿Coalhouse es seguidor suyo, Emma? ¿Lo conoce? ¿Tiene algo que ver con esto?

Goldman sonrió y negó con la cabeza.

—Lo que nos oprime es la riqueza, amigos. La riqueza es la opresora. Coalhouse Walker no necesitaba leer a Emma la Roja para aprender eso. Sólo le ha hecho falta sufrir.

Al cabo de una hora los periódicos ya habían sacado una edición extra con la noticia del arresto. Hacían una transcripción libre de las palabras de Goldman. Whitman se preguntó si habría sido sensato darle voz en el debate. Pero aquella acción tuvo un resultado positivo evidente. El presidente del Instituto Tuskegee de Magisterio e Industria, Booker T. Washington, estaba en la ciudad recaudando fondos. Daba una conferencia en el centro, en el salón de actos de la Cooper Union, en Astor Place, y se apartó del texto que tenía preparado para deplorar las observaciones de Goldman y condenar las acciones de Coalhouse Walker. Un

periodista llamó a Whitman para contárselo. Inmediatamente el fiscal del distrito se puso en contacto con el gran académico y le preguntó si querría aparecer en escena y usar su autoridad moral para resolver la crisis.

—Lo haré —respondió Booker T. Washington. Le enviaron una escolta policial al centro y Washington, tras disculparse ante los anfitriones de la comida que se daba en su honor, salió entre aplausos.

Booker T. Washington era en aquel tiempo el negro más famoso del país. Desde la fundación del Instituto Tuskegee en Alabama, se había convertido en el máximo exponente de la formación vocacional para gente de color. Estaba en contra de todas las revueltas organizadas por los negros para reclamar la igualdad política y social. Había escrito un libro de éxito sobre su vida, una lucha para ascender desde la esclavitud hasta la realización personal, y sobre sus ideas, que defendían el avance de los negros con la colaboración de sus vecinos blancos. Abogaba por la amistad entre las razas y hablaba de las promesas del futuro. Sus planteamientos recibieron el apoyo de cuatro presidentes de la nación y de la mayoría de gobernadores de los estados sureños. Andrew Carnegie le había dado dinero para su escuela y Harvard le había concedido un diploma honorífico. Llevaba traje negro y sombrero de fieltro. Se plantó en medio de la calle Treinta y seis. Era un hombre robusto y atractivo, orgulloso de sus logros. Le pidió a Coalhouse que le dejara entrar en la biblioteca. Se negó a usar el megáfono. Era un orador y tenía una voz potente. Su forma de actuar no dejaba entrever la mínima posibilidad de que los atrincherados no le concedieran lo que pedía.

—Ahora voy a entrar —avisó. Y rodeó el cráter del asfalto y atravesó las puertas de hierro. Subió los escalones entre los leones de piedra y se quedó a la sombra del pórtico con arcos soportados por dobles columnas jónicas, esperando a que se abrieran las puertas. Se produjo un silencio y por un momento todo se quedó tan inmóvil que se pudo oír claramente la bocina de un taxi a varias manzanas de distancia. Al cabo de un momento las puertas se abrieron. Booker T. Washington desapareció en el interior. Las puertas se cerraron. Al otro lado de la calle, Whitman, el fiscal del distrito, se secó la frente y se dejó caer en una silla.

Lo que Booker Washington se encontró fue la impresionante biblioteca dorada con pinturas y estanterías llenas de libros únicos, estatuas y suelos de mármol, paredes tapizadas con damasco y muebles florentinos de incalculable valor, todo cubierto de explosivos. Había barrenos de dinamita pegados a las pilastras de mármol del vestíbulo. Los cables iban de las Salas Este y Oeste, por el suelo, hasta la parte trasera del vestíbulo, donde había una pequeña hornacina. Allí se encontraban un hombre sentado a horcajadas sobre un banco de mármol, y en el banco había una caja con un detonador en forma de «T» que sostenía con ambas manos. Estaba de espaldas a las puertas metálicas e inclinado de modo que, si una bala lo mataba, automáticamente el peso de su cuerpo al caer accionaría el detonador. El tipo se volvió para mirar por encima del hombro a Washington y el gran educador contuvo la respiración de pronto cuando vio que no era un negro, sino un blanco con la cara pintada de negro, como si se tratara de un espectáculo cómico. Washington entró con

una actitud severa y reprobatoria, pero con la intención de ser diplomático. No pretendía persuadir. Miró hacia la Sala Oeste y a continuación atravesó el vestíbulo hasta la entrada a la Sala Este. Esperaba encontrar decenas de hombres negros, pero sólo vio a tres o cuatro jóvenes apostados cada uno junto a una ventana con un rifle en las manos. Coalhouse estaba de pie, esperándolo, vestido con un traje de pata de gallo bien planchado y corbata, aunque llevaba una pistola en el cinturón. Washington lo miró de arriba abajo. Tenía el ceño fruncido y le brillaban los ojos. Le habló haciendo uso de su mejor técnica de orador:

—Me he pasado toda la vida luchando con paciencia y esperanza por una hermandad cristiana. He tenido que convencer al hombre blanco de que no tiene que temernos ni matarnos, porque sólo queremos mejorar y disfrutar junto a él de los frutos de la democracia de este país. Cada negro preso, cada hombre de color perdido por el juego o la fornicación ha sido mi enemigo, y cada incidente delictivo provocado por negros me ha costado un trozo de mi vida. ¡Lo que me costará vuestra insensata temeridad criminal! ¡Lo que les costará a mis estudiantes que se esfuerzan por aprender un oficio con el que poder ganarse la vida y silenciar las críticas de los blancos! Mil hombres negros honestos y trabajadores no pueden corregir el daño provocado por uno como tú. Y lo que es peor, tú eres un músico con formación, según creo, alguien que se lanza a esta infame empresa desde el liceo de la música, donde se venera la armonía y los sonidos de las arpas y las trompetas celestiales son modelo de melodía. ¡Ser monstruoso! Si ignoraras la dramática lucha de nuestro pueblo, podría haberme compadecido de ti en esta aventura. ¡Pero eres músico! Miro a mi alrededor y huelo a sudor rabioso, a la rebeldía de una juventud desbocada y sin recursos. ¿Qué les has enseñado? ¿Qué injusticia que puedas haber sufrido, qué pérdida puede justificar la condenación a la que has llevado a estos jóvenes insensatos? Y, para colmo de males, has integrado en esta nefasta asociación a un blanco que se pinta de negro y añade la mofa a la lista de cargos en tu contra.

Todos los miembros de la banda oyeron el discurso. No estaban tan absorbidos por la revolución como para que no les impresionaran los sentimientos de Booker T. Washington, de quien habían oído hablar desde que eran niños. Probablemente para ellos era crucial conocer la respuesta de Coalhouse. Éste habló serenamente:

—Es un gran honor para mí conocerle, señor —dijo—. Siempre he sentido una gran admiración por usted. —Miró hacia el suelo de mármol—. Es cierto que soy músico y un hombre maduro. Pero espero que eso le haga pensar en la serenidad con la que he calculado mis actos. Y que, por tanto, ambos podamos ser leales servidores de nuestro color que proclaman la verdad de nuestra condición humana y el respeto que ésta merece.

Washington se quedó tan sorprendido ante aquella idea que empezó a perder la conciencia. Coalhouse le acompañó desde el vestíbulo a la Sala Oeste y le hizo sentar en una de las elegantes butacas rojas. Cuando recuperó la compostura, Washington se secó la frente con un pañuelo. Observó la chimenea de mármol tan alta como un

hombre. Miró hacia arriba, al techo tallado y policromado procedente del palacio del cardenal Gigli, de Lucca. En las paredes de seda roja había retratos de Martín Lutero pintados por Lucas Cranach el Viejo y varias adoraciones de los Reyes Magos. El educador cerró los ojos y cerró los puños sobre los muslos.

—¡Oh, Señor! —dijo—, conduce a mi pueblo a la Tierra Prometida. Libéralos del látigo del faraón. Abre los grilletes de sus mentes y suelta los nudos del pecado que les atan al infierno.

Sobre la repisa de la chimenea había un retrato de Pierpont Morgan en su juventud. Washington se quedó analizando aquel rostro temible. Mientras tanto, Coalhouse Walker se sentó en la silla de al lado y los dos hombres negros, uno junto al otro y bien vestidos, eran la imagen de la probidad y la reflexión.

—Sal conmigo —le conminó Booker Washington con una voz suave— y yo intercederé para que tu juicio sea rápido y tu ejecución indolora. Desmonta estas máquinas del demonio —dijo, señalando los paquetes de dinamita pegados a las esquinas del techo tallado y a las paredes—. Dame la mano y ven conmigo. Por el bien de tu hijo y de todos los niños de nuestra raza que se enfrentan a una vida dura y a un largo camino.

Coalhouse se quedó sentado, sumido en sus pensamientos.

—Señor Washington —dijo por fin—, nada me gustaría más que acabar con esto. —Levantó los ojos y el educador vio en ellos lágrimas de emoción—. Haga que el jefe de bomberos repare mi automóvil y lo deje enfrente de este edificio. Me verá salir con las manos en alto y ni este lugar ni ningún hombre sufrirá ningún daño de manos de Coalhouse Walker.

Aquella declaración supuso la primera modificación de las demandas de Coalhouse desde la noche de Emerald Isle, pero Washington no lo entendió. Sólo oyó que se rechazaba su petición. Sin más palabras, se levantó y salió. Cruzó la calle, convencido de que su intervención no había servido de nada. Una vez solo, Coalhouse se puso a caminar por las habitaciones. Sus jóvenes hombres permanecían en sus puestos y le seguían con la mirada. Uno de ellos estaba apostado en el tejado, sobre la claraboya del pórtico. Mantuvo la guardia bajo la lluvia y, aunque no podía verlos, sintió la presencia de miles de neoyorquinos que observaban en silencio. Durante la noche le pareció que emitían un sonido, un rumor apenas detectable, como un suspiro no más intenso que el ruido de la fina llovizna al caer.

Después de hablar con el fiscal del distrito, Booker T. Washington se dirigió a los periodistas en el salón del cuartel general provisional.

—La biblioteca del señor Morgan es una bomba de dinamita lista para explotar en cualquier momento —dijo—. Nos enfrentamos a un enfermo mental desesperado. Sólo puedo rezar para que el Señor, en su sabiduría, nos saque de este triste asunto sin sufrir daños.

Washington hizo una serie de llamadas de teléfono a amigos y colegas de Harlem —pastores de la iglesia y líderes de la comunidad— y les invitó a acercarse y demostrar la oposición de los negros responsables a la causa de Coalhouse Walker, que se materializó en una manifestación en la calle. Whitman, el fiscal del distrito, dio su autorización aunque el informe recibido de la biblioteca era tan desesperanzador que al mismo tiempo dio orden de evacuar todas las casas y pisos en un radio de dos manzanas a la redonda. Así estaban las cosas cuando llegó Padre. Atravesó el cordón policial escoltado y pasó junto a la concentración de hombres negros que estaban allí rezando, de pie y con el sombrero quitado. Miró por un momento hacia la biblioteca y luego subió las escaleras de la casa. Una vez dentro le dejaron solo. Nadie le dijo nada ni le pidió nada. Miró alrededor, volviéndose, esperando una palabra o alguna reacción por parte de las autoridades. No pasó nada.

La casa estaba llena de policías uniformados y de hombres con cargos indeterminados. Todo el mundo se movía de un lado al otro. Padre fue curioseando hasta llegar a la cocina. Allí estaban los periodistas. Se habían comido todo lo que había en la nevera. Estaban sentados con los pies encima de la mesa y apoyados contra las alacenas. Llevaban los sombreros puestos y utilizaban la pica como escupidera. Padre escuchó la conversación y oyó los detalles de la entrevista de Booker T. Washington con Coalhouse. Se quedó asombrado ante la fama de aquel hombre que había tocado el piano en su salón. Pero le parecía que Coalhouse había modificado sus exigencias. ¿Era así? Nadie parecía darse cuenta. No obstante, si accedía a perdonarle la vida a Willie Conklin, el jefe de bomberos, o por lo menos a negociarlo, había que informar a alguien. Buscó algún responsable y se encontró con el fiscal del distrito, al que reconoció por las fotografías de los periódicos. Whitman estaba junto a la ventana del salón, con un par de binoculares en las manos. Padre se presentó y le dijo a Whitman lo que pensaba. El fiscal del distrito lo miró con ojos de sorpresa. Padre observó en su rostro las marcas de los vasos capilares. Whitman se volvió hacia la ventana y levantó los binoculares para mirar como un almirante en alta mar. Padre no supo qué hacer y se quedó a su lado.

Whitman estaba esperando la respuesta del señor Morgan. No dejaba de mirar el reloj. Entonces llegó alguien corriendo por la calle. En el vestíbulo se creó un

alboroto. Un chico entró en el salón seguido por los conservadores de la colección y varios policías. Traía un telegrama del *Carmania*. El fiscal del distrito rompió el sobre. Leyó el cable y sacudió la cabeza sin acabar de creérselo.

—Maldición —murmuró—. Maldita sea. —De pronto se puso a dar voces a todos los que estaban en la sala—. ¡Fuera! ¡Salid todos! —Y sacó a la gente a empujones. Pero a Padre lo cogió del brazo y le hizo quedarse. Las puertas se cerraron y Whitman le colocó el telegrama en las manos a Padre. «DENLE SU AUTOMÓVIL Y AHÓRQUENLO», decía el texto.

Padre levantó la mirada y se encontró con la del fiscal del distrito.

—Esto es algo que nunca me plantearía —dijo Whitman—. No puedo rendirme ante ese negro. Ni siquiera colgarlo. No me lo puedo permitir. Mierda, me encargué de aquel hijo de perra de Becker. El crimen del siglo, así lo llamaron los periódicos. ¿Y ahora el fiscal del distrito tiene que rendirse ante un negro? ¡No, señor! ¡Eso no puede ser!

Whitman daba vueltas por la sala. Padre se sintió de pronto importante. Tenía en sus manos un mensaje privado de J. Pierpont Morgan, lo cual le convertía inmediata e incuestionablemente en confidente del fiscal del distrito de Nueva York.

Padre vio claro que era el momento de negociar. Incluso Morgan, al otro lado del mundo, lo había entendido. Coalhouse parecía haber cedido en una de sus exigencias, la de que le entregaran a Conklin. Por otra parte, Padre opinaba que desde la muerte de Sarah, el deseo más ferviente de Coalhouse Walker era el de morir. Informó de ello al fiscal del distrito.

—Todo este asunto puede resolverse muy rápidamente —opinó—. El coche no tiene un valor real. Además, la idea es del señor Morgan.

—Yo diría —puntualizó Whitman— que sólo a Pierpont Morgan se le podía haber ocurrido. ¿Qué otra persona tendría el valor de sugerir eso?

—No —corrigió Padre—. Lo que quiero decir es que es idea suya. Desde luego, yo no sé nada de política pero ¿no le exime eso a usted de su responsabilidad?

Whitman se detuvo de pronto y se quedó mirando a Padre.

—Ahora mismo se supone que tendría que estar en Newport con la familia de Stuyvesant Fish —recordó.

Y así, justo después de medianoche se colocó una yunta de caballos de tiro junto al destrozado Ford T de Coalhouse Walker que esperaba junto al estanque de Firehouse Lane, en New Rochelle. La lluvia había cesado y habían salido las estrellas. Engancharon los caballos al parachoques y remolcaron el coche hasta la carretera. A continuación emprendieron el largo camino a la ciudad, al trote, con el conductor sentado en el asiento delantero sujetando las riendas con una mano y el volante con la otra. Todos los neumáticos estaban deshinchados, el coche iba dando bandazos, y cada giro de las ruedas producía un chirrido insoportable.

Mientras el Ford avanzaba hacia Manhattan, Whitman consiguió hablar con Coalhouse por teléfono. Le dijo que quería hablar sobre sus exigencias. Propuso que

Padre actuara de intermediario en la negociación. Así sería más privada que si se hacía por teléfono.

—Usted puede confiar en él y yo también —aseguró Whitman—. Al fin y al cabo, usted trabajó para él.

—No —le dijo Padre al otro oído—. Nunca ha trabajado para mí.

Ahora Padre tenía grandes dudas. En muy pocos minutos se encontraría en la calle, sintiendo el frío de la madrugada, rodeando el cráter y subiendo las escaleras entre los dos leones de piedra. Se recordó a sí mismo que era un oficial retirado del ejército de Estados Unidos. Había explorado el Polo Norte. Las puertas metálicas se abrieron lo justo para que pasara. Oyó sus propias pisadas sobre el suelo pulido de mármol. Necesitó un momento para que los ojos se le adaptaran a la tenue luz. Buscó al hombre de color y encontró en su lugar a su cuñado, con el pecho descubierto y la cara negra, con una pistola enfundada bajo el brazo.

—¡Tú! —exclamó Padre.

Hermano Menor desenfundó la pistola y escenificó una especie de saludo apoyándose el cañón contra la sien. A Padre le fallaron las rodillas. Le acercaron una silla. Coalhouse le trajo una cantimplora con agua.

El primer acuerdo al que llegaron ambas partes fue que se ampliara el plazo de veinticuatro horas. El segundo acuerdo fue que se colocaran tablones de madera sobre el agujero de la calle. Padre iba y venía cumpliendo su misión con eficacia pero en un peculiar estado de aturdimiento, como un sonámbulo. No miraba a la cara a su cuñado. Sentía que amenazaba con dominarle una extraña sensación de amargo júbilo.

Mientras iban fijando aquellos puntos, Whitman no se despegaba del teléfono, usando todos los medios a su disposición para encontrar a Willie Conklin. Tenía a la policía tras su pista en todos los barrios. Entonces se le ocurrió llamar a Big Tim Sullivan, conocido personaje del Distrito Cuarto y pieza clave de la maquinaria del Tammany Hall. Le despertó.

—Tim —dijo—, hay un forastero en la ciudad, un tal Willie Conklin del condado de Westchester.

—No conozco a ese tipo —dijo Big Tim—, pero veré qué puedo hacer.

—Estoy seguro —respondió Whitman.

En menos de una hora Willie Conklin subía las escaleras de la casa cogido por el pescuezo. Estaba mojado, desaliñado y asustado. Había perdido los botones inferiores de su camisa de trabajo y la barriga le salía por encima del cinturón. Lo echaron sobre una silla del vestíbulo y le dijeron que se estuviera callado. Un policía montaba guardia a su lado. Los dientes le castañeteaban y tenía las manos temblorosas. Metió la mano en el bolsillo de atrás, donde llevaba una petaca envuelta en una bolsa de papel. El policía le agarró del brazo antes de que pudiera sacarla y, usando un par de esposas a modo de látigo, le dio un golpetazo en la cabeza.

Durante la noche, el público congregado en la calle había disminuido, pero al

amanecer volvió a aumentar, hasta formar cuatro o cinco filas por detrás del cordón. El oxidado Ford T estaba allí, en la calle Treinta y seis, junto al bordillo, frente a la biblioteca. En un momento determinado se abrió la puerta de la casa de enfrente y aparecieron en la entrada dos policías que sostenían la triste figura de Willie Conklin. Lo estaban exhibiendo. Luego volvieron a meterlo y Whitman, que había traído los dos elementos de debate como demostración de buena voluntad —el coche y el jefe de bomberos—, expuso sus condiciones. Exigiría a su homólogo de Westchester que presentara cargos contra Willie Conklin por daños intencionados, vandalismo y detención ilegal de un ciudadano. Por otra parte, el jefe de bomberos repararía el Ford T allí mismo, en la calle, frente a todo el mundo. Sería una humillación que arrastraría el resto de su vida. Y el coche, por supuesto, quedaría nuevo. Whitman quería a cambio la rendición de Coalhouse y sus hombres.

—Y entonces le garantizo que gozará de todos los derechos y privilegios que le concede la ley —afirmó.

Cuando Padre se presentó en la biblioteca con aquella propuesta, los jóvenes la recibieron con risas y gritos triunfales.

—Ya lo tenemos —se decían unos a otros—. Se rinde. Vamos a llevarnos todo el pastel.

La visión del coche y la exhibición de Conklin les había levantado el ánimo. Pero Coalhouse guardaba silencio. Se fue a la Sala Oeste y se sentó. Padre se quedó a su lado, esperando. Poco a poco, las sombrías reflexiones de Coalhouse se impusieron a la alegría de los jóvenes. Empezaron a inquietarse. Por fin Coalhouse se dirigió a Padre:

—Me entregaré, pero mis hombres no. Quiero que les garanticen vía libre y una amnistía total y completa. Pero quédese aquí, por favor, hasta que se lo haya comunicado a ellos.

Coalhouse se levantó de la silla y salió a hablar con sus hombres al vestíbulo. Se reunieron alrededor del detonador. No daban crédito a lo que oían.

—No tienes que darles nada —dijeron—. ¡Tenemos a Morgan cogido por las pelotas! No tienes que negociar nada. Que nos den a Conklin y el coche y nos dejen salir de aquí, y recuperarán su biblioteca. ¡Ésa es la negociación, así es como hay que negociar!

Coalhouse estaba sereno. Habló con tranquilidad.

—Las autoridades no saben el nombre de ninguno de vosotros —dijo—. Podéis desaparecer por la ciudad y recuperar vuestras vidas.

—Tú también —respondieron.

—No —replicó Coalhouse—. Nunca me dejarán salir de aquí, y lo sabéis. Y si lo hicieran, no escatimarían esfuerzos para darme caza a mí y a todo el que me acompañara. Y moriríais todos. ¿Para qué? ¿De qué serviría?

—Hemos discutido esto antes —protestó uno de ellos— y ahora nos haces esto. ¡No puedes! ¡Todos somos Coalhouse!

—Si no podemos salir, volaremos este lugar —intervino otro. Hermano Menor también intervino:

—Lo que estás haciendo es traicionarnos. O salimos todos libres o todos debemos morir. Firmaste tu carta como Presidente del Gobierno Provisional de Estados Unidos.

Coalhouse asintió.

—Me pareció que era la retórica que necesitábamos para darnos ánimos —se justificó.

—¡Pero para nosotros era cierto! —gritó Hermano Menor—. ¡Era cierto! ¡Hay suficiente gente por las calles como para formar un ejército!

Desde luego ningún teórico de la revolución podía negar la evidencia de que, con un enemigo tan enorme como toda la raza blanca del país, la reparación del Ford T era un punto de partida tan válido como cualquier otro. Hermano Menor estaba furioso:

—¡No puedes cambiar tus exigencias! ¡No puedes reducir el alcance de nuestras demandas! ¡No nos puedes traicionar por un coche!

—No he cambiado mis exigencias —dijo Coalhouse.

—¿Ese maldito Ford es lo que tú entiendes por justicia? ¿Tu ejecución es lo que entiendes por justicia?

Coalhouse se le quedó mirando.

—En cuanto a mi ejecución, mi muerte estaba firmada en el momento en que murió Sarah. Y mi Ford, dejado de la mano de Dios, va a quedar igual que el día que pasé frente a la estación de bomberos. No he reducido mis exigencias; son ellos los que las han magnificado al no acatarlas durante todo este tiempo. Canjearé vuestras valiosas vidas por la de Willie Conklin, y ya puede dar gracias.

Unos minutos más tarde Padre volvía a cruzar la calle. Para que se hiciera justicia, Coalhouse Walker estaba dispuesto a someterse a ella. Pero sus seguidores no. Eran de otra generación. No eran humanos. Padre se estremeció al pensarlo. ¡Eran monstruosos! Su causa les había alterado la mente. No les importaba que se hundiera el mundo. ¡Crear un ejército! No eran más que unos revolucionarios de tres al cuarto.

En aquella ocasión, la legendaria tozudez de Coalhouse se había convertido en una fortaleza contra los argumentos de sus hombres. Él era el que se encontraba entre Morgan y el desastre. Padre no le confió nada de aquello al fiscal del distrito. Tenía la impresión de que Whitman ya tendría suficientes problemas con la versión oficial. Y así fue. Whitman echó varios tragos de *whisky*. Llevaba una barba de dos días. Sus protuberantes ojos estaban rojos y tenía el cuello de la camisa arrugado. Daba vueltas por la sala. Se detenía junto a la ventana. Golpeaba repetidamente el puño derecho contra la mano izquierda. Volvía a leer el telegrama de Morgan.

—¿Qué? Ah sí, claro. —Buscó una silla para sentarse—. ¿Cuántos dijo que había?

—Cinco —respondió Padre, excluyendo de forma inconsciente a Hermano

Menor. Whitman suspiró y Padre añadió—: Creo que es lo mejor que puede hacer.

—Claro —dijo el fiscal del distrito—. ¿Y qué les digo a los periódicos?

—Bueno —propuso Padre—, puede decirles que... Primero, que se ha capturado a Coalhouse Walker; segundo, que los tesoros del señor Morgan se han salvado; tercero, que la ciudad está sana y salva; y cuarto, que su departamento y la policía utilizarán todos los medios de que disponen para dar caza a los miembros de la banda hasta conseguir que todos acaben entre rejas, que es donde deben estar.

Whitman reflexionó.

—Los seguiremos —murmuró—. Hasta su madriguera.

—Bueno —objetó Padre—. Eso quizá no sea posible. Van a tomar un rehén y no le dejarán libre hasta que sepan que están seguros.

—¿Quién será el rehén? —preguntó Whitman.

—Yo mismo —dijo Padre.

—Ya veo —respondió Whitman—. ¿Y qué le hace pensar a ese negro que puede resistir en el edificio por sí solo?

—Bueno —sugirió Padre—, estará fuera de la línea de visión de las ventanas y la claraboya, con las manos sobre el detonador de la dinamita. Yo creo que con eso le bastará.

Quizá en aquel momento Padre albergara la esperanza de que, tras su liberación, pudiera conducir a las autoridades a la guarida de los criminales. Pensó que, sin Coalhouse, a lo mejor les faltaba la iniciativa y la inteligencia necesarias para seguir desafiando a la ley. Eran asesinos anarquistas e incendiarios, pero personalmente no tenía miedo. Les había tomado la medida y él era mejor que cualquiera de ellos. En aquel momento se sentía tan distante de Hermano Menor que sólo podía sentirse satisfecho de ser responsable de su captura.

Whitman tenía la mirada perdida.

—Muy bien —dijo por fin—. De acuerdo. A lo mejor si esperamos hasta que oscurezca nadie verá lo que hacemos. Todo sea por el señor Morgan, su maldita Biblia de Gutenberg y su carta de cinco páginas de George Washington.

Y así fue como se completó la negociación.

Tras varias llamadas a la fábrica de automóviles Ford, a las ocho de la mañana llegó un camión con todos los recambios posibles para el modelo T. La empresa Pantasote suministró una capota nueva. Los colaboradores de Morgan aseguraron que él correría con todos los gastos. Con una multitud observando desde la esquina, el jefe de bomberos Conklin, bajo la dirección de dos mecánicos, desmontó pieza a pieza el Ford y lo reconstruyó a partir del chasis. Usaron un aparejo de poleas para levantar el motor. Sudando, gruñendo, quejándose y en ocasiones llorando, Conklin hizo el trabajo. Puso ruedas nuevas en lugar de las viejas, guardabarros nuevos, un radiador nuevo, un nuevo magneto, puertas nuevas, estribos, parabrisas, faros y asientos tapizados. Hacia las cinco de la tarde, con el sol aún brillando sobre Nueva York, lo que había junto al bordillo era un Ford modelo T negro reluciente con su capota Pantasote nueva.

Los seguidores de Coalhouse se pasaron todo el día pidiéndole que cambiara de opinión. Sus argumentos eran cada vez más desesperados. Le dijeron que eran una nación. Él se mostró paciente con ellos. Era evidente que sin él no sabían qué hacer. Interpretaban su decisión como un suicidio. Estaban tristes y abatidos. A media tarde la biblioteca se quedó en penumbra. Los jóvenes miraban por las ventanas con apatía y vieron cómo reaparecía frente al bordillo el automóvil por el que Coalhouse había estado luchando tanto.

Coalhouse nunca se dirigió en persona a la ventana para echarle un vistazo. Se quedó sentado en el despacho de Pierpont Morgan en la Sala Oeste, escribiendo sus últimas voluntades.

Hermano Menor se había sumido en un amargo silencio. Padre, que estaba recluido en la biblioteca, convertido ya oficialmente en rehén, quiso hablar con él. Pensaba en lo que tendría que decirle a Madre. No reunió las fuerzas necesarias para hacerlo hasta que oscureció y se acercó el momento de la partida. Quizá fueran los últimos momentos de intimidad que tendrían.

El joven estaba en el cuarto de baño que había detrás del vestíbulo. Se estaba limpiando el corcho quemado de la cara. Miró a Padre por el espejo.

—Yo personalmente no te pido nada. Pero ¿no crees que tu hermana se merece una explicación? —dijo Padre.

—Si piensa en mí —respondió Hermano Menor—, tendrá la explicación que busca. Yo no podría transmitírsela a través de ti. Tú eres un hombre satisfecho de ti mismo que no piensa en la historia. Pagas mal a tus empleados y eres insensible a sus necesidades.

—Ya veo —contestó Padre.

—La imagen de caballero que te atribuyes en todo lo que haces —prosiguió

Hermano Menor— es el simple espejismo de todos los opresores de la humanidad.

—Has vivido bajo mi techo y has trabajado en mi negocio —le recordó Padre.

—Tu generosidad —rebatíó Hermano Menor— no era más que algo que consideraste que te podías permitir. Además —añadió—, ya he saldado esa deuda, como descubrirás en su momento.

Hermano Menor se lavó la cara con agua caliente y jabón. Lo hizo con movimientos enérgicos, poniendo la cabeza sobre el lavabo. Se secó con una toalla de mano con las iniciales JPM bordadas y luego la tiró al suelo, se puso la camisa, buscó en los bolsillos sus gemelos, se colocó el cuello sobre la camisa, se anudó la corbata y se subió los tirantes.

—Has viajado a todas partes y no has aprendido nada —dijo—. Crees que es un crimen entrar en este edificio propiedad de otro hombre y amenazar su patrimonio. De hecho, esto es el nido de un buitre. La madriguera de un chacal. —Se puso el abrigo, se pasó las palmas de las manos por la cabeza afeitada, se puso el bombín y se miró al espejo—. Adiós. No me volverás a ver. Puedes decirle a mi hermana que siempre estará en mis pensamientos. —Miró por un momento al suelo y tuvo que aclararse la garganta—. Puedes decirle que siempre la he querido y admirado.

La banda se reunió en el vestíbulo. Todos llevaban su uniforme Coalhouse, compuesto por traje, corbata y bombín. Coalhouse les dijo que se bajaran el ala del sombrero y se subieran las solapas de las chaquetas para evitar que los identificaran. Su vehículo de fuga era el Ford T. Les explicó cómo arrancarlo y girar la manivela.

—Llamad por teléfono cuando estéis a salvo —dijo. Padre preguntó:

—¿Y yo no salgo?

—Aquí está el rehén —respondió Coalhouse, señalando a Hermano Menor—. Todas las caras blancas son iguales.

Todos se rieron. Coalhouse los abrazó a todos, uno tras otro, frente a la gran puerta de metal. Abrazó a Hermano Menor con el mismo afecto que había dispensado a los demás. Consultó su reloj de bolsillo. En aquel momento los focos de la calle se apagaron. Ocupó su lugar en la hornacina del extremo del vestíbulo, a horcajadas sobre el banco de mármol blanco, con las manos sobre el detonador.

—He suavizado el recorrido del émbolo a la mitad —le recordó Hermano Menor.

—Muy bien —dijo Coalhouse—. Ahora marcharos.

Uno de los jóvenes abrió la puerta sin más preámbulos y salieron. Luego la puerta se cerró.

—Corra el pestillo, por favor —ordenó Coalhouse. Padre hizo lo que le pedía. Pegó la oreja a la puerta. Lo único que oyó fue su propia respiración, profunda y agitada. Luego, tras lo que le pareció un intervalo insufriblemente largo, en el que casi perdió las esperanzas de seguir con vida, oyó el renqueo sibilante del motor del Ford T. Unos momentos más tarde las ruedas empezaron a rodar y el coche emprendió la marcha. Se oyó un ruido sordo al pasar por encima de los tablones colocados sobre el cráter. Corrió a la parte trasera del vestíbulo.

—Se han ido —le anunció a Coalhouse Walker Jr.

El hombre de color tenía la mirada fija en sus manos apoyadas sobre el detonador. Padre se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra la pared de mármol. Levantó las rodillas y apoyó la cabeza en ellas. Ambos se quedaron así, inmóviles. Al cabo de un rato Coalhouse le pidió a Padre que le hablara de su hijo. Quería saber si caminaba, si comía bien, si ya decía alguna palabra, que le contara todos los detalles que recordara.

CUARTA PARTE

Aproximadamente dos horas más tarde Coalhouse Walker Jr. bajó los escalones de la biblioteca con los brazos en alto y empezó a cruzar la calle Treinta y seis en dirección a la casa de piedra. Así lo habían acordado en la negociación. Habían limpiado la calle de público. Frente a él, en la acera opuesta, había una patrulla de la policía de Nueva York armada con carabinas. A sus lados, en formación de una acera a la otra, había dos destacamentos de policía montada enfrentados, a una distancia de unos treinta metros entre sí, con los caballos uno junto al otro, formando una especie de corredor. De aquel modo, Coalhouse no quedaba a la vista de nadie que mirara desde los cruces con Madison Avenue o, menos aún, de Park Avenue. Los generadores de la esquina emitían un rugido espantoso. Según la policía, bajo la intensa luz de la calle el hombre de color intentó escapar corriendo. Lo más probable es que supiera que para acabar con su vida bastaba con girar la cabeza de golpe o bajar las manos, o sonreír quizá. En el interior de la biblioteca, Padre oyó la descarga coordinada de un pelotón de fusilamiento. Gritó. Corrió a la ventana. El cuerpo se agitaba sobre el asfalto en una secuencia de gestos, como si intentara limpiar su propia sangre. Los policías disparaban a discreción. Los caballos resoplaban y daban respingos.

En su escondrijo de Harlem, la banda de Coalhouse se imaginaba cuál sería el desenlace. Estaban allí todos menos el hombre al que habían seguido. Las habitaciones parecían vacías. Nada importaba. Apenas tenían fuerzas para hablar. Todos, a excepción de Hermano Menor, decidieron quedarse en Nueva York. El Ford T estaba escondido en un callejón contiguo. Supusieron que lo habrían marcado. Como Hermano Menor quería abandonar la ciudad, le regalaron el coche. Aquella noche condujo por la calle Ciento veinticinco hasta el río y tomó el *ferry* a Nueva Jersey. Luego se dirigió hacia el sur. Aparentemente llevaba algo de dinero, aunque no se sabe cómo ni de dónde lo sacó. Condujo hasta Filadelfia. Siguió hasta Baltimore. Se introdujo en una tierra donde los negros se quedaban mirando al verle pasar. Su coche dejó un rastro de polvo en el cielo. Atravesó pequeñas ciudades de Georgia en cuyas plazas, a la sombra de los escasos árboles, los vecinos hablaban de colgar al judío Leo Frank por lo que le había hecho a una niña cristiana de catorce años, Mary Phagan. Escupían al suelo. Hermano Menor hacía carreras con los trenes de mercancías y atravesaba ruidosos puentes cubiertos en los que apenas se veía. No utilizó mapas. Dormía en el campo. Iba de gasolinera en gasolinera. Sobre el asiento trasero almacenó un surtido de herramientas, cámaras de neumático, latas de gasolina, de aceite, tenazas, cables y piezas de motor. Siguió su marcha. Cada vez había menos árboles. Al final desaparecieron. Sólo había rocas y arbustos. Se dejó seducir por la belleza de las puestas de sol al fondo de valles de arcilla endurecida y agrietada por el calor. Cuando el Ford se estropeó y no supo repararlo, lo remolcaron

unos niños con un carro tirado por mulas.

En Taos, en el estado de Nuevo México, se encontró con una comunidad de bohemios que pintaban paisajes desérticos y vestían ponchos. Eran del barrio neoyorquino de Greenwich Village y les llamó la atención su agotamiento. Era de una hosquedad obstinada, incluso cuando bebía. Llenó el depósito para varios días y tuvo una breve aventura con una mujer mayor.

Para aquella época el fino cabello de Hermano Menor ya le había crecido lo suficiente como para cubrirle la coronilla. Lucía una barba rubia. Su piel clara se pelaba constantemente y siempre tenía los ojos entrecerrados por el sol. Siguió conduciendo hasta llegar a Texas. Su ropa estaba ya vieja. Llevaba un peto, mocasines y una manta india. En la población fronteriza de Presidio vendió el Ford al dueño de un colmado y, llevando consigo únicamente la bolsa del agua del desierto que solía colgar del tapón del radiador, cruzó el río Grande y pasó a Ojinaga, en México. Era una población que había vivido sucesivas ocupaciones por parte de tropas federales e insurgentes. Las casas de adobe de Ojinaga no tenían tejado. Los muros de la iglesia presentaban orificios de bala. Sus habitantes vivían tras los muros de sus patios. Las calles eran de polvo blanco. Allí se alojaban parte de las tropas de la División del Norte de Pancho Villa. Se unió a ellas y pasó a ser un compañero más.

Cuando Villa marchó sobre Torreón siguiendo a lo largo de más de trescientos kilómetros las vías destrozadas del ferrocarril, Hermano Menor estaba eufórico. Atravesaron el gran desierto mexicano de cactus bajos y yucas. Acamparon en ranchos y, al fresco de las abadías almenadas fumaron su macuche enrollado en hojas de maíz. Había poca comida. Las mujeres vestían chales oscuros y llevaban jarros de agua sobre la cabeza.

Tras la victoria de Torreón, Hermano Menor se colocó las cananas cruzadas sobre el pecho. Era un villista, pero soñaba con ir al encuentro de Zapata. El ejército avanzaba subido a los vagones de los trenes de mercancías. Con las tropas iban sus familias, que vivían en los vagones, entre pistolas, ropa de cama y cestas de comida. Tenían seguidores de todo tipo, hasta mujeres con niños lactantes. Atravesaban el desierto tragando la ceniza y el humo de la locomotora que les irritaba los ojos y les quemaba la garganta. Plantaron sombrillas para protegerse del sol.

Los jefes insurgentes de las diversas regiones debían reunirse en Ciudad de México. Era otro de aquellos momentos en que la revolución debía definirse. Tras el derrocamiento del odiado dictador Porfirio Díaz, el reformista Madero había asumido el poder. Madero fue asesinado por orden de un tal general Huerta, de raza azteca. De Huerta ya no se sabía nada, y un moderado, Carranza, intentaba hacerse con el control. En la capital aparecían nuevas facciones cada día, burócratas oportunistas, hombres de negocios extranjeros y espías. Aquel caos fue el que se encontró el ejército de campesinos de Zapata. La ciudad quedó muda ante su llegada. Tenía fama de ser tan fiero que los mexicanos de la ciudad le temían. Hermano Menor asistió en silencio junto a los villistas y lo vio entrar. Entonces los mexicanos empezaron a

reírse. Los temibles guerreros del sur apenas sabían hablar. Muchos de ellos eran chiquillos. Los ojos se les pusieron como platos cuando vieron el palacio de Chapultepec. Iban andrajosos y no se atrevían a subir a las aceras del Paseo de la Reforma, avenida arbolada flanqueada de mansiones y restaurantes con terrazas. Caminaban por el centro de la calle, entre las boñigas de caballo. Disparaban con sus rifles a los camiones de bomberos. Y el gran Zapata, que se sentó en el palacio para que lo inmortalizaran, dejó que Villa ocupara el sillón de la presidencia.

A los campesinos del sur no les gustaba Ciudad de México ni la revolución de los moderados. Cuando se fueron, Hermano Menor se fue con ellos. Nunca había revelado el gran conocimiento que tenía de los oficiales de Villa. Pero a Emiliano Zapata le dijo:

—Sé fabricar bombas y reparar pistolas y rifles. Sé hacer volar cosas por los aires.

Hizo una demostración en el desierto. Hermano Menor llenó cuatro calabazas secas con arena del suelo. Añadió unos pellizcos de pólvora. Enrolló unas hebras de maíz para hacer mechas. Encendió las mechas y lanzó una calabaza hacia cada punto cardinal. Las explosiones dejaron unos hoyos en el desierto de tres metros de diámetro. A lo largo del año siguiente, Hermano Menor dirigió expediciones de guerrilla a campos de petróleo, fundiciones y fortalezas federales. Era respetado por los zapatistas, pero también le consideraban temerario. En una de sus incursiones con bombas sufrió una lesión de oído. Con el tiempo se fue quedando sordo. Observaba sus explosiones pero ya no podía oírlos: finos puentes de caballete que caían en silencio al fondo de profundas gargantas, fábricas con el tejado de zinc que se hundían entre una nube de polvo blanco... No conocemos las circunstancias exactas de su muerte, pero según parece se produjo en una refriega contra tropas gubernamentales cerca de la plantación Chinameca, en Morelos, el mismo lugar donde años después caería abatido Zapata en una emboscada.

En aquel tiempo, por supuesto, el presidente de Estados Unidos era Woodrow Wilson. El pueblo lo había elegido por sus cualidades como guerrero. Teddy Roosevelt no podía comprender el comportamiento de los votantes, y acusó a Wilson de rehuir la guerra a toda costa. Opinaba que Wilson era el típico remilgado que decidía no comer más pescado porque un día se había encontrado una espina. Pero el nuevo presidente envió a los marines a desembarcar en Veracruz para que no perdieran la práctica. Hizo que las tropas atravesaran la frontera para que tampoco perdieran la práctica y dieran caza a Pancho Villa. Llevaba gafas sin montura y tenía un planteamiento moralista. Cuando llegó la Gran Guerra, la encaró con la furia de los afrentados. Ni Quentin, hijo de Theodore Roosevelt, que moriría en un combate aéreo en Francia, ni el propio ex presidente, que moriría de pena poco después, sobrevivirían a la guerra que tanto había intentado rehuir Wilson.

Los indicios de la conflagración que se avecinaba se veían por todas partes. En Europa se inauguró el Palacio de la Paz de La Haya y cuarenta y dos países enviaron

representantes a la ceremonia. En una conferencia socialista celebrada en Viena se decidió que la clase obrera internacional nunca volvería a luchar en las guerras de los poderes imperialistas. Los pintores de París hacían retratos con los dos ojos en un lado de la cara. Un profesor judío de Zúrich había publicado un artículo demostrando que el universo era curvo. Nada de todo aquello se le escapó a Pierpont Morgan. Desembarcó en Cherburgo, sin preocuparle ya demasiado el incidente del negro loco en su biblioteca, e inició su recorrido habitual por el Viejo Continente, yendo de país en país en su tren privado y cenando con banqueros, primeros ministros y reyes. En este último grupo social observó un desánimo evidente. Las familias reales que no estaban melancólicas estaban histéricas. Tiraban copas de vino, tartamudeaban o gritaban a los sirvientes. Él se quedaba mirando. Llegó a la convicción de que estaban obsoletas. Todas estaban emparentadas, de un país al otro. Los miembros de la realeza llevaban tantos siglos casándose entre sí que habían perpetuado las cualidades que menos podían permitirse: la ignorancia y la idiotez. En el funeral de Eduardo VII, en Londres, se dieron empujones y codazos entre sí como niños disputándose los lugares más destacados del cortejo.

Morgan fue a Roma y se instaló en la planta del Grand Hotel que solía ocupar. Enseguida, la bandeja de plata del mayordomo se llenó de tarjetas de visita. Se pasó semanas recibiendo a condes, duques y otros aristócratas. Le traían piezas que habían pertenecido a sus familias durante generaciones. Algunos habían perdido sus riquezas; otros simplemente querían amortizar sus activos. Pero aparentemente todos querían salir de Europa lo antes posible. Morgan se sentaba en una silla con las manos cruzadas sobre el bastón que tenía entre las rodillas y veía lienzos, cerámica, porcelana, piezas esmaltadas, bronce, bajorrelieves y misales. Asentía o sacudía la cabeza. Poco a poco sus aposentos se fueron llenando de objetos. Le ofrecieron un bonito crucifijo de oro que se abría y se convertía en un estilete. Asintió. En el vestíbulo del hotel se formó una cola de aristócratas que salía por las puertas y rodeaba la manzana. Vestían frac, sombrero de copa y polainas. Llevaban bastón y cargaban con bultos envueltos en papel de embalar. Los más desesperados le ofrecían sus esposas y sus hijos. Bellas jóvenes de piel clara con ojos que evidenciaban un dolor profundo. Refinados muchachos. Un individuo trajo un par de mellizos, niño y niña, vestidos con terciopelo gris y cintas de raso. Los desvistió y les hizo dar la vuelta en todas direcciones.

Morgan se quedó en Europa hasta que sus agentes le avisaron de que su vapor ya esperaba en Alejandría, completamente equipado y listo para surcar el Nilo. Antes de salir intentó por última vez persuadir a Henry Ford para que le acompañara a Egipto. Le escribió un largo telegrama. Ford le respondió diciendo que no podía dejar Michigan porque había iniciado la fase más delicada de las negociaciones con un colega inventor que había desarrollado una píldora verde con la que los coches funcionaban sin necesidad de gasolina. Morgan ordenó recoger el equipaje. Después de dar instrucciones para el empaquetado y la expedición de sus adquisiciones, se

puso en marcha. Era otoño. Cuando llegaron a Alejandría se subió a su barco, un vapor con palas de acero, y sin volver la vista al puerto, ordenó inmediatamente al capitán que zarpara.

Lo que pretendía hacer Morgan en Egipto era navegar río arriba y encontrar una buena ubicación para su pirámide. En la caja fuerte de su camarote guardó los planos de la estructura que le habían diseñado en secreto McKim y White. Esperaba que, con las modernas técnicas de construcción, como el uso de piedras pretalladas, excavadoras a vapor, grúas, etcétera, se pudiera erigir la pirámide en menos de tres años. La idea le emocionaba más que ninguna otra cosa en el mundo. Iba a tener una falsa cámara real y una cámara real auténtica, una sala del tesoro inexpugnable, una gran galería, un corredor descendente y un corredor ascendente. Y un paso elevado llevaría hasta la orilla del Nilo.

Su primera parada fue en Gizé. Quería sentir antes la energía milenaria de la que sería ejemplo él mismo al morir y elevarse y renacer con los rayos del sol. Cuando el barco atracó era ya de noche, y desde la cubierta de estribor pudo ver la silueta de la explanada de las pirámides contra el cielo azul de la noche sembrado de estrellas. Bajó por la pasarela y salieron a su encuentro varios hombres vestidos con la típica túnica árabe. Lo subieron a lomos de un camello y lo llevaron por la antigua ruta hasta la cara norte, hasta la misma entrada de la Gran Pirámide. Contra toda recomendación, había decidido pasar la noche dentro. Tenía la esperanza de descubrir lo que Osiris le reservaba a su *ka*, o alma, y a su *ba*, o fuerza vital. Siguió a sus guías por el corredor de entrada. La luz de la antorcha creaba largas sombras irregulares contra los bloques de piedra de las paredes y el techo. Tras muchos giros y curvas, algunas ascensiones difíciles por pasajes en desnivel y varios puntos en los que fue necesario que se arrastrara a cuatro patas para pasar por algún orificio, se encontró en el corazón de la pirámide. Pagó a sus guías la mitad del precio acordado para asegurarse de que volvieran a buscar el resto y, tras darle las buenas noches, se fueron y lo dejaron de pronto solo en la oscura cámara, iluminada únicamente por el tenue resplandor de una estrella o dos que se veían a través de un estrecho respiradero.

Aquella noche Morgan no durmió. Estaba en la cámara real, despojada de toda decoración desde tiempo atrás. El suelo estaba tan húmedo que sentía el frío a través de la manta de lana que se había comprado. Llevaba cerillas en una caja de oro con su monograma grabado, pero se negó por principio a encender una. Tampoco bebió de su petaca de *brandy*. Escuchó los sonidos de la noche y se quedó mirando la oscuridad, esperando cualquier signo que Osiris se pudiera dignar a enviarle. Al cabo de unas horas se durmió. Soñó con una vida en otro tiempo y se vio de cuclillas en los bazares, como un vendedor ambulante, intercambiando maldiciones con los dragomanes. Aquel sueño le inquietó tanto que se despertó. Se dio cuenta de que algún bicho le estaba pasando por encima. Se puso en pie. El cuerpo le picaba por algunas zonas. Decidió encender una cerilla. Con aquella tenue luz pudo distinguir sobre la manta la inequívoca presencia de una comunidad de chinches. Permaneció de

pie después de que la cerilla se consumiera. Luego empezó a caminar por la cámara, con la mano extendida frente a él para no golpearse contra las paredes de piedra. Caminó de este a oeste y de norte a sur, aunque no sabía cuál era cuál. Decidió que, en aquellas circunstancias, uno debe aprender a distinguir entre las señales falsas y las verdaderas. El sueño del vendedor ambulante en el bazar era una señal falsa. Las chinches eran una señal falsa. Una señal verdadera sería la fantástica visión de pájaros rojos de cabeza humana flotando por la cámara, iluminándola con su propia incandescencia. Serían los pájaros *ba* que había visto representados en las pinturas murales egipcias. Pero la noche fue pasando y los pájaros *ba* no aparecían. Al final vio a través del estrecho respiradero que las estrellas habían desaparecido y que el pedazo rectangular de cielo nocturno se había vuelto gris. Se concedió un trago de *brandy*. Tenía los brazos y las piernas rígidos, le dolía la espalda y había cogido frío.

Los ayudantes de Morgan aparecieron con los guías egipcios y le ayudaron a salir de nuevo al mundo exterior. Se sorprendió al ver que la mañana estaba ya avanzada. Le subieron al camello y fueron bajando lentamente desde la pirámide. El cielo estaba de color azul intenso y las rocas de la explanada de las pirámides tenían un tono rosado. Al pasar junto a la Gran Esfinge y mirar atrás vio un enjambre de hombres que la rodeaban como bichos. Se subían a las patas y se sentaban en los huecos de la cara, se colgaban de los hombros y saludaban desde lo alto del tocado. Morgan se asustó. Los profanadores llevaban uniformes de béisbol. Unos fotógrafos habían plantado sus trípodes en el suelo y tenían la cabeza metida bajo las capas negras.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó.

Los guías se habían detenido e iban adelante y atrás, hablando con otros camelleros egipcios. Estaban muy agitados. Un ayudante de Morgan volvió con la información de que se trataba del equipo de béisbol de los New York Giants, que había ganado la liga y estaba dando una gira de exhibición por todo el mundo.

—¿La liga? —repitió Morgan—. ¿La liga?

Un hombre bajo y recio vestido con pantalones a rayas hasta la rodilla y una camiseta de canalé se le acercó y le dio la mano. Sobre la cabeza llevaba una gorrita ridícula y de la boca le colgaba un cigarrillo. El calzado deportivo hacía ruido al pisar las antiguas piedras.

—El señor McGraw, entrenador, le presenta sus respetos —anunció el ayudante de Morgan. Sin una palabra, el viejo espoleó al camello y, derribando a su guía, salió al trote en dirección al barco.

Poco después de aquella aventura Pierpont Morgan sufrió un repentino empeoramiento de salud. Ordenó que lo llevaran a Roma. Pero no estaba nada contento, al llegar a la conclusión de que su deterioro físico era precisamente la señal que había estado esperando. La tierra le reclamaba con tanta premura que le eximieron del ritual funerario típico. En Roma le recibieron algunos de sus familiares.

—No estéis tristes —les dijo—. La guerra acelera las cosas. Ellos no sabían de qué les estaba hablando. Estaban junto su lecho cuando le llegó la esperada muerte, a la edad de setenta y seis años.

No había pasado mucho tiempo desde la muerte de Morgan cuando el archiduque Francisco Fernando entró en la ciudad de Sarajevo, capital de Bosnia, para pasar revista a las tropas. Le acompañaba la condesa Sofía. El archiduque llevaba su casco emplumado bajo el brazo. De pronto se oyó un estallido y todo se llenó de humo y de gritos. El archiduque Francisco Fernando y la condesa Sofía se encontraron cubiertos de polvo de yeso. El polvo les tapaba la cara, les llenaba la boca y los ojos y les cubría la ropa. Alguien había tirado una bomba. El alcalde estaba sobrecogido. El archiduque estaba furioso.

—Nos han arruinado el día —anunció. Puso fin a la ceremonia y ordenó a su chófer que les sacara de Sarajevo. Iban en un coche Daimler. El chófer se metió por las calles adyacentes y giró por donde no debía. Se detuvo, puso la marcha atrás y se volvió para ver bien la maniobra. El coche fue a detenerse junto a un joven patriota serbio que pertenecía al mismo grupo de los que habían intentado matar al archiduque con la bomba sin conseguirlo. El patriota saltó sobre el estribo del coche, apuntó al duque con su pistola y apretó el gatillo. Se oyeron disparos. La condesa Sofía cayó sobre las rodillas del archiduque. De la garganta del archiduque manaba sangre. Hubo gritos. Las plumas verdes del casco se tiñeron de negro al bañarse de sangre. Unos soldados prendieron al asesino y lo tiraron al suelo. Luego se lo llevaron a rastras al calabozo.

En Nueva York los periódicos presentaron la noticia como un típico acto de violencia de los estados balcánicos. Pocos estadounidenses podían sentir simpatía por el heredero del trono austrohúngaro asesinado. Pero el mago Harry Houdini, al leer el periódico mientras desayunaba, sintió la impresión de quien pierde a un conocido. «Fíjate, fíjate», se dijo. Recordó la imagen del taciturno y flemático duque, con aquel cabello perfectamente cortado y peinado, que le miraba. Le pareció sorprendente que alguien que encarnaba el poder y el potencial militar de todo un imperio pudiera morir tan fácilmente.

Resultó que Houdini, aquel mismo día, tenía previsto realizar una de sus espectaculares hazañas al aire libre, por lo que no pudo reflexionar sobre la muerte del archiduque como le habría gustado. Salió de casa, paró un taxi y se desplazó hasta Times Square. Allí, hora y media después, y ante miles de personas, le pusieron una camisa de fuerza, lo colgaron por los tobillos de un cable de acero y lo izaron cabeza abajo hasta la mitad de la Times Tower. A cada vuelta del cabrestante situado sobre la azotea se elevaba más de un metro e iba balanceándose al viento. La multitud le jaleaba. Era un día cálido y el cielo estaba azul. Cuanto más subía, más lejos oía el ruido de la calle. Pudo ver su nombre boca abajo en la marquesina del Palace Theatre, cinco manzanas hacia el norte. Los automóviles tocaban la bocina y los trolebuses se concentraban en Times Square, al detenerse los conductores para ver el espectáculo.

Los policías a caballo tocaban sus silbatos. Todo estaba boca abajo: los automóviles, la gente, las aceras, los policías a caballo, los edificios. El cielo estaba a sus pies. Houdini pasó frente al marcador que daba los resultados de béisbol, colgado de la fachada lateral del edificio. Respiró profundamente y encontró en el peligro la calma que le habían dado tantos años de disciplina física. Había dado instrucciones a sus ayudantes para que lo izaran unos doce pisos por encima de la calle, bien alto pero no tanto como para que se le viera claramente. Tenía pensado sacarse la camisa de fuerza, tirarla al aire, levantar el cuerpo, como un trapealista, y agarrar el cable del que colgaba la cadena que le cogía por los tobillos. Entonces se pondría de pie, con los pies apoyados en el enorme gancho, y saludaría con el brazo a la multitud entre ovaciones y aplausos. Últimamente Houdini se sentía mejor consigo mismo. El dolor por la pérdida de su madre, el miedo a perder a su público, sus sospechas de que la vida no valía nada y de que sus hazañas eran cosa de risa... todo el peso de las preocupaciones diarias parecía más llevadero. Atribuyó aquello a su nuevo logro: el desenmascaramiento de fraudes espirituales allá donde los encontraba. Impulsado por sus sentimientos hacia la ensalzada memoria de su madre, había desbaratado sesiones de espiritismo, revelado las prácticas fraudulentas de médiums y ridiculizado en público a los tramposos y charlatanes que intentaban aprovecharse de los inocentes. En cada actuación ofrecía diez mil dólares al médium que pudiera obtener una manifestación que él, Houdini, no pudiera repetir con medios mecánicos. A la prensa y al público les encantaba este nuevo elemento de su trabajo, pero no era más que algo accesorio. Era como si hubiera que defender el cielo, ahora que su madre estaba muerta. Enfrascado en la batalla, sintió que muy pronto empezaría a distinguir las fronteras del lugar donde moraba la anciana. Sus detectives privados visitaban consultorios ocultos en todas las ciudades en las que actuaba. Él mismo se presentó en sesiones de espiritismo cubierto con un velo y disfrazado de viuda de pelo gris. Enfocaba con una linterna eléctrica el fino cable gracias al cual levitaba la mesa. Descubría el gramófono oculto bajo una tela. Desenmascaraba las trompetas colgadas del techo y sacaba a los cómplices ocultos tras las cortinas cogidos por el pescuezo. Luego se ponía en pie, se quitaba la peluca de pelo gris con un gesto teatral y anunciaba su nombre. Tenía decenas de pleitos pendientes.

Houdini se dio cuenta de que ya lo habían izado hasta el punto indicado. La brisa allí arriba era algo más fuerte. Notó que estaba dando vueltas. Tan pronto tenía enfrente la Times Tower como el espacio abierto de Broadway y la Séptima Avenida. Oyó una voz que le decía:

—Hey, Houdini. —El viento le hizo girar hacia el edificio. Un hombre le hacía muecas, cabeza abajo, desde la ventana del duodécimo piso—. Hey, Houdini —dijo el hombre—, que te jodan.

—Que te den a ti, imbécil —replicó el mago. En realidad era capaz de sacarse una camisa de fuerza en menos de un minuto. Pero si lo hacía demasiado rápido la gente no se creería que lo hacía de verdad. Así que tardó más. Fingió tener problemas. Oía

los «ooooh» y los «aaah» procedentes de la calle mientras hacía que el cable se agitara y girara. Al rato, la parte superior del cuerpo se le quedó enredada entre las ataduras. La luz no llegaba al interior de la fina lona de la camisa de fuerza. Descansó un momento. Estaba colgando cabeza abajo sobre Broadway, era el año 1914 y las noticias informaban de que el archiduque Francisco Fernando había sido asesinado. Fue entonces cuando le vino a la mente una imagen, la imagen de un niño observando su reflejo en el brillante faro de latón de un automóvil.

Disponemos del relato de este curioso suceso a partir de los diarios privados e inéditos del mago. El éxito de Harry Houdini en el mundo del espectáculo hizo que desarrollara cierta tendencia a la exageración, de modo que no debemos perder la percepción de la realidad a la hora de interpretar su afirmación de que aquélla fue la gran experiencia mística de su vida. De cualquier modo, los archivos de la familia revelan una tarjeta de visita del señor Houdini fechada sólo una semana después. Cuando llegó, no había nadie en casa. Por aquella época, la familia había entrado en su periodo de disolución. Madre, su hijo y el niño de color, que fue bautizado como Coalhouse Walker III, iban hacia el interior del estado en un turismo Packard, con Madre al volante. Iban a visitar las cuevas Howe, y su destino final para el verano era la costa de Prout's Neck, en Maine, donde había vivido sus últimos años el pintor Winslow Homer. Madre y Padre tenían una relación formal y limitada, pero mantenían la corrección; la muerte de Hermano Menor en México fue el detonante decisivo de su progresiva separación. Abuelo no había sobrevivido al invierno y había encontrado su última morada en el cementerio situado tras la Primera Iglesia Congregacional de North Avenue, en New Rochelle. Padre estaba en Washington D.C. A su regreso a la fábrica de banderas y fuegos artificiales se había encontrado un cajón lleno de planos que constituían el pago de la deuda al que había hecho referencia de modo críptico Hermano Menor en su última conversación en la biblioteca Morgan. En el año y medio de vida que pasó antes de emigrar, Hermano Menor inventó diecisiete piezas de artillería, algunas de ellas tan avanzadas que Estados Unidos no las utilizó hasta la Segunda Guerra Mundial. Entre ellas había un lanzagranadas sin retroceso, una mina de superficie de baja presión, cargas de profundidad dirigidas por sónar, mirillas de rifle por infrarrojos, balas rastreadoras, un rifle de repetición, una metralleta ligera, una granada de metralla, una masilla de nitroglicerina y un lanzallamas portátil. Fue precisamente la negociación de la aplicación de estas armas lo que llevó a Padre a Washington y le hizo tratar con una serie de oficiales de alto rango del ejército y la Armada de Estados Unidos. Entre pruebas de prototipos, negociaciones de contratos de venta, conferencias en las salas del Congreso y diversos procedimientos millonarios de gestión del monopolio, al final, Padre tuvo que instalarse en un apartamento del hotel Hay-Adams. Su respuesta ante su infelicidad personal fue lanzarse con mayor avidez que nunca a su trabajo. Con el estallido de la Gran Guerra en Europa, fue uno de los que se temió la falta de espíritu guerrero de Woodrow Wilson, y estaba abiertamente a favor de la

preparación para la guerra antes de que la Administración adoptara oficialmente esa postura. Otros gobiernos mostraban un gran interés en las geniales máquinas de matar creadas por Hermano Menor, y con el consejo de los asesores del Departamento de Estado, Padre pudo decidirse por algunos de ellos en detrimento de otros. Con los alemanes se mostró bastante hosco; con los británicos, amistoso y conciliador. Veía venir la asociación de Estados Unidos con los Aliados, que se produjo finalmente en 1917, pero que empezó a ser inevitable ya en 1915, cuando el trasatlántico británico *Lusitania* fue torpedeado por un submarino frente a la costa sudoeste de Irlanda. El *Lusitania*, registrado como barco mercante armado, transportaba en secreto una carga de material de guerra volátil en sus bodegas. Mil doscientos hombres, mujeres y niños, muchos de ellos estadounidenses, perdieron la vida y entre ellos Padre, que se dirigía a Londres con el primer envío para el Ministerio de la Guerra y el Almirantazgo, con las granadas, las cargas de profundidad y la masilla de nitroglicerina que sin duda contribuyeron a las monstruosas detonaciones en el barco, previas a su fulminante hundimiento.

Pobre Padre. Imagino su última exploración: llega a un lugar nuevo, con el cabello de punta por el asombro, la boca y los ojos abiertos como platos. Arrastra los dedos de los pies por una suave capa de arena, se arrodilla y extiende los brazos en un grotesco gesto de celebración; el inmigrante que, como en cada momento de su vida, llega por fin a la última orilla, la de su propio ser.

Madre vistió el luto un año. Después, Tateh, que pudo constatar que su esposa había muerto, le propuso matrimonio. Él le dijo:

—No soy barón, por supuesto. Soy un socialista judío de Letonia.

Madre aceptó sin dudarlo. Lo adoraba, le encantaba estar con él. Cada uno disfrutaba con el carácter del otro. Se casaron con una ceremonia civil en un juzgado de Nueva York. Se sentían en la gloria. Su unión fue muy feliz, pero sin descendencia. Tateh hizo mucho dinero con la producción de seriales para animar a la población en guerra: *Slade en el servicio secreto* o *Las sombras del submarino*. Pero su mayor éxito aún estaba por llegar. La familia alquiló la casa de New Rochelle y se mudó a California. Vivieron en una gran casa de estuco blanco con ventanales y un tejado de tejas anaranjadas. Había palmeras en las aceras y parterres de flores de un rojo vivo en el patio delantero. Una mañana Tateh miró por la ventana de su estudio y vio tres niños sentados en el césped. Detrás de ellos, en la acera, había un triciclo. Estaban hablando y tomando el sol. Su hija, de cabello oscuro, su hijastro rubio y el niño negro a su cargo. De pronto se le ocurrió una idea para una película. Un grupo de niños que eran amigos, blancos, negros, gordos, delgados, ricos, pobres, de todos los tipos, unos pilluelos traviesos que vivirían divertidas aventuras en su propio vecindario, una sociedad de golfillos, como todos nosotros, una panda, que se meterían en problemas y saldrían siempre ilesos. En realidad aquella visión no se convirtió en una película, sino en varias. Y para entonces la época del *ragtime* se había acabado, y el final de la canción dejaba paso al ruido de fondo de las máquinas,

como si la historia no fuera más que la melodía de una pianola. Habíamos luchado y ganado la guerra. La anarquista Emma Goldman había sido deportada. La bella y pasional Evelyn Nesbit había perdido su encanto y había caído en el olvido. Y Harry K. Thaw, tras salir del manicomio, celebró cada año el Día del Armisticio en Newport participando en el desfile anual.



E. L. DOCTOROW (Nueva York, 1931). Escritor estadounidense de varias novelas aclamadas por los especialistas, en las cuales mezcla historia y crítica social.

Creció en Bronx, Nueva York, educado por sus padres, descendientes de judíos rusos. En la Preparatoria de Ciencias del Bronx se destacó en la creación artística, mientras leía libros de todo tipo; posteriormente continuó su educación en el Colegio Kenyon, donde estudió con John Crowe Ransom. Después de graduarse con honores en 1952, trabajó en la Universidad de Columbia, antes de ser enrolado en el ejército estadounidense y ser enviado a Alemania. Comenzó su carrera como lector en Columbia Pictures y posteriormente fue editor de la *New American Library* a principios de la década de 1960; durante la misma década fue también el editor principal de *Dial Press*, de 1964 a 1969.

Aunque había escrito varios libros con anterioridad a 1971, fue con la publicación de *El libro de Daniel* (*The book of Daniel*) cuando comenzó a ser reconocido y aclamado. Cuatro años después salió su siguiente libro, *Ragtime*, que ganó el National Book Critics Circle Award 1975, También recibió un premio de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras y la Modern Library la incluyó entre las 100 mejores novelas del siglo xx. Miloš Forman la llevó al cine en 1981.

Entre otros muchos premios y distinciones, ha recibido; el National Book Award 1986 por *La feria del mundo* (*World's fair*); el National Book Critics Circle Award 1989 por *Billy Bathgate* y el National Book Critics Circle Award 2005 por *La gran marcha* (*The march*).

Desde 2006, Doctorow ocupa la plaza Glucksman Chair de Letras Estadounidenses en la Universidad de Nueva York. Su archivo personal está bajo la custodia de la Biblioteca Fales de la misma universidad.

Notas

[1] Nombre que se le dio a la maquinaria política del Partido Demócrata de EE.UU. desde 1854 hasta 1934. (N. del T.) <<

[2] La Pinkerton National Detective Agency era una agencia de guardias de seguridad fundada en 1850. A partir de finales de siglo XIX muchos empresarios recurrieron a los «Pinkertons» para evitar que los obreros en huelga tomaran las fábricas. (N. del T) <<